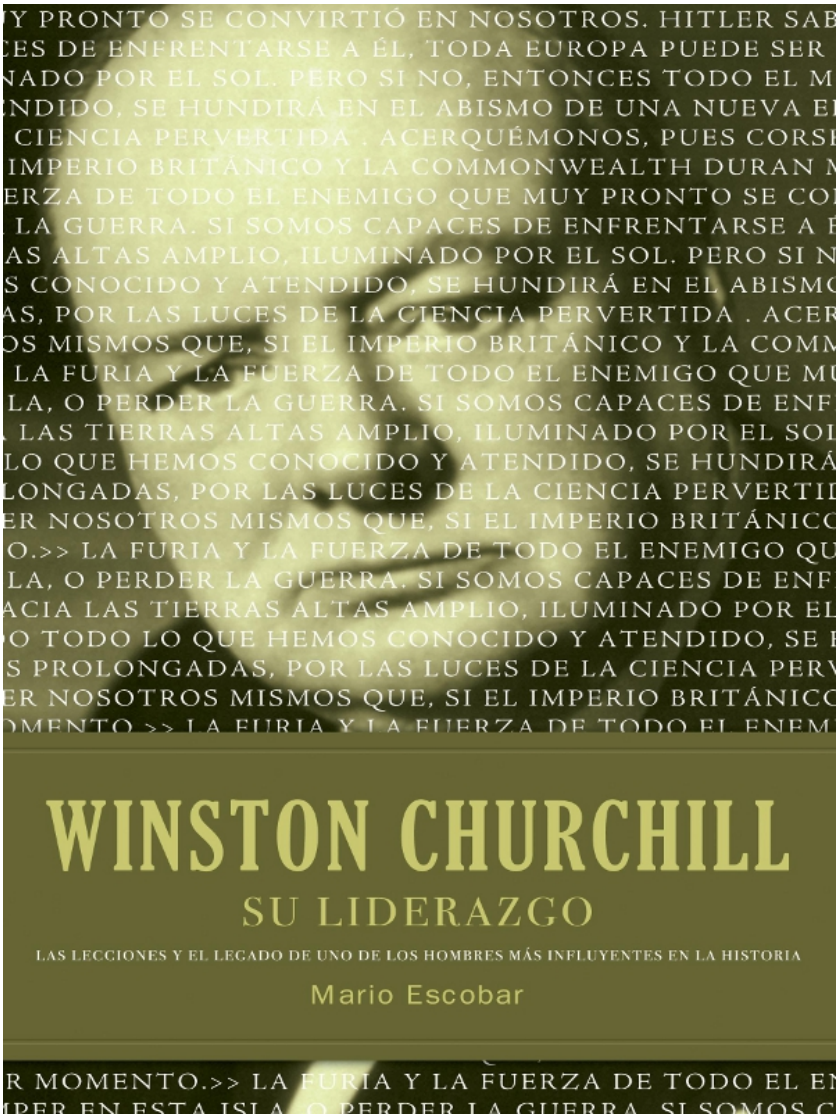
WINSTON CHURCHILL
SU LIDERAZGO
LAS LECCIONES Y EL LEGADO DE UNO DE LOS HOMBRES MÁS INFLUYENTES EN LA HISTORIA
Mario Escobar

WINSTON S. CHURCHILL
SU LIDERAZGO

LAS LECCIONES Y EL LEGADO DE UNO DE LOS HOMBRES MÁS INFLUYENTES EN LA HISTORIA

Mario Escobar

GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
Desde 1798

NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

© 2012 por Mario Escobar
Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc. www.gruponelson.com

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

Editora General: *Graciela Lelli*
Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc*.

ISBN: 978-1-60255-649-2

Impreso en Estados Unidos de América

12 13 14 15 16 QGF 9 8 7 6 5 4 3 2 1

«¡Qué criatura tan brillante! Pero, de alguna manera, hay un gran golfo entre él y yo que no creo que jamás cruce. Me gusta. Me gusta su humor y vitalidad. Me gusta su valor... ¡Pero ni por todos los placeres del paraíso sería miembro de su personal! ¡Voluble! Una palabra de la que se ha abusado, pero es la descripción literal de su temperamento».

—NEVILLE CHAMBERLAIN

CONTENIDO

Introducción

I. Un privilegiado marginado
Los inicios no siempre tienen que ser buenos

II. Un militar que aprendió la disciplina
El valor del respeto a la autoridad y a las reglas

III. Un periodista comprometido
Las dificultades pueden enseñarnos más que las facilidades

IV. Un gran orador
Saber comunicar es fundamental para dirigir a otros hacia la meta

V. Afrontar nuevos retos y una dolorosa derrota
Las vidas no son rectilíneas, a veces hay que volver a empezar

VI. Sin miedo a cambiar
Necesitamos tiempo para pensar y reordenar nuestras prioridades

VII. La conciencia de un país
Ver por encima de la mediocridad

VIII. Enfrentarse a los problemas
¿Quién dijo que ser un líder fuera fácil?

IX. Organizar el futuro
Nadie conoce su destino, pero cada uno debe vivir como si lo supiera

X. Seguir hasta el final
El verdadero liderazgo se termina con la vida

Cronología

Bibliografía

Notas

Acerca del autor

INTRODUCCIÓN

Cuando Sir Winston S. Churchill se inclinó y sintió cómo un sudor frío le recorría la frente, tuvo temor. Al otro lado, la Cámara de los Comunes, millones de británicos y todo el mundo libre esperaban escuchar sus palabras. Nadie quería perderse el mensaje del nuevo primer ministro, que apenas unos días antes había formado gobierno a petición del rey Jorge VI.

Churchill respiró hondo y pensó por unos instantes el enfoque de su discurso. Podía optar por emplear el tono pesimista y derrotista de su antecesor Neville Chamberlain. Sin duda, la situación era lo suficientemente difícil para sentirse acorralado. La otra opción consistía en mostrar un optimismo infantil, ignorando los peligros que se cernían sobre la isla y el resto del mundo. No le convenció ninguno de los dos planteamientos.

El primer ministro inclinó la cabeza y tomó aire por última vez. El público aguardaba en silencio, con el corazón en un puño y deseoso de aferrarse a cualquier esperanza. Churchill levantó el rostro, después carraspeó y acto seguido comenzó a hablar:

> Debemos recordar que estamos en las fases preliminares de una de las grandes batallas de la historia, que nosotros estamos actuando en muchos puntos de Noruega y Holanda, que estamos preparados en el Mediterráneo, que la batalla aérea es continua y que muchos preparativos tienen que hacerse aquí y en el exterior. En esta crisis, espero que pueda perdonárseme si no me extiendo mucho al dirigirme a la cámara hoy. Espero que cualquiera de mis amigos y colegas, o antiguos colegas, que están preocupados por la reconstrucción política, se hagan cargo, y plenamente, de la falta total de ceremonial con la que ha sido necesario actuar. Yo diría a la cámara, como dije a todos los que se han incorporado a este gobierno: «No tengo nada más que ofrecer que sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor...».[1]

Todos se quedaron boquiabiertos, ¿quién era aquel hombre? ¿Cómo podía hablar con tal seguridad en uno de los momentos más difíciles de la historia del mundo?

Sin duda Winston Churchill, un miembro de la aristocracia británica, era todo menos convencional. George Orwell, el famoso escritor, dijo de él: «Es más parecido a un hombre de la calle que a una figura pública».

Uno de los libros que más se ha aproximado a la verdadera personalidad del primer ministro fue el publicado en 1968, con el título: Churchill: Four Faces and the Man [Churchill: Las cuatro caras del hombre]. En el libro se analizaban las cuatro facetas principales del personaje: el líder, el político, el historiador y el hombre, aunque Churchill tenía muchas más caras. No olvidemos que también fue un gran escritor, reportero, militar, pintor, parlamentario, orador y sobre todo un luchador.

En la década de los años setenta y ochenta, surgieron las visiones más críticas sobre el personaje. Aparecieron libros como Churchill: A Study in Failure, en el que se destacan los numerosos errores cometidos por el primer ministro, sobre

todo en los primeros años como parlamentario y ministro de diferentes gobiernos.

Aunque la obra más demoledora contra Winston Churchill fue Churchill: The End of Glory, el libro de John Charmley que intentó destruir el mito de «el hombre que salvó a Europa».

La obra de Lord Jenkins, publicada hace algunos años, ha intentado rehabilitar una figura que para el gran público sigue siendo una de las más importantes de la historia.

Churchill fue ante todo fiel a sí mismo, un hombre valiente, decidido, persistente y con una capacidad de mando excepcional.

Pero sigamos escuchando su discurso ante la Cámara de los Comunes, antes de que abramos el telón de la historia:

> Tenemos ante nosotros una prueba de la más penosa naturaleza. Tenemos ante nosotros muchos, muchos, largos meses de combate y sufrimiento. Me preguntan: «¿Cuál es nuestra política?» Se lo diré: Hacer la guerra por mar, por tierra y por aire, con toda nuestra potencia y con toda la fuerza que Dios nos pueda dar; hacer la guerra contra una tiranía monstruosa, nunca superada en el oscuro y lamentable catálogo de crímenes humanos. Esta es nuestra política.2

El éxito es aprender
a ir de fracaso en fracaso
sin desesperarse.

Capítulo I

UN PRIVILEGIADO MARGINADO

Los inicios no siempre tienen que ser buenos

El año 1874 fue relativamente tranquilo. Cuatro años antes habían terminado las guerras en el continente, se había culminado el proceso de la unificación de Italia y Alemania y, en Gran Bretaña, las revoluciones sociales parecían apaciguarse mientras Europa entraba en un largo periodo de estabilidad.

Benjamín Disraeli acababa de comenzar su segundo mandato como primer ministro y el Imperio Británico seguía extendiéndose por el mundo entero. La Época Victoriana estaba en pleno apogeo. Fue un periodo caracterizado por un estilo de vida particular y una concepción del hombre y del mundo, que iba a desaparecer por completo en el siglo XX.

El propio Winston Churchill, en su libro Mi juventud, definió muy bien los cambios que se iban a producir en el mundo en el último cuarto del siglo XIX:

> Cuando analizo este libro como un todo, me doy cuenta de que he descrito una época que ya ha desaparecido. El carácter de la sociedad, los fundamentos políticos, las tácticas de guerra, la actitud de los jóvenes, la escala de valores, todo ha cambiado, y lo ha hecho hasta un punto que nunca hubiera imaginado que pudiera producirse en tan breve periodo de tiempo sin una revolución social violenta. Y no creo que todo haya cambiado para mejor. Yo fui un niño de la época victoriana, cuando los cimientos de nuestro país parecían estar sólidamente asentados...[1]

¿Cómo era el mundo en el que nació Winston Churchill? ¿Cuáles fueron los principios básicos de su educación? ¿Qué oportunidades le ofrecía la vida?

Noble cuna

Si analizamos superficialmente su vida, podríamos pensar que el nieto de George Spencer-Churchill, duque de Marlborough, el hijo de Lord Randolph Churchill, varias veces ministro y presidente de la Cámara de los Comunes, iba a tener una vida fácil y llena de comodidades. Nada más lejos de la realidad.

Sir Winston Leonard Spencer-Churchill, ciertamente nació el 30 de noviembre de 1874 en el Palacio de Bleheim, Woodstock, Oxfordshire, la suntuosa casa familiar, aunque sus primeros años los pasó en Irlanda. Su padre era el secretario personal de su abuelo, recién nombrado Lord Gobernador de la isla, pero fue un niño solitario, apartado del afecto de sus padres.

Su madre, Lady Randolph Churchill, norteamericana, hija de un rico hombre de negocios y una de las damas más distinguidas de la sociedad, pasaba más tiempo organizando fiestas, montando a caballo o viviendo aventuras con sus numerosos amantes, en compañía de su hijo Winston. Por eso, una de las personas que más le influyó en aquellos años fue su niñera, la señora Everest. Esta humilde mujer marcó algunos de los rasgos más característicos de Churchill. Él mismo lo declara en su autobiografía: «Mi confidente era mi niñera Everest. La señora Everest me cuidaba y entendía todas mis necesidades».[2]

La niñera, una mujer de fe sencilla, le instruyó en sus primeros pasos cristianos. La señora Everest era simpatizante de la Baja Iglesia Anglicana, muy próxima a las ideas de los no conformistas, por ello Churchill siempre mantuvo una fría relación con la Alta Iglesia Anglicana, mucho más ceremoniosa y ritualista.3

Winston Churchill pasa casi de puntillas a la hora de relatar su infancia en su autobiografía, pero sin duda sus relaciones con sus padres no eran buenas.

La madre de Churchill pasó muy poco tiempo con él, aunque en su etapa juvenil le apoyó en algunos proyectos profesionales y le mandó fielmente la asignación que le correspondía. De ella diría Churchill que era como un lucero vespertino, a la vez distante y anhelado.

En su etapa adolescente, su trato epistolar era cercano, aunque en la época castrense de Churchill, cuando el dinero de la familia comenzó a escasear, surgió cierta tensión entre ambos.

La relación de Churchill con su padre fue prácticamente nula. Lord Randolph era un hombre extremadamente ocupado, que dedicaba más tiempo a su vida pública y su carrera política que a la familia. En los últimos años, Lord Randolph estuvo enfermo, lo que le mantuvo deprimido y alejado de la gente que le rodeaba. A pesar de la poca relación paterno-filial, Churchill imitó a su padre en muchos aspectos. De él heredó su carácter difícil y su ambición política, también su sencilla pero contundente oratoria.

La única charla en la que Winston Churchill sintió por primera vez que se conectaba con su padre fue en Chartwell, cuando su progenitor charló con él después de haber tomado unas copas de más. El joven Winston comentó acerca de aquella velada: «Esta noche hemos hablado más de lo que jamás conversé con mi padre en toda su vida».4

Churchill admiraba profundamente a su progenitor, como lo pone de manifiesto en su autobiografía al reconocerle como un gran hombre de Estado. La opinión de sus contemporáneos hacia su padre no era tan favorable. A pesar de que la mayoría reconocía las habilidades oratorias de Lord Randolph, tenía el don de la insolencia, era desmedidamente ambicioso y podía llegar a ser cruel. Su humor ácido, su encanto personal y la fama de su apellido, le convirtieron en uno de los políticos más populares del momento.

Lord Randolph logró ser ministro en varias ocasiones y era uno de los miembros más destacados del partido conservador. El padre de Churchill era independiente y no dudó en criticar a su propio partido cuando pensó que lo merecía. Sus ideas eran conservadoras, pero con algunos matices progresistas, hasta cierto punto en la línea que Winston Churchill iba a desarrollar durante su carrera política.

Los padres de Churchill no eran muy religiosos y su moral dejaba mucho que desear. Ambos cónyuges habían sido infieles el uno al otro en varias ocasiones, una actitud que repudió Churchill toda su vida, al considerarla hipócrita e inmoral.

Tras la muerte de su marido Lady Randolph volvió a casarse en dos ocasiones, primero con George Cornwallis-West y más tarde con Montague Phippen Porche, un joven tres años menor que su hijo Winston. Entre sus numerosos amantes se cree que se encontraba el rey Eduardo VII.

Su hermano, John Spencer Churchill, era seis años menor que Winston. Churchill no habla mucho de él en sus memorias, tal vez porque permanecieron

gran parte de su vida separados por colegios y academias. El único periodo que pasaron juntos fue en la Guerra de los Boers, en Sudáfrica. John era oficial del ejército y Winston ejercía como corresponsal de guerra en aquel momento.

UN MAL ESTUDIANTE

La educación de Churchill no fue sencilla. Después de vivir los primeros años como un niño mimado, sin muchas obligaciones, la llegada de una institutriz a la casa y la obligación de aprender a leer y escribir en unos meses le traumatizaron. Su niñera le había enseñado algunos rudimentos, pero tuvo que aprender rápidamente a leer, para ingresar en uno de los colegios privados en los que se criaba la élite del país.

Winston dice acerca de esta experiencia:

> Cuando llegó la fatídica hora de la incorporación de la institutriz, en modo alguno había completado mi preparación. Hice lo que han hecho muchas personas oprimidas en situaciones parecidas: hui al bosque [...] Transcurrieron varias horas antes que dieran conmigo y me entregasen a la institutriz.[5]

La indisciplina y rebeldía del pequeño Churchill era manifiesta y se agravó más tras su llegada a la escuela. A los siete años fue enviado a Saint James, uno de los centros más modernos de la época. En las aulas apenas había diez alumnos y estaban dotadas de modernidades como piscinas y luz eléctrica.

Winston Churchill tuvo su primer choque a los pocos minutos de llegar a la escuela. Un profesor le sentó enfrente y le pidió que declinara un verbo en latín. Cuando el niño le dijo que no entendía para que servía todo aquello, el profesor le amenazó con castigarle por insolente.

El niño tuvo que enfrentarse a un mundo hostil, muy alejado de las comodidades y cuidados de su niñera. Además, su tartamudez no le proporcionaba mucha seguridad en un ambiente tan opresivo y disciplinado.

Muchos de los profesores y sus propios padres pensaron que su atraso se debía a algún tipo de disfunción o incapacidad intelectual, aunque, con toda probabilidad, Churchill era un niño superdotado, que no encontraba en el rígido sistema de educación victoriano el apoyo necesario.

Churchill aprovechó su estancia en la escuela para leer todo lo que caía en sus manos. Su aversión a las lenguas clásicas fue algo que le persiguió de por vida. Él mismo cuenta que, en los doce años que estuvo en la escuela, no aprendió nada de latín.

Tras una grave enfermedad, Churchill logró salir del colegio St. James. En 1883 fue trasladado a un nuevo colegio en Brighton. El centro era más humilde, pero su adaptación fue mucho mejor. Allí aprendió francés, historia, literatura, podía montar a caballo y nadar. El único inconveniente de la nueva escuela era su rechazo al ritualismo de la Alta Iglesia Anglicana y su formalismo.[6]

En los primeros años de la vida de Winston Churchill vemos algunos rasgos de su carácter, pero también algunas de las pautas básicas que se han dado a lo largo de la historia en muchos líderes.

La primera condición para la formación del carácter de líder son las **dificultades y cómo se enfrenta a ellas**. En el caso de Churchill logró superar

muchos de esos obstáculos como: su tartamudeo, sus traumas personales y su falta de adaptación a los modelos autoritarios.

El mismo Churchill dice de esta etapa de su vida:

> Fue muy ingeniosa la delicada forma en que aquellas dos señoras trataron mis escrúpulos. Los resultados correspondieron a sus atenciones. Nunca jamás he vuelto a causar problemas o a sentirme turbado hasta tal extremo. Como no había violencia ni malos tratos, poco a poco fui adoptando una actitud tolerante y una mentalidad amplia.[7]

La segunda condición es **tener una opinión propia de las cosas** aunque esta entre en conflicto con la de la mayoría.

La tercera condición es el **amor al conocimiento**. Churchill nunca aborreció el aprendizaje, pero sí que nadie se molestara en enseñarle las utilidades de las materias que tenía que estudiar.

La cuarta de las condiciones que formaron el carácter de líder de este niño solitario fue la **fidelidad a sus convicciones**, sobre todo a las adquiridas a través de la señora Everest.

Por último, la quinta condición fue el tener **un modelo a seguir** y **una vocación. E**l modelo era su padre que, a pesar de ser distante, constituía para Churchill un ejemplo del hombre en el que quería convertirse. La vocación fue la carrera militar.

Winston Churchill fue un niño difícil, solitario y lleno de complejos, pero supo transformar todo eso positivamente, reforzar su personalidad, reaccionar favorablemente cuando intuía que la gente quería ayudarle y convertir sus ideas rígidas en otras más tolerantes. En definitiva, había aprendido a negociar. La vida se compone de muchos acuerdos, en los que unas veces salimos mejor peor parados unos y otras veces otros. Winston Churchill jamás olvidó este principio y se convirtió en uno de los mejores negociadores de la historia.

Mientras cruzaba la verja de su nuevo centro de enseñanza, Harrow, ya no era el mismo niño asustado al que le había costado separarse de las faldas de su niñera, ahora era un adolescente que empezaba poco a poco a confiar en sí mismo.

El éxito no es definitivo,
el fracaso no es fatídico.
Lo que cuenta es el valor
para continuar.

Capítulo II

UN MILITAR QUE APRENDIÓ LA DISCIPLINA

El valor del respeto a la autoridad y a las reglas

Mientras sentía cómo el pulso le temblaba y el corazón le latía a mil por hora, miró de nuevo la hoja en blanco y sintió una especie de estremecimiento. Era la primera vez que Winston Churchill se enfrentaba a un examen de ingreso y ahora se daba cuenta que la vida iba en serio. Su pequeño mundo infantil, en el que había pasado muchas y agradables horas, se resquebrajaba. La realidad era dura y difícil. Tenía doce años, un expediente académico pésimo y serias dificultades para adaptarse. Sus exámenes no fueron muy buenos, ya que Churchill se negaba a aprender aquellas materias que no le gustaban. Ante su fracaso escolar, sus padres decidieron enviarle a una escuela militar, no confiaban en su capacidad intelectual y pensaban que era mucho mejor destinar a su hijo al oficio de las armas que gastar tiempo y esfuerzo en proporcionarle una carrera universitaria. Si su primogénito hubiera mostrado mayores dotes, hubieran insistido para que estudiara derecho en alguna de las prestigiosas universidades del país, como paso previo a su entrada en política.

La escuela elegida fue la de Harrow. El centro no tenía un gran nivel académico, pero facilitaba un adiestramiento militar, que podía ayudar a Winston a pulir algunos defectos de su carácter y facilitarle su acceso al ejército.

El mal estudiante

Los exámenes de ingreso en la escuela de Harrow no fueron muy buenos. Aunque el recibimiento del director, el señor Welldon, fue más cálido que en Saint James. El director supo ver en Winston algunas de sus cualidades. Aun así, el joven Churchill fue colocado en la última clase, la de los más atrasados. Al parecer, los continuos fracasos comenzaron a hacer mella en el adolescente, que siempre se veía como el último de la clase. Lo que si entusiasmó al joven fue que, mientras los mejores alumnos estudiaban latín y las asignaturas que él odiaba, su grupo se dedicaba al estudio del inglés.

Churchill conoció en aquella época a un profesor que le marcó, el señor Somervell. El profesor logró sacar todo el potencial de Churchill e interesarle por el estudio de la gramática. La formación lingüística le serviría años después para convertirse en un escritor de éxito.

En Harrow también desarrolló Winston su afición por el deporte y la competición. Churchill logró ganar un premio en su escuela, a pesar de ser uno de los alumnos más atrasados. Consiguió recitar un largo poema de mil doscientos versos. Al poco tiempo aprobó uno de los exámenes para entrar en el ejército. Él mismo nos narra en su autobiografía que aquello le animó a seguir adelante. El joven Churchill había aprendido que el esfuerzo termina por dar su recompensa.

El examen de acceso al ejército consistía en dibujar detalladamente un país del Imperio Británico al azar, a Churchill le tocó dibujar justo el mapa de Nueva

Zelanda, que había estudiado la noche anterior.

A Winston le agradaba la vida militar, tal vez porque en su soledad había desarrollado una gran afición a las batallas con sus soldados de plomo. En una de las ocasiones en las que Churchill y su hermano habían colocado sus ejércitos para jugar, Sir Henry Drummond Wolff, un amigo de su padre, se quedó impresionado por la aptitud del joven Churchill para la organización. A los pocos días, su padre se pasó por la sala de juegos y unos instantes después le preguntó si quería entrar en el ejército.

Tras cuatro años y medio en Harrow, de los cuales tres fueron en la clase de adiestramiento militar, Churchill tenía que abandonar la escuela e intentar ingresar en Sandhurts o en Woolwich. Lo triste era que en esta etapa de su vida apenas había aprendido poco más que las asignaturas formales, lo que le limitaría en el futuro.

El ingreso en Sandhurts no fue sencillo, el joven Churchill tenía cinco materias, de las que inglés, latín y matemáticas eran obligatorias. Las otras dos eran francés y química. Sus conocimiento en latín, francés y matemáticas eran muy limitados, si no dominaba al menos tres de las cinco materias, nunca pasaría la prueba. Churchill se centró en una de ellas, las matemáticas, comprendiendo el principio de que es mejor centrarse en un solo objetivo y acertar, que en varios objetivos y no alcanzar ninguno. Winston se dedicó a las matemáticas en cuerpo y alma. Tenía un objetivo, entrar en la academia militar y convertirse en soldado, para ello estaba dispuesto a dedicar todo el tiempo que fuera necesario. Después de seis meses, al menos dominaba la materia en parte. Se presentó al primer examen y suspendió. De los dos mil quinientos puntos de la asignatura, únicamente consiguió obtener quinientos.

Los padres de Churchill pusieron a un profesor llamado C. H. P. Mayo para que le ayudara con la asignatura. El profesor consiguió, además de que la aprobara, que Churchill comenzara a entender y apreciar la materia.

Tras dos nuevos intentos, Churchill consiguió aprobar el examen.

Winston estaba muy contento, pero sobre todo entendía que por una vez en su vida había conseguido algo por su esfuerzo, aunque en parte intuyera que algo sobrenatural guiaba sus pasos. Él mismo lo narró en su autobiografía con estas palabras:

> Lo que me llevó a establecer una conclusión sobre el libre albedrío y la predestinación: a saber —y que me corrija el lector si me equivoco— que son idénticos.[1]

Churchill recibió además la ayuda de un preparador, el capitán James, pero poco antes del ingreso en la academia militar sufrió un accidente que estuvo a punto de matarle o dejarle sentado en una silla de ruedas de por vida. El incidente se produjo mientras pasaba unas vacaciones en la casa de su tía lady Wimborne, en un juego con su hermano y su primo, se arrojó al vacío desde un puente. El susto le costó tres días de inconsciencia y casi tres meses en cama.

Esta época coincidió con la del deterioro político y físico de su padre, Churchill tenía dieciocho años y empezaba a ser consciente de los problemas económicos y sentimentales que atravesaba la familia.

Aquel año fue cuando Churchill tuvo una conversación sincera con su padre. Él mismo la describe en su autobiografía. Al parecer, después de una pequeña discusión, su padre le confesó que a veces los adultos eran demasiado crueles con

los jóvenes. Los adultos vivían en su propio mundo y desahogaban su ira sobre sus hijos, al no poder solucionar las frustraciones de la existencia. Después hablaron de su vida en el colegio, de la idea de hacer carrera en el ejército y de cómo serían las cosas cuando Churchill fuera adulto. Winston nos confiesa que aquella noche escuchaba embelesado a su progenitor, atraído por la repentina elocuencia de su padre y su cercanía.

Antes de terminar, su padre le dio un consejo:

> Recuerda que las cosas no siempre salen bien. Cada acción, cada opinión mía es juzgada de forma errónea, y cada palabra distorsionada...tienes que ser indulgente conmigo.[2]

Esta sencilla conversación marcó la vida de Churchill. Aunque las palabras finales de su padre no eran necesarias, su joven hijo le admiraba y era su más ferviente partidario.

Durante aquella etapa, el joven Churchill conoció en la casa de su padre a muchas de las figuras más destacadas de la política y estuvo al tanto de lo que sucedía en el Parlamento. Aquel ambiente le transformó, él quería ser como uno de ellos. Parecerse a Chamberlain, a Edward Carson o al señor John Morley. Había descubierto una nueva vocación, la política.

Otra de las aficiones de Churchill fue asistir a los debates en la Cámara de los Comunes, allí escuchó numerosos discursos. Se fijaba en cómo hablaban los parlamentarios y qué gestos empleaban. En el joven estudiante se estaba forjando un deseo que años después desembocaría en su carrera política.

Las dificultades para entrar en la escuela militar, empujaron al joven Churchill a abandonar su idea de ingresar en infantería. Al parecer, la opción de caballería era mucho más sencilla. Además, el joven estudiante era muy aficionado a los caballos. Al final, ingresó en la Escuela de Cadetes de Caballería de Sandhurst.

El ingreso en caballería supuso una nueva frustración para Churchill, su padre hubiera preferido que ingresara en el regimiento de fusileros. Pero su progenitor no se limitó a quejarse y sugerirle que entrara en los fusileros, escribió una carta al duque de Connaught para que admitieran a su hijo en el regimiento, pero al final Churchill entró en la caballería y se negó a cambiar de regimiento.

Lo que no había previsto el joven cadete era que servir en la caballería era mucho más caro que en infantería. En su regimiento tenía que utilizar varios caballos, ya fueran estos comprados o alquilados.

Oficial de caballería

Antes de incorporarse al cuerpo, Churchill hizo un tour por buena parte de Europa acompañado por su hermano. Viajaron a Suiza, escalaron varias montañas, en el lago de Lausana sufrió un accidente que casi le cuesta la vida de nuevo.

Churchill entró en la academia militar con ilusión, pero con cierto pesimismo. En los doce años pasados en la escuela, apenas había conocido algún logro y era un estudiante mediocre, por no decir pésimo.

El joven Churchill detestaba la formación prolongada y poco práctica, tampoco le agradaba el sistema disciplinario de los colegios privados, seguramente temía que la historia de los anteriores centros volviera a repetirse en Sandhurst, pero las

enseñanzas en Sandhurst eran muy distintas a la de sus anteriores escuelas. Allí no era necesario saber latín, francés o matemáticas. Las asignaturas eran: Táctica, fortificación, topografía, derecho y administración militar. También se daba mucha importancia el ejercicio físico y la equitación.

Churchill se esforzó al máximo, ahora podía centrarse en lo que realmente le gustaba. Aceptó sin rechistar la disciplina del centro y las interminables horas de estudio y ejercicios.

Durante aquella etapa, Churchill leyó muchos tratados de táctica militar, relatos sobre guerras y todo tipo de libros también de carácter militar.

Al poco tiempo, Churchill ya era un oficial cadete. Según él mismo nos cuenta, aquel primer logro satisfizo mucho a su padre. La relación entre ambos mejoró. A partir de ese momento, Churchill pudo acompañar a su progenitor a algunos espectáculos y a las reuniones con sus amigos.

Winston quería agradar a su padre y serle útil haciendo cualquier tipo de trabajo para él, pero su progenitor no le veía preparado. Tal vez le notaba demasiado joven todavía. El acercamiento entre ambos no pudo completarse en la medida que Churchill deseaba. El joven cadete sabía que si su padre hubiera vivido un poco más hubieran podido colaborar juntos en muchos proyectos, pero eso nunca llegó a pasar.

En 1894, la enfermedad de su padre era evidente, pero él seguía trabajando a buen ritmo, sin hacer mucho caso de sus dolencias. Aunque el declive político de su progenitor era indudable y su peso en los medios de comunicación se apagaba poco a poco, seguía insistiendo en estar en primera línea política. Aunque, para su propio partido, Lord Randolph era un hombre incómodo a finales del siglo XIX, su vehemencia no calzaba bien con los deseos de Lord Salisbury, el primer ministro, que deseaba una política calmada, en especial con el asunto de Irlanda. Por otro lado, el cargo de ministro de hacienda, que su padre había ejercido durante años, le había dejado fuera de la ortodoxia política del grupo tory.[3] La línea de Lord Randolph era gladstoniana, apoyando mejoras sociales para las clases más humildes, mientras que el Partido Conservador prefería mantener las cosas como estaban.

Aquel mismo año, Churchill recibió una nota urgente. Debía dirigirse a Londres de inmediato. Con el corazón en un puño, el joven recorrió el trayecto temiéndose lo peor, pero su padre se encontraba bien, le había convocado para que hiciera un viaje con él alrededor del mundo. Aquella hubiera sido la ocasión perfecta para que ambos se hubieran conocido a fondo, pero la academia denegó el permiso a Churchill y su padre partió solo.

En el último trimestre de la escuela, Churchill asumió su primer enfrentamiento político. Se unió a un curioso club en defensa de la diversión, después de que intentaran cerrar algunos locales públicos que solía frecuentar. Vehemente como era, no simplemente se unió a esta liga, si no que se decidió a dar su primer discurso. La charla era en un oscuro hotel de Londres. Cuando Churchill apareció allí, se encontró que el fundador de la liga y él eran los únicos asistentes a la charla. Winston se marchó decepcionado de la reunión. Aquel primer fracaso no le desanimó, al contrario, Winston se vio reafirmado en su deseo de intervenir en la vida política y encauzar las opiniones de sus conciudadanos.

Cuando regresó a la academia de cadetes ocultó su fracasado intento, no quería quedar mal ante sus compañeros. En esta primera prueba, Churchill había

demostrado tenacidad, determinación y compromiso con las causas perdidas.

El joven cadete logró graduarse con honores en la academia, con el octavo puesto en un batallón de ciento cincuenta hombres.

En 1894, Churchill regresó a casa con su primer logro académico y con la posibilidad de incorporarse al ejército en cuanto quisiera. Su etapa infantil y juvenil estaba a punto de concluir. Él mismo define la incertidumbre del mundo que se le abría por delante con estas palabras:

> Pasé directamente de Sandhurst al mundo, que se abría ante mí como la cueva de Alí-Babá. Desde 1895 hasta hoy no he tenido tiempo de mirar atrás. Podía contar con los dedos de la mano los días en los que no he tenido nada que hacer. Una larga película en la que yo era uno de los actores.[4]

Aquellos años fueron los mejores para Churchill. Al final había encontrado un camino que seguir. En su libro, Mi vida, hace una verdadera exaltación de aquellos años. Sus palabras no pueden ser más elocuentes:

> He pasado por altibajos, peligros y aventuras, pero siempre con la sensación de estar activo, ilusionado y esperanzado. Adelante, jóvenes; ¡recorred el mundo! Ahora sois más necesarios que nunca, para cubrir el hueco que ha dejado esta generación diezmada por la guerra. No tenéis ni un minuto que perder. Debéis ocupar vuestro lugar en la batalla de la vida. ¡Jóvenes de veinte a veinticinco años! ¡Esos son los años! No os conforméis con las cosas tal y como están. La tierra os pertenece en su totalidad...No os conforméis con un «no» por respuesta. Nunca desfallezcáis ante el fracaso. No os envanezcáis con el éxito. Cometeréis todo tipo de errores, pero mientras seáis generosos, sinceros y bravos a la vez, nunca haréis daño al mundo ni le causaréis aflicción alguna. Está hecho para ser conquistado y vencido por la juventud. Ha sobrevivido y prosperado gracias a las conquistas continuas.[5]

Las palabras de Churchill son un canto a la juventud y al poder transformador que siempre ha tenido, pero de sus frases también podemos sacar algunos principios básicos de su etapa como estudiante.

Una de esos principios básicos fue **no conformarse**. Cada vez que emprendemos un trabajo, un proyecto o alcanzamos un logro, debemos persistir hasta completar totalmente nuestra meta.

Un principio malo no implica un mal final. Winston logró transformar sus primeros fracasos escolares en un éxito al final de sus estudios. Para ello, Churchill **se centró en lo que sabía hacer bien y no se obsesionó con lo que no sabía hacer**.

Cuando tuvo que enfrentarse a los exámenes de aceptación en la academia militar, no dividió sus fuerzas en las diferentes asignaturas, eligió la que creía que podía dominar y se dedicó a ella, hasta que consiguió su objetivo.

A pesar de las bajas expectativas que sus padres y conocidos tenían de él, **siguió creyendo en sí mismo**, sacando fuerzas de su interior.

Descubrió que la verdadera motivación siempre es interior, que las motivaciones externas no siempre son constantes.

Se mantuvo firme ante la decisión de ingresar en caballería, aunque su padre quería otra cosa. Churchill era consciente de que lo que estaba en juego era su vida. Los consejos de las personas que tenemos alrededor pueden ayudarnos a encontrar el camino, pero nunca determinarnos.

Buscó en la lectura la ampliación de su conocimiento y mantuvo intacto su

deseo de aprender.

Supo reconocer a las personas que le ayudaron a superar sus problemas y aprendió a ser más tolerante en sus opiniones.

Valoró años después, de una manera positiva, su actitud vital, reconociendo el derecho de las nuevas generaciones a intentar cambiar las cosas.

Logró comprometerse en una causa, hasta el punto de prepararse para defenderla desde un púlpito.

Por último**, superó la enfermedad y la adversidad**, aprovechando incluso el tiempo de convalecencia.

EL GUERRERO

En este capítulo hemos comprobado que Winston Churchill fue un estudiante atípico. Brillante en algunas asignaturas, un desastre en otras, indisciplinado, algo pendenciero y firme en sus ideas. Estas cualidades y defectos, que apenas se intuyen en la primera etapa de su vida, van a cristalizar en su primer periodo como militar.

Churchill ingresó en el 4º Regimiento de Húsares, mientras aún estaba en la academia. El joven oficial recibió una invitación del coronel Brabazon. El coronel era un viejo amigo de la familia y, desde que se enteró de la intención de Churchill de ingresar en la caballería, le ofreció servir a su lado.

Cuando Churchill entró en el comedor de oficiales y contempló sus brillantes uniformes azules, se quedó deslumbrado. Quería ser como uno de ellos y por primera vez en su vida, sentir que pertenecía a algo.

El coronel Brabazon deseaba que Churchill entrara en su regimiento, pero el padre continuaba intentando por su lado que su hijo fuera admitido en infantería. El duque de Connaught, uno de los viejos amigos de la familia, también había presionado al joven Churchill para que entrara en el 60º Regimiento de Fusileros.

Toda la oposición de su entorno no pudo doblegar la voluntad de Churchill. Al final sus padres cedieron y le autorizaron a ingresar en caballería.

Justo antes de que Churchill se incorporara a su regimiento, sufrió uno de los golpes más terribles de su vida. Su padre falleció el 24 de enero de 1895.

Churchill recibió el aviso mientras pernoctaba en casa de unos vecinos. El joven corrió en mitad de la noche, atravesando las oscuras calles de Londres. La nieve cubría con su manto blanco el suelo empedrado de las amplias avenidas, como si una alfombra dirigiera los pasos del aterrorizado y confundido muchacho.

Al parecer, su padre murió plácidamente, después de unos días en los que había perdido el conocimiento.

Winston Churchill notó la pérdida enseguida. En sus ensoñaciones se había visto al lado de su padre, ayudándole en política y haciendo que se sintiera orgulloso, pero no había tenido tiempo para ver cumplidos sus sueños.

Describe así sus sentimientos:

> Todos mis sueños de camaradería juntos, de entrar con él en el Parlamento y ayudarle, se esfumaron. Lo único que podía hacer era luchar por sus objetivos y revindicar su memoria.[6]

El joven oficial sentía que no había logrado cumplir las expectativas de su

padre. Su temprana muerte había frustrado los deseos de Churchill de colaborar codo con codo con él. Sin saberlo, Churchill estaba marcando a fuego en su mente el deseo de entrar en política para imitar los pasos de la persona que más admiraba en este mundo, su progenitor. Aún pasarían varios años antes de que se dedicara a la política, pero su futuro se determinó aquella noche.

La otra lección que aprendió Churchill fue la de la soledad. Ya no había una guía que le indicara el camino, la luz se había apagado y se encontraba de nuevo a oscuras. A partir de ese momento, debía aprender a moverse por sí mismo.

Churchill utilizó palabras muy elocuentes para referirse a la situación en la que se encontraba:

> A partir de ese momento me convertía en dueño de mi destino. Mi madre siempre estuvo a mi lado ofreciéndome ayuda y consejo; pero como ya había cumplido los 21 años, nunca trató de ejercer control sobre mí. Es más, no tardó en convertirse en mi más ferviente aliada, apoyando mis proyectos y cuidando de mis intereses con toda su influencia e inagotable energía.7

Churchill estaba y se sentía solo. Aunque es cierto que su madre siempre fue un apoyo, nunca constituyó para él un modelo a seguir. Su madre tenía una vida mundana, que chocaba de frente con la austeridad del joven. Él mismo lo afirma al decir que su madre y él actuaron de igual a igual, más como hermanos que como madre e hijo.

La pérdida de su padre, más que paralizarle, le impulsó. Ahora tenía que demostrar su valía al mundo e intentar que su difunto padre se sintiera orgulloso de él. A partir de ese momento, muchas de sus actuaciones tendrían la clara intención de completar la obra inacabada de su progenitor.

En marzo de 1895, se publicó su incorporación al regimiento. Los primeros meses fueron de adaptación y entrenamiento, sufriendo los rigores del ejército y practicando la equitación.

Churchill era un enamorado de la guerra, pero no de la terrible guerra moderna, tan cruel y despiadada. Lo que realmente amaba eran las gestas de los caballeros enfrentados en un mundo en el que el honor era igual de importante que la victoria.

El joven Churchill se manifiesta como un hombre clasista, conservador, con una fe ciega en el Imperio Británico y en la superioridad del mundo anglosajón, no únicamente sobre las otras culturas indígenas, sino también sobre todos los países occidentales.

La guerra moderna le parecía despiadada, indiscriminada, y la abominaba hasta el punto de que, cuando escribió su autobiografía, confesó que prefería la paz de la Sociedad de Naciones a ese tipo de guerra mezquina. Sin duda, tenía en mente la Gran Guerra que unos años antes había terminado con la destrucción de millones de personas.

El mundo cambiante que le rodeaba no le gustaba. Le hacía sentirse inseguro, pero al mismo tiempo veía inevitable ese cambio y trató de adaptarse a él.

Churchill expresó su confusión con las siguientes palabras:

> También me pregunto a menudo si otra generación habrá presenciado una revolución tan asombrosa en cuanto a los hechos y valores como la que sufrió la nuestra. Prácticamente, nada de lo que me habían enseñado a creer que era permanente y fundamental ha

> perdurado. Todo lo que yo creía, o me habían asegurado, que era imposible que ocurriera, ha sucedido.[8]

La capacidad de análisis del joven Churchill le permitió entender los constantes cambios de la sociedad en la que había nacido, contribuyendo él a muchos de ellos.

Muerto su padre, Churchill buscó en el coronel Brabazon un modelo a seguir. El coronel, al igual que Churchill, tenía algunos problemas de dislexia, también provenía de una familia rica venida a menos. Tras una larga experiencia militar, había terminado dirigiendo el 4º Regimiento de Húsares, sus superiores le habían impedido que llevara el 10º Regimiento, uno de los más prestigiosos del ejército, al considerar que por su cargo y origen no era digno de regirlo. Brabazon era el tipo de persona que admiraba Churchill, un hombre que se había hecho a sí mismo.

La muerte de su mejor amiga

Otro acontecimiento desgraciado sucedió poco después, en ese fatídico año de 1895. Su niñera, la señora Everest, falleció. Churchill había acudido unos días antes a visitarla, al agravarse su salud. La niñera vivía con la familia de su hermana. Cuando el joven oficial se acercó hasta el norte de Londres para verla, le sorprendió que, más que quejarse por sus dolencias, la señora Everest mostró preocupación por el joven oficial, al ver que estaba calado hasta los huesos.

Churchill pagó los mejores especialistas para que cuidaran a la que en muchos sentidos había sido su madre. Después de un inciso de ir al cuartel para una parada militar, regresó junto a su niñera. Churchill permaneció junto a su lecho hasta su último suspiro.

El ejemplo de la señora Everest le dejó profundamente marcado:

> Llevó una vida tan inocente y afectuosa de servicio a los demás, y había mantenido una fe tan simple, que ni le tenía miedo a la muerte ni le importaba demasiado. Había sido mi más querida e íntima amiga durante mis primeros veinte años de vida.[9]

La vida y la muerte de la sencilla niñera de Churchill marcarían algunas de sus creencias más profundas. Churchill siempre admiró a la gente de fe sencilla, sin artificios ni pomposos ritos externos. Aprobó la bondad de aquellos que sacrifican su vida por los demás. La señora Everest le acercó a la realidad y el sufrimiento de las clases trabajadoras. Le enseñó que los desconsuelos y alegrías no pertenecían a un grupo social determinado, y acercaban, en cierto sentido, a todos los hombres. En otras palabras, le humanizó.

Churchill siempre anheló ese tipo de fe sencilla de su niñera. Poco después, tras sufrir su primera crisis de fe, se vio reforzado por el ejemplo de aquella mujer que había significado tanto para él.

La primera aventura

El joven Winston Churchill era incapaz de esperar que las cosas simplemente sucedieran. Apenas con 21 años estaba ansioso por poner su temperamento a prueba.

En Cuba, una silenciosa guerra, entre independentistas y españoles, comenzaba a convertirse en un problema internacional. El mundo se encontraba en una relativa calma, en especial las posesiones del Imperio Británico. Churchill no tardaría en olfatear la acción y acudir a su encuentro.

El joven oficial no soportaba la monotonía militar. En verano, las interminables maniobras le agotaban, más por su falta de sentido que por su dureza; en invierno, la inactividad le deprimía.

Churchill observaba la contienda en Cuba con cierta admiración. El joven oficial compartió sus inquietudes con un compañero llamado Reginald Barnes.

Winston se puso manos a la obra y solicitó a Sir Henry Wolff, el embajador británico en Madrid, permiso para ir a Cuba. La solicitud fue aceptada y los dos jóvenes tomaron un barco en noviembre de 1896. Tras una corta escala en Nueva York, viajaron a La Habana. Los dos jóvenes estaban entusiasmados, por fin iban a entrar en acción.

Las luces de puerto de La Habana iluminaron la noche, mientras los dos oficiales observaban desde cubierta, extasiados por sus expectativas de aventura, el perfil de la isla.

Viajaron hasta Santa Clara para encontrarse con el capitán general. El trayecto les fascinó. El tren estaba blindado y sufrieron algunas escaramuzas durante el recorrido.

El general Martínez Campos les recibió cordialmente y les puso al cargo del teniente Juan O'Donnell. El oficial les informó que si querían ver combates debían incorporarse a una columna móvil, pero que hacía unos días había partido la última para Sancti Spiritus.

Cuando Churchill le manifestó su deseo de incorporarse a la próxima columna, O'Donnell les advirtió que era peligroso viajar en pequeños grupos. No existía un frente y los rebeldes estaban por todas partes.

Los oficiales no desistieron, podían viajar en tren hasta Cienfuegos, desde allí en barco hasta Tuna y alcanzar las tropas del general Valdés. Al final lograron incorporarse a la columna. Les impresionaron las insanas condiciones de la zona y las enfermedades que azotaban a la tropa.

El general Suarez Valdés les aceptó en su ejército y al día siguiente partieron con un grupo de soldados.

En Cuba, Churchill iba a adquirir un hábito que le acompañaría para siempre, la siesta. Él mismo habla de sus virtudes en su autobiografía:

> Sin duda alguna, los latinos programaban sus días mejor que nosotros. Se levantan antes que el sol en todas las estaciones del año. Nosotros, excepto en tiempo de guerra, nunca vemos el amanecer y sólo a veces el anochecer. Pero el mensaje que envía el anochecer es de tristeza, mientras que el del amanecer es de esperanza. El descanso y la siesta en mitad del día renuevan nuestras fuerzas más que una larga noche de sueño. No fuimos concebidos por la naturaleza para trabajar, o incluso para divertirnos, desde las ocho de la mañana hasta la medianoche. Deberíamos, para cada periodo de trabajo o de placer, ya sea mental o físico, dividir nuestros días y nuestra marcha en dos.[10]

El día de su cumpleaños, el 30 de noviembre, Churchill escuchó los primeros disparos de fuego real. Las balas zumbaron sobre sus cabezas y atacaron el campamento español. Después de varias horas, los rebeldes les dejaron en paz. En mitad de la noche se escucharon disparos fuera del cobertizo que les servía de

refugio, pero como Churchill vio que todos dormían plácidamente, sin hacer caso al peligro, él hizo lo mismo.

Después de esta aventura, regresaron a Inglaterra ilusionados por su discreta intervención y por sentir cómo la adrenalina les subía al enfrentarse con el peligro.

VIAJE A LA INDIA

El 41º Regimiento de Húsares partió para la India en la primavera de 1896. Los meses de invierno los había pasado Churchill ociosamente. El joven oficial disfrutó de la vida inactiva de la capital. Quedaban unos años para que la reina celebrara su sesenta aniversario de reinado y todo parecía tranquilo en el Imperio Británico.

En aquella época, Churchill conoció al nuevo esposo de su tía, el mayor William Beresford. El mayor fascinó a Churchill. También conoció a Sir Brindon Blood, un general del ejército con una larga experiencia militar. Otra de las personas que conoció fue al príncipe de Gales, quien no tuvo una buena primera impresión de Churchill, que llegó tarde a la primera cena a la que fue invitado por el heredero, cosa que odiaba el príncipe.

Tras un mes de travesía, Churchill y su regimiento llegaron a la India. El joven oficial estaba deseando poner sus pies en el suelo y contemplar con sus propios ojos aquellas tierras, que había imaginado tantas veces.

Se instalaron en Bangalore, una zona de climas templados.

Al poco tiempo, Churchill experimentó el exquisito trato que recibían los oficiales en la India. Con varios criados a su disposición, mozos de cuadra y todo tipo de comodidades. Además, los oficiales vivían en bungalows individuales fuera del acuartelamiento. Churchill, haciendo gala de su austeridad, se unió a dos amigos en un amplio bungaló. Los tres compartieron gastos y servicio.

Los oficiales crearon un club de polo y se dedicaron a hacer deporte, para soportar la monotonía de la vida militar en ese periodo.

La disciplina era férrea, el regimiento se levantaba muy temprano, se pasaba revista, se hacía instrucción, después desayunaban y, tras un descanso, se procuraba mantener a los caballos limpios y en buen estado. Al medio día se volvía a descansar, debido al fuerte calor de la India. A las cinco de la tarde comenzaban los partidos de polo. Después la cena y un descanso final antes de irse a dormir. Aquel tipo de vida cansaba a Churchill, tan aficionado a la acción y la aventura.

MEJORABA SU EDUCACIÓN

En el invierno del 1896, dedicó buena parte de su tiempo libre a recuperar los años perdidos en la escuela.

Churchill comenzó a darse cuenta que tenía grandes lagunas de conocimiento. A pesar de haber leído un poco y haberse esmerado en mejorar su vocabulario, estaba muy lejos de ser una persona bien formada.

Todo comenzó con una frase que un amigo le comentó antes de partir para la India: «El Evangelio de Cristo fue la última palabra en ética». Pero el joven oficial

se preguntaba: ¿Qué es realmente la ética?

En las diferentes escuelas por las que había pasado, o le habían dejado en el grupo de los torpes, para que no molestara, o se habían centrado en materias estrictamente militares.

Churchill comenzó a investigar sobre la ética. Sabía que en la universidad era muy común hablar de esos temas, pero en el ejército los temas comunes no eran tan filosóficos. En la India no había libros ni medios para profundizar en esas ideas.

Una nueva expresión le confundió: «Método socrático». ¿Qué era eso? De hecho, desconocía hasta quién era Sócrates.

También le animaba a formarse en historia. Desde muy niño se había aficionado a ella, a pesar de haber tenido muy malos profesores.

Churchill se puso manos a la obra. Quería formarse, necesitaba formarse.

Winston Churchill determinó que tenía que leer historia, filosofía, economía y otras disciplinas similares. Pidió ayuda a su madre, quien le envió un paquete mensual con los títulos que le pedía su hijo.

¿Cuáles fueron las lecturas del joven Churchill?

En historia comenzó por Gibbson.[11] Al parecer, el historiador inglés era uno de los preferidos de su padre. Le encantó su forma de plantear la historia. Comenzó a tomar apuntes y poner sus opiniones en los márgenes de los libros. Después leyó la autobiografía de Gibbson.

Otro de sus autores favoritos fue Macaulay, aunque luego le defraudó su poco rigor histórico. A pesar de ello, leyó casi todo de él: Chatham, Federico el Grande, entre otros.

El propio Churchill reconocía que leía cuatro o cinco horas diarias de historia y filosofía.

También comenzó con los clásicos: La república de Platón, la Política de Aristóteles, la Filosofía del pesimismo de Schopenhauer, el Principio de la población de Malthus, el Origen de las especies de Darwin, junto a otros muchos libros menores.

Sus lecturas fueron continuadas y casi extenuantes durante más de dos años. Su conocimiento le produjo serias dudas religiosas.

La fe de Churchill

Las dudas religiosas de Winston Churchill se produjeron en cuanto ahondó un poco en las diferentes teorías científicas y filosóficas del siglo XIX.

Él mismo nos narra en su autobiografía que hasta su viaje a la India había aceptado, casi sin cuestionarse nada, las ideas religiosas aprendidas en su infancia.

Durante toda su niñez y juventud había acudido a la iglesia al menos una vez por semana, incluso en vacaciones. En su escuela de Harrow había tres servicios religiosos los domingos. Además, en la escuela se practicaba la oración matinal y vespertina conjunta. En la etapa de militar había asistido a servicios religiosos junto a sus compañeros, ya fueran católicos o protestantes.

Churchill reconoce en su autobiografía que la libertad religiosa en el ejército era total. El Imperio Británico había adoptado una política de tolerancia, incluso

con las religiones de los pueblos conquistados.

Sus compañeros y gran parte de la gente de su estatus social consideraba que lo más importante de la religión era vivir una vida honrada, cumpliendo con las obligaciones, siendo fiel a tus amigos, generoso con los pobres y los débiles, sin importar mucho las doctrinas y dogmas que tuvieras. Muchos de los oficiales pensaban que la virtud del cristianismo estaba en guardar la moral sexual de las mujeres y en que las clases bajas recibieran consuelo de la esperanza que daba la religión. Algunos admiraban el valor disciplinario del cristianismo, sobre todo en su carácter más superficial de guardar las apariencias. Para la mayoría de la gente de clase alta, las creencias concretas y la religión no tenían mayor importancia. Iguales eran unas que otras. Los aristócratas creían que el exceso de religión no era bueno.

Churchill no se sentía conforme con ese tipo de religión tan superficial. Entonces hizo como con el resto de los temas, indagó sobre las diferentes posturas con respecto a la religión.

El primer libro que leyó fue El martirio del hombre, de Winwood Reade. El libro era una historia de la humanidad, en la que se describían todos los misterios de las religiones y llegaba a la conclusión de que no había nada después de la muerte.

Después leyó a Lecky, principalmente sus libros Ascensión e influencia del racionalismo e Historia de las morales europeas.

Las dudas aumentaron, ahora Churchill se preguntaba por qué nadie le había hablado de eso antes. Eso le llevó a una fase antirreligiosa, pero las cosas iban a cambiar muy pronto. El propio Churchill lo describe con estas palabras:

> Atravesé, por tanto, una violenta y agresiva fase antirreligiosa que, de haber durado un poco más, me habría transformado en una persona insoportable. Mi equilibrio se fue restituyendo en años posteriores gracias al frecuente contacto con el peligro. Descubrí que, pensara lo que pensase, no dudaba en solicitar protección especial cuando iba a entrar bajo fuego enemigo; ni tampoco en sentir un sincero agradecimiento cuando llegaba a casa sano y salvo a tomar el té. Incluso pedía cosas más insignificantes, como no morir demasiado pronto, y casi siempre en aquellos años, y por supuesto durante toda mi vida, conseguí lo que quería.[12]

Churchill experimentaba una contradicción entre sus ideas y sus sentimientos. La razón no le daba la seguridad y la paz que quería, por lo que se veía volviendo a la fe, vez tras vez. Pero su práctica de oración le llevó un poco más lejos.

> Esta práctica parecía perfectamente natural, y tan fuerte y real como el proceso racional con el que se contradecía de forma tan violenta. Además, practicarla era reconfortante y la lógica no llevaba a ninguna parte. Por tanto, actuaba de acuerdo con mis sentimientos sin preocuparme de adaptar mi conducta a las conclusiones de mi intelecto.[13]

Churchill había descubierto que la oración y la meditación eran una fuente de paz que su razón no llegaba a producir. Buscaba una fe personal, por encima de los convencionalismos de su clase y su época. Posiblemente el ejemplo de su niñera, la señora Everest, había calado más hondo en él de lo que creía.

Al final llegó al equilibrio:

> Me parecía muy positivo dejar que la mente explorara al máximo las vías del pensamiento y de la lógica, pero también me lo parecía orar en busca de ayuda y auxilio y ser agradecido cuando te escuchaban. Me cuesta creer que el Creador Supremo, que nos

> dotó de mente y alma, se ofendiera si ambas no fueran de la mano. Después de todo Él debería haber previsto esto desde un principio y por supuesto lo entendería.[14]

Este equilibrio le acompañó toda la vida y evitó las conversaciones bizantinas de pretender satisfacer más el ego que las dudas.

No veía la importancia de conciliar los acontecimientos bíblicos y los hechos científicos, como algunos se empeñaban en su época. La definición que hace del tema es muy elocuente:

> Si te consideras destinatario de un mensaje que te alegra el corazón y enriquece tu alma, y que además promete reunirte con aquellos seres que más has querido en un mundo más agradable y generoso, ¿por qué preocuparte por la forma y el color del sobre en el que se envía, por saber si está bien franqueado o si la fecha del matasellos es errónea? Estos detalles pueden resultar curiosos, pero no tienen importancia. Lo interesante es el mensaje y los beneficios que supone recibirlo.[15]

El pragmatismo de Churchill nos habla mucho de su carácter; para él, la fe es sencilla y personal. Una esperanza que le anima en esta vida y le hace feliz. Un hombre tan polémico como él, prefiere en este caso la sencillez de lo que uno cree, por encima de las dudas que pueda plantearle su mente.

La fe de Churchill, aunque personal, fue compartida con los más cercanos. Sus propios primos se burlaban de sus opiniones, alegando que la religión no era más que un invento humano, pero Churchill siempre les contestaba de la misma manera: «Dios no es comprobable, pero muchas de nuestras realidades tampoco».

La religión no fue para Churchill un simple consuelo, fue la base de sus principios y su moral. Su familia nunca fue muy religiosa, tampoco fue un modelo de piedad, pero él aprendió la eficacia de la fe de mano de su niñera y de las experiencias que atravesó en su apasionada vida militar.

Algunos historiadores, como Jenkins y Hastings, hacen caso omiso a las creencias e inquietudes de Churchill, incluso al impacto que pudo ocasionar en él la muerte de su padre y su niñera, pero es imposible evaluar una personalidad sin contar con estos elementos, con más razón cuando el propio Churchill dejó reflejadas estas impresiones en sus libros.

Sin duda un hombre es mucho más que los hechos que realiza o las ideas que tiene. **Un líder se forma sobre todo en la dura forja de la vida y el sufrimiento**, antes que en los salones, en el Parlamento o en sus hazañas victoriosas.

SEDIENTO DE AVENTURAS

En 1897, Churchill estaba a punto de aprovechar un largo permiso para enrolarse en uno de los pocos acontecimientos bélicos que sucedieron en la India en aquellos últimos años del siglo XIX.

Primero regresó a Inglaterra. Tal vez echaba de menos su patria o no soportaba la estación calurosa en la India. Aprovechó el viaje para visitar Roma, quedando impactado por los monumentos, que había imaginado en las páginas de Gibbson.

Tras su llegada a Inglaterra se enteró de que se estaba preparando una incursión a Malakand. Churchill se puso en contacto con Sir Bindon Blood, el oficial al mando de la expedición, para unirse a ellos, y partió de nuevo a la India.

El calor en aquella época era asfixiante. Churchill visitó su regimiento y pidió permiso para unirse a la expedición. Al mismo tiempo, el joven oficial había conseguido que sus futuros artículos fueran publicados por el Daily Telegraph y él mismo había conseguido convertirse en corresponsal del Pioneer.

El comandante autorizó el viaje de Churchill, así que realizó su primer trabajo como corresponsal. El joven oficial se dirigió a la estación de tren y tomó el primero que salía para la región en conflicto. Se trataba de un largo y caluroso viaje de más de 35,000 kilómetros, unos cinco días de viaje.

Churchill llevaba un buen número de libros, para amenizar las interminables horas dentro del tren. Tras una breve escala llegó a su destino en Nowshera. Desde allí debía tomar un carruaje hasta alcanzar a la fuerza expedicionaria.

Cuando al final Churchill alcanzó el cuartel general, se encontraba agotado y sucio. La misión no era luchar contra los buernewals, sino apaciguarlos. Sir Bindon Blood debía negociar con los bandidos y llegar a un acuerdo.

Churchill estuvo allí mientras duraban las conversaciones, agobiado por el calor y la inactividad. Cuando el acuerdo estaba prácticamente cerrado, un fanático, que formaba parte de una de las delegaciones, atacó con un cuchillo a Sir Brindon Blood, pero no logró alcanzarle, ya que Blood le abatió con su arma. La guerra había comenzado.

Las tropas se adentraron en territorio enemigo y llegaron hasta el valle de Mamund. El valle estaba compuesto por una llanura en forma de sartén. Los británicos temían que los rebeldes les asaltaran en el punto más estrecho del valle.

Churchill se unió a la 2º División, para acercarse más al frente. Tras ser atacados, Churchill tomó un rifle para defenderse y retrocedió junto al resto de soldados. En la retirada tuvieron que llevar a un herido muy pesado y Churchill fue atacado por un rebelde. Los pathan atacaron de nuevo y Churchill tuvo que usar su pistola y espantó a los rebeldes a tiros, aunque no alcanzó a ninguno. Churchill logró reunirse con el resto de los soldados y volvió a sufrir un nuevo ataque.

Un contingente de soldados los rescató y sus enemigos huyeron despavoridos.

En los días sucesivos continuaron los combates y el general Blood ordenó que arrasaran los poblados de la zona.

CHURCHILL ESCRIBE SU PRIMER LIBRO

Churchill utilizó la experiencia de la batalla para escribir su primer libro: The Story of the Malakand Field Force. El joven oficial ya no era un simple soldado más, ahora también se dedicaba a escribir y publicar artículos en varias publicaciones.

Tras su regreso a Bangalore, se sentó y escribió el libro, era octubre de 1897. Churchill debió de quedar satisfecho, porque poco después comenzó la redacción de una novela: Savrola.

La madre de Churchill, Lady Randolph, consiguió que se publicara el libro. La primera edición salió muy pronto, casi sin correcciones. La crítica elogió el libro, pero hizo especial énfasis en las erratas y errores ortográficos. Churchill se enfureció; a pesar de haber cosechado su primer éxito, los fallos de la primera

edición le torturaban.

El joven oficial resalta en su autobiografía el placer que sintió al recibir elogios por primera vez en su vida, aunque estos se vieran empañados por las críticas.

El Atheneum decía: «Páginas de Napier puntuadas por un corrector de estilo loco».

El Pioneer era mucho más elogioso: «Una inteligencia y comprensión superiores a su edad».

El joven oficial estaba a punto de convertirse, además de en oficial, en un joven escritor. Churchill necesitaba una forma de ganarse la vida. Su sueldo de oficial no llegaba ni a cubrir sus propios gastos. Aquel primer libro le proporcionó la paga de dos años de alférez. En aquel momento tomó la determinación de que, en cuanto terminaran las pequeñas guerras que habían comenzado en varias partes del imperio, dejaría el ejército y se dedicaría a escribir.

Una de las cartas de felicitación que más emocionó a Churchill fue la del propio Príncipe de Gales. En ella, el príncipe elogiaba su libro, en especial el estilo y las descripciones.

Las siguientes semanas las dedicó a escribir y a participar en las competiciones de polo.

Churchill intentó mejorar su situación en el ejército, al menos hasta que pudiera dejarlo para dedicarse a escribir. Pidió al coronel Ian Hamilton que le ayudara a solicitar una plaza para ayudante del Estado Mayor.

Es curiosa la respuesta del coronel Ian Hamilton:

> He intentado prepararte el terreno. No se muestran a favor, pero tampoco en contra. Si puedes venir aquí, con tu energía y persuasión podrás conseguirlo.[16]

El coronel conocía dos de las virtudes que ya destacaban en el joven Churchill: **capacidad de persuasión y una enorme energía**.

Naturalmente, Churchill no se lo pensó dos veces. Su permiso caducaba en veinticuatro horas y él necesitaba al menos cuarenta y ocho para ir y venir de Peshawar, donde se encontraba el Estado Mayor. El problema era que, si se pasaba del permiso sin autorización, podía ser arrestado.

Churchill se entrevistó con el edecán, el temible Haldane. El capitán debió de quedar impresionado por el joven oficial, ya que aceptó intermediar ante el comandante William. El capitán no tardó mucho en regresar. Sir William le había nombrado oficial ordenanza adicional del Estado Mayor. La tenacidad de Churchill le había ayudado a alcanzar en muy poco tiempo una posición que a otros les hubiera costado años.

Churchill mantuvo la prudencia durante las primeras semanas en su nuevo cargo, no quería soliviantar a sus superiores ni mostrarse demasiado confiado. También pensaba que observar y aprender de ellos era lo mejor que podía hacer al principio.

Sus ambiciones se vieron de nuevo frustradas. Él había solicitado el puesto con la esperanza de que surgiera un nuevo conflicto, quería aprender cómo se tomaban las decisiones militares, pero al final la zona se pacificó y dejó de tener sentido para él permanecer en su puesto.

Un nuevo frente se abría muy lejos de la India, en Sudán. El gobierno de Lord Salisbury quería invadir las tierras de los derviches. Para ello se había enviado

una fuerte fuerza expedicionaria, comandada por Sir Herbert Kitchener. Churchill olfateando la acción, vio en Sudán la oportunidad que se le escapaba en la India.

El joven oficial se iba encontrar con una oposición que no esperaba. Sus logros y fama iban a jugar esta vez en su contra. Muchos creían que no era más que un oportunista en busca de su momento de gloria. Churchill era un alférez inusual: corresponsal de prensa, oficial y protegido de algunos de los generales más importantes.

Winston Churchill no era el tipo de hombre que se desanima ante las dificultades, por lo que tomó su pluma y comenzó a mover los hilos para que lo trasladasen a Sudán.

El principal opositor a que Churchill fuera a Sudán era el propio comandante de las tropas, Sir Herbert Kitchener. A pesar de la recomendación del propio Ministerio de Guerra, la solicitud de Churchill fue rechazada.

El joven oficial tuvo que ver cómo varios compañeros de su regimiento recibían la autorización para ir a Sudán, mientras la suya era rechazada una y otra vez. La causa no era otra que la oposición del comandante Herbert. Era muy difícil cambiar la situación, ya que los políticos no podían imponer a un comandante los oficiales que debía rechazar o aceptar.

Churchill no se rindió, tomó un barco y se dirigió a Londres. Al llegar a la ciudad, se movilizó y utilizó todos los recursos que tenía a su alcance. Tras dos meses de intentos, parecía que el joven oficial había perdido la partida.

La situación llegó al límite. Apenas quedaban unos días para que comenzaran las operaciones y el comandante Herbert se había negado en redondo a aceptar a Churchill. Muchos hubieran tirado la toalla, el joven Winston, no.

Un giro inesperado cambió la situación. El primer ministro, Lord Salisbury, había leído su libro y había quedado fascinado por las palabras del joven oficial. Una mañana de principios de julio llegó una carta del secretario del primer ministro, invitando a Churchill a una entrevista amistosa con Lord Salisbury en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Churchill no podía creer que el hombre más importante del Imperio Británico le hubiera pedido una entrevista. El joven oficial acudió a su cita con una especie de temor y emoción apenas contenida.

El primer ministro le saludó efusivamente y le dijo:

> Me ha interesado profundamente su libro. Lo he leído con gran placer, incluso diría con admiración, no sólo por el tema sino por su estilo. Los debates de ambas cámaras del Parlamento sobre la política seguida en la frontera india han sido muy acalorados y se han visto complicados por numerosos malentendidos. Sus escritos me han proporcionado una visión más real de la naturaleza de los enfrentamientos que han tenido lugar en aquellos valles fronterizos, que cualquier otro documento que por obligaciones de mi cargo me haya visto forzado a leer.[17]

Churchill estaba boquiabierto. No podía creer que el primer ministro apreciara tanto sus escritos. Al final de la conversación, Lord Salisbury se ofreció a ayudarle en cualquier asunto que necesitara.

El joven oficial regresó a casa totalmente emocionado. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que el primer ministro intercediera por él, pero luego pensó que aquello era pedirle demasiado.

Después de varios días de dudas, Churchill solicitó la recomendación. El

ejército ya había partido para el sur y era difícil ponerse en contacto con él, pero todavía estaba a tiempo.

Aquella misma noche, el primer ministro mandó un telegrama para el frente. El comandante contestó al primer ministro que ya tenía suficientes oficiales y que, si había bajas, ya buscaría otros sustitutos.

Ante este nuevo rechazo, cualquier ser humano se hubiera rendido, Winston Churchill no lo hizo.

El Ministerio de Guerra se sentía ofendido por las negativas del comandante y Sir Evelyn Wood se ocupó personalmente del tema.

Unos días más tarde, Churchill fue incorporado como teniente supernumerario al 21º de Lanceros. Tenía que partir de inmediato para El Cairo y unirse al cuartel general del regimiento.

Aquella misma noche, Churchill cerró un acuerdo con el Morning Post para trabajar como corresponsal suyo en Sudán.

Churchill, tras su pírrica victoria, llegó a El Cairo justo cuando el ejército estaba a punto de partir. Dos escuadrones ya habían comenzado el viaje Nilo arriba, los otros dos salían a la mañana siguiente. Churchill partió con el segundo grupo, temeroso de llegar tarde a la acción. Uno de los primeros escuadrones fue prácticamente destruido, precisamente en el que le hubiera gustado viajar a Churchill.

El joven oficial marchó con su regimiento en un agradable viaje por el Nilo. Churchill temía que el sindar le mandara de vuelta al campamento base; al fin y al cabo, el Ministerio de Guerra le había impuesto su nombramiento, pero el comandante Sir Herbert Kichener se limitó a ignorarlo.

Al poco tiempo, Churchill tuvo otras razones para estar preocupado. El calor del desierto era mucho más duro que el pegajoso y agobiante ambiente de la India. En su autobiografía hace una preciosa descripción de las impresiones que le causó el Nilo y el interminable océano de arena que tenía que soportar todos los días.

El 21º de Lanceros, su regimiento, llegó al campamento de concentración situado al norte de la catarata Shabluka el 15 de agosto.

El día 28 de agosto, el ejército se desplazó hasta su avance final. La marcha era lenta, tenían que viajar en orden de combate, ya que esperaban un ataque en cualquier momento. Muchos de los soldados comenzaban a creer que los derviches eran un mito, pero en unos días podrían comprobar justo lo contrario.

La marcha del 1 de septiembre comenzó tranquila, pero a las nueve de la mañana los exploradores descubrieron movimientos cercanos. A las pocas horas, el enemigo estaba enfrente del ejército británico.

El jefe del escuadrón de Churchill le envió para que informara a Kitchener sobre el avance enemigo. El joven oficial pensó que al final iba a conocer al hombre que se había opuesto tan vehementemente a él.

Churchill galopó hasta el grueso de la infantería. Los soldados esperaban en formación, divididos por batallones, con sus diferentes uniformes.

Su encuentro con Kitchener fue aséptico y, tras informar de la posición del enemigo, el oficial del Estado Mayor Reginald Wingate le invitó para que se quedara a comer con ellos.

Al día siguiente, los derviches todavía no habían atacado. Churchill al fin tuvo

la acción que había ido a buscar. Le enviaron con seis soldados y un cabo a inspeccionar el terreno. Subieron una colina, con la inquietud de qué podía haber al otro lado. Al principio, Churchill pensó que sus enemigos habían huido, pero más tarde pudo ver el grueso del ejército enemigo a lo lejos, a algo más de un kilómetro de distancia. Los derviches avanzaban lentamente hacia ellos.

La emoción embargaba a Churchill, que se sentía como un cruzado de la época medieval.

El joven oficial recibió la orden de mantener su posición para observar el avance de las tropas. Aquella no era una situación cómoda. El ejército enemigo ahora avanzaba a mayor velocidad y en pocas horas estaría frente a ellos.

Desde la cima, Churchill pudo contemplar cómo los dos ejércitos se aproximaban para lanzarse a la batalla. Al final, los dos grupos chocaron en un violento ataque. De repente, varios jinetes se dirigieron hacia su grupo. Churchill y sus hombres les dispararon y estos se alejaron rápidamente.

El comandante les ordenó regresar para unirse a su batallón. Justo cuando llegaron, se desató la lluvia de balas.

La batalla de Omdurman fue una de las más duras de la época. El ejército del califa estaba compuesto por sesenta mil hombres. Las fuerzas británicas eran apenas de veinte mil. Los ingleses estaban bien parapetados y lograron detener cada iniciativa del enemigo. Tras varias horas de lucha, unos ocho mil enemigos habían muerto, sin causar muchas bajas entre los británicos.

El ejército británico logró aislar a parte del ejército derviche y romper sus comunicaciones con la ciudad, que les abastecía de alimentos.

El batallón de Churchill entró en acción contra una fuerza superior. El joven oficial cabalgaba sobre su hermoso caballo árabe, mientras sus hombres le seguían. El choque fue muy fuerte y los derviches terminaron por dispersarse y huir.

Es curiosa la comparación que Churchill hace en su autobiografía sobre las semejanzas entre la vida y una carga de la caballería:

> En cierta forma, una carga de caballería se parece mucho a la vida. Mientras te mantengas firme sobre la montura, con pleno dominio de tu caballo y bien armado, muchos enemigos te rehuirán. Pero tan pronto hayas perdido pie en un estribo, se te haya roto una rienda, caído el arma, estés herido o lo esté tu caballo, en ese momento te caerán los enemigos por doquier.[18]

En mitad de la batalla, Churchill se encontró solo, rodeado de enemigos que intentaban reagruparse para atacarle. Al final, los escuadrones se rehicieron y, tras varias cargas, los derviches terminaron por huir.

Churchill desconocía que esa era la última batalla en la que iba a participar como soldado profesional. Aún quedaban muchas batallas en las que tenía que luchar, pero lo haría como periodista, como voluntario o comandante en jefe, nunca más como soldado de Su Majestad.

Tres días después de la batalla, el regimiento de Churchill regresó hacia el norte.

EL PASO A LA VIDA CIVIL

En cuanto Churchill regresó a su vida rutinaria, se planteó uno de los problemas que siempre le obsesionaban: su angustiosa situación económica. Su padre les había dejado una pequeña fortuna, en especial las acciones de algunas minas en Sudáfrica, pero el nivel de vida de su madre y los gastos de él y su hermano apenas podían suplirse con los ingresos de la familia.

Churchill había logrado reunir algunas libras con sus artículos y el primer libro, pero su condición de oficial le suponía un gasto extra, sobre todo por el cuidado de sus caballos.

El joven oficial resume de esta manera su situación:

> Yo no quería ser una carga para ella, y entre los desplazamientos y el ajetreo de las campañas militares y los torneos de polo, había estado reflexionando sobre los aspectos financieros de mi vida militar. Mi asignación de quinientas libras al año no era suficiente para hacer frente a mis gastos del polo y como húsar. Observaba la inexorable acumulación, año tras año, de deudas que, aunque no eran enormes, eran deudas al fin y al cabo. Me di cuenta entonces de que la única profesión que había aprendido ni siquiera podía proporcionarme dinero suficiente para evitarme incurrir en ellas, y menos aún para prescindir de mi asignación y hacerme completamente independiente como deseaba.[19]

El joven oficial comprendió enseguida que los ingresos por libros y artículos como corresponsal eran mucho más altos y que su salida profesional debía enfocarla en ese campo.

Las decisiones del joven Churchill fueron muy sabias. A pesar de su apego a la acción y su gratitud al ejército, no se empeñó en continuar en una profesión que no podía sostenerle económicamente.

Entre los rasgos de esta etapa de Churchill podemos destacar de nuevo su persistencia y tenacidad, sobre todo en su empeño de unirse a la campaña de Sudán. No se rindió en ningún momento y no dudó en recurrir a las instancias más altas para conseguirlo.

Aunque las lecciones más importantes de esta etapa son tres:

- Churchill se daba cuenta de que las deudas, por pequeñas que estas fueran, nos ponen en manos de nuestros deudos. **Un hombre no puede dirigir a otros si es incapaz de organizar su economía personal**.
- La segunda cosa que Churchill comprendió fue que, dentro de sus posibilidades y siendo realista, **necesitaba un cambio de rumbo**. Debía abandonar el ejército y dedicarse a otra cosa. No se empeñó en mantenerse en un oficio o negocio que le era ruinoso.
- La tercera fue sin duda, que para ajustar la economía personal, **debía aumentar los ingresos y reducir los gastos**. Para aumentar los ingresos escogió una profesión que conocía y que ya le había reportado beneficios. Gracias a esto pudo calcular los ingresos que obtendría en un futuro cercano. Al salir del ejército sus gastos se reducirían considerablemente. Por un lado, los gastos de mantenimiento de sus caballos y vida castrense; por otro, los gastos de los viajes; y, por último, sus gastos como jugador de polo. Al principio viviría con su madre, para que sus gastos fueran mínimos.

El joven oficial se tomó su tiempo antes de dar el paso definitivo. Regresó

a la India, terminó la temporada de polo y envió su renuncia al ejército. Después escribiría un nuevo libro con sus experiencias en Sudán y seguiría colaborando con el Pioneer. Churchill tenía un plan y lo iba a ejecutar sin prisa, pero paso a paso.

En su autobiografía, hace un balance de aquellos años; desde 1899 hasta 1919, cuando recibió una herencia, pudo mantenerse sin dificultades, logrando independencia económica.

El joven oficial había cumplido sus compromisos, medido sus posibilidades, echado cuentas y ahora iba a comenzar una nueva vida. Durante la siguiente etapa debería enfrentar momentos difíciles y todo tipo de problemas, pero seguiría su plan al pie de la letra. Tenía veinticinco años, había luchado en dos guerras, era un escritor conocido, aunque aún estaba empezando, había alcanzado todo sus objetivos y ahora era independiente económicamente. Ya no quedaba mucho del joven inseguro, indisciplinado, dubitativo, que había tenido un comienzo mediocre. Churchill había superado todos sus complejos y había puesto las bases para construir una vida de éxito.

Las actitudes son más importantes que las aptitudes.

Capítulo III

UN PERIODISTA COMPROMETIDO

Las dificultades pueden enseñarnos más que las facilidades

El nuevo Winston Churchill se encontró con algunos problemas antes de comenzar su nueva vida. En el periodo de descanso que había permanecido en Inglaterra, se había dado cuenta de que todavía era un hombre poco preparado y con una capacidad limitada para defender sus argumentos.

A su regreso a Inglaterra, tras un breve periodo en la India, Churchill se planteó de nuevo realizar estudios universitarios. Algunos años en Oxford le ayudarían a cubrir las lagunas de su educación autodidacta.

Intentó matricularse, pero sus antiguos fantasmas académicos volvieron a despertar. Tenía pavor a algunas asignaturas y en la universidad no le admitían como simple oyente. De esa forma, renunciaba de una vez por todas a realizar estudios universitarios.

Otro de los primeros pasos que dio en aquel breve periodo en Inglaterra fue ir a la oficina central del Partido Conservador. Durante su etapa de militar no había dejado de soñar con emular a su padre, pero además estaba repitiendo un patrón que había seguido anteriormente: **comenzar un nuevo proyecto, mientras seguía desarrollando el anterior**. Con este gesto, el Churchill militar había dado paso dentro de sí al Churchill escritor; ahora, el Churchill escritor comenzaba a desarrollar al Churchill parlamentario.

El partido le aceptó enseguida. Su apellido le abría las puertas para presentarse en una circunscripción electoral. Aunque lo que Churchill desconocía, era lo caro que podía ser convertirse en un servidor público.

El secretario general del partido, el señor Middleton, se reunió con él y le preguntó de qué medios disponía para entrar en política. Churchill le confesó que apenas podría cubrir sus gastos personales. Los políticos debían donar dinero y atraer voluntades, el no contar con fondos económicos era un verdadero problema. Aun así, Middleton le habló de algunos distritos electorales en los que los requisitos eran menores.

Las dificultades no eran algo que detuviera a Churchill, antes de irse de la oficina observó un cartel en el que se pedían oradores. El joven escritor le pidió más información a un pariente suyo que trabajaba en la oficina, Fitz Roy Stewart.

Fitz le comentó que siempre se necesitaban oradores. Si estaba dispuesto podría dar algún discurso. Naturalmente el joven y ambicioso escritor aceptó la invitación.

Churchill dice sobre sus temores a hablar en público:

> Yo estaba muy nervioso. Por una parte sentía un enorme deseo; por otra, una profunda aprensión. Sin embargo, en la carrera de obstáculos que es la vida uno siempre debe saltarlos cuando se presentan.[1]

El joven escritor había descubierto un secreto: **Únicamente superamos**

aquello a lo que nos enfrentamos.

LOS PRIMEROS INTENTOS COMO ORADOR

El primer mitin tuvo que darlo en Bath. Mientras el tiempo avanzaba, Churchill estaba cada vez más nervioso. A los pocos días recibió la petición formal para participar en el mitin. El Morning Post mandaría un corresponsal para seguir el evento.

Los siguientes días fueron de preparación. Churchill eligió un estilo directo y provocador, en línea con los discursos de su padre. Repasó mil veces sus argumentos y memorizó el texto.

En el viaje de ida se encontró con el reportero del Morning Post. Después viajaron en una carroza hasta la finca en la que iba a dar el discurso. Afortunadamente para él, hacía buen tiempo y el público parecía animado. A las cinco en punto se reunió el grupo para escuchar la exposición de Churchill. El joven subió muy nervioso al estrado. Unas cien personas le atendían de pie, mirándole atentamente.

El presidente del partido en el distrito le presentó. A medida que pronunciaba todas sus aventuras y virtudes, Churchill cayó en la cuenta de lo poco acostumbrado que estaba a que le elogiaran. En el ejército estaba mal visto alabar a los soldados. Se hubiera considerado una falta de humildad y de espíritu de sacrificio.

Tras balbucear las primeras palabras, Churchill sintió que conectaba con la gente. Los oyentes reían, aplaudían o afirmaban con la cabeza ante sus comentarios. Al final de la exposición, el público le aplaudió durante un buen rato. El joven escritor estaba sorprendido. A la gente le había encantado su charla. El Morning Post también elogió sus palabras.

Tras su regreso a la India, su participación en el torneo de polo y la escritura de su nuevo libro La guerra del Nilo, Churchill regresó a casa con una mezcla de tristeza y esperanza. Reconocía que en el ejército había aprendido disciplina y camaradería, pero sobre todo había hecho muy buenos amigos.

EL LIBRO DEL NILO

El nuevo libro fue un reto para él. Quería superar algunos de los problemas de su primera obra. Preocuparse más por la forma y perfeccionar su estilo. Aligeró un poco las descripciones, cuidó las frases, pero sobre todo se preocupó de construir bien los párrafos.

Churchill disfrutaba de su trabajo. Ese fue siempre uno de los secretos de su éxito. El joven escritor explica sus sensaciones de una manera muy precisa en su autobiografía:

> Escribir un libro era muy divertido. Uno vivía con él. Se convertía en tu compañero. Construía a tu alrededor una etérea y cristalina burbuja de intereses e ideas. De algún modo, el escritor se sentía como un pez de colores dentro de una pecera; sólo que en este caso, era el pez el que construía la propia pecera, y que además iba a todas partes contigo. Nunca se volcaba cuando ibas de viaje, y no había ni un solo momento en el que dejara de entretenerte. Eso sí, el vidrio debía limpiarse, la estructura ampliarse o

> reducirse, y las paredes necesitaban ser reforzadas. Durante mi vida he descubierto grandes similitudes entre distintos tipos de cosas. Y escribir un libro no es muy distinto a construir una casa, planificar una batalla o pintar un cuadro. La técnica es diferente, los materiales distintos, pero el principio es el mismo.[2]

En su viaje de regreso a Inglaterra, Churchill coincidió con el señor G. W. Steevens, el redactor más importante del Daily Mail. Steevens fue una gran ayuda para Churchill. Le dio unos consejos muy útiles sobre cómo mejorar su estilo. En especial criticó las reflexiones del libro, que ralentizaban la acción y el ritmo narrativo. Churchill tomó a bien las críticas y realizó algunos cambios.

El nuevo libro de Churchill iba a confirmar su capacidad para contar historias.

UN COMPETIDOR

¿Alguien podría creer que existieron dos Winston Churchill o más en la historia? Pues lo cierto es que sí. Además del Winston Churchill inglés, había en aquel mismo momento un Winston Churchill estadounidense. El Churchill estadounidense era un novelista de cierto éxito.

Churchill se enteró de la existencia de su clon, por algunas extrañas cartas de felicitación. Muchos le felicitaban por sus libros de ficción, pero el joven escritor únicamente había publicado una novela, Savrola, que por otro lado no había tenido el éxito de sus otros libros.

Cuando Churchill se dio cuenta de la duplicidad de nombres, escribió una carta a su colega estadounidense. El escritor estadounidense le contestó cordialmente. Al parecer, él también se había dado cuenta de aquel detalle.

Tras el amable incidente, el joven escritor decidió firmar sus obras con sus dos nombres, Winston Spencer Churchill, para diferenciarse de su colega americano.

Cuando Churchill visitó la ciudad de Boston, los dos escritores se conocieron. La confusión continuó en parte, pero como Churchill se dedicaba más al ensayo y la historia, mientras que su clon lo hacía a la novela, no hubo muchos puntos de coincidencia en sus libros.

UNA PROPUESTA POLÍTICA

Tras los humildes intentos de Churchill por entrar en política, el señor Robert Ascroft, parlamentario conservador por Oldham, invitó al joven escritor a la Cámara de los Comunes. Al parecer, la circunscripción electoral de Oldman tenía dos escaños, ambos en manos de los conservadores. Ascroft le propuso que se presentara junto a él. Su colega estaba enfermo y no podía presentarse a las próximas elecciones.

Churchill aceptó la propuesta, pero un suceso inesperado le sorprendió. El señor Ascroft murió repentinamente. La muerte del parlamentario no dificultó la candidatura de Churchill, pero sí logró desconcertarle.

Las elecciones duraron un mes. Churchill tenía todo en contra: Su juventud, su inexperiencia y el desgaste del Partido Conservador, que estaba en el poder. Para rematar los problemas, su elección coincidió con una ley para subsidiar a la Iglesia Anglicana. Churchill no era muy partidario de favorecer a la Iglesia Anglicana. A pesar de pertenecer a ella toda su vida, ya hemos descrito la poca

simpatía que le causaba. Por ello, Churchill tuvo la feliz idea de proponer un subsidio semejante para todas las confesiones cristianas, sin privilegiar a la mayoritaria.

La propuesta de Churchill cayó como un jarro de agua fría en el partido, pero el joven escritor demostraba tres cualidades. La primera era que se **mantenía fiel a sus ideas**, a pesar de lo que opinara su partido. La segunda **cualidad era su capacidad para lograr propuestas de consenso. P**or último, su **defensa a ultranza de la igualdad de trato**.

Churchill utilizó sus mejores argumentos, defendió la labor del gobierno conservador, pero el joven escritor salió claramente derrotado.

Una vez más, la vida de Churchill sufría un percance antes de conseguir sus propósitos, como si la Providencia no quisiera regalar nada al joven escritor.

Churchill se mantuvo firme ante las críticas que le llovieron de su bando. Muchos le culparon de perder el escaño por su vehemencia contra la ley de subsidios para los clérigos anglicanos. El escándalo saltó a la cámara y la prensa.

La decepcionante derrota desanimó a Churchill, regresó a casa avergonzado, pero el líder de los conservadores le escribió para animarle.

En aquel mismo mes conoció a fondo al señor Chamberlain, que en aquel momento ya era un político con experiencia. A pesar de tener temperamentos muy distintos, Churchill pudo ver a un político en estado puro.

En el aspecto literario, las cosas parecían ir mejor. El nuevo libro estaba a punto de salir. Eso consoló la derrota política de Churchill, pero un nuevo acontecimiento le iba a lanzar de nuevo a la aventura.

SUDÁFRICA

Los problemas en Sudáfrica no eran nada nuevo. El conflicto llevaba gestándose décadas, pero un incidente iba a dar comienzo a una guerra abierta entre los bóers, antiguos colonos holandeses, y los británicos.

Tras un breve conflicto en 1881 en el que los bóers habían salido victoriosos, las diferencias entre los bandos habían aumentado. Por un lado, los holandeses controlaban estrictamente a los británicos que estaban en sus territorios; por el otro, no paraban de reforzar las defensas de su capital, Johannesburgo. El gobierno británico respondió a la provocación, aumentando sus guarniciones en Natal y El Cabo.

En octubre de 1899, los bóers mandaron un ultimátum al gobierno británico para que retirara los ejércitos de sus fronteras. La guerra había comenzado.

Una hora más tarde de recibir el ultimátum, Oliver Borthwick ofreció a Churchill la corresponsalía de la guerra para el Morning Post. Una nueva aventura estaba a punto de comenzar.

Los bóers tomaron la iniciativa y mandaron un ejército hacia Ciudad del Cabo y otro hacia Natal.

Churchill se reunió con Chamberlain antes de partir para Sudáfrica. El ministro veía las cosas con optimismo, tal vez con demasiado optimismo. El ejército británico estaba desfasado y, en muchos sentidos, el Ministerio de Guerra y algunas de sus funciones chocaban con la Secretaría para las Colonias.

Una de las lecciones que aprendió Churchill de aquella guerra fue que no hay

ninguna guerra fácil. Es curioso observar sus pensamientos muchos años antes de convertirse en primer ministro:

> El hombre de Estado que ceda a la fiebre de la guerra debe saber que, una vez comienza, deja de ser dueño de su política para convertirse en esclavo de los acontecimientos imprevisibles e incontrolables. Anticuados ministerios de guerra, comandantes débiles, incompetentes y arrogantes, aliados poco fiables, países neutrales hostiles, suerte adversa, sorpresas desagradables, funestos errores de cálculo [...] Recordemos siempre, no importa lo seguros que estemos de una victoria fácil, que no habría guerra si el rival no pensara que él también tiene alguna posibilidad.3

Churchill tomó un barco para Sudáfrica el 11 de octubre, junto a él viajaba todo el Estado Mayor.

Al mando de la expedición se encontraba Sir Redvers Buller, un viejo amigo de su padre. A Churchill no le caía muy bien, creía que era un militar mediocre y que, en sus manos, la guerra no podía ganarse.

Tras una larga travesía llegaron a Ciudad del Cabo. Los bóers habían tenido varios reveses militares, pero la guerra apenas había avanzado en aquellos días de viaje.

Las noticias no eran tan halagüeñas como ellos creían. En primer lugar, los bóers habían invadido Natal, atacado Dundee y, aunque habían sufrido un revés en Talana Hill, habían logrado eliminar al general Penn Symons. Las siguientes semanas no fueron mucho mejores. Varios errores y precipitaciones desbarataron el intento de ofensiva británico.

Churchill tomó el primer tren militar que se dirigía a Natal, sabía que la batalla más importante se desarrollaría allí, para ello debía dar un rodeo de mil cien kilómetros en tren. El viaje era peligroso, aunque la línea ferroviaria estaba abierta, las autoridades sabían que pronto caerían en manos bóers. El tren de Churchill fue el último en salir hacia De Aar.

Churchill nos cuenta en su autobiografía que le acompañaba otro corresponsal llamado J. B. Atkins.

El tren blindado partió de Durban, al llegar a Chieveley hizo una parada para informar de su posición pero, antes de que se volviera a poner en marcha, un ejército de bóers les asaltó.

Los bóers dispararon sus cañones sobre el tren y explotó en varios puntos. El vagón en el que viajaba Churchill quedó prácticamente intacto. Los británicos respondieron al fuego. Churchill bajó del vagón e intentó que el maquinista pusiera en marcha el tren. Al final lo consiguió, pero antes tuvieron que sacar un vagón de la vía. El joven periodista daba órdenes como si todavía fuera un oficial británico.

Aún quedaba otro vagón en la vía, el tiempo apremiaba y las envestidas de la locomotora no lograban arrojarlo a un lado. Los disparos seguían silbando sobre sus cabezas y el peligro cada vez se acercaba más.

Lograron liberar el camino, pero todavía había que unir los vagones a la locomotora. Mediaban únicamente unos cincuenta metros de distancia, pero eran tan pesados que apenas los podían mover. No lo lograron; al final cargaron los heridos en el único vagón enganchado y el resto de los soldados le siguió a pie. Poco a poco, los soldados fueron quedándose rezagados y Churchill ordenó detener la locomotora. Se lanzó a la vía y fue a la busca del resto de los soldados.

En ese momento dos bóers comenzaron a dispararle y tuvo que ocultarse en una caseta.

Cuando trató de escapar, un bóer a caballo le detuvo. El joven periodista alegó su condición de corresponsal, pero en su mano portaba una pistola.

Churchill había sido capturado. Sin saberlo, aquel hombre a caballo que le había hecho prisionero, sería años más tarde general y se encontrarían en una cena en Inglaterra.

Aquella captura iba a influir de manera decisiva en la vida de Churchill. Él mismo pensaba, según narró en su autobiografía, que aquello formaba parte de su destino.

Churchill no aguantó mucho como prisionero. A pesar de alegar su situación de corresponsal de guerra, los bóers estaban contentos de haber capturado al hijo de un lord.

Los prisioneros marcharon hacia Pretoria. Los soldados fueron encarcelados en el hipódromo y los oficiales en la prisión estatal.

Nada más llegar, varios oficiales diseñaron un plan de huida y Churchill se apuntó a la fuga. Al principio pensaron en una rebelión que liberara a la mayoría de los prisioneros y que pusiera en apuros a Pretoria, pero al final el plan se desbarató. Churchill estaba decidido a escapar de allí a toda costa. El 11 de diciembre, el joven periodista logró burlar la guardia y salir del recinto. Otros dos oficiales le acompañaban, pero no consiguieron saltar y él decidió escapar en solitario.

Recorrió Pretoria en mitad de la noche, pero aquello no había hecho sino comenzar. Le quedaban casi quinientos kilómetros hasta la Bahía de Delagoa. No podía tomar ningún tren y en cuanto advirtieran su ausencia, saldrían en su busca.

Churchill ideó un plan. Buscó las vías del tren que llevaban a la Bahía de Delagoa, después decidió viajar de noche y esconderse de día. Si encontraba algún tren de mercancías en el que pudiera subir, lo tomaría por la noche y saltaría de él antes de que amaneciera.

El hambre comenzaba a rendirle, después de varios días de viaje, decidió llamar a una cabaña en mitad de la nada. Churchill pidió ayuda al hombre de la casa. Le contó que había sufrido un accidente. Afortunadamente, el extraño era británico. Aquella era la única casa de la zona en la que vivían compatriotas suyos.

Aquel hombre le refugió en la mina que dirigía como administrador. No era un lugar agradable, pero al fin y al cabo podía cobijarse y tener comida, hasta que pensaran cómo sacarle de allí.

Dos de los mineros eran escoceses y uno conocía a Churchill, le había escuchado en un mitin en Oldham. Al estrecharle la mano le comentó que con toda probabilidad ganaría las próximas elecciones.

Cinco días después de su fuga de la cárcel, el señor Howard, el hombre que le había escondido en la mina, le comunicó que tenía un plan para sacarlo del país.

Partiría con un cargamento de lana, oculto entre las grandes balas. Con la ayuda del dueño de la lana, un holandés que simpatizaba con los británicos, podría llegar hasta el mar.

Mientras que en Gran Bretaña muchos daban por muerto a Churchill, el joven periodista estaba llegando a territorio portugués.

Al final llegaron a una ciudad llamada Lorenzo Marques. Allí se dirigió al consulado británico. Una escolta le acompañó a un barco y se dirigió hasta Durban, donde fue recibido como un héroe. Por la noche pudo celebrar junto a sus amigos la cena de Nochebuena, aquella fuga parecía un verdadero milagro.

DE NUEVO EN EL EJÉRCITO

La fama de Churchill se extendió rápidamente. Algunos hablaban de él como un irresponsable y temerario periodista, pero la mayoría le trataban como a un héroe. También hubo quien criticó su fuga al considerarla indigna de un caballero, pero en general su fama creció notablemente.

El elogio que Churchill dedicó al valor de los soldados bóers en su columna en el periódico desató un gran número de críticas entre políticos y militares. A muchos no les gustaba la franqueza del joven periodista.

Para asombro de todos, Churchill pidió a Sir Redvers Buller unirse de nuevo al ejército. Una vez más logró salirse con la suya y recibió el mando del regimiento de Bungo.[4] Regresó al ejército como teniente de la Caballería Ligera de Sudáfrica. En su etapa de oficial voluntario participó en la liberación de Ladysmith.

Únicamente faltaba un miembro de la familia para que los Churchill estuvieran al completo en Sudáfrica. La madre de Winston logró que un millonario estadounidense donara material sanitario y un barco para enviar a Sudáfrica. Churchill pasó varios días con ellos en el barco, antes de regresar al frente.

Tras la derrota de los bóers, Churchill escribió poco después un artículo en el que animaba a ambos bandos a buscar la reconciliación y el perdón. Muchos le criticaron alegando que era muy desconsiderado con los soldados muertos en la guerra, pero esa era la forma de pensar de Churchill.

Esa mezcla de firmeza y misericordia sí acompañó todas sus decisiones. En su libro nos comenta:

> Pienso que deberíamos haber conquistado Irlanda y luego haberles concedido el autogobierno; que deberíamos haber rendido por hambre a los alemanes, y después abastecer su país; y que tras aplastar la huelga general, debíamos haber atendido las quejas de los mineros. Siempre he tenido problemas porque muy poca gente adopta esta línea de pensamiento. Una vez me pidieron que ideara una inscripción para un monumento en Francia. Escribí: «En la guerra determinación. En la derrota desafío. En la victoria magnanimidad. En la paz, buena voluntad» [...] De la misma forma, aquellos que son capaces de ganar una guerra, raramente son capaces de construir una buena paz, y los que son capaces de construir una buena paz, nunca suelen ganar una guerra.[5]

Churchill tuvo que enfrentar diferentes batallas en Sudáfrica, pero no todas fueron en contra de los bóers. Su espíritu independiente en muchas ocasiones le jugó malas pasadas.

Tras su regreso a casa, Churchill había aprendido muchas lecciones. Una de ellas era que la fama es la puerta más fácil para conseguir lo que te propones, pero que no suele durar mucho y normalmente termina poniéndose en tu contra.

El joven escritor y periodista se convirtió, tras una ajustada victoria, en parlamentario por Oldham. Estaba a punto de pasar a ser el joven parlamentario conservador, dejando de nuevo su uniforme, pero sin colgar nunca más la pluma de escritor ni de periodista.

El parlamentario

Winston Churchill llegó a ser el orador más importante del Partido Conservador, ahora le reclamaban en decenas de sitios para escuchar sus increíbles aventuras. La gira duró tres semanas, fue un éxito de público y su fama se extendió aún más.

¿Churchill había conseguido ya su sueño? El joven político era demasiado inteligente para no reconocer que aquello no era el final, más bien era un nuevo comienzo. A sus veintisiete años había logrado superar muchas adversidades, engañar a la muerte, pero todavía era un joven insolvente y la carrera política era muy cara.

Era consciente de que aún le quedaban dos pasos por dar. El primero era reunir dinero para poder dedicarse exclusivamente a la política. Sus dos libros, el sueldo como corresponsal y los libros sobre Sudáfrica le habían hecho ganar cuatro mil libras. Para aumentar la cifra, Churchill planeó una gira de conferencias en el Reino Unido y Norteamérica. Las conferencias en Inglaterra fueron un éxito y ganó una considerable cantidad de dinero.

En Estados Unidos, la reacción fue muy diferente. Muchos simpatizaban con los bóers y las salas no se llenaron tanto como en Inglaterra.

Al final de la gira tenía casi diez mil libras, Churchill envió la mayor parte del dinero a Sir Ernest Cassel, un viejo amigo de su padre, para que invirtiera el dinero, sumando una notable fortuna.

En esa etapa de su vida, Churchill había aprendido nuevas lecciones. La primera de ellas era que **el camino del triunfo es largo y difícil**, además de que muchas veces toca retroceder, desandar parte y cambiar de rumbo.

Logró adaptarse a su nueva vida de escritor, pero también conseguir su objetivo más ambicioso: dedicarse a la política.

Tal vez **una de las lecciones más duras fue la de la supervivencia**. Logró escapar de sus enemigos y llegar sano y salvo hasta los suyos. Sufrió hambre y arriesgó su vida por los demás.

Estaba claro que el joven escritor no tenía miedo a la muerte, intentaba sacar el máximo jugo a la vida y no desperdiciaba ninguna oportunidad.

A una edad temprana, los veintisiete años, había conseguido cumplir la mayor parte de sus metas y reunir una pequeña fortuna para mantenerse en política. Ahora le esperaba un prometedor futuro por delante. Su padre seguía siendo el modelo a seguir. ¿Lograría Churchill superarle?

El optimista ve una oportunidad en toda calamidad, el pesimista ve una calamidad en toda oportunidad.

Capítulo IV

UN GRAN ORADOR

Saber comunicar es fundamental para dirigir a otros hacia la meta

Churchill, a los veintisiete años, se había convertido en parlamentario de la Cámara de los Comunes. Nadie hubiera pensado diez años antes que lo lograría, ni siquiera su propio padre. Era un estudiante mediocre y rebelde, con serios problemas de aprendizaje y en el que nadie veía nada especial. Ahora Churchill podía disfrutar del mayor de sus éxitos.

Muchos se habrían conformado con una plaza en el Parlamento de por vida, pero el joven político no era un hombre conformista. En todas las profesiones que había ejercido hasta ese momento, siempre había intentado dar el máximo.

Tras su gira por Europa y América, Winston Churchill estaba deseoso de tomar su escaño. Para él era como pagar una deuda contraída con su padre. Lo único que lamentaba el joven parlamentario era que su progenitor no estuviera allí para verle.

El Parlamento se reunió a finales de febrero de 1900. Churchill esperaba emocionado, sentarse en los bancos de aquellos que habían regido los destinos del Imperio Británico durante siglos. Gran Bretaña era la democracia más antigua del mundo y para un inglés, pertenecer a este selecto club, era su máxima aspiración.

Churchill tomó su escaño cuatro días antes de que comenzaran los debates sobre Sudáfrica. El joven parlamentario tenía que preparar un discurso detallado sobre el tema y pasó largas noches escribiéndolo. Era muy minucioso y disciplinado. No le gustaba dejar nada al azar. El joven estaba deseoso de hablar, aunque muchos le recomendaban que esperara unos meses, antes de dirigirse a la cámara.

Al final, Churchill siguió el consejo del señor Henry Chaplin, que le dijo: «No se apresure; exponga su punto de vista. Si tiene algo que decir, la cámara lo escuchará».

Churchill iba a enfrentarse a su primer debate. Delante tenía al galés Lloyd George, un mordaz parlamentario que estaba a favor de la causa bóer, que no dudaría en ponerle en ridículo.

Sus limitaciones como orador eran evidentes. Él mismo nos confiesa que en aquella época no podía decir nada en público que no estuviera escrito o hubiera memorizado. Aquello era una desventaja. ¿Cómo iba a debatir con alguien si tenía que estudiar cada respuesta?

Churchill no había disfrutado de una educación universitaria y no estaba acostumbrado al juego dialéctico. La única forma de preparar su intervención era prever cuales serían las respuestas de su contrincante, para poder rebatirle.

Cuando llegó el momento, Churchill se sentó en el mismo escaño que había ocupado su padre años antes. De esta forma le rendía un último homenaje.

A medida que el debate se desarrollaba, Churchill escuchaba los argumentos y

preparaba contestaciones, pero muy pronto otras ideas salían a colación y tenía que volver a reescribir sus argumentos.

Al final, Churchill se levantó titubeante, uno de los compañeros de partido le había susurrado una buena frase para comenzar y dijo: «En lugar de pronunciar un violento discurso sin presentar su moderada enmienda, podía haberla presentado sin pronunciar un violento discurso».

La cámara se rió animada. Churchill ganó confianza y comenzó su presentación. El problema fue cuando les dijo a los parlamentarios la admiración que sentía por los bóers y que él hubiera hecho lo mismo que ellos en su lugar.

> Y si yo fuera bóer, desearía estar luchando en el campo de batalla...[1]

La cámara no deseaba tanta sinceridad. Los políticos no eran nunca tan francos, siempre se limitaban a discursos convencionales que no les comprometieran en nada.

El señor Chamberlain, que estaba en su mismo bando, dijo al parlamentario que estaba al lado suyo: «Esa es la forma de perder escaños innecesariamente».

Su disertación no estaba gustando en su propio partido. Al final, Churchill salvó el discurso, pero había mostrado cuál iba a ser la línea de su política: una mezcla de sinceridad e independencia, difícil de digerir por un partido como el conservador.

Tras el discurso, muchos se acercaron para felicitar al joven parlamentario. Después del debate, Lloyd George se acercó a Churchill para presentarse.

—A juzgar por sus sentimientos, va usted contra corriente.

—Está adoptando usted una visión muy personal del Imperio Británico —contestó Churchill.

Pronto tuvo que demostrar que no estaba dispuesto a someterse a la opinión mayoritaria de su partido, aunque esto pudiera perjudicar al gobierno. Entonces, para complicar aún más las cosas, surgió el debate sobre la actuación del general Colville. Al parecer, este general había animado a sus tropas a abusar de los derrotados bóers. La oposición utilizó el caso para debilitar al gobierno.

Churchill comenzó el debate defendiendo al gobierno, pero a la mayoría conservadora no le gustaron sus argumentos.

Aunque Churchill estaba de acuerdo con el gobierno en movilizar más tropas, en especial algunos cuerpos de élite, no dejó de denunciar los abusos hacia la población bóer. El gobierno se enojó con Churchill, ya que en el fondo desacreditaba su gestión del conflicto y los medios que estaba utilizando para alcanzar la paz.

Churchill lo define de la siguiente manera:

> Creía que la lealtad conmigo mismo estaba por encima de cualquier otra. No entendía la importancia de la unidad y la disciplina de partido, ni de los sacrificios de opinión que lícitamente se pueden hacer para mantenerlas.[2]

A pesar de su confesión y su disposición para llegar a acuerdos, Churchill mantuvo casi toda su vida una postura particular, lo que le supuso muchas críticas y, a la larga, cambiar de partido en varias ocasiones.

Por si la polémica de la guerra en Sudáfrica fuera poco, Churchill también discrepaba con su partido en la forma de profesionalizar el ejército.

Churchill, que había sido soldado hasta hacía poco, estaba a favor de invertir más recursos y modernizar el ejército. El gobierno conservador quería reducir gastos drásticamente.

El discurso tuvo mucha difusión y llegó a imprimirlo el Morning Post. La fama del joven parlamentario seguía creciendo.

La soledad de Churchill en la Cámara de los Comunes era palpable y al final decidió unirse a un pequeño grupo de jóvenes parlamentarios, que permanecían independientes a algunas de las directrices de su partido. Se les denominaba los Hooligans. El grupo estaba compuesto por Lord Percy, Lord Hugh Cecil, el señor Ian Malcolm, el señor Arthur Stanley y Churchill. Todos los jueves cenaban juntos en la cámara. A sus reuniones se unían esporádicamente líderes de todos los partidos. También personajes de otros sectores de la sociedad pasaban por su mesa.

En 1902, comenzó de nuevo el debate sobre las condiciones de los prisioneros bóers. Un director de periódico había publicado algo sobre el trato que recibían las mujeres y los niños bóers en los campos de concentración. El editor fue encarcelado por sedición en Sudáfrica y Churchill se volvió a poner del lado del más débil.

Después del debate, Chamberlain se quedó con el grupo en su cena de los jueves. Estaba furioso por el discurso de Churchill:

> —Estoy cenando en mala compañía —observó escrutándonos con un aire desafiante.
>
> Le explicamos cuán absurdo y arrogante había sido el proceder del gobierno. ¿Cómo podía esperar que lo apoyásemos?
>
> —¿De qué sirve —contestó— apoyar al gobierno solamente cuando acierta? Es precisamente cuando se encuentra en situación apurada el momento de acudir en su ayuda.3

Al final, Churchill y sus amigos lograron apaciguar el enfado de Chamberlain. Este fue el primero de numerosos enfrentamientos, en muchos casos con puntos de vista radicalmente diferentes, pero con un profundo respeto el uno por el otro.

Parlamentario conservador

Tras sus primeros pasos en política, su grupo se dio cuenta de que aunque Churchill era un caballo pura sangre, un verdadero animal político, también era muy difícil domarle y mucho más montarle. Winston era un parlamentario muy activo, para desgracia del gobierno. En 1901, intervino nueve veces en la cámara, pero realizó otros treinta discursos políticos por el país.

Uno de los más sobresalientes de ese año fue el que dirigió a la Cámara de los Comunes acerca de la renovación del ejército británico.

Como ya hemos apuntado anteriormente, el Ministerio de Guerra quería recortar los gastos del ejército, aunque eso supusiera un menoscabo en la seguridad del imperio. El gobierno tenía en mente un ejército que se dedicara a mantener a raya a los pueblos indígenas conquistados, mientras que Churchill prevenía al Ejecutivo de una posible guerra en Europa.

> Una guerra en Europa no puede ser más que una lucha cruel que, si queremos disfrutar los frutos amargos de la victoria, exigirá, durante varios años quizá, toda la población

masculina de la nación.[4]

Es increíble que las palabras de Churchill, pronunciadas en 1901, estuvieran anticipando la Gran Guerra de 1914. Lo mismo sucedió en los años 30, cuando Churchill previno de una nueva guerra mundial sin que nadie pareciera hacerle caso.

¿Por qué temía Churchill una guerra a gran escala?

En una de las famosas comidas de su grupo, Churchill había hablado con Lord Percy, uno de los líderes de los conservadores, que le había prevenido sobre este tema. Tras la comida, en un apacible paseo por Dunrobin, Sir Percy le habló de que el final de una era se acercaba. La etapa de seguridad y paz que había vivido el Reino Unido desde hacía casi cincuenta años había terminado. El político vaticinó que una era de terribles guerras y nuevos y renovados errores estaba a punto de comenzar.

Las palabras de Sir Percy debieron calar muy hondo en Churchill. Por ello dedicó su corta etapa en el Partido Conservador a advertir de la inminente guerra que se avecinaba y de la necesidad de que los británicos estuvieran preparados.

En su discurso a favor de un ejército mejor organizado y una armada más eficaz, Churchill estaba describiendo la necesidad de una fuerza de élite rápida, contundente y profesional, no del lento y pesado ejército colonial.

Una y otra vez, a lo largo de la vida de Churchill, sus premoniciones se cumplieron, lo que nos demuestra su amplia visión y su capacidad para pronosticar cambios.

Lo que Churchill no podía pronosticar fue que la paciencia del Partido Conservador tenía un límite. Los conservadores no estaban dispuestos a apoyar a un parlamentario de su propio partido, que les sacaba los colores constantemente. En cambio, los liberales empezaban a pensar en él como un buen candidato para su formación. La intención de Churchill no era pasarse a otro partido, por lo menos al principio, pero no estaba acostumbrado a someter su opinión a la de un grupo. Esta actitud le había valido varias reprimendas en el ejército y ahora, en su etapa de político, los problemas se hacían aun mayores.

Los líderes muchas veces se caracterizan por tener una opinión muy personal. Al fin y al cabo, son los que abren camino para que otros sigan sus pasos. El problema en el caso de Churchill es que se esperaba que él siguiera a otros, no que se constituyera en un camino alternativo del Partido Conservador.

Lo que desconocemos es cómo hubiera reaccionado Churchill si le hubieran ofrecido un cargo en el gobierno conservador. Posiblemente se habría moderado, aunque, cuando tuvo cargos en el gobierno liberal, algunos años más tarde, también discrepó en varias ocasiones del resto de sus compañeros.

En julio de 1902, Salisbury dimitió por razones de salud y su sobrino Arthur Balfour accedió al poder. El cambio más significativo del nuevo ejecutivo fue la entrada del nuevo ministro de hacienda, C. T. Ritchie.

Churchill encontraba un nuevo objetivo para sus críticas. Ritchie era defensor de un proteccionismo férreo en materia económica. Churchill, en cambio, creía que el libre comercio era la mejor forma de garantizar la prosperidad de Inglaterra. En una carta a Balfour le decía:

> Me opongo completamente a cualquier cosa que altere el carácter librecambista de este país; y considero este tema de superior importancia a cualquier otro que tengamos en este

momento ante nosotros.[5]

Al mismo tiempo, la conciencia social del joven Churchill estaba a punto de brotar. Su padre había sido un extraño liberal. Muchas veces del lado de las causas perdidas y de la sufrida clase trabajadora británica, Churchill sentía también un apego por la buena gente trabajadora. Su niñera, Everest, había formado parte de aquel sector de la sociedad, que se sacrificaba cada día, para que gente como él disfrutara de la vida. Ahora Churchill quería devolver a esa clase parte de las riquezas del Imperio británico.

Winston se situaba fuera de la clase política a la que pertenecía y a la que no le importaban demasiado los problemas sociales del pueblo. Aunque su vida representaba la contradicción de los que critican la desigualdad y la opulencia, pues hacía uso de ellas cuando más le convenía. Sus discursos en Glasgow, algunos de los más radicales de su etapa conservadora, eran pronunciados tras pasar alguna temporada en algún balneario de lujo o alquilar una costosa casa de campo.

En la capilla de St. Andrew's Hall, de Glasgow, pronunció un discurso demoledor contra el Partido Conservador en el gobierno.

> Nadie parece tener en cuenta nada más que el dinero, hoy en día. Nada tiene importancia salvo las cuentas bancarias. La calidad de la educación, la distinción cívica, la virtud política, cada año, parecen estar menos valoradas. Las riquezas sin adornos parecen estar más valoradas cada año. Tenemos en Londres una parte importante de gente que va predicando el evangelio de Mammón. Abogado por los diez mandamientos, que eleva cada día la inspiradora plegaria: «Danos dinero en nuestra época, Señor».[6]

¿Era Churchill un cínico? ¿Cómo podía defender todo eso siendo a su vez un hombre acomodado?

Sin duda, Churchill no era un cínico. Creía firmemente en la igualdad de oportunidades y había sufrido en sus propias carnes la privación. A pesar de su condición noble, había realizado su carrera con gran esfuerzo y permanecía en política gracias a sus ingresos literarios.

Los conservadores no le perdonaron la provocación, pero él continuó algunos meses más en sus filas. Desafiante como era, intentaba demostrar que se podía ser conservador en los valores y la visión del imperio, pero progresista en la conciencia social y el apoyo a los más necesitados.

La tensión máxima llegó cuando el gobierno de Balfour hizo un desplante a Churchill en la moción de aplazamiento de la sesión de Pascua. El gobierno en pleno se levantó y abandonó la sala cuando él comenzó a hablar. Después se marcharon buena parte de los parlamentarios conservadores.

Churchill se sentía confuso y desanimado. Era consciente de la desafección de sus compañeros de partido, pero aún creía que había espacio para su posición entre sus filas. El rechazo de la mayoría de sus compañeros terminó por desengañarle.

El joven parlamentario meditó su situación y en un espectacular gesto, tan del gusto de Churchill, cruzó el Parlamento y se sentó en la bancada de sus oponentes liberales.

EL CHURCHILL LIBERAL

Los liberales le recibieron con los brazos abiertos. El joven parlamentario era popular, buen orador y capaz de aglutinar un voto muy variado. Sus votantes se contaban entre las clases trabajadoras de las ciudades, la burguesía y algunos nobles liberales.

Después de cambiar de asiento el 31 de mayo de 1904, pocos días más tarde pronunció un discurso demoledor contra lo que él llamó la plutocracia del país.

El discurso lo emitió junto a los líderes liberales, Sir Henry Campbell-Bannerman y Lloyd George, en el palacio de Alexandra en Londres.

> No vamos a retroceder, porque los principios que defendemos son principios que perdurarán de una generación a otra. Los hombres cambian, los modales cambian, las costumbres cambian, cambian los gobiernos y los primeros ministros, incluso cambian los secretarios para las colonias. Pero los principios no cambian.[7]

Sin duda, las cosas iban a cambiar pronto.

Ahora Churchill tenía que buscar un distrito electoral y los liberales le ofrecieron Manchester noroeste.

El Partido Liberal estaba en una etapa ascendente, el historiador Roy Jenkins comparó el momento político que atravesaba con el que Tony Blair pasó con el Partido Laborista en los años 1995 y 1996. Al gobierno le iba mal y a ellos muy bien.

No había que echar las campanas al vuelo, el Partido Liberal no ganaba unas elecciones desde 1886, a pesar de estar muy próximos a detentar el poder en 1892.

Churchill podía ser una buena baza a causa de su popularidad, además una humillación al Partido Conservador también les venía bien. Otra baza a su favor era la buena relación que mantenía con el Príncipe de Gales.

Churchill se mantuvo fiel a los principios de su nuevo partido y atacó despiadadamente al gobierno de Balfour.

El joven Churchill buscó tiempo entre sus compromisos políticos para continuar su labor literaria. Un proyecto le obsesionaba desde hacía varios años. Entre 1898 y 1900, había publicado cinco libros, pero su producción se paró drásticamente hasta enero de 1906.

¿En qué proyecto estaba trabajando?

Winston deseaba publicar una biografía de su abuelo Lord Randolph Churchill. Su proyecto se había visto obstaculizado por los dos albaceas de su abuelo, que pensaban que el joven escritor era demasiado polémico para convertirse en el biógrafo de su antepasado. Al final se permitió a Churchill acceder a los papeles de su abuelo, pero cumpliendo algunas restricciones. Después de un arduo trabajo, dos años de investigación y escritura, el libro salió a principios de 1906.

Churchill exaltaba la figura de su abuelo. No describía la vida privada del personaje y cargaba demasiado las tintas sobre la oposición de Lord Randolph Churchill contra el autogobierno irlandés.

El libro fue un éxito y recibió una calurosa acogida por la crítica. Aun así, algunos periódicos le criticaron. A muchos no les gustaba el estilo rápido y desenfadado de Churchill.

El Daily Telegraph dijo de Churchill: «Parece haber estado formado en la peor escuela de periodismo norteamericana».

Un mes antes de la publicación del libro, una crisis de gobierno sacó a Balfour del cargo de primer ministro. Algunos creen que el político pensó que era un buen momento para acudir a las urnas y legitimar su gobierno, pero su error de cálculo fue garrafal.

Los liberales estaban preparados para tomar el relevo, nombraron gobierno, pero Churchill no se encontraba entre los primeros candidatos. Por otro lado, Winston era joven para el cargo. Apenas tenía treinta y un años, nunca había ejercido un cargo y no llevaba más que año y medio en el partido.

A pesar de todo, Churchill recibió una oferta de Campsbell-Bannerman. El nuevo primer ministro le ofreció la secretaría de hacienda. Churchill aceptó el cargo. Aunque el gobierno estaba formado, los liberales necesitaban todavía ganar las elecciones para poder tener suficiente apoyo parlamentario.

Churchill había pasado un tiempo de convalecencia tras sufrir una misteriosa enfermedad. Después de la recuperación, se concentró en ganar su escaño por Manchester.

El joven político ocupó su escaño sin muchas dificultades.

El año 1906 parecía que las cosas le habían ido muy bien a Winston Churchill. Se había consolidado en su partido, tenía un nuevo éxito literario que le reportaba grandes beneficios, le habían ofrecido un importante cargo y había ganado su puesto en el Parlamento. Pero muchos veían en Churchill algunas fallas de carácter que podían terminar rápidamente con su prometedora carrera política, su amigo Lord Hugh Cecil lo expresó de la siguiente manera:

> Al decir gaseosa me refiero a que tienes fama de brillar en la tribuna y en la cámara, pero como fuegos artificiales. Eso te ha llevado muy lejos, pero los próximos pasos requieren fama de buen administrador, de funcionario hábil y laborioso; el tipo de fama que tiene Edward Grey...
>
> Pero aún más importante es que estés en buenas relaciones con tus colegas y les gustes. Si los colegas de un hombre están de su lado, avanzan tan fácilmente como un ciclista empujado por el viento.8

Cecil le estaba advirtiendo de que no podía permitirse un nuevo error. Tenía que controlar sus discursos y mejorar la relación con su nuevo partido. La fama pasajera no le iba a llevar mucho más lejos, ahora era el tiempo de los logros y no de las palabras.

EL SECRETARIO DE HACIENDA

Churchill encontró dos problemas en cuanto accedió a su cargo. El primero era el cambio de esquema en el gobierno de Sudáfrica. Tras la guerra, el país se había regido como una colonia, pero ahora tocaba formar un gobierno representativo, que diera más autonomía a la región. El segundo problema era el permiso del gobierno conservador para que los chinos trabajaran en las minas del Rand. Aunque el Partido Liberal había denunciado el trato inhumano que se daba a los chinos en las minas de Sudáfrica. Al parecer, Churchill deseaba minimizar el hecho.

Tal vez una de las fallas más graves de la personalidad de Churchill fue siempre su etnocentrismo. Él estaba convencido de la superioridad de los blancos frente a otras razas y de los anglosajones sobre el resto de culturas occidentales.

Churchill no manejó muy bien ninguno de los dos asuntos, aunque al final logró que se aprobara una constitución adecuada para Sudáfrica que permitiera a los británicos dominar sobre los bóers.

En aquel año realizó una curiosa visita a Alemania y participó en las maniobras del ejército del Káiser Guillermo.

Churchill permaneció un año en su puesto esperando recibir un ministerio, pero todo fue inútil. Algunos miembros menos destacados del partido recibieron carteras, pero él estaba estancado en su secretaría.

Al final del año 1907 tenía cuatro propuestas sobre la mesa: La secretaría colonial, el almirantazgo, la junta de gobierno local y la cámara de comercio. Churchill optó por la secretaría colonial, aunque el puesto en el almirantazgo era mucho mejor.

UNA BODA Y UN FRACASO

Winston Churchill, que parecía casi inmune al encanto de las mujeres, se enamoró de una joven llamada Clementine Hozier. La había conocido cuatros años antes en un baile, pero no se había atrevido a hablar con ella. Al parecer, el elocuente político era un tímido empedernido.

Lady St. Helier organizó una cena en su casa y Churchill no dejó de mirar a Clementine. Ella narró años después la torpe actuación de su marido en aquella velada, pero sin duda algo les atrajo mutuamente.

Unos días más tarde, el 8 de abril de 1908, Churchill recibió su nuevo cargo en el gobierno. Ahora tenía que retomar su plaza en el Parlamento y presentarse a las elecciones por Manchester.

Winston hizo un inciso en su apretada agenda y pidió a su madre que invitara a Clementine Hozier a su casa. El fin de semana fue un éxito y los dos se enamoraron.

Las elecciones en Manchester no fueron muy bien y Churchill no logró revalidar su escaño. Aquella contrariedad le dejaba momentáneamente fuera del gabinete. Un candidato socialista se había hecho con su escaño. Ahora había que buscar otro.

Es curiosa la opinión que Churchill tenía del socialismo y qué diferencias veía entre esa ideología y el liberalismo:

> El socialismo intenta derribar la riqueza; el liberalismo intenta elevar la pobreza. El socialismo destruiría los intereses privados; el liberalismo preservaría los intereses privados de la única manera que pueden preservarse, con seguridad y justicia, es decir, reconciliándolos con el derecho público. El socialismo mataría la empresa; el liberalismo rescataría la empresa de las trabas de los privilegios y las preferencias.[9]

El fracaso electoral, el segundo en su carrera, parecía menos amargo gracias a su prometida Clementine. Su prometida provenía de una familia noble, su madre era la hija mayor de los décimos condes de Airlie. Su padre, en cambio era un burgués llamado Henry Hozier, hombre divorciado y mayor que su madre. El matrimonio se rompió y la familia atravesó serios apuros económicos.

Al parecer, la madre de Clementine no era una mujer muy virtuosa y se dudaba de la paternidad de su hija. Clementine Hozier se parecía muy poco a su madre.

Era una mujer bella e inteligente. Había estado comprometida varias veces, pero no había llegado a casarse.

Churchill había mantenido también algunas relaciones previas, pero ninguna seria.

El compromiso se realizó rápidamente, en agosto ya habían formalizado su relación. El 12 de septiembre se celebró la boda. El obispo de Edwards, de St. Asaph, celebró el casamiento y el deán Welldon, de Manchester, que había sido director de Churchill en Harrow, dio el mensaje.

MINISTRO DE COMERCIO

El paso de Winston Churchill por el Ministerio de Comercio fue singular. Tras su regreso de la luna de miel por Italia, el nuevo ministro estaba deseoso de tomar su cargo. El Ministerio de Comercio tenía que competir con otros. Las funciones del ministerio eran múltiples y en algunos casos se solapaban con los de otros, en especial con el de hacienda. Churchill tenía que llegar a acuerdos con Lloyd George, si quería que muchas de sus iniciativas se llevaran a cabo.

Churchill llevaba muy mal el peso de George sobre él. Se sentía como si este le tratara como un esclavo. El ministro de hacienda era mejor orador que Churchill, era más intuitivo que él y sabía cómo mediar en un conflicto. George pensaba que Winston hablaba demasiado y eso dificultaba su labor de mediador. Churchill tenía claro por qué había elegido aquel puesto. No quería regir las cuentas del imperio, tenía en mente algo mucho más ambicioso, deseaba transformar socialmente al país.

Como ya hemos mencionado, Churchill poseía una gran conciencia social. Ahora tenía la posibilidad de llevarla a la práctica. Estas ideas las expresó claramente en una carta a Asquith el 14 de marzo de 1908, antes de convertirse en ministro de comercio. Churchill comenta:

> Confusamente, a través de mares de ignorancia veo el contorno de una política que yo denomino de «Nivel mínimo». Es nacional, no ministerial. Dudo de mi poder para darle expresión concreta. Si lo hiciera, espero no tardar mucho en encontrarme en conflicto con algunos de mis mejores amigos, como por ejemplo John Morley, quien al final de una vida de estudio y pensamiento ha llegado a la conclusión de que no puede hacer nada.[10]

Ese tipo de cinismo conformista era al que tenía que enfrentarse Churchill todos los días. Una especie de resignación decadente, que llevaba al Imperio Británico a su autodestrucción.

Unos meses más tarde, Churchill había dejado de lado el temor y en otra carta a Asquith le daba las pautas de cómo iba a ser su política:

> Durante estos días de tranquilidad he estado dándole vueltas a muchas cosas y me siento impulsado a señalar la convicción que hace tiempo se ha estado formando en mi mente. Hay una tremenda política de organización social. La necesidad, urgente, y el momento, oportuno. Alemania, con un clima más duro y menor riqueza acumulada, ha conseguido crear unas condiciones básicas tolerables para el pueblo. Está organizada no sólo para la guerra, sino para la paz. Nosotros no estamos organizados para nada salvo la política de partidos. El ministro que aplique a este país las experiencias satisfactorias de Alemania en organización social puede recibir o no apoyo en las elecciones, pero al menos habrá dejado un recuerdo de su administración que el tiempo no borrará [...] Disponemos al menos de dos años. Tenemos la desdicha que este invierno está infringiendo a las clases

> más pobres que nos apoyan...Y creo que cuando la nación empiece a sentir el impulso de estos grandes planes, primero tendrá interés y después apoyará solidariamente al gobierno. He aquí los pasos tal como los veo:
>
> 1. Bolsa de trabajo y seguro de desempleo.
> 2. Seguro de enfermedad nacional.
> 3. Industrias estatales expansivas, en especial, repoblación forestal, carreteras.
> 4. Ley de la pobreza modernizada, es decir, clasificación.
> 5. Unión de ferrocarriles con el control estatal y garantía.
> 6. Educación obligatoria hasta los diecisiete años.
>
> Creo que todas estas cosas pueden ser llevadas a cabo, y con éxito, y que no sólo beneficiarán al Estado sino que fortalecerían al partido. Es mucho mejor fracasar en tan nobles esfuerzos que perecer de lenta parálisis o ventosa agitación.[11]

Sin duda, el plan de Churchill era el más ambicioso de los últimos cien años. Tenía claras las metas y las consecuencias de las reformas. **Su capacidad de liderazgo estaba a punto de dar un salto cuantitativo. Ahora debía dirigir y administrar un ministerio**. Su capacidad de organización, motivación y dirección iban a ponerse a prueba.

La gente que rodeaba a Churchill era consciente del halo de carisma que transmitía.

Uno de los retratos más completos de Churchill nos lo da Beatrice Webb:

> Primera impresión: incansable, casi de forma intolerable, sin capacidad para el trabajo constante y sin emoción, egoísta, engreído, de mente poco profunda y reaccionario, pero con cierto magnetismo personal, muchas agallas y cierta originalidad, no de intelecto, sino de carácter. Tiene más de especulador americano que de aristócrata inglés. Habla excesivamente de sí mismo y de sus planes para las elecciones, quería que le dijera de alguien que le proporcione estadísticas. «Jamás hago ningún trabajo intelectual que otro pueda hacer por mí», un axioma que muestra capacidad organizativa pero no de pensamiento. Repleto de trucos para ganar Oldham contra los candidatos laboristas y liberales. Pero me atrevería a decir que tiene un lado mejor, que el cinismo barato corriente de su posición y carrera lo convierte en un indiferente compañero de mesa en una cena.
>
> Seguro de ser impopular, un sabor demasiado desagradable con su incansable personalidad llena de amor propio y falta de refinamiento moral o intelectual [...] Ninguna noción de investigación científica, filosófica, literaria o arte, y aún menos de religión. Pero su valor, sus recursos y gran tradición pueden llevarlo lejos, a menos que se destruya a sí mismo como su padre.[12]

Esta despiadada descripción de Beatrice Webb, en muchos momentos es acertada. Webb ve en Churchill cualidades para el liderazgo, como su capacidad organizativa, su valor, originalidad, independencia y magnetismo personal. También descubre las fallas, que el mismo Churchill reconoció en repetidas ocasiones.

En cambio, el Churchill a punto de ser ministro de comercio, ya no se parece tanto al joven candidato conservador. Ahora busca servir, aunque es cierto que le sigue agradando el ser reconocido y recibir elogios. Sin duda, un trauma aún por superar, de una infancia repleta de fracasos y con un gran vacío emocional.

El cambio en la personalidad de Churchill fue tan notorio que la propia Webb escribe cuatro años más tarde:

> El domingo almorzamos con Winston Churchill y su prometida, una dama encantadora, bien educada y guapa, pero no rica, en modo alguno «un buen partido», lo cual habla a favor de Winston. La noche anterior, Winston había dado un discurso realmente elocuente sobre los desempleados y ha dominado el plan Webb, aunque sin llegar al extremo de las bolsas de trabajo obligatorio. Es brillantemente capaz, más que un traficante de frases, creo, y sin duda comparte su destino con la acción estatal constructiva. No cabe duda de que expone ese lado para mí, pero aun así no podría hacerlo tan bien si no estuviera de acuerdo con ello. Después de almorzar, llegó Lloyd George y nos invitó a desayunar para hablar del programa de seguros [...] Lloyd George es un tipo listo, pero posee menos intelecto que Winston y una personalidad menos atractiva, más de predicador que de estadista.13

Las palabras de Webb ya no son tan mordaces. Reconoce que detrás de la fachada frívola de Churchill se esconde un hombre preocupado por los demás.

En esos cuatro años había madurado mucho y estaba a punto de convertirse en un verdadero estadista.

Churchill se puso enseguida manos a la obra. Primero intentó mejorar los salarios más bajos. Muchos se le opusieron, pero al final logró ciertas mejoras salariales, sobre todo entre los empleados de las industrias textiles.

La segunda reforma que implementó fue la bolsa de trabajo. Quería flexibilizar el mercado y ayudar a los desempleados a encontrar pronto un nuevo empleo. Además creó un fondo de desempleo, para que la gente que perdía su trabajo no se encontrara de la noche a la mañana sin ningún tipo de ingresos.

El fondo de desempleo fue mal recibido incluso por algunos miembros del gobierno. Churchill tuvo que emplearse a fondo para que el proyecto saliera adelante. El seguro de desempleo no se puso en vigor hasta 1911, cuando Churchill ya no estaba en el ministerio, aunque está claro que él fue el artífice. Otros muchos seguirían la senda marcada por él, mejorando notablemente la situación de la clase trabajadora a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

Muchos han visto en la política social de Churchill una contradicción con su propia vida. Un hombre elitista, en muchos casos reaccionario, pero que supo ver en la ayuda a los más débiles la actitud moral correcta de aquellos que les servían desde la política.

Las críticas de Churchill a la política armamentística del gobierno produjeron un alejamiento del resto del gabinete. Hasta el rey se airó con su actitud. Winston reaccionó más radicalmente en otro asunto, el Fondo de Bienestar de los Mineros. Sus palabras no pueden ser más elocuentes:

> ¿Han bajado a una mina de carbón? Yo bajé el otro día. Nos sumergimos en un pozo de ochocientos metros de profundidad. Entonces caminamos por debajo de las montañas, y teníamos casi un kilómetro y medio de roca y esquisto sobre nosotros. La tierra parece hacer esfuerzos, a nuestro alrededor y sobre nosotros, para aplastarnos. Se veían los puntales del pozo combados, torcidos y hendidos, sus fibras separadas al resistir la presión. A veces ceden y entonces se produce mutilación y muerte. A menudo una chispa se enciende y todo el pozo es presa de las llamas, y el aliento de la vida desaparece de centenares de pechos consumidos por el fuego [...] Sin embargo, cuando el primer ministro y yo llamamos a la puerta de estos grandes terratenientes y decimos: «¿Saben que estos pobres tipos que han estado excavando royalties arriesgando su vida, que algunos son viejos, han sobrevivido a los peligros de su trabajo, están rotos, no pueden ganar más? ¿No les darán algo para que no tengan que ir al asilo de pobres?», nos miran con el entrecejo fruncido. Decimos: «Sólo medio penique, una simple moneda de cobre». Replican: «¡Ustedes son unos ladrones!» Si esto indica la opinión que tienen estos grandes terratenientes de su responsabilidad con la gente que, a riesgo de perder la vida, crean su

comodidad, estoy convencido de que el día de ajustar cuentas está cerca.[14]

El discurso de Churchill le causó tremendos problemas. Muchos no soportaban su tono moralista. Además, en el discurso arremetía contra los plutócratas avaros y egoístas.

El rey volvió a enojarse por las palabras de Churchill. La Cámara de los Lores, a la que tanto había criticado Churchill, se opuso al proyecto de ley de presupuestos y paralizó al Ejecutivo.

Al final, como había vaticinado, hubo que anticipar las elecciones. Las elecciones se celebraron en enero de 1910. Churchill obtuvo muy buenos resultados. Su éxito le permitió dar una nueva gira de conferencias y discursos por Escocia e Inglaterra.

Tras su victoria, vio claro el momento de enfrentarse directamente con la Cámara de los Lores. Atacó la institución, pidiendo su abolición. No creía que una institución moderna siguiera siendo de carácter hereditario. Era un privilegio que convertía a los ingleses en ciudadanos de primera y segunda clase. Churchill hablaba abiertamente de la supresión de la cámara de los privilegiados. Aunque el joven político se encontraba dispuesto a aceptar una segunda cámara, pero modificada. Winston pensó que al menos parte de los lores debían ser elegidos por el electorado. De otra forma, la cámara era un nido de conservadores que vetaba y paralizaba siempre, las leyes más progresistas.

Las ideas de Churchill no progresaron. Había demasiados intereses en juego y algunos miembros de su propio gobierno querían mantener el statu quo. Aunque logró que se restara algo de poder a la Cámara de los Lores.

El nuevo gobierno cambiaba de nuevo las carteras y Churchill pidió la del almirantazgo, pero Asquith no quería cambiar a McKenna. Al final, Churchill consiguió el Ministerio de Interior.

MINISTRO DE INTERIOR

El ministerio no era un puesto tan atrayente. Muchos lo consideraban una verdadera tumba política. Los ministros tenían que garantizar el orden público y reprimir las manifestaciones.

Winston Churchill fue el candidato más joven a ese cargo.

Lo que todos se preguntaban era qué intentaría cambiar el joven ministro en esa arcaica institución.

La muerte del rey Eduardo supuso la paralización del Estado hasta la ascensión al trono de Jorge V. Las relaciones con el nuevo rey iban a ser tensas. Churchill era el encargado de comunicar al monarca las decisiones del gobierno. En una de las cartas le comunicó algunas decisiones sobre el derecho al trabajo, que el rey tomó como cuasi revolucionaria. La carta decía lo siguiente:

> El asunto es muy importante y constituye la base de las cosas. Mr. Churchill siempre ha creído que debería ser posible con nuestra actual ciencia y civilización mitigar la violenta fluctuación del comercio recurriendo a la obra pública de carácter reproductor, que podía llevarse a cabo tranquilamente en los buenos tiempos y activamente en los malos.
>
> En cuanto a los vagabundos y vagos, deberían existir colonias de trabajo adecuadas adonde se les pudiera enviar durante periodos de tiempo considerables y se les hiciera comprender su deber hacia el Estado. Estas instituciones están actualmente en

> consideración en el Ministerio de Interior. Sin embargo, no hay que olvidar que hay gente ociosa y vaga en ambos extremos de la escala social.[15]

El rey escribió al gobierno quejándose porque las ideas de Churchill eran demasiado socialistas. El joven ministro no se echó para atrás y comentó que el rey era injusto en sus afirmaciones, pero no se retractó de lo que había dicho.

Churchill, desde su nueva posición, favoreció la aprobación de la nueva Ley de Minas, que protegía mucho más a los mineros. También el proyecto de la Ley de Comercio, en la que se garantizaban ciertos derechos a los vendedores de los comercios. Con esta ley, Churchill consiguió que un día a la semana se cerrara más temprano y que tuvieran al menos una hora para comer, aunque no logró reducir las horas máximas de trabajo.

La Ley de Seguridad Social, aprobada en 1911, fue auspiciada por Lloyd George, pero recibió el apoyo de Churchill.

En su propio ministerio, Churchill comenzó una reforma en profundidad del sistema penitenciario. Primero intentó que se aprobara un nuevo Código Penal. Intentó la mejora de los presos en las cárceles. Las reformas tenían que hacerse lo más rápido que se pudiera, los liberales habían ganado las elecciones de 1910, pero ya era evidente su declive político.

Muchos creían, en una época en la que el maltrato a los presos estaba bien visto, que la simpatía de Churchill hacia los confinados se debía al tiempo que él mismo permaneció preso en Sudáfrica. Aunque lo cierto era que él tenía una especial simpatía por los desvalidos, fruto de su educación cristiana.

Lo primero que hizo fue distinguir a los prisioneros políticos de los comunes. Churchill creía que no se debía tratar igual a unos que a otros. Además buscó rehabilitar a aquellos cuyos delitos no eran inmorales, que simplemente habían incurrido en ellos por necesidad.

Entre las medidas estaban el permiso a los presos políticos de utilizar sus propias ropas, que recibieran comida de sus familias y que pudieran leer. También reformó las normas, para que los jóvenes con delitos menores no ingresaran en la cárcel. Tampoco permitió que las personas entraran en la cárcel a causa de sus deudas.

Churchill además odiaba las diferencias de clase. Por eso denunciaba que ciertos delitos que se hubieran pasado por alto en un joven noble suponían la cárcel para los jóvenes pobres.

Winston no estaba de acuerdo con la pena de muerte e intentó indultar a la mayoría de los reos, pero únicamente lo consiguió con la mitad de los cuarenta y tres casos de sus veinte meses como ministro.

Al respecto de la pena de muerte, Churchill comentó en una carta a Edward Grey, uno de sus colaboradores:

> Creo que esta parte de su tarea es terrible y la noche anterior a la ejecución de los dos hombres no paré de meditar sobre la noche que deberían de estar pasando, hasta que tuve la sensación de que no debería dejar que los colgaran a menos que también me colgaran a mí. [16]

Churchill confesó más tarde: «De todos los cargos que he tenido, este fue el que menos me gustó».

Winston nunca llevó bien eso de condenar a alguien a muerte. A pesar de todo,

Churchill no fue un abolicionista, pero tampoco defendió la pena de muerte.

Otro de los temas espinosos de su mandato, fue el derecho de las mujeres a votar. Las sufragistas le persiguieron para conseguir sus reivindicaciones. Churchill intentó no ser duro con este movimiento, pero un conflicto el 18 de noviembre de 1910 produjo disturbios y algunas personas heridas.

Al final, Churchill propuso que se hiciera un referéndum sobre el tema, pero el Gobierno no aceptó su sugerencia.

Las segundas elecciones de 1910 mantuvieron de nuevo en el poder a los liberales, aunque aumentaban en el Parlamento los laboristas y los independentistas irlandeses. En los últimos días de mandato, Churchill tuvo que lidiar con varios problemas de orden público, debido a huelgas y enfrentamientos entre manifestantes.

Los conflictos en Marruecos entre franceses y alemanes dispararon las alarmas. Churchill comprendió enseguida que el expansionismo alemán iba a traer problemas a las potencias europeas. En 1911, cuatro años antes de la guerra, Churchill escribió un documento en el que se preveía un ataque alemán sobre Francia.

El gobierno no se tomó en serio las advertencias del ministro de interior. Muchas veces, Churchill se vio como una voz que gritaba en el desierto, ignorada por la mirada corta de sus contemporáneos.

Aun así, el primer ministro reorganizó el almirantazgo. Churchill utilizó todo su empeño y fuerza de persuasión para hacerse con el puesto. Al final, el primer ministro reunió a los dos candidatos que tenía en mente. Haldene y Churchill eran dos polos opuestos. El primer ministro decidió que uno se encargara del almirantazgo y el otro del Ministerio de Guerra. Ambos tenían que colaborar estrechamente, pero no había buena relación entre ellos.

Churchill, una vez más, había logrado lo que quería. En apenas diez años había pasado de ser un simple parlamentario a convertirse en ministro de algunas de las carteras más importantes: comercio, interior y Primer Lord del Almirantazgo.

LA FORMACIÓN DE UN ESTADISTA

¿Cómo había logrado tanto en tan poco tiempo?

Como ya hemos comentado, **Churchill tenía un plan**. Su intención no era permanecer toda su vida como un simple parlamentario. Deseaba ocupar puestos ejecutivos en los que demostrar su talento.

La **herramienta que utilizó** Churchill para alcanzar sus cargos en el gobierno **fue la palabra**. Su capacidad oratoria había conseguido lo que parecía imposible, sobre todo después de cambiar de partido a los pocos años de ser elegido miembro del Parlamento.

Su nieto, Winston S. Churchill, en el prólogo sobre un libro de discursos seleccionados de su abuelo, nos dice al respecto, citando a su tía Mary Soames:

> Jamás, en ninguna etapa de su vida, mi padre empleó los servicios de nadie para escribir sus discursos. En distintos momentos de su carrera, para tratar cuestiones ministeriales, los funcionarios se encargaban de proporcionarle distintos apuntes y estadísticas, sobre todo con respecto a cuestiones técnicas o jurídicas...Pero fue mi padre y sólo él quien preparó la totalidad de sus discursos importantes, sobre todo, claro está, los que

pronunciaría en la Cámara de los Comunes.[17]

Churchill había sido siempre **fiel a sus principios**, aunque eso le creara muchas veces verdaderos quebraderos de cabeza. Además, Churchill había demostrado en todos sus cargos una **gran capacidad de gestión**, una determinación para transformar todo aquello que creía obsoleto y una gran habilidad para llevar a cabo reformas de calado.

La mejora en las condiciones laborales y sociales de los británicos fue el producto de la empatía de Churchill hacia los más desfavorecidos. La humanización de las condiciones de los presos y la conmutación de penas de muerte arbitrarias son otra parte de su legado humanitario.

Los principios cristianos de Churchill, aprendidos de su niñera Everest habían dado sus frutos. Él mismo lo reconoció en su autobiografía al afirmar que las condiciones de pobreza en las que murió su niñera le hicieron reflexionar sobre la desprotección de grandes capas de la sociedad.

Había superado notablemente la prueba de llevar a la práctica sus ideas sobre cómo gestionar un ministerio. Ahora nadie podía acusarle de ser un fanfarrón y charlatán, había demostrado su capacidad para producir los cambios que necesitaba el país.

El almirantazgo parecía el colofón a una carrera brillante como administrador público. A sus treinta y ocho años había logrado los puestos más importantes de la administración, pero algo terrible estaba a punto de suceder.

La cometa se eleva
más alto en contra del
viento, no a su favor.

Capítulo V

AFRONTAR NUEVOS RETOS Y UNA DOLOROSA DERROTA

Las vidas no son rectilíneas, a veces hay que volver a empezar

El almirantazgo supuso para Churchill un gran avance desde el punto de vista político, pero también social. El Primer Lord del Almirantazgo tenía una serie de privilegios que no tenían otros ministros.

El primero de los privilegios era la casa del Primer Lord del Almirantazgo, una mansión mayor que la del primer ministro. También se ponía al servicio del Primer Lord del Almirantazgo una embarcación con una tripulación con 196 marineros. Churchill disfrutó mucho de su barco oficial. Le encantaba navegar, era una de las pocas ocasiones en las que solía relajarse por completo.

El trabajo en el almirantazgo era mucho más absorbente que en cualquier otro ministerio, lo que obligó a Churchill a centrarse en sus tareas y no interferir en las de sus compañeros de gobierno.

El sueldo como Primer Lord era notablemente superior que el de otros ministros, aunque el aumento estaba justificado en la astronómica cifra necesaria para mantener la mansión que habían puesto a su servicio. Ni Churchill ni su esposa se trasladaron al principio a su nueva residencia. Tal vez temían no poder hacer frente a los gastos o pretendían no derrochar sus ahorros.

En aquel tiempo, entre los años 1909 y 1911, habían nacido su hija Diana y su hijo Randolph.

Churchill, a diferencia de sus progenitores, fue un padre cariñoso y participó activamente en la educación de sus hijos. Posiblemente el acercamiento a los niños estuvo motivado por el recuerdo de su solitaria infancia. Sus otras dos hijas, Sarah y Mary, nacidas en 1914 y 1922, respectivamente, mantuvieron una relación aun más estrecha con él.

Su esposa Clementine sufrió partos muy complicados y tuvo que pasar largos periodos de convalecencia.

En la primavera de 1913 se trasladaron a la nueva residencia.

Clementine pasaba largas temporadas con sus hijos en el campo y la playa, su marido intentaba reunirse con ellos en cuanto su absorbente trabajo le dejaba algo de tiempo libre.

Churchill tomó su nuevo trabajo con la energía que le caracterizaba. Sabía que los cambios necesarios en la institución debían darse a largo plazo, pero aun así intentó acelerarlos.

La primera gran cuestión a resolver era cómo gestionar la amplia orientación político-militar del Imperio Británico.

Durante muchos años se había opuesto a los aumentos en el gasto naval, ahora debía enfrentarse a la realidad de una armada colosal, que había que renovar, lo que suponía un alto coste económico.

Churchill explicó esta modificación en su política con la justificación de que las

cosas habían cambiado. Gran Bretaña debía armarse ante la amenaza de una eventual guerra en Europa. Si la guerra entre Francia y Alemania al final se producía, Gran Bretaña entraría en el conflicto y debían estar preparados para aquella eventualidad.

La experiencia que Churchill iba a conseguir en esta etapa de su vida sería muy útil en la Segunda Guerra Mundial, le daría una visión amplia de las posibilidades militares de su país y de las perspectivas de un conflicto a gran escala.

La segunda gran cuestión a la que tuvo que enfrentarse fue a la creación de un Estado Mayor Naval de Guerra. Churchill se centró en mejorar la flota. Temía que la nueva armada del káiser se convirtiera en un arma más poderosa que la de Gran Bretaña.

El plan de Churchill surtió efecto. A pesar de que Alemania construyó un gran número de barcos, Gran Bretaña siempre fue por delante en la fabricación de efectivos.

Aunque Churchill tenía mucho poder, necesitaba la ayuda de otros miembros del gobierno para conseguir los avances en cuanto a la marina.

El Lord del Almirantazgo encontró en Edward Grey su apoyo más enérgico, su amistad con Lloyd George continuaba, pero el acercamiento a Grey era cada vez más patente. A pesar de todo, la amistad de Grey era coyuntural. Cuando ambos dejaron el gobierno, el primero en 1915 y el segundo en 1916, apenas volvieron a tratarse. Churchill comprendió con el tiempo, que era muy difícil mantener relaciones sólidas de amistad en política. La única persona que no le falló y a la que estuvo unido toda su vida fue su mujer.

Un escándalo de compra fraudulenta de acciones y de tráfico de influencias por algunos ministros del gobierno salpicó a Churchill. Él afirmó que no tenía nada que ver en el asunto, pero la prensa le acusó junto a otros de sus compañeros. Una comisión de investigación le llamó a declarar y Churchill utilizó todas sus armas dialécticas contra sus acusadores:

> ¿He de entender que toda persona, ministro o miembro del Parlamento cuyo nombre es mencionado por el actual rumor y propuesto por un testigo (el editor del Financial News) que dice que no le cree, debe ser convocado ante ustedes para negar categóricamente acusaciones que, como he señalado, han sido muy ofensivas porque el ministro en cuestión, según se sugiere, ha ocultado hasta el momento cuál es su postura? ... Me apena indeciblemente que un comité de compañeros de la Cámara de los Comunes haya considerado correcto prestar su sanción a la fórmula de esta pregunta. Dicho esto, procederé a responder a su pregunta. Nunca, en ningún momento, en ninguna circunstancia, directa o indirectamente, he efectuado ninguna inversión ni he tenido interés de ninguna clase, por vagamente que pueda ser descrito, en las acciones telegráficas de Marconi, ni en cualquier otra acción de esa clase, ni en este ni en ningún otro país del mundo habitado.[1]

La honradez de Churchill estaba fuera de toda duda. Nunca, a lo largo de su longeva carrera, estuvo implicado en ningún caso de corrupción. Churchill era un hombre egocéntrico y de un trato difícil en ocasiones, pero no era avaricioso y sus principios le impedían cometer cualquier tipo de acto ilegal.

El Primer Lord del Almirantazgo no se limitó a salvar su propio honor, hizo una ardua campaña de defensa de sus compañeros, lo que demostraba la nobleza de su carácter. En especial de Lloyd George, que tres años más tarde le traicionaría, ante el desastre de Galípoli.

La relación de Churchill y el nuevo primer ministro Asquith fue difícil. Churchill se mantuvo fiel al gobierno, a pesar de las críticas que recibía de algunos de sus miembros. Esto nos habla de la madurez del Primer Lord. Su capacidad de autocontrol y el esfuerzo por trabajar en equipo le habían ayudado a madurar.

Durante los años 1913 y 1914, justo antes de que se desatara la Gran Guerra, Churchill recibió el apoyo del primer ministro, aunque buena parte del gobierno envidiaba su fama o simplemente no soportaba su carácter.

El problema irlandés

Los Churchill siempre habían estado unidos de una forma u otra al problema irlandés. El abuelo y el padre de Churchill habían dedicado parte de su carrera política al asunto de la independencia de Irlanda. El abuelo de Winston se había opuesto tenazmente a cualquier tipo de autonomía de la isla, la posición de su padre había sido más moderada. Reconociendo incluso la necesidad de algún tipo de autogobierno, Winston Churchill tenía una posición intermedia.

En febrero de 1912, Churchill visitó Belfast. En el Ulster pronunció un discurso junto a un independentista. Algunos miembros del gobierno vieron con malos ojos que se inmiscuyera en un asunto que se salía fuera de sus competencias.

Churchill no hizo un discurso provocativo, como era normal en él. Utilizó como referente el discurso que su padre había pronunciado en 1886:

> Adopto y repito en un sentido diferente las palabras de Lord Randolph: El Ulster peleará y el Ulster tendrá razón. Dejemos que el Ulster pelee por la dignidad y el honor de Irlanda, dejemos que pelee por la reconciliación de las razas y por el perdón de antiguos errores, dejemos que pelee por la unidad y la consolidación del Imperio Británico, dejemos que pelee por la difusión de la caridad, la tolerancia y la ilustración entre ellos. Entonces, en verdad el Ulster peleará y el Ulster tendrá razón.[2]

Con este discurso, Churchill apoyaba la postura de los unionistas, pero al mismo tiempo marcaba que el único camino era el de la negociación y el acuerdo con el resto de Irlanda.

La intervención en los asuntos irlandeses no se quedó aquí. En septiembre de 1913, cuando visitó de nuevo la isla. Aprovechó la estancia en Irlanda para conseguir un acuerdo amplio sobre la isla con los conservadores.

En 1914, el Lord del Almirantazgo intentará, por tercera vez, que la autonomía de Irlanda se produzca tras un pacto de Estado.

La crisis en Europa eclipsó este problema interno. Alemania tenía deseos de enfrentarse a su vieja enemiga Francia, los sucesos de Sarajevo y el complejo sistema de alianzas europeas iban a producir la guerra más cruenta de la historia de la humanidad hasta ese momento.

Las tropas alemanas atravesaron Bélgica y el mundo entró oficialmente en guerra.

La Gran Guerra

Winston Churchill era un hombre de acción, por eso no nos debe extrañar que se

sintiera especialmente emocionado ante las perspectivas de un conflicto, pronto iba a comprender, y así lo expresa en su libro sobre la Segunda Guerra Mundial, que la Gran Guerra ya no era un enfrentamiento de honor, entre caballeros. Era una guerra total, de destrucción masiva, en la que millones de inocentes iban a ser sacrificados. La guerra complicó aun más la ya apretada agenda de Churchill.

Clementine decidió dejar más margen a su esposo y se quedó en Norfolk. El nacimiento de su tercer hijo estaba próximo y ella sabía que el parto no sería sencillo.

El gobierno estaba nervioso, los liberales no eran muy proclives a los conflictos y huían de cualquier tipo de enfrentamientos, en cambio Churchill parecía disfrutar con su trabajo. La mente del Primer Lord del Almirantazgo era la más lúcida del Ejecutivo. La mayoría de los ministros preferían no hablar del tema e incluso actuar como si realmente no estuvieran en guerra.

Churchill se sentía preparado para luchar en esta nueva guerra, desde que llegó al gobierno, tres años antes, su única intención fue fortalecer y adecuar la Armada, para que pudiera enfrentarse a cualquier enemigo, pero en especial contra Alemania. Churchill había tomado siempre como referente a las fuerzas alemanas, para tener siempre ventaja sobre sus enemigos.

Una de las característica de su liderazgo fue su capacidad para tomar decisiones, eso sí, pidiendo autonomía plena al gobierno y al primer ministro.

Los primeros enfrentamientos entre la marina británica y alemana empezaron mal. Los británicos perdieron varios barcos. Los submarinos alemanes eran muy eficaces y la Armada no había creado mecanismos de defensa contra esta nueva amenaza. Los enemigos de Churchill enseguida corrieron en tropel para culparle de la ineficacia de la Armada. Los críticos de Churchill estaban tanto dentro como fuera del gobierno.

Los peores meses para el Primer Lord fueron los de octubre y noviembre de 1914. Se sentía solo y acosado por todos lados pero, afortunadamente, Churchill no perdió el apoyo del primer ministro, que ante las críticas señaló: «Tiene muchos recursos y no cede al desaliento: dos de las cualidades que más me gustan».

El Primer Lord no ejerció un mandato distante, alejado de los campos de operaciones. Al contrario, viajaba constantemente de un lado al otro del Canal, visitaba Dunkerque, Amberes y otros escenarios del conflicto. Churchill prefería ver con sus ojos lo que sucedía y no limitarse a leer informes sobre las operaciones.

En el otoño se produjo la victoria francesa de la Batalla de Marne, pero poco después la caída de Amberes desplazaba el escenario bélico definitivamente a Francia. Los belgas ya no tenían capacidad para defender el país.

Winston Churchill se sentía incómodo en el puesto. Tal vez buscaba algo más de acción o ya no podía soportar más la presión. Así que le escribió al primer ministro pidiéndole que le relevara de su puesto y le permitiera asumir el cargo de comandante en Amberes. Pero el presidente no quería cambios. En la reunión del gabinete afirmó: «W. es un ex teniente de Húsares, y si esta propuesta se aceptara estaría al mando de dos distinguidos generales de división, por no mencionar a los generales de brigada, los coroneles, etc., mientras que la Marina

sólo aportaría sus pequeñas brigadas [...] Lamento decir, que se recibió en el gabinete con una sonora carcajada».3

Las críticas comenzaron a lloverle de todas partes. Muchos pidieron que dimitiera o fuera sustituido, pero el primer ministro no lo hizo.

Churchill se centró en su trabajo y eligió un nuevo Primer Lord del Mar. El candidato elegido fue Fisher. Necesitaba recuperar el prestigio perdido, Fisher podía cambiar la situación, a muchos no les gustaba, pero al final Fisher ocupó el puesto.

El Primer Lord del Almirantazgo estaba desesperado. Los alemanes no sacaban sus barcos de los puertos, los submarinos estaban hundiendo los suyos y las críticas le llovían de todas partes. Entonces se le ocurrió una idea. Para salir de la parálisis que atravesaba la guerra, lo mejor era crear un nuevo frente, envolver a las fuerzas centrales en una tenaza y sacar al Imperio Otomano de la guerra. El primer ministro veía la propuesta de Churchill con buenos ojos.

La tensión entre Fisher y Churchill no se hizo esperar. Aunque los dos eran estrategas eficaces, parecían incompatibles. Ya habían mostrado su desacuerdo dos años antes, pero no había guerra y las cosas no fueron a más, ahora la guerra estaba en marcha y su enfrentamiento ponía en peligro vidas.

La decisión de Churchill de abrir un nuevo frente en oriente y ocupar Estambul fue el principio del fin en su carrera política dentro de los liberales. La península de Galípoli no era un objetivo fácil y los ejércitos turcos, entrenados por mandos alemanes, eran mucho más eficaces, de lo que en un primer momento habían pensado los británicos.

Dardanelos parecía una buena acción. La otra opción era esperar en las trincheras a que los alemanes se decidieran a atacar.

La organización de la batalla dejó mucho que desear. El Primer Lord del Almirantazgo quería que el resto del ejército participara en la acción, pero el comité de defensa no estaba de acuerdo.

Aunque Churchill siempre intentó justificar su fracaso en Galípoli, lo cierto es que había cometido varios errores.

El primero fue elegir a Fisher como Primer Lord del Mar para luego no dejarle hacer nada. El segundo fue ignorar las señales de peligro que le decía Fisher. El Primer Lord del Mar no veía clara la operación, cuando las cosas se complicaron pidió a Churchill que se abortara la acción y se tomara en cuenta abrir un nuevo frente en el mar del norte. El tercer error fue mantener su postura, aunque veía que cada vez tenía menos apoyos. Churchill no supo ver que el resto del gobierno se alejaba del fracaso inminente, mientras él se hundía más y más en su tumba.

Cuando años más tarde justificó sus acciones en su libro La Crisis Mundial, culpó de su fracaso al primer ministro Asquith, al que acusaba de no haberle apoyado lo suficiente, pero también arremetía contra Edward Grey, que no había logrado que los Balcanes se unieran a ellos contra los turcos. Todos parecían ser culpables menos el propio Churchill.

Las consecuencias de Galípoli le enseñarían mucho a Winston Churchill. Su carrera, aunque no exenta de dificultades, hasta el momento había sido casi rectilínea, ahora tendría que **aprender en la dura escuela del fracaso y la frustración**.

Churchill estaba fuera de sí. Las noticias que llegaban del frente oriental no

podían ser peores. El Primer Lord del Almirantazgo se enfrentó al gobierno en pleno y al primer ministro.

Fisher también terminó por explotar y el 15 de mayo ordenó que los barcos salieran de Galípoli y comenzó el repliegue. Churchill se enteró al día siguiente y Fisher había presentado su dimisión. En mitad de la operación más ambiciosa de 1915, la Armada se quedaba sin Lord del Mar y las cosas comenzaban a complicarse.

Churchill presentó la dimisión, pero el primer ministro no la aceptó. Aunque la crisis continuaba y la tensión en el almirantazgo era extrema. El Primer Ministro intentaba buscar una salida honrosa para Churchill, pero su gobierno de emergencia y el temor a perder el apoyo de los conservadores no le dejaban mucho margen de actuación.

Durante aquellos días se barajó dar a Churchill la Colonial Office, pero los conservadores se opusieron, querían la cabeza de Churchill en bandeja.

Justo en medio de la crisis, los alemanes decidieron sacar su flota. En contra de todo pronóstico, Churchill reclamó asumir de nuevo el mando. Quería terminar el trabajo que había empezado. Los miembros del almirantazgo le apoyaron y Churchill escribió varias cartas pidiendo su readmisión.

Asquith fue tajante en su respuesta:

> Tengo sus cartas. Debo considerar decidido que no va usted a permanecer en el almirantazgo [...] Espero conservar sus servicios como miembro del nuevo gabinete, estando, como estoy, sinceramente agradecido por el espléndido trabajo que ha hecho antes y desde la guerra.[4]

Churchill entró en razón y contestó:

> Lamento los problemas y haber sido la causa de una situación que ha permitido a otros ser desagradables con usted. Aceptaré cualquier cargo que me ofrezca.[5]

El nuevo gobierno fue anunciado el 26 de mayo, Winston Churchill fue nombrado canciller del Ducado de Lancaster, el puesto menos relevante y casi una tumba política.

El ostracismo del nuevo cargo fue una dura losa que Churchill soportó durante cinco meses. Un puesto sin apenas responsabilidades, sin funciones claras y de mera decoración, era mucho más de lo que podía soportar.

El desánimo golpeó a Winston con toda su fuerza. Lo confesó delante de Lord Rinddell, el dueño del News of the World, con unas palabras inequívocas: «¡Estoy acabado!» Apenas había cumplido los cuarenta años y sentía que su carrera se había terminado.

Clementine, la mujer de Churchill, estaba muy preocupada. Nunca le había visto tan abatido. Le confesó años más tarde a Martin Gilbert, que creía que él moriría de pena.

Parecía que la rápida ascensión de Winston Churchill ahora sufría una fuerte caída. La historia se repetía. Su padre había tenido que dimitir de su cargo en 1886, cayendo en una profunda depresión que nunca logró superar.

¿Cómo iba a reaccionar Churchill? ¿Se rendiría como su padre o intentaría reponerse e intentarlo de nuevo?

Una de las mayores dificultades que podemos enfrentar en la vida es caer en los mismos errores que nuestros padres. Los problemas más difíciles de

superar son aquellos en los que hemos visto fracasar a nuestros progenitores.

La primera semana de junio, tras ocupar su nuevo puesto, dio un discurso en su distrito electoral. Sus palabras parecían dar un atisbo de esperanza a su maltrecha vida pública:

> Vuelvan a su tarea. Miren hacia delante, no miren hacia atrás. Reúnan de nuevo en el corazón y el espíritu todas las energías de su ser, únanse de nuevo para el esfuerzo supremo. Los tiempos son difíciles, la necesidad es horrible, la agonía de Europa es infinita, pero el poder de Gran Bretaña unido al conflicto será irresistible. Somos la gran reserva de la causa aliada, y la gran reserva debe marchar ahora adelante como un solo hombre.6

Al leer esas palabras, parece que Churchill estaba intentando convencerse a sí mismo.

Los Churchill se trasladaron a la casa de su hermano y repartieron gastos durante un tiempo, aunque Winston no soportaba tanto bullicio en casa y quería que se trasladaran a otra residencia. Aquel verano alquilaron una casita en el campo y allí una amiga le animó a que se dedicara a la pintura. Winston se sintió cautivado de inmediato por esa nueva afición. Al menos era una manera de escapar de la terrible realidad que le rodeaba.

La incansable energía de Churchill le llevó a pedir una misión arriesgada. La idea era viajar a los Balcanes y ponerse en contacto con algunos gobiernos, en especial los de Bulgaria y Rumania. Al final de su viaje iría hasta Galípoli para comprobar personalmente cuál era la situación.

Winston debía presentir que podía sucederle algo malo, el 17 de julio le había escrito a su esposa una carta algo preocupante.

> Quiero que tomes todos mis papeles, en especial los que se refieren a administración del almirantazgo. Te he nombrado mi única albacea literaria [...] No hay prisa, pero algún día puede que quiera que se conozca la verdad. Randolph recogerá la antorcha. No llores demasiado por mí. Soy un espíritu que confía en sus derechos. La muerte sólo es un accidente, y no el más importante que nos sucede en este lado del ser. En conjunto, en especial desde que te conocí, querida, he sido feliz, y me has enseñado lo noble que puede ser el corazón de una mujer. Si existe otro lugar te esperaré. Entretanto mira hacia delante, siéntete libre, disfruta de la vida, cuida de los niños, recuérdame. Que Dios te bendiga. Adiós.7

El viaje se anuló en el último momento, la parte conservadora del gobierno se opuso vivamente y tuvieron que suspender la misión.

El rechazo de sus planes motivó a Churchill para dar un paso importante. Nadie podía impedir que él fuera a la guerra, aunque tuviera que entrar en el ejército. Pero antes ocurrió un suceso que le llenó de indignación. Las tropas se retiraban definitivamente de Galípoli.

Churchill tomó la decisión de salir del gobierno y escribir al primer ministro:

> No me siento capaz en tiempos como estos de permanecer en una situación de inactividad bien pagada. Por lo tanto, le pido que someta mi dimisión al rey. Soy un oficial y me pongo sin reservas a disposición de las autoridades militares, observando que mi regimiento está en Francia.8

Con esa carta, Churchill anunciaba su deseo de dejar el gabinete, pero también de unirse al ejército como oficial.

UN OFICIAL DE LA GRAN GUERRA

Winston Churchill anunció su dimisión en la Cámara de los Comunes, pero evitó ser polémico y dañar al gobierno. Pensaba que este al final le buscaría un buen puesto en el frente, pero definitivamente cumplió su palabra y el 18 de noviembre de 1915 se unió al regimiento de voluntarios de los Húsares de Oxfordshire. Se incorporó como comandante y luchó como un soldado más en la guerra.

A pesar de ser un simple comandante, Churchill disfrutó al principio de algunos privilegios de un ex miembro del gobierno. Un coche le recogió en Boulugne y le llevó hasta el cuartel general en St. Omer. La primera noche cenó con Sir John French y descansó en un hotel con todos los lujos. Al día siguiente visitó al general conde de Cavan, que estaba al frente de la división. No fue hasta el tercer día cuando se incorporó al 2º Regimiento de Granaderos y pasó a vivir en las trincheras.

A partir de ese momento se habían terminado las guerras de salón. De nuevo estaba en mitad de la acción, intentando poner en forma los músculos entumecidos por casi dos décadas como político.

En las trincheras, Churchill comprobó cómo era la dura vida de los soldados. Rodeados de ratas, barro y malas condiciones higiénicas, Winston vio la realidad de la guerra.

El coronel del batallón, George Jeffreys, le recibió con frialdad. Pensaba que todo aquello era una nueva campaña publicitaria de Churchill.

El coronel le dijo nada más llegar: «Creo que debería decirle que no nos consultaron respecto a que usted se uniera a nosotros».

Churchill estaba acostumbrado a recibir ese tipo de reacción, le había sucedido cuando intentó luchar en Sudán, también en Sudáfrica y ahora en Francia. La diferencia era que ya no tenía veinte años. Su experiencia política y de mando le había convertido en un verdadero líder, que brillaba donde quiera que fuera.

El nuevo oficial pasaba la mayor parte del tiempo en la compañía de Edward Grigg. Al poco tiempo había entablado amistad con Jeffreys que quiso darle mando efectivo, pero él tenía en mente otras cosas. Churchill quería conseguir una brigada, pensaba que era lo mínimo que podía hacer por él el gobierno. La petición, en principio, fue aceptada y el 10 de diciembre escribía a su esposa comentándole que le darían el mando de la 56º Brigada de la 19º División, pero al final la petición fue denegada.

La última humillación del gobierno no parecía afectar a un rejuvenecido Churchill. Se sentía mucho más fuerte y animado, sin duda la vida burocrática de los últimos años le había hecho olvidar su etapa de aventurero.

Clementine le aconsejó que fuera más humilde e intentara conseguir primero un batallón y después una brigada. Churchill estaba dispuesto a aceptar con tal de conseguir un mando.

Los continuos rechazos del gobierno animaron a Churchill a romper relaciones con el primer ministro, pero su esposa le dijo que intentara mantener líneas de comunicación con Asquith. Al fin y al cabo, lo único que hacía el primer ministro era proteger su débil posición.

Churchill se mantuvo firme en sus ideas. Quería atacar a Asquith y a otros miembros del gabinete. Lo que estaba claro, era que su separación del gobierno le alejaba cada vez más del propio Partido Liberal.

Clementine mantuvo la relación entre los dos hombres, a pesar de los sentimientos de su marido. Churchill aprendió de su mujer una lección que no volvería a olvidar: **un buen líder no debe nunca cerrar una puerta**, aunque esta le produzca sentimientos encontrados.

En mitad de todo aquel asunto, Churchill conoció a Edward Spears, el enlace del ejército británico con los franceses. Spears se llevó a Churchill a dos visitas que tenía que realizar al ejército francés.

Después de una tensa espera, Churchill se enteró, el 1 de enero de 1916, de que su batallón sería el 6º Regimiento de los Reales Fusileros Escoceses. Unos días más tarde asumió el mando y viajó a Meteren, una localidad próxima a la ciudad de Bailleult. Era un mal batallón. Lo único por lo que destacaba era por el gran número de pérdidas que había tenido en la Batalla de Loos. La moral de sus hombres era muy baja, pero aquello no era un gran reto para alguien de la vitalidad de Churchill.

El señor A. D. Gibb, uno de los oficiales del batallón y que más tarde sería parlamentario, escribió sobre Churchill:

> Estoy convencido de que ningún oficial más popular ha mandado jamás las tropas. Como soldado era muy trabajador, perseverante y cabal... Trabajaba mucho en los detalles pesados pero indispensables y para que su unidad fuera eficiente en el mayor grado posible. No digo nada de su capacidad táctica y estratégica; estas no se probaban en nuestra época, pero no puedo concebir este cerebro excepcionalmente creativo y fértil, fracasando en ninguna esfera de la actividad humana a la que se aplicara. Y, además, le gustaba mucho ser soldado: lo llevaba muy cerca de su corazón y creo que habría podido ser un gran soldado. Con cuánta frecuencia le oíamos decir para dar aliento en circunstancias difíciles: «La guerra es un juego que hay que jugar con cara sonriente». Y nunca un precepto ha sido practicado más sistemáticamente que este [...] Es un hombre que aparentemente siempre tiene enemigos. No se ganó ninguno en su antiguo regimiento, sino que dejó tras de sí a hombres que siempre serán leales partidarios y admiradores suyos y están orgullosos de haber servido en la Gran Guerra bajo el liderazgo de alguien que es sin duda un gran hombre.[9]

Las palabras de Gibb no pueden ser más elocuentes y significativas. Churchill asumió una responsabilidad muy inferior a su capacidad y su rango, pero lo hizo de una manera brillante. Buscando la excelencia por encima de todo. Sus hombres vieron en él un ejemplo abnegado, una seguridad inquebrantable y la cercanía de un hombre campechano. **El liderazgo de Churchill era del tipo que es capaz de sacar de sus colaboradores lo mejor de ellos mismos**.

La grandeza de un hombre se mide siempre por su capacidad de adaptación a dificultades adversas. Churchill había superado una vez más la prueba.

¿Hasta qué punto esa experiencia le ayudó a comprender mejor la guerra? ¿Cómo influyó ese periodo de su vida en la posterior actitud hacia la guerra?

Sin duda, las batallas de la vida le enseñaron a fortalecer su espíritu y a buscar fuerzas de donde parece que no hay ningunas.

El 27 de enero, Churchill condujo por primera vez su batallón hacia la batalla. Cruzó la frontera belga cerca del pueblo de Ploegsteert. Su batallón se mantuvo en el frente durante los meses de enero, febrero y marzo.

La situación era tranquila, pero los bombardeos eran esporádicos y en algunos casos alcanzaban a algunos hombres.

Churchill observó cómo a su alrededor morían compañeros, en un lento pero implacable goteo. Winston quería entrar en acción, pero su mujer le pedía que no arriesgara la vida inútilmente.

En los meses siguientes, Clementine le pidió a Churchill que fuera prudente. Ella quería que regresara, pero prefería que lo hiciera después de cumplir con su misión en Francia.

En una carta fechada el 6 de abril, Clementine le comenta:

> Mi querido Winston, estoy preocupada y herida por ti. Si digo «quédate donde estás», puede encontrarte una bala perversa de la que, de no ser por mí, habrías escapado [...] Si estuviera segura de que ibas a regresar ileso diría: «Espera, espera, ten paciencia, no recojas el fruto antes de que esté maduro; todo te llegará si no lo precipitas». Para ser grande, las acciones de uno han de poder ser comprendidas por la gente sencilla. Tu motivo para ir al frente es fácil de entender. Tu motivo para regresar requeriría una explicación.[10]

¿Por qué Churchill quería tirar la toalla y perder el prestigio que le daba luchar como un soldado en el frente?

Posiblemente, el permiso que había tenido en marzo, le había hecho añorar su antigua vida en Inglaterra. Aunque las cosas no habían salido muy bien durante su visita a Londres.

La idea de Churchill era derrocar a Asquith, pero nadie apoyaba su loco plan. Para lo único que sirvió el viaje fue para ver a sus editores.

Churchill intentó hablar a la Cámara de los Comunes el 7 de marzo, pero su intervención no surtió mucho efecto. Parecía demasiado amargo y crítico para un Parlamento necesitado de buenas noticias.

El regreso a Francia fue muy sombrío, pero cualquiera habría supuesto, que refugiarse en las trincheras, junto a un batallón que te admiraba y seguía ciegamente, hubiera sido un consuelo para cualquiera, pero para Churchill no. Su ambición era demasiado fuerte.

Winston Churchill pidió la baja en su servicio al ministro de guerra. No quería continuar en el frente. Tal vez había creído las promesas del primer ministro, que le había ofrecido un nuevo puesto en el gabinete en cuanto las cosas se calmaran.

La sensación que producen esos meses es que Churchill estaba completamente desorientado. No sabía qué iba a ser de su vida y se agitaba como un pez fuera del agua.

Su incorporación fue ejemplar y continuó con el mando de su batallón. Justo en aquel momento, se unió el batallón 6º y 7º de Fusileros Escoceses y el número de hombres bajo su mando aumentó mucho.

La decisión de Churchill estaba tomada. El 6 de mayo hizo una cena de despedida con sus oficiales y el día 7 ya había cruzado el Canal de regreso a Inglaterra. Su aventura militar de la Gran Guerra había terminado.

UN REGRESO EN FALSO

Churchill había dejado algo a medias por primera vez en su vida. Su impaciencia y ambición le habían cegado. Ahora tenía que enfrentarse a la crítica y la burla de sus enemigos.

Algunos amigos, entre ellos Garvin, le habían aconsejado que dejara pasar un

tiempo antes de incorporarse a la cámara, pero Churchill a veces no era un hombre muy razonable. Participó en un debate cuarenta y ocho horas después de tomar de nuevo su escaño.

La situación política no había variado mucho en aquellos meses. Continuaba el problema irlandés, el Parlamento quería aprobar una ley, para implantar el servicio militar obligatorio y otros asuntos menores.

El problema de Irlanda era el más acuciante. La rebelión de Pascua en Dublín en 1916, había causado una gran consternación.

El problema se agravaba, cuando algunos parlamentarios querían que el servicio militar se extendiera a Irlanda, que estaba comenzando a rebelarse y cuya inestabilidad era imprevisible.

Churchill habló en muchos debates sobre esos asuntos y la gestión de la guerra. Hizo una crítica mordaz a los burócratas la guerra, que veían las batallas cómodamente desde sus asientos, mientras otros morían en las trincheras.

A pesar de la sensatez de sus discursos, el Parlamento estaba en su contra. Las razones eran variadas, pero pueden resumirse en tres:

La primera era que hablaba en demasiadas ocasiones. **Desgastar la imagen es uno de los problemas de muchos líderes, que creen que las cosas cambiarán por la saturación de sus intervenciones**. Esa excesiva confianza en uno mismo y en sus capacidades, es uno de los problemas más comunes entre los líderes.

La segunda cosa que impedía la comunicación fluida con la cámara era **que hablaba demasiado de sí mismo**. Sus discursos eran eternas justificaciones de sus actuaciones y decisiones. La autojustificación siempre es considerada un signo de inseguridad y debilidad. Si has tomado las decisiones correctas, no tienes que dar más explicaciones.

La tercera razón era que **su posición era muy frágil**. Su actitud de los últimos meses le había convertido en hombre quebradizo. Cualquier parlamentario se creía con el derecho de criticarlo y además no le faltaban argumentos para hacerlo.

Las horas bajas de Winston Churchill no llegaban a su fin, parecía que la mala racha no había hecho sino empezar.

La muerte de Kitchener, mientras se dirigía a Rusia, aumentó las esperanzas de Churchill, que ya se veía regresando al gobierno y ocupando su puesto de ministro de guerra o al menos el de armamento, si para el cargo del primero era nombrado Lloyd George.

En el verano, Churchill decidió bajar su presión en la cámara, pero comenzó a arremeter contra el primer ministro. Asquith decidió nombrar a Edwin Montagu como ministro de armamento y Lloyd George como ministro de guerra. El primer ministro no deseaba perder el apoyo de su partido, que no veía con buenos ojos el regreso de Churchill al gobierno, por no hablar del odio que muchos tories le tenían.

El mes de julio fue el peor de los últimos dos años. Sus últimas esperanzas se agotaban y su periodo en el Partido Liberal parecía tocar a su fin. Churchill pensó que era mejor regresar de nuevo a Francia e incorporarse a su batallón. Winston escribió a su hermano Jack, expresándole toda su decepción:

> ¿No es condenable que me nieguen toda posibilidad de servir a este país en esta tremenda hora? No puedo decir cómo saldrán las cosas, pero predomina una gran inestabilidad y en

> cualquier momento podría surgir una situación favorable para mí. Entretanto, Asquith reina, supino, empapado y supremo. LG peleó con tibieza por mí por el cargo de ministro de armamento. Está muy solo y no demasiado preparado para el puesto concreto que ha reclamado.11

Churchill retomó su carrera periodística y comenzó a publicar artículos en el Sunday Pictorial. Cada vez que las cosas iban mal en política, regresaba a sus viejos libros y artículos, lo que le proporcionaba más alegrías y pingües beneficios.

A finales de año, Churchill abrigó la esperanza de que al menos se limpiara su reputación con respecto a Galípoli, la fuente de todas sus desgracias. Se creó la Comisión Cromer. El presidente era un viejo amigo suyo, el conde de Cromer. La comisión avanzaba lentamente, pero la muerte de Cromer, el 27 de enero de 1917, paralizó por un tiempo las investigaciones. Churchill estaba ansioso porque se demostraran los errores del ministerio de guerra y las vacilaciones del Primer Lord del Mar, de esa manera serían exoneradas todas sus culpas.

Así que acudió a la comisión con un gran número de pruebas que demostraban que había acertado al tomar la decisión de crear un segundo frente e invadir la península de Galípoli.

Winston intentaba calmar la tensión que le producía la comisión y las expectativas del nuevo gobierno pintando sus paisajes y escribiendo artículos.

El gobierno de Asquith cayó y Lloyd George tomó el relevo. Todos esperaban que creara un gobierno mixto, como su predecesor.

Winston creía que Lloyd podía contar con él para el próximo gobierno. Las esperanzas de Churchill estaban bien fundadas. Tenía amistad con George y había recibido apoyo de este en numerosas ocasiones. ¿Qué iba a impedir que le nombrara ministro?

Lloyd George invitó a Churchill a una cena en la que estaban la mayoría de los candidatos al gobierno. El político ya se veía dentro del nuevo gabinete, pero para su sorpresa, las cosas salieron de otro modo.

Aunque el nuevo primer ministro le quería en el gobierno, la presión de los conservadores le dejó de nuevo fuera.

El año 1917 fue nefasto para la guerra en el bando aliado, pero también supuso un desastre personal para Churchill, que perdía sus últimas esperanzas de regresar al poder.

El desgaste en Gran Bretaña era enorme. Muchos querían que la guerra terminara cuanto antes.

En mayo, Churchill presidió una reunión secreta de la Cámara de los Comunes, que pretendía apuntalar al gobierno de Lloyd George. Churchill comenzó el debate a petición del primer ministro.

El discurso fue un éxito, el primero que cosechaba Winston desde su salida del gobierno. Las palabras de Churchill eran tan brillantes como siempre:

> Desde principios de año, se han producido dos acontecimientos, cada uno de los cuales ha cambiado toda la situación y a los que hay que tener en cuenta en la política de los aliados. Estados Unidos ha entrado en guerra y Rusia se ha derrumbado. Por una parte, un imperio aliado cuyo ejército permanentemente constaba de más de siete millones de soldados ha sido aplastado por el martillo alemán. Por otra, una nación que comprende ciento veinte millones de ciudadanos de los más activos, educados y sanos, con recursos de toda clase, instantáneos y casi ilimitados, se ha comprometido con nuestra causa. Pero

> la nación no está preparada. No posee grandes ejércitos ni municiones. Sus hombres no están entrenados para la guerra. Sus arsenales y fábricas, excepto en lo que se refiere a producir municiones para los aliados, no están organizados. Si hay tiempo, nada puede resistir a Gran Bretaña y Estados Unidos juntos... Pero se precisa mucho tiempo, tiempo no medido por meses sino por años, antes de que esta fuerza poderosa pueda dar frutos.[12]

Una vez más, la Cámara de los Comunes se quedó impresionada por la perspectiva general de Churchill. La capacidad del político para analizar y explicar una visión de conjunto era extraordinaria.

Lloyd George quedó prendado del discurso de su viejo amigo. En primer lugar le envió al frente francés, para que evaluara la situación. En segundo lugar, tras esa breve misión, le nombró ministro de armamento.

¿Por qué ahora Churchill dejaba de ser un apestado político? ¿Qué había cambiado en los siete meses que llevaba el nuevo gobierno?

Sin duda, su discurso en la sesión secreta contribuyó a ese cambio. Lloyd George se sentía más seguro frente a sus socios conservadores, Churchill había vuelto a demostrar su valía y que estaba preparado para regresar a la acción. Aunque la razón íntima para aquel cambio era mucho más personal. El primer ministro se lo confesó a Frances Stevenson:

> Dice que quiere a alguien que le aliente y le ayude y le dé ánimo, y que no esté continuamente acudiendo a él con cara larga y diciendo que todo irá mal. En la actualidad, dice, tiene que llevar a todos sus colegas a la espalda.[13]

La motivación había sido una vez más la causa del éxito de Churchill. El optimismo de este era contagioso.

Después de veinte meses fuera del gobierno, regresaba de nuevo triunfante a un ministerio en el que podía influir en el transcurso de la guerra.

MINISTRO DE ARMAMENTO

El Ministerio de Armamento era uno de los más importantes en aquel instante. Como muy bien había dicho Churchill en su discurso, Estados Unidos todavía tardaría unos meses en poner su maquinaria de guerra en marcha.

Churchill debió revalidar su escaño en el Parlamento y se presentó a las elecciones por Dundee. Un antiguo oponente laborista, Edwin Scrymgeours, se presentó contra él. Winston ganó sin muchas dificultades las elecciones.

Churchill empleó todas sus energías en su nuevo cargo. Viajó en varias ocasiones al frente, para examinar el armamento y su abastecimiento. Dedicó mucho tiempo a su nuevo trabajo, mientras su familia residía en el campo, lejos de los agobios de Londres.

En marzo de 1918, justo antes de la última gran ofensiva alemana, Churchill estaba en Francia. Regresó de inmediato a Inglaterra, para explicar al primer ministro en qué consistía el ataque alemán.

Sus prolongados y continuos viajes a Francia supusieron un descuido en su trabajo en el ministerio. **En muchas ocasiones, algunos líderes caen en esta especie de vorágine, en la que piensan que son necesarios en todos sitios, menos en su despacho**. Es cierta la importancia que tiene que tener una visión global del trabajo y visitar los lugares clave, pero no se puede descuidar el centro

del trabajo, desde donde se toman las decisiones que luego influirán al resto de las áreas.

Aun así, Churchill logró racionalizar el trabajo, reduciendo de cincuenta divisiones a diez y creando un Consejo de Armamento, en el que se coordinaba a todos los jefes de negocio. Además, colocó en puestos clave a personas de su confianza, en especial a Sir Graham Greene y Masterton-Smith.

Uno de sus logros al frente del ministerio fue mejorar la situación salarial de los empleados.

Churchill, como era habitual, no pudo evitar algunos roces con varios de sus colegas, sobre todo con el ministro de trabajo.

Por otro lado, en 1919 la gente estaba a punto de tirar la toalla. La guerra atravesaba su periodo más impopular y muchos sindicatos llamaban a la movilización, en algunos casos animados por los acontecimientos que estaban sucediendo en Rusia.

Una de las preocupaciones de Churchill, que por carácter era previsor, fue: ¿cómo se organizaría el mundo tras la guerra?

El primer ministro carecía de la visión de Churchill y no tenía un plan para el día después. El ministro de guerra consiguió que Lloyd George se reuniera con él y otros dos ministros, para preparar la paz.

Al final, el primer ministro le encomendó el trabajo de preparar el camino para la paz.

Churchill dedicó los últimos meses de 1918 y los primeros de 1919 a su nuevo encargo. Aunque una idea funesta corría por su cabeza. Tras la guerra era probable que los conservadores volvieran a arremeter contra él y le sacaran del gobierno, al fin y al cabo, el primer ministro los necesitaba para formar un nuevo gobierno para tiempos de paz.

Como era habitual, Churchill atajó el problema de forma directa. Escribió al primer ministro y le preguntó directamente sobre sus posibilidades para entrar en el nuevo gobierno. Lloyd George se enfadó tras recibir la carta. No le gustaba el tono de Churchill, que parecía amenazante. Así que le contestó que, si no quería seguir en el gobierno, dimitiera.

Winston Churchill pedía al primer ministro que le prometiera un puesto en el nuevo gobierno, antes de que la guerra hubiera terminado, se hubieran convocado elecciones y formara el nuevo gabinete.

Las palabras del primer ministro fueron muy duras:

> ¡Seguro que esta petición no tiene precedentes! La elección de miembros del gobierno debe dejarse en manos del primer ministro, y el que no confíe en su liderazgo no tiene más que un rumbo, y es buscar líderes en los que pueda confiar [...] He reconocido plenamente su capacidad, y sabe que, a costa de una gran cantidad de insatisfacciones personales entre muchos de mis partidarios, lo situé a usted en el Ministerio de Armamento.[14]

La tensión entre Churchill y el primer ministro tenía un motivo mucho más profundo. Winston estaba empezando a dudar del liderazgo de Lloyd George, se sentía más capaz que él.

Antes de acabar 1918, Churchill recibió la oferta de regresar al almirantazgo o ser ministro de guerra. Posiblemente quería reforzar el peso de Churchill en el gabinete, para que después de la guerra fuera más sencilla su incorporación a un

gobierno de paz. Por otro lado, la cesión del primer ministro demostraba su debilidad y la dependencia que tenía de Churchill.

Las elecciones no salieron muy bien. Lloyd George tenía que seguir apoyándose en los conservadores para mantenerse en el poder, lo que dejaba a Churchill en una difícil situación.

Nombrado ministro de guerra, a sus cuarenta y cuatro años había regresado a la cima del poder, ocupando la mayoría de las carteras importantes.

MINISTRO DE GUERRA

Los dos temas más importantes de ese periodo eran el caso de Irlanda y los problemas derivados de la revolución rusa. Churchill los enfrentó con su habitual optimismo y energía.

El primer punto en su agenda era la desmovilización del ejército. Ahora había que pasar de nuevo a un ejército de tiempos de paz, pero era necesario que los cambios se hicieran con calma. Para ello, tenían que pasar por una primera parte de desmovilización en la que el ejército de 3,000,000 se redujera a 900,000 y después a los 300,000 soldados de tiempos de paz. El segundo asunto era reducir drásticamente el presupuesto de guerra.

El otro ministerio que presidía Churchill era el del aire, pero este lo delegó en el general Seely. El general había sido ministro con el anterior primer ministro, pero no se caracterizaba por ser un buen gestor. Al poco tiempo, Churchill tuvo que sustituirle por el Marqués de Londonderry.

Una de las cosas más extravagantes que Winston hizo durante ese periodo fue sacarse el carné de piloto. Clementine no estaba de acuerdo con la decisión, pero su marido podía ser muy testarudo cuando se le metía una idea en la cabeza.

Después de los reajustes en sus ministerios, Churchill se dedicó a atacar al gobierno bolchevique. Quería eliminar la amenaza rusa y facilitó a los enemigos de los soviéticos todos los medios que tuvo a su alcance.

Winston Churchill pensaba que el régimen comunista de Rusia era muy débil y que sería relativamente fácil deshacerse de él, pero sus previsiones en ese caso fueron erróneas.

Lo primero que no tuvo en cuenta fue el cansancio crónico de una sociedad sometida a la guerra durante los últimos años. Los británicos no querían ni oír hablar de más conflictos.

Churchill imaginaba una gran coalición aliada que tomara Moscú. Por lo menos eso era lo que le aconsejaba el mariscal Foch, que con una carta le alentó a meterse en otro conflicto:

> No existe gran dificultad y no hay necesidad de luchar mucho. Unos centenares de miles de tropas estadounidenses que anhelan participar en los acontecimientos, junto con unidades de voluntarios de los ejércitos británico [...] y francés, pueden obtener fácilmente el control de Moscú con los modernos ferrocarriles; y de todos modos ya tenemos tres partes de Rusia. Si desea que su autoridad abarque al antiguo Imperio Ruso sólo tiene que darme la orden.15

Lloyd George no quería que Gran Bretaña se involucrara en una nueva guerra, lo que enfrentó de nuevo a los dos viejos amigos. Churchill fue enviado a la Colonial Office y cuando pidió entrar en el Ministerio de Hacienda, cuya plaza se

había quedado vacante, el primer ministro se negó.

Lo único que consiguió Churchill con su postura antibolchevique fue atraer a los sectores más conservadores de su distrito, que hasta ahora le habían rechazado. Poco a poco, Churchill se distanciaba de su propio partido y se veía enfrentado a los sindicatos y a los laboristas.

El conservadurismo del nuevo Churchill era evidente para todos. Había pasado de una posición de centroizquierda a otra de derecha. Aún quedaban cuatro años para que regresara a las filas conservadoras, pero su inclinación era evidente.

Los dos temas principales de su periodo como responsable de la Colonial Office fueron Irlanda y el Próximo Oriente.

MUERTE

El año 1921 fue un momento difícil para Churchill. El 15 de abril, el hermano de Clementine se suicidó. El 29 de junio, la madre de Churchill, tras una caída y la amputación de una pierna, moría a los sesenta y siete años de edad. En agosto, Thomas Walden, un viejo amigo de la familia y colaborador suyo moría también, pero lo peor estaba por llegar. El 23 de agosto fallecía su hija Marigold, de cuatro años. En diciembre, varios miembros de la familia enfermaron de gripe, una terrible enfermedad en aquella época, aunque en este caso no hubo que lamentar ninguna víctima.

El año 1922 comenzó mucho mejor. En enero, Churchill había terminado el manuscrito de su libro La crisis mundial. Lo había terminado durante unas largas vacaciones en Francia.

Los asuntos ministeriales no le impedían tener una intensa vida social, demasiado para el gusto de su esposa.

El problema de Oriente Próximo fue una de sus ocupaciones de aquel año. En un viaje con su esposa a la región, preparó el terreno para crear una serie de estados gobernados por los británicos, pero con cierta independencia. Se centró sobre todo en Irak, Transjordania y la zona de Tierra Santa, donde el peligro de inestabilidad era más grande.

El caso de Irlanda parecía más peliagudo. Su propia esposa quería que se diera un trato justo a los irlandeses y no se derramara más sangre inocente. En una carta del 18 de febrero de 1921 le decía:

> Utiliza, querido, la influencia que ahora tienes para alguna clase de moderación o, en cualquier caso, de justicia en Irlanda. Ponte en el lugar de los irlandeses; si tú fueras su líder, ¿no estarías intimidado por la severidad y sin duda por las represalias que caen como lluvia del cielo sobre los justos y los injustos?16

Churchill cedió en su posición, quería llegar a un acuerdo con los irlandeses a toda costa. Aunque la condición previa era que cesara el terrorismo.

Entonces ocurrió el milagro. El gobierno en pleno cambió su política represiva de mayo y tomó como meta llegar a un acuerdo pacífico en junio. Se propició una tregua y se buscaron todos los mecanismos de consenso posibles.

En julio hubo la primera reunión entre De Valera y Lloyd George. Llegaron al acuerdo de crear una comisión para tratar una salida pacífica. Churchill, como secretario de las colonias, participó en la comisión. Además, tenía buena relación

con Collins, uno de los líderes irlandeses. El papel de Winston fue secundario en el proceso, pero sin duda contribuyó a su éxito. Su actitud hacia el caso irlandés siempre fue muy seria y sensata.

El gobierno de Lloyd George estaba dando los últimos coletazos. Churchill veía cada día el desgaste y desánimo del primer ministro. Así que intentó animarle y apoyarle durante sus últimos meses en el poder. El consejo que le dio al primer ministro era, en cierto sentido, su filosofía de vida:

> La mayoría de los hombres se hunden en la insignificancia cuando dejan el cargo. Los hombres muy insignificantes adquieren peso cuando lo obtienen [...] la ilusión de que no puede formarse un gobierno alternativo es perenne.17

Sin duda, Churchill no era un hombre insignificante, pero Lloyd George estaba al límite de sus fuerzas y se veía incapaz de formar un nuevo gobierno.

La Conferencia de Génova, para llegar a un acuerdo con Rusia y ayudar a Alemania a recomponerse, fue un fracaso. Churchill no entendía la política de debilidad del primer ministro. Él defendía la paz para el pueblo alemán, pero deseaba la guerra contra los bolcheviques.

Tras un incidente en Turquía, el gobierno daba la última bocanada antes de desaparecer por completo.

SIN PARTIDO NI ESCAÑO

El 19 de octubre de 1922, el gobierno de Lloyd George tocó a su fin. Winston Churchill había sido operado de apendicitis un día antes y estaba todavía convaleciente en el hospital. Después pasó diez días de reposo en casa, sin poder acudir a su oficina.

La repentina enfermedad de Churchill llegó en el peor momento. No pudo presentarse como candidato a las elecciones. Las dificultades de Churchill mermaron sus posibilidades de regresar a la Cámara de los Comunes.

Por eso perdió las elecciones. No era la primera vez que las perdía, pero en este caso eso le imposibilitaba para continuar en la cámara. Desde 1908 había ocupado un escaño ininterrumpidamente en el Parlamento y ahora estaba fuera.

Tras la derrota, Winston decidió pasar el invierno en el sur de Francia. Tenía muchas cosas que meditar. Estaba comenzando una de las etapas más difíciles de su carrera, un largo paréntesis que le haría replantearse de nuevo su posición y sus posibilidades.

No regresó a Inglaterra hasta mayo de 1923. En sus largas vacaciones se había dedicado a pintar y a disfrutar del éxito del primer tomo de su libro La crisis mundial.

Los conservadores estaban en el poder y él seguía perteneciendo al ala de centroizquierda, aunque cada vez se sentía más identificado con las ideas de derecha.

La situación económica de los Churchill parecía buena y como escritor tenía perspectivas de conseguir importantes beneficios de sus libros y artículos. Aun así, el fantasma de las apreturas económicas siempre se cernía sobre la familia.

Ahora tenía que reinventarse de nuevo. Lo había hecho otras veces, pero en ese momento con cuarenta y cinco años y, habiendo estado en el escalafón más alto

de la sociedad, empezar de cero iba a ser más duro que nunca.

Un fanático es alguien que
no puede cambiar de opinion
y no quiere cambiar de tema.

Capítulo VI

SIN MIEDO A CAMBIAR

Necesitamos tiempo para pensar y reordenar nuestras prioridades

Después de tantos años de éxito y liderazgo, Winston Churchill tenía que aprender en la dura escuela de la prueba y la soledad. Había pasado de ser un estudiante mediocre, en el que nadie creía, a un militar valeroso, capaz de enfrentarse a los mayores retos y arriesgar su vida. Cuando comprendió que como militar no podía ganarse la vida, se transformó en un escritor de éxito, con miles de seguidores. Después de esa etapa de escritor se inició en política y, tras algunos fracasos, logró un escaño por el Partido Conservador. Después, cuando sus diferencias crecieron, cambió de partido y formó parte de varios gobiernos. Desempeñó los cargos más altos de la administración, pero cuando tuvo que abandonarla, fue capaz de convertirse de nuevo en humilde militar. Tras su resurrección política, apuntaló y animó al gobierno del último primer ministro liberal, en los últimos años de la guerra. Ahora, tenía que reinventarse de nuevo. ¿Sería capaz?

Muchas personas tiran la toalla ante el primer contratiempo, Winston Churchill no era de ese tipo de gente, pero sin duda su situación era complicada. No tenía escaño en la Cámara de los Comunes y su situación en el Partido Liberal estaba en el peor momento.

Churchill, sabiamente, había puesto tierra de por medio y había pasado meditando casi medio año sabático, pero también disfrutando de su afición a la pintura y su último libro. ¿Cuál sería la mejor forma de regresar a la política?

Ahora tocaba enfrentarse a la realidad y en el verano de 1923 regresó a Inglaterra con esperanzas renovadas. Se instaló en una nueva y confortable casa. Después intentó seguir de cerca la evolución política y poner en orden sus cuentas. Ya no cobraba sueldo como ministro y tenía que vivir exclusivamente de la literatura.

El gobierno de Baldwin le era del todo indiferente. Churchill no había recibido del primer ministro el rechazo de otros conservadores, pero tampoco le tenía especial admiración.

El 14 de agosto de 1923, ambos políticos se vieron las caras. No se sabe a ciencia cierta quién convocó la reunión, pero probablemente fuera Churchill. Winston quería tratar con él un asunto económico, la fusión de dos compañías de petróleo. Unas semanas antes se había hecho cargo de la mediación, para conseguir algo de dinero extra. Al parecer, la entrevista fue satisfactoria. Churchill salió contento. El primer ministro le había tratado con amabilidad, sin escatimarle su tiempo. La relación con Baldwin fue siempre cordial, en especial en la década de los veinte.

Durante esos meses de verano, Churchill se encargó de algunos asuntos menores, defendiendo los intereses de algunas compañías y utilizando sus contactos para que consiguieran un mejor trato del gobierno.

Así que se presentó a las elecciones generales de 1923. Esperaba no tener un

contrincante conservador, era consciente de que su política oscilaba cada vez más a la derecha y se sentía mejor teniendo opositores de izquierda. Manchester fue la ciudad elegida para recuperar su escaño. Al final, perdió el escaño por la izquierda y no por la derecha, a manos del candidato laborista.

Tras la derrota, se dedicó a otros asuntos menores hasta la llegada de Navidad. El Año Nuevo de 1923–1924, supuso la verdadera transformación política de Churchill.

Era consciente de que los conservadores, aunque mayoritarios en la cámara, tenían una posición débil. Los laboristas aumentaban con fuerza y los liberales se hundían sin remedio. En aquellos primeros meses del año, se habló de crear un gobierno conjunto entre liberales y laboristas, incluso uno en el que entraran los socialistas.

Churchill se oponía a esa unión contra natura. Si Asquith llegaba a un acuerdo con los laboristas, él estaba determinado a abandonar el partido.

Al final, los vaticinios se cumplieron: el 21 de enero, Baldwin fue derrotado por la unión entre liberales y laboristas. Únicamente Churchill y un minúsculo número de liberales se opusieron. Estaba claro que Winston cada vez estaba más solo en el partido.

Al día siguiente, Ramsay MacDonald fue nombrado primer ministro.

Churchill vio una nueva oportunidad para ganar un escaño tras la muerte de un político en Abbey, Westminster. Winston estuvo a punto de entrar en las filas conservadoras, pero al final optó por presentarse como independiente, con el eslogan «antisocialista independiente».

El paso de Churchill al lado moderado, aunque de manera independiente, produjo cierta inquietud en el Partido Conservador. Baldwin se reunió con Chamberlain, para medir las consecuencias de un incipiente partido que les restara más votos.

La campaña de Churchill fue muy acertada y animada pero, aunque puso todo su empeño, no ganó. Era demasiado arriesgado presentarse en solitario. Los británicos eran fieles partidarios del bipartidismo y, los que no lo eran, ya tenían al Partido Laborista como bisagra entre los otros dos. La nueva línea de Churchill confundía al electorado. No era tan fácil pasar de centroizquierda a la derecha. Muchos votantes de izquierda dejaron de apoyarle y los de derecha no terminaban de fiarse de él. Apenas cuarenta y tres votos le separaban de nuevo de la Cámara de los Comunes.

Churchill no cejó en su empeño de convertirse en una alternativa a liberales y conservadores. En abril de 1924 reunió a un buen número de miembros de ambos partidos, en su mente estaba crear una alternativa de centroderecha. Al final, por consejo de uno de sus amigos, Salvidge, el mitin se hizo únicamente para conservadores.

Ante un público de cinco mil personas, Churchill atacó al socialismo y encontró un público muy afín a sus palabras. Llevaba casi veinte años sin dirigirse a un auditorio conservador, pero sin duda ahí estaba su futuro electoral.

En su mente surgió un nuevo plan: ahora tenía que esforzarse por conseguir un escaño conservador en las próximas elecciones generales. La gran pregunta era: ¿aceptarían los conservadores su regreso?

Winston Churchill llevaba casi veinte años siendo el azote del Partido

Conservador. Estos se habían opuesto durante años a que Churchill ocupara puestos de responsabilidad durante los gobiernos liberales, ¿qué podría hacerles cambiar de idea?

Clementine, que era su más fiel consejera, le pidió en una carta: «Sin embargo, no dejes que los tories te consigan demasiado barato. Te han tratado muy mal en el pasado y hay que hacérselo notar».[1]

Su esposa sabía que lo peor que puede hacer un líder es venderse muy barato. A veces, la desesperación o la ambición son armas muy peligrosas. Un paso en falso de Churchill hubiera supuesto su fin político. Además, si uno no se valora a sí mismo, es difícil que los demás lo hagan.

Winston contaba con el apoyo del líder, Sir Stanley Jackson. Stanley había pensado en una estrategia para acercarle al partido y le había buscado un distrito acorde a las características de Churchill. El lugar elegido era Epping, un feudo conservador y antiliberal. Unas semanas más tarde, en septiembre de 1924, se hizo la presentación oficial de Churchill en el Partido Conservador. Para ello se eligió el escenario de Edimburgo.

El gobierno laborista se hundió y los conservadores regresaron al poder.

Ahora, Churchill pertenecía al Partido Conservador. En noviembre de 1924, las perspectivas parecían mejores que en los últimos años. Aunque Churchill había tenido que pasar un dura travesía en el desierto, de nuevo había llegado a la tierra prometida de la Cámara de los Comunes.

El Partido Conservador tenía 419 diputados, una mayoría tan amplia que le permitía gobernar en solitario, pero para ellos Churchill era poco menos que un intruso, que se había subido al barco de la victoria en el último momento.

Lo cierto es que Churchill, con el optimismo que le caracterizaba, creía que podía optar a un puesto importante en el gobierno y, una vez más, estaba en lo cierto. Baldwin le ofreció lo que Lloyd George siempre le racaneó, el Ministerio de Hacienda.

Churchill no había sido el primer candidato al puesto, Baldwin se lo había ofrecido primero a Neville Chamberlain, pero este lo había rechazado y se había convertido en ministro de sanidad.

Baldwin arriesgaba mucho al elegir a Churchill para el cargo. Al fin y al cabo, buena parte del Partido Conservador odiaba a Winston. Además, Churchill no era precisamente un ministro dócil. Seguramente Baldwin valoró la larga experiencia de su candidato y la posibilidad de dar a su gobierno una fuerza de la que había carecido el anterior.

MINISTRO CONSERVADOR

El nuevo flamante ministro de hacienda tomó posesión de su cargo con el mismo ímpetu que en los gobiernos liberales. Le gustaba llegar a los sitios y poner todo patas arriba, buscar las potencialidades del lugar y cambiar las cosas lo antes posible.

La seguridad de Churchill se debía a que en esta ocasión era el miembro del gabinete con más experiencia.

Una de sus primeras medidas fue reclamar la deuda de guerra de Francia e Italia. Después intentó meter en vereda al resto de ministerios, para que redujeran

drásticamente los gastos.

Chamberlain, a pesar de ser uno de los más críticos de Churchill, veía en él una buena actitud hacia el resto del gobierno. En una carta dirigida a Baldwin comentó:

> Al repasar nuestra primera sesión, creo que nuestro ministro de hacienda lo ha hecho muy bien, mejor aún porque no ha sido lo que se esperaba. No ha dominado al gabinete, aunque sin duda ha influido en él... No ha intrigado para ser el líder, pero ha sido una torre de fuerte debate en la Cámara de los Comunes [...] ¡Qué criatura tan brillante! Pero de alguna manera hay un gran golfo entre él y yo que no creo que jamás cruce. Me gusta. Me gusta su humor y vitalidad. Me gusta su valor [...] ¡Pero ni por todos los placeres del paraíso sería miembro de su personal! ¡Voluble! Una palabra de la que se ha abusado, pero es la descripción literal de su temperamento.[2]

Sin duda, Chamberlain le conocía bien y había aprendido a admirarle. Churchill no era un hombre convencional, los genios rara vez lo son.

Así logró convertirse una vez más en el hombre fuerte del gobierno. Era cierto que lo hacía con más prudencia y menos ímpetu que en anteriores etapas, pero seguía brillando con luz propia. En esta etapa de su carrera, Churchill era un buen ministro, que solucionaba muchos asuntos y apenas creaba problemas, al menos en las filas del gobierno, aunque en ocasiones intentara inmiscuirse en los asuntos de otros ministerios.

A pesar de la buena sintonía entre el primer ministro y Churchill, no tuvieron mucha relación fuera del trabajo, pero sentían el uno hacia el otro una profunda cordialidad. Churchill pasaba todas las mañanas por el despacho del primer ministro antes de incorporarse a su oficina y charlaban un rato sobre cualquier asunto importante.

El primer gran conflicto que Churchill afrontó fue el recorte al presupuesto naval. Bridgeman era el Primer Lord del Almirantazgo y no estaba dispuesto a reducir su presupuesto y fabricar menos barcos. Al final, Baldwin se inclinó a favor del Primer Lord, aunque Churchill no quedó tocado políticamente.

No tardó Churchill en encontrar otro tema de conflicto. En este caso con el ministro de trabajo, Steel-Maitland. Churchill quería introducir en el primer presupuesto la ayuda a las pensiones de viudas y huérfanos. El ministro de trabajo pensó que era muy pronto y que el presupuesto para ese asunto era demasiado generoso, pero en este caso la victoria fue para Churchill.

La tercera disputa fue con Austen Chamberlain, que quería firmar un acuerdo de seguridad con Francia, Alemania, Italia y Bélgica. Churchill se oponía al acuerdo, porque estaba en contra de una alianza con Francia.

La cuarta y última disputa fue meramente económica. Algunos miembros pretendían que el patrón de la moneda se basara de nuevo en el oro. Las deudas de la Gran Guerra habían hecho necesario cambiar dicho patrón. Churchill creía que eso era un error. Así que utilizó toda su ironía para criticar a los que se preocupaban por esas cosas y no por otras de más trascendencia, como la situación laboral de los británicos. Al final se impusieron las tesis de los otros miembros del gobierno y se volvió al patrón oro.

La ley de protección a las viudas y los huérfanos

Cuando Winston Churchill presentó los presupuestos en la Cámara de los Comunes, se levantó una gran expectación. El punto más conflictivo fue el dedicado a las ayudas a la gente necesitada. El ministro de hacienda defendió con uñas y dientes su postura:

> El trabajador británico medio goza de buena salud, tiene pleno empleo y cobra un salario estándar, no se considera a sí mismo ni a su familia objeto de compasión. Pero cuando la mala fortuna excepcional desciende sobre el hogar con el escaso margen sobre el que flota, o hay un año de mala suerte, desgracia o desempleo, o sobre todo se produce la pérdida del sostén de la familia, la que fuera una familia feliz queda en manos de la mayor calamidad. Si puedo emplear una metáfora militar, no son las robustas tropas que marchan las que necesitan una gratificación extra e indulgente; es a los rezagados, los exhaustos, los débiles, los heridos, los veteranos, las viudas y los huérfanos a los que las ambulancias de la ayuda estatal deben dirigirse.[3]

El siguiente problema social que tuvo que enfrentar fue la huelga de los mineros. El verano de 1926 se presentaba complicado. El descontento se generalizó y comenzó una huelga general que duró seis días. El primer ministro se retiró a su residencia de verano y Churchill tuvo que gestionar buena parte de la crisis solo.

Tras las huelgas, Churchill logró terminar el tercer tomo de su libro La crisis mundial. Después tomó unas vacaciones en Malta y, al regreso a Londres, presentó el tercer presupuesto del Estado.

Baldwing se quedó sorprendido por el presupuesto y comentó:

> Sus enemigos dirán que el presupuesto de este año es una pieza maliciosa de manipulación y juegos malabares con las finanzas del país, pero sus amigos dirán que es una obra maestra de ingenio.[4]

Churchill siempre creaba ese tipo de reacciones; odio o admiración, pero nunca indiferencia.

Durante todo el periodo, Churchill redujo muchos impuestos directos, en especial a las grandes fortunas. Creía que esa era la única manera de que invirtieran su dinero en el mercado. Cargó a la gasolina y otros bienes de consumo e intentó frenar el gasto.

Aunque una nueva pesadilla se cernía sobre Winston Churchill y el mundo entero.

La crisis del 29

Winston Churchill presentó el presupuesto para el año 1929 de una manera rutinaria, era el quinto que exponía ante la cámara y nada parecía prever el desastre que se avecinaba. Apenas tenía modificaciones con respecto al anterior, pero lo mostró de una manera polémica, como tenía por costumbre. Churchill no podía imaginar, que ese iba a ser el último discurso que daría en los escaños del gobierno en los próximos diez años y medio.

Las elecciones de 1929 parecían tranquilas. Baldwin creía que revalidaría la mayoría conservadora sin problemas y nombraría nuevo gobierno. El desastre político de las elecciones de mayo fue una sorpresa para todos. El Partido Conservador se convirtió en la segunda fuerza política, por detrás del Partido Laborista.

La derrota fue amarga, pero Winston se refugió de nuevo en sus libros. Escribió The Aftermath. El volumen trataba sobre el armisticio de la Gran Guerra y los incidentes en Turquía. Después escribió un libro más ligero y lleno de ironía: Mi juventud. Esta pequeña obra está considerada por muchos una de las mejores del escritor.

Ya hemos hecho referencia a este libro. Se trata de una autobiografía desde su nacimiento a su primera incorporación al Partido Conservador.

Churchill disfrutó mucho con la redacción de esta obra. Él mismo describe sus sensaciones a Baldwin:

> He pasado un mes delicioso construyendo una casita y dictando un libro: doscientos ladrillos y doscientas palabras al día.[5]

El comentario de Churchill no es metafórico. A sus aficiones a la pintura y la escritura, añadió en esta época la construcción. Le reconfortaba el trabajo físico y sentirse cansado al final del día.

Mi juventud vio la luz en octubre de 1930, cuando la crisis financiera del 29 estaba en pleno apogeo.

En aquel momento, Churchill recibía numerosos ingresos de sus derechos de autor. Sus libros se vendían bien y su autobiografía interesó mucho a los lectores en el Reino Unido y en Estados Unidos.

Tras su salida del gobierno en junio de 1929, se dedicó a firmar acuerdos para nuevas obras. La primera era muy ambiciosa, la vida de Marlborough, un personaje medieval. En ese caso solicitó la ayuda de un joven para realizar la tarea de investigación. Su colaborador era un estudiante de Oxford llamado Maurice Ashley. Ashley se convirtió más tarde en un historiador famoso, pero durante la primera etapa de su carrera trabajó para Churchill.

El 3 de agosto se dirigió a Norteamérica. Quería promocionar sus libros al otro lado del Atlántico. En aquel viaje le acompañaban su hermano Jack, su hijo Randolph y el hijo de Jack, Johnnie. En mitad de la gira y tras recorrer Canadá y Estados Unidos, Churchill escribió una curiosa carta a su mujer en la que le hablaba de sus expectativas de ingresos para el año siguiente. Lo que no había calculado Churchill es que unos días más tarde, la economía mundial se vendría abajo, en el mayor desastre financiero de la historia.

Su hija Mary habló sobre la situación económica que atravesaron sus padres tras la crisis del 29:

> Aquel invierno del 1929, Chartwell vivió una de sus épocas menos esplendorosas: la gran casa estaba cubierta de polvo, únicamente el estudio permanecía abierto para que Winston pudiera trabajar allí. La encantadora casita de Wellstreet Corrage, que él había estado construyendo y estaba prevista para un mayordomo, se convirtió en nuestro refugio. Recuerdo que todo era muy acogedor.[6]

Churchill multiplicó su colaboración en varias publicaciones, algunas estadounidenses como Colliers Weekly y Saturday Evening Post.

En aquel momento comenzó otro libro, The Eastern Front. Para su realización contó con la ayuda del teniente coronel Charles Hordern, que le proporcionaba la información sobre la parte militar. Además, Churchill contrató a otros ayudantes, para completar la parte militar naval de la época de María Estuardo.

A partir de ese periodo, Churchill no escribió libros por sí solo, siempre contaba

con la ayuda de uno o varios ayudantes. La parte de investigación y comprobación las dejaba en sus manos. El libro lo solía dictar, al igual que los artículos. Los segundos los hacía de un tirón y después los corregía.

Churchill pedía a los editores que le dieran el texto impreso antes de publicarlo y lo repasaba otra vez, muchas veces cambiando una gran parte de la redacción, añadiendo o quitando algo, para desesperación de sus editores.

La labor literaria de Winston Churchill en esa etapa es incuestionable. Aunque es cierto que le ayudaban tanto en la fase de investigación como en la de redacción, sus obras siempre fueron originales y estuvieron supervisadas por él en todo momento. Winston Churchill escribía varios libros a la vez y coordinaba su ejecución, para que ninguno quedara atrás.

El único problema es que la suma de la investigación y las florituras del autor aumentaban el tamaño de las páginas considerablemente. El caso de Marlborough es el más claro. El libro tuvo una extensión de cuatro volúmenes.

En 1930 apareció Mi juventud, un año más tarde salió a la venta The Eastern Front, después de una edición abreviada de La crisis mundial. En 1933 salió el primer volumen de Marlborough, el segundo en 1934, el tercero en 1936 y el último en 1938.

También contaba con una secretaria personal, la señora Pearman, que le asistió desde 1929 hasta 1939.

Churchill fue su propio agente y gestionó los derechos de autor durante toda su vida. El escritor ganó una verdadera fortuna con sus libros. Durante el periodo 1930 y 1931, ganó más de un millón de libras de las actuales. En el tiempo que estuvo fuera del gobierno, logró escribir un gran número de volúmenes.

Una nueva etapa estaba a punto de comenzar. Un periodo de espera y de lucha silenciosa. El tránsito de los cuarenta a los cincuenta no había sido fácil. De liberal había pasado a ser conservador, había sido ministro en los dos partidos mayoritarios de ese periodo. Había ejercido carteras muy importantes y logrado adaptarse en tiempos difíciles.

La crisis económica del 29 fue una dura prueba para Churchill, pero dos años más tarde volvía a ganar una fortuna con sus libros y se mantenía activo en política. Su familia había crecido y había soportado la desaparición de varios seres queridos. Era admirado por muchos y odiado por otros, aunque todos tenían que reconocer su capacidad, inteligencia, actividad frenética y optimismo.

La década de los años treinta iba a ser muy compleja. La crisis financiera y la postguerra habían debilitado a Europa hasta la extenuación. El comunismo amenazaba al continente, pero una nueva fuerza, el nazismo, estaba a punto de entrar en escena y dirigir la trayectoria del Viejo Continente en los siguientes casi quince años.

Muchas veces, los líderes se encuentran con la paradoja de que son capaces de ver lo que otros ni siquiera imaginan. ¿Cómo transmitir la visión sin parecer un loco? ¿Cuál es el secreto para abrir los ojos a un pueblo adormecido por sus dirigentes?

En esa fase de su vida, Churchill se convertiría en profeta. Anunciando a su adormecido pueblo los peligros derivados del nazismo y de una política pacifista ingenua y de mentes estrechas. Churchill se convertiría en la voz en el desierto que advertía de una inminente Segunda Guerra Mundial. Muy pocos quisieron

escucharle, y tuvieron que soportar la angustia y el sufrimiento del peor conflicto de todos los tiempos.

Les dieron a elegir entre
el deshonor o la guerra,
ustedes eligieron el deshonor
y tendrán la guerra.

Capítulo VII

LA CONCIENCIA DE UN PAÍS

Ver por encima de la mediocridad

El mundo estaba cambiando rápidamente. Las cosas que hasta aquella época parecían inamovibles, de repente perdían su significado. El Partido Conservador fue el primero en percibir y sufrir el cambio. Los diputados tories no querían repetir unas elecciones con Baldwin, sabían que la sociedad estaba cansada de los viejos políticos.

Los años veinte habían sido locos. La gente quería olvidar la Gran Guerra y vivir intensamente, pero la crisis del 29 había destruido los ideales desenfadados de la nueva generación. Los años 30 no habían podido empezar peor. La pobreza se extendía por Europa, en especial en Alemania, donde la inflación devoraba la economía y los sueños de la sufrida clase media. El país se radicalizaba y el comunismo crecía más cada día.

La esperanza de todo el mundo era que no volviera a producirse una guerra, pero las heridas de la anterior seguían abiertas. El propio Churchill en su libro La Segunda Guerra Mundial lo comenta:

> Al acabar la guerra mundial de 1914, reinaba una profunda convicción y una esperanza casi universal de que habría paz en el mundo.[1]

El deseo era fuerte, pero el propio Churchill sigue hablando de los impedimentos para una paz duradera:

> Ese deseo intenso de todos los pueblos se podía haber conseguido fácilmente si se hubiese persistido en las convicciones correctas y se hubiese aplicado un sentido común y una prudencia razonable.[2]

¿Qué había fallado? ¿Por qué en apenas veintiún años se desataría una guerra aún peor que la anterior?

Los mecanismos creados para asegurar la paz habían nacido con graves defectos. La Sociedad de Naciones no funcionaba bien y algunos de los países más importantes del mundo no pertenecían a ella.

Alemania seguía humillada y derrotada. Se le exigía el pago de una deuda que no podía satisfacer.

Churchill habla sobre las disposiciones económicas de los tratados de paz y comenta en su libro La Segunda Guerra Mundial:

> Las disposiciones económicas del tratado eran tan perversas y tan absurdas que evidentemente resultaron fútiles. Condenaban a Alemania a pagar indemnizaciones fabulosas. Estos dictados eran una manifestación de la ira de los vencedores, pero también implicaba que sus pueblos no se daban cuenta de que ninguna nación ni comunidad vencida puede pagar nunca un tributo que compense los costes de la guerra moderna.[3]

Aunque este no era el único error. El segundo era que los aliados intentaron imponer sus valores a los pueblos conquistados. Democracias muy avanzadas,

pero débiles, que no podían soportar el peso de sus opositores y que no nacían del apoyo popular.

Churchill criticó la medida de derrocamiento del káiser y el emperador austriaco, pero el deseo de los aliados, especialmente Francia, era mantener a Alemania y Austria en posición de debilidad.

La situación de los vencedores no era mucho mejor. Francia estaba desangrada económicamente. Clemenceau, el presidente francés, había pedido medidas adicionales en Alemania: zona de desmilitarización, límites al ejército y armamentos alemanes, junto a alianzas con Estados Unidos, para asegurarse la paz.

A todo lo anterior se sumó una época de liderazgos débiles que permitieron el ascenso del nazismo y el fascismo.

El otro factor determinante fue la expansión del comunismo. Churchill había abogado por extirparlo de raíz tras las Gran Guerra, pero ahora extendía sus redes por toda Europa y se había hecho fuerte en Rusia.

En Alemania, la llegada de Hindenburg al poder en 1925 ponía de manifiesto que el pueblo alemán ni olvidaba ni perdonaba. Hindenburg era un antiguo héroe de guerra y en el fondo simbolizaba un nacionalismo radical que los alemanes no estaban dispuestos a abandonar.

Pero, ¿cuál era la situación de Winston Churchill a comienzos de la década de los treinta?

En febrero de 1931 se encontraba más animado que unos meses antes. Winston describe su estado de ánimo a su mujer, que está de visita en Estados Unidos con su hijo:

> La política se desarrolla de una manera cada vez más favorable para mí. Es asombroso mirar atrás y ver el cambio que se ha producido de mi posición en las últimas seis semanas. Cada discurso que he hecho y cada paso que he dado han sido bien recibidos y han superado todas mis expectativas. Los puntos decisivos fueron el primer discurso sobre la India y mi separación respecto al gabinete en la sombra. Ahora puede ocurrir cualquier cosa si hay tiempo para que se forme opinión.[4]

La posición de Churchill hacia la autonomía de la India fue de lo más reaccionario. No creía en la capacidad de los pueblos no occidentales para autogobernarse. Esa actitud rozaba el racismo. Churchill creía en la superioridad de la raza blanca, uno de los resabios del mundo victoriano en el que se había criado. Su opinión era la más extendida en aquel momento, pero un hombre de su inteligencia debería haber rechazado esa idea racista.

En 1931, el segundo gobierno laborista dejaba el poder y accedía a la jefatura del gabinete Ramsey McDonald.

El nuevo gobierno pretendía ser de unidad nacional y de corte conservador. Curiosamente, Churchill no hizo ningún movimiento para intentar entrar en él.

El verano había llegado y Churchill dio algunos discursos antes de retirarse al campo, pero no dio pasos para atraer a McDonald. Después viajó a Francia en el mes de agosto.

Viaje accidentado a Estados Unidos

En diciembre abandonó Inglaterra, a la que había regresado tras el verano, y se

dirigió a Estados Unidos. Su primera escala fue la ciudad de Nueva York. Caminando por Manhattan después de una de sus conferencias, cruzó la Quinta Avenida para tomar un taxi, pero un coche le arroyó y le dejó mal herido.

Afortunadamente, todo quedó en un susto. A pesar de lo aparatoso del accidente, Churchill sufrió únicamente contusiones, dos costillas rotas y magulladuras sin importancia. Cuando salieron del hospital, pasaron una temporada en Nassau, en las Indias Occidentales.

La Navidad y el accidente hicieron que Churchill se confesara a su mujer. Era de las pocas veces que manifestaba sus sentimientos más íntimos. Ella escribió en una carta las palabras de Churchill:

> Anoche estaba muy triste y dijo que en los últimos dos años había sufrido tres golpes muy fuertes. Primero la pérdida de todo aquel dinero en el crac, luego la pérdida de su posición política en el Partido Conservador y, ahora, este terrible daño físico. Dijo que no creía que jamás se recuperara por completo de estos tres sucesos.[5]

Churchill logró recuperar algunos de sus compromisos y dar el resto de conferencias. Recorrió buena parte del medio oeste de Estados Unidos y a mediados de febrero, Clementine le dejó solo y regresó a Inglaterra.

El viaje a Estados Unidos había durado tres meses y medio. Winston se sentía muy cómodo con el entusiasta público norteamericano, al fin y al cabo él era medio estadounidense. Tras el invierno pensaba regresar para asistir a la convención republicana y demócrata.

MUCHOS PROYECTOS LITERARIOS

A su llegada a casa, su agente de bolsa le tuvo que informar de las enormes pérdidas que había sufrido. Prácticamente había perdido la mayor parte de su fortuna.

Churchill no recibió la noticia con asombro. Simplemente regresó a sus quehaceres, especialmente a su biografía de Malrborough. Le costó mucho terminar ese trabajo. Hasta la Pascua de 1932, se ocupó sin descanso en él.

En un corto viaje a Alemania sufrió fiebre paratifoidea. En los últimos años su salud se había visto mermada por varias enfermedades. Algo anecdótico para un hombre que gozaba de tan buena salud, pero que sin duda le hizo reflexionar sobre la fragilidad de la vida.

El regreso a Inglaterra no fue muy bueno. Después de las agotadoras conferencias en Estados Unidos y su mermada salud, tenía que enfrentarse a una situación política incómoda. A pesar de haber cambiado de partido y haber tenido un buen comienzo entre los conservadores, ahora se encontraba aislado y casi sin apoyos en su nuevo partido.

Churchill decidió descolgarse de la política por un tiempo. De esa manera demostraba una de las cualidades de un buen líder. **Dejar de lado todo esfuerzo inútil**. En muchas ocasiones, gente con verdadero talento se empeña en realizar trabajos inútiles o que simplemente no deben realizar en ese momento. Winston había aprendido cuándo insistir y cuándo simplemente esperar tiempos mejores.

Durante aquellos primeros años de la década de los treinta, Churchill se centró en su carrera literaria. Los proyectos literarios de la segunda mitad de 1932

fueron aun más ambiciosos que los de 1929 y 1930. Su libro The Eastern Front, que había salido en noviembre de 1931 no había resultado muy bien. A pesar de no ser un autor de superventas en la primera mitad de su vida, su intensa producción sí le había generado grandes ingresos.

En 1933, las esperanzas de Churchill estaban en Marlborough, pero siempre tenía varios proyectos abiertos a la vez. En su viaje a Estados Unidos había comenzado tres libros. El primero de ellos fue Thoughts and Adventures, el segundo se titulaba American Impressions y el tercero Notable Contemporaries. Tres obras menores, pero que ocupaban buena parte de su tiempo.

En diciembre de 1932, en su mente había surgido un proyecto de gran envergadura, Historia de los pueblos de habla inglesa. Una ambiciosa obra en la que quería aglutinar toda la historia de los países angloparlantes. El libro se terminaría antes de 1939, pero la guerra y otras vicisitudes impidieron su publicación hasta 1957.

Durante aquellos años, también se dedicó a escribir en varias revistas. Sus artículos abarcaban los temas más variados, desde religión hasta historia, pasando por temas políticos y literarios.

Marlborough se publicó en octubre de 1933. En el libro se narraba la etapa final de los Estuardo, aunque Churchill daba mucha importancia en la historia a sus propios antepasados. El libro se vendió muy bien, se volvió a reimprimir y unos meses más tarde salió otra impresión revisada. Las reediciones se sucedieron y el libro fue un éxito. La mayoría de sus amigos políticos elogiaron la obra.

EL PROBLEMA INDIO

A partir de 1933, Churchill se centró de nuevo en política, especialmente con el problema de la independencia de la India. Su postura difería de la conservadora y aumentaba su aislamiento en el partido. Era una situación incómoda, pero Churchill ya había sufrido ese tipo de marginación en otras etapas de su vida. Winston defendía la línea imperialista y negaba el derecho de los hindúes a autogobernarse.

Se creó un comité para discutir y organizar la situación de la colonia. En 1935, se redactó la Ley del Gobierno de la India. Churchill intentó que el grupo contrario a la independencia tuviera más peso en la comisión y retrasara sus avances, pero no logró frenar la ley. Winston se negó a entrar en el comité, pero hizo todo lo posible para manipularlo desde fuera.

En una carta al Marqués de Linlithgow, virrey de la India, Churchill le expresó sus razones para una política tan radical al respecto:

> Creo que discrepamos en esto, que usted supone que el futuro es una mera extensión del pasado mientras que yo encuentro la historia llena de inesperados giros y retrocesos. El leve y vago liberalismo de los primeros años del siglo XX, el surgimiento de fantásticas esperanzas e ilusiones que siguieron al armisticio de la Gran Guerra, ya han sido desbancados por una violenta reacción contra el procedimiento parlamentario y la forma de hacer campaña electoral y el establecimiento de dictaduras reales o veladas en casi todos los países. Además, la pérdida de nuestras conexiones externas, la reducción del comercio exterior y el transporte, sitúan a la población sobrante de Gran Bretaña a poca distancia de la ruina absoluta. Estamos entrando en un periodo en que la lucha por la autoconservación se presentará con gran intensidad en los países industriales densamente

poblados.

> Es un razonamiento poco sólido, por tanto, suponer que, entre las naciones, sólo Inglaterra estará dispuesta a abandonar su control sobre un dominio tan grande como la India. Los holandeses no lo harán; los franceses no lo harán; los italianos no lo harán. En cuanto a los japoneses, están conquistando un nuevo imperio. Usted y sus amigos no paran de hablar de los insulsos tópicos de una edad triunfante fácil y segura engullidos por ella.
>
> En mi opinión, Inglaterra está iniciando un nuevo periodo de lucha por su existencia, y lo esencial no será únicamente conservar la India, sino una afirmación mucho más sólida de los derechos comerciales [...] Sus planes llevan veinte años de retraso.6

En esa época de plena expansión del fascismo italiano, muchos vieron en Churchill un Mussolini británico. Winston era muy impaciente con respecto a las decisiones del Parlamento y criticaba muchas de sus actuaciones, aunque las ideas democráticas y su lucha por la libertad dejan claro su rechazo hacia el autoritarismo.

UN PROFETA EN EL DESIERTO

Aunque la gran contribución a la década de los treinta no fue ni su obra literaria ni la defensa territorial del Imperio Británico. Su verdadero aporte, fue la denuncia y la advertencia a una sociedad anestesiada en cuanto a los peligros del nazismo.

Churchill criticó hasta la saciedad la pusilanimidad del gobierno británico. Fue el látigo de los gobiernos de MacDonald y Chamberlain.

A pesar del anticomunismo de Winston, nunca vio en el nazismo un freno para los extremistas de izquierdas. Siempre desconfió de Hitler y sus aspiraciones en Europa. Tampoco aceptó la peregrina idea de que cediendo territorio se podía apaciguar a una Alemania que emergía de sus cenizas para reconquistar su influencia a nivel mundial.

Churchill nos habla de Hitler en su libro La Segunda Guerra Mundial:

> Las luchas incesantes y el surgimiento de Adolf Hitler como figura nacional apenas llamaron la atención de los vencedores, que estaban oprimidos y agobiados por sus propios problemas y sus luchas partidistas. El nacionalsocialismo, o el Partido Nazi, como se dio en llamar, tardó bastante tiempo en tener un fuerte control de las masas del pueblo alemán, de las fuerzas armadas, de la maquinaria del Estado y de los industriales que, no sin razón, contemplaban el comunismo con terror, pero al final se convirtió en una fuerza en la vida alemana a la que había que prestar atención a nivel internacional.7

Nadie pareció percibir el problema que se avecinaba. La mayoría creía que era un conflicto local y que no afectaría al resto de países de Europa.

Uno de los problemas que tuvo que soportar Alemania, de una manera más acusada que el resto de países europeos, fue una inflación galopante y un paro insoportable. Los préstamos de los bancos estadounidenses dejaron de llegar y muchas empresas tuvieron que cerrar. Esa situación fue el caldo de cultivo en el que el nazismo pudo crecer y llegar a ocuparlo todo. Aunque los aliados hicieron algunos gestos de reconciliación, lo cierto es que el rencor del pueblo alemán no dejó de crecer en la década de los treinta, además de la creencia de que la derrota de Alemania se había debido a una conspiración interna orquestada por judíos y comunistas. Churchill advirtió de los peligros de la ascensión del nazismo, pero

nadie le hizo caso.

Las potencias totalitarias daban claras muestras de agresividad hacia las potencias parlamentarias. Japón había ocupado Manchuria en 1931, Alemania alimentaba la maquinaria de guerra de la Guerra Civil en España y Mussolini intentaba doblegar al débil imperio de Abisinia. Mientras, el mundo callaba o se limitaba a lanzar condenas que nadie terminaba de creerse.

Winston Churchill continuaba su andadura en aquellos años fuera del gobierno, entre la ansiedad por regresar al poder y el sosiego que le producía su vida de escritor. Él mismo describe esos años con las siguientes palabras:

> Los años que van de 1931 a 1935, aparte de mi inquietud por los asuntos públicos, fueron personalmente muy agradables para mí. Me gané la vida dictando artículos que tuvieron una amplia circulación no únicamente en Gran Bretaña y Estados Unidos, sino también, antes de que la sombra de Hitler cayera sobre ellos, en dieciséis de los más famosos periódicos europeos [...] Así que nunca tenía un momento aburrido ni ocioso desde la mañana hasta la medianoche, y rodeado de mi alegre familia moraba en paz en mi residencia.8

Sin duda, Churchill tuvo una de las mejores etapas de su vida, pero no es menos cierto que ambicionara regresar al poder. Su vida no era tan perfecta como dejó escrito. Entre otros problemas se encontraba su consumo de alcohol; aunque nunca se embriagaba, bebía demasiado.

La labor de Churchill como conciencia de Gran Bretaña comenzó en la primavera de 1936, cuando Hitler mandó sus tropas a la zona desmilitarizada de Renania. Las palabras de Winston fueron muy duras en la Cámara de los Comunes:

> No podemos contemplar con mucho placer nuestra política exterior en los últimos cinco años. Han sido años desastrosos... Hemos visto los cambios más deprimentes y alarmantes en el panorama de la humanidad que han tenido lugar jamás en un periodo tan breve. Hace cinco años todos no sentíamos a salvo; hace cinco años todos mirábamos hacia la paz, hacia un periodo en el que la humanidad disfrutaría de los tesoros que la ciencia puede extender a todas las clases si prevalecen las condiciones de paz y justicia. Hace cinco años, hablar de la guerra se habría considerado no sólo una locura y un delito, sino casi una señal de demencia.9

Pero ese discurso no fue el primero en el que se hablaba de la amenaza nazi. El 13 de abril de 1933 habló en la Cámara de los Comunes de «las odiosas condiciones que regían en Alemania y de la amenaza de persecución y pogromo de los judíos».

Los discursos sobre la situación en Alemania y los peligros que suponía para Europa, tuvieron diferentes acogidas en el Parlamento. El estado de ánimo de la cámara nunca le desalentó. Después de sesiones maratonianas, aún tenía fuerzas para avanzar en sus numerosos escritos.

El primer ministro MacDonald se mostraba indiferente a las críticas de Churchill. Winston estaba aislado, ni siquiera recibía el apoyo de su propio partido. MacDonald había reducido drásticamente los gastos militares para intentar aliviar la crisis económica que sufría el país, aunque detrás del desarme también había una filosofía pacifista, extraída de los Tratados de Versalles.

Alemania tomó el pacifismo británico como un síntoma de debilidad. En Francia sucedía algo parecido, se veía con normalidad el crecimiento del ejército

alemán, al tiempo que se reducía el propio. La incorporación de Austria al Reich tampoco provocó una gran reacción en los aliados. A pesar de la traumática muerte de su primer ministro Dollfuss, asesinado por extremistas nazis.

Tras la muerte de Hindenburg, el poder de Hitler pasó a ser ilimitado. Terminó con toda disidencia y ocupó todas las dependencias del Estado con sus partidarios.

Mientras Alemania seguía rearmándose, los británicos hacían brindis al sol. Churchill criticaba su pasividad y denunciaba las cuotas de producción militar. Los alemanes estaban invirtiendo grandes cantidades de dinero en su industria militar, fabricaban todo tipo de armas, pero en especial estaban creando una gran flota de aviones de guerra.

Winston se centró en la desproporción de la producción alemana y británica. Sabía que en poco tiempo su país se vería superado por los alemanes.

En un discurso al Parlamento, Churchill denunció la situación de las fuerzas aéreas de Inglaterra y el gobierno se comprometió a no tener nunca un promedio de aviones inferior al de Alemania.

En 1934, Churchill cumplía sesenta años y seguramente por su cabeza se pasaba la idea de que nunca conseguiría su mayor ambición, convertirse en primer ministro. Después de casi cinco años fuera del gobierno, sus posibilidades disminuían drásticamente y su situación en el partido tampoco mejoraba.

En 1935, un cambio de gobierno devolvió el poder a Baldwin. Winston tuvo la esperanza de que le eligiera para su administración, pero el nuevo primer ministro no le incluyó en el gabinete.

El peligro alemán seguía creciendo. Primero con la creación de una considerable armada, inferior a la británica, pero superior a la de muchos países. Segundo, por el servicio obligatorio del ejército que Hitler impuso a partir de 1936.

El rey Jorge V murió en enero de 1936, Eduardo VIII le sucedió en el trono. El cambio de gobierno de marzo de ese mismo año devolvió a Churchill las esperanzas de entrar en el nuevo gabinete. Unos días después, Winston tuvo que soportar una nueva decepción.

Ya hemos mencionado las palabras que Churchill dijo ante la preocupante invasión de la zona desmilitarizada.

El retroceso electoral de los conservadores en 1936 debilitó su gestión, aunque seguían contando con mayoría para gobernar.

Un hecho internacional llamó la atención de Churchill, la Guerra Civil en España. Su hijo fue a España como corresponsal y se instaló en Barcelona. La actitud de Churchill hacia la guerra allí siempre fue confusa. Al principio se posicionó del lado del gobierno, pero poco a poco vio en los seguidores de Franco una capacidad mayor de controlar el peligro comunista.

En su libro sobre la Segunda Guerra Mundial, Churchill prácticamente justifica el golpe de Estado, al denunciar la situación de anarquía de la república y el peligro que implicaban comunistas y anarquistas.

Churchill afirma en su libro que en esa lucha se mantuvo «neutral». Apoyó la neutralidad del gobierno británico. Aunque reconoce que el acuerdo de no intervención únicamente fue respetado por Gran Bretaña y que Alemania e Italia siguieron apoyando a los rebeldes, mientras que Rusia apoyaba a la república. La neutralidad de Churchill no fue tal, en un discurso ante el Parlamento acusó a

Rusia de estar detrás del estallido de la Guerra Civil en España.

En diciembre de 1936, un discurso desafortunado de Churchill en el que arremetía contra Baldwin, por una supuesta disputa con el rey, le enfrentó nuevamente con la Cámara de los Comunes, que rechazó abrumadoramente el discurso de Winston y defendió al primer ministro. Los parlamentarios se pusieron violentos e hicieron que se callara a gritos. Eso era algo inaudito y dejó a Winston realmente preocupado.

Las esperanzas de llegar al gobierno se desvanecían con la fuerza de los gritos de los parlamentarios. Churchill intentó seguir con su agenda y aquel mismo día pronunció un discurso en el comité de parlamentarios conservadores y otro más unos días después.

Winston Churchill había querido mantenerse del lado del rey, pero la abdicación del monarca dejó al político totalmente desarmado ante sus enemigos.

UN AÑO TRANQUILO

El año 1937 comenzó con relativa calma. Winston Churchill se lamía sus heridas y esperaba una nueva oportunidad para contraatacar. Pasaba largas temporadas en su granja, alejado de la política y las polémicas parlamentarias.

Con sesenta y siete años, muchos hubieran pensado en la jubilación, pero a Churchill aún le quedaban fuerzas para estar otros veinte años ejerciendo la política. Mientras trabaja en los otros dos volúmenes de Marlborough, comenzaba a reunir información para su otro libro Historia de los pueblos de habla inglesa. Mantenía sus colaboraciones con diferentes publicaciones, aunque su influencia literaria en Estados Unidos comenzaba a decaer.

Económicamente estaba pasando una buena racha, aunque siempre estaba preocupado por sus ingresos, que no eran tan estables como le hubiera gustado.

En el verano hizo una recopilación de escritos y publicó Great Contemporaries.

La administración de Baldwin se agotaba y las expectativas de que Chamberlain contara con Churchill para su nueva gestión eran altas. Una vez más, en el último momento, el nuevo gobierno prescindía de los servicios de Winston, sumiéndole otra vez en la desesperación.

Al principio, Churchill se mantuvo cauto con el nuevo gobierno, pero poco a poco fue perdiendo la paciencia y arremetió contra él. Aunque tenía en general una buena opinión de Chamberlain, no podían ser más distintos. Winston definió al primer ministro como «despierto, eficiente, dogmático y seguro de sí mismo en grado máximo».

La idea de Chamberlain en política exterior no podía estar más en contradicción con Churchill. El primer ministro creía que era posible cortejar a los dictadores y llegar con ellos a pactos. Empezó con Italia, se dirigió a Mussolini. En una carta le invitaba a iniciar negociaciones bilaterales. Chamberlain estaba dispuesto a reconocer sus posesiones en Abisinia, en contra de la Sociedad de Naciones y muchos países. El primer ministro se encontró con el problema de su ministro de asuntos exteriores, Eden no estaba de acuerdo con la política de acercamiento. Eden al final tuvo que dimitir, para no interferir en la política del primer ministro.

A primeros de 1938, Hitler daba un paso más en su plan expansionista y en su

deseo de construir una gran Alemania. Las amenazas de Hitler al presidente de Austria no recibieron la condena de casi nadie, todos callaban mientras Hitler seguía imponiendo su voluntad en Europa.

El presidente austriaco quería convocar un plebiscito para que se aprobara la anexión de Austria al Reich, pero los nazis no querían arriesgarse.

Mientras las tropas alemanas avanzaban hacia Austria, Chamberlain invitaba a Churchill a una cena en el número 10 de Downing Street. Al parecer, la cena tenía como cometido pedir a Churchill que no se inmiscuyera en las relaciones entre Alemania y Gran Bretaña.

Aquel año, que no había empezado mal, comenzó a complicarse. Churchill perdió alguno de sus contratos, le fue mal en la bolsa y perdió mucho dinero. Realizó una gira por Estados Unidos, para recuperarse económicamente, pero no logró compensar las pérdidas.

Para sanear sus cuentas, Churchill vendió su mansión de Chartwell, parecía que la nueva mala racha no tenía fin. Hasta que un millonario sudafricano pagó sus deudas y Winston no se vio obligado a vender ninguna propiedad. El millonario era Sir Henry Strakosch, un filántropo que admiraba a Churchill y estaba de acuerdo en su postura con la Alemania nazi. Nunca se supo a que se debía tanta generosidad y algunos historiadores pensaron que el millonario buscaba algún tipo de favor. En aquel momento, Churchill no estaba en disposición de devolverle el favor y cuando lo estuvo, no hay constancia que pagara a Strakosch algún tipo de prebenda.

En junio, Churchill publicó una recopilación de sus discursos de los años treinta. Su hijo le ayudó en la elección y corrección de los textos. El libro no se vendió muy bien, la mala racha continuaba.

En septiembre, tras el regreso de las vacaciones, Churchill se encontró con el acuerdo que estaba fraguando Chamberlain con Hitler. Durante el mes de septiembre se sucedieron los viajes para acercar posturas, al principio Hitler parecía estar en contra, pero el 28 de septiembre, mientras Chamberlain daba un discurso en la Cámara de los Comunes, recibió una nota en la que el líder nazi accedía a firmar un acuerdo entre Francia, Italia, Gran Bretaña y Alemania.

La mayoría de la cámara respiró aliviada ante la decisión de Hitler, pero Churchill pensaba que se trataba de una trampa. El dictador quería ganar tiempo.

La Sociedad de Naciones se había opuesto a la división de Checoslovaquia, pero Gran Bretaña y Francia estaban dispuestas a casi cualquier cosa para asegurar la paz en Europa.

El ministro de asuntos exteriores, Halifax, se plegó a las decisiones del primer ministro. Churchill, en cambio, le aconsejó a Chamberlain que amenazara a Hitler con la guerra si se atrevía a invadir Checoslovaquia. Naturalmente, Chamberlain no le hizo caso.

La Conferencia de Múnich se realizó el 30 de septiembre de 1938 en esa ciudad alemana. Hitler quería una solución negociada con Francia y Gran Bretaña con respecto a su anexión de los Sudetes.

Chamberlain aceptó las condiciones de Alemania y regresó a Inglaterra creyendo que había salvado la paz en Europa. El Parlamento no estaba tan satisfecho con el acuerdo. Se hicieron varias sesiones discutiendo sobre el tema. Churchill habló el 5 de octubre, cuando el debate llevaba ya varios días, las

palabras del político fueron demoledoras:

> Hemos sufrido una derrota total y rotunda, y Francia ha padecido más que nosotros.[10]

Mientras la sala le miraba expectante, Churchill continuó:

> Las condiciones que el primer ministro trajo consigo se habrían podido acordar fácilmente, creo, a través de los canales diplomáticos ordinarios en cualquier momento durante el verano [...] Los checos, abandonados a su suerte y a los que se dijo que no iban a recibir ninguna ayuda de las potencias occidentales, habrían sido capaces de lograr mejores condiciones que las que obtuvieron después de toda esta tremenda perturbación; es difícil que hubieran podido ser peores [...] todo ha terminado. Silenciosa, afligida, abandonada, rota, Checoslovaquia retrocede hacia la oscuridad. Ha sufrido en muchos aspectos por su asociación con las democracias occidentales y con la Sociedad de Naciones, de la que siempre ha sido obediente sierva.[11]

Las palabras de Churchill terminaron en una especie de profecía que no tardaría en cumplirse:

> Me atrevo a pensar que en el futuro, el Estado checoslovaco no podrá ser mantenido como entidad independiente. Me parece que encontrarán ustedes que en un periodo de tiempo que tal vez se mida en años, pero que tal vez se mida sólo en meses, Checoslovaquia será engullida por el régimen nazi.[12]

Las palabras de Churchill sentaron muy mal en la bancada conservadora, muchos lo consideraban casi una traición al partido y al gobierno. Aunque el político conservador no era un hombre que se sometiera a un partido y mucho menos en condiciones tan extremas como las de octubre de 1938. Muchos pensaron que el partido terminaría por expulsarlo, pero al final nadie lo intentó.

Tras la euforia del gobierno por el Acuerdo de Múnich, los ministros se dividieron entre los que pensaban que era mejor aprovechar la paz para rearmarse y los que creían, con Chamberlain a la cabeza, que un rearme podía poner en peligro la paz. En aquel momento, se empezaba a vislumbrar que la próxima víctima del insaciable régimen nazi era Polonia. Los alemanes ya habían comenzado su presión sobre el país vecino, enviando al embajador Ribbentrop. Los alemanes querían recuperar Danzing y poder controlar de esa manera todo el Báltico.

Mientras todo eso sucedía, Inglaterra miraba para otro lado. Muchos pensaban que Hitler respetaría los acuerdos de Múnich. Algunos, como el ministro de interior, se atrevían a afirmar que el plan de paz produciría una edad de oro, pero ese mismo mes de marzo los alemanes lanzaron un ultimátum a los checos. Poco después invadieron la república y conquistaron Praga.

Uno días más tarde, Chamberlain declaraba ante la Cámara de los Comunes que la intervención era inevitable, porque el estado no podía garantizar su propia seguridad. Sus palabras no podían ser más cínicas:

> Es natural que lamente lo ocurrido, pero no debemos dejar que esto nos aparte de nuestro camino. Recordemos que el deseo de todos los pueblos del mundo sigue concentrado en la esperanza de la paz.[13]

Unos días después, en el discurso de Birminghan, por primera vez el primer ministro reprochaba a Hitler su actitud. Al menos, Chamberlain parecía no estar dispuesto a seguir cediendo. El 31 de marzo, en un discurso a la cámara comentó:

> En caso de producirse cualquier acción que amenace claramente la independencia de Polonia y que, por consiguiente, el gobierno polaco considere fundamental resistir con sus fuerzas nacionales, el gobierno de Su Majestad se sentirá obligado de inmediato a prestarle al gobierno polaco todo el apoyo que pueda, y le ofrecerá garantías a este respecto.
>
> Puedo añadir que el gobierno francés me ha autorizado a dejar constancia de que mantiene la misma postura en este asunto que el gobierno de Su Majestad...[14]

Churchill llevaba defendiendo una postura dura hacia los alemanes desde el otoño de 1938, pero Chamberlain no le había hecho caso. Al contrario, había afirmado que los argumentos de Churchill eran indignos. De ellos dejó constancia en una carta que dirigió al propio Winston sobre este tema:

> Lamento que crea que mis comentarios han sido ofensivos, pero debo decir que creo que es usted singularmente sensible para ser un hombre que constantemente ataca a los demás.
>
> Considero sus comentarios sumamente ofensivos para mí y para aquellos con los que he estado trabajando.
>
> No me parecía que estos comentarios, aunque son hirientes, exigieran una ruptura de las relaciones personales, pero no puede esperar que permita que siempre me ataque y no le devuelva nunca los golpes.[15]

Es sorprendente que, siendo el debate tan violento entre ambos, en el libro de Churchill sobre la Segunda Guerra Mundial, tratara a Chamberlain con tanta benevolencia. Lo cierto es que las relaciones personales se mantuvieron a pesar de la tormenta política y las grandes diferencias ideológicas.

Las cosas estaban cambiando muy deprisa y Churchill estaba dispuesto a tomar aquel último tren aunque no supiera muy bien a dónde le llevaría.

Poco antes de la guerra

El verano de 1939 fue muy productivo. En junio se publicó una recopilación de los artículos que Churchill había publicado en Evening Standard y el Daily Telegraph. El libro se vendió muy bien, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, y se tradujo a seis idiomas.

Durante el mes de julio, una avalancha de publicaciones y periódicos pidieron que Churchill entrara en el gobierno. Muchos veían en él la postura fuerte y decisiva que faltaba a los hombres de Chamberlain. Incluso hubo una pegada anónima de carteles con el eslogan: «Y Churchill qué».

Churchill era consciente de que su popularidad iba en ascenso y que las cosas caerían por su propio peso.

El 3 de julio, ante la aclamación de la prensa, Chamberlain vio a Lord Camrose, que le pidió lo mismo, pero las dudas del primer ministro continuaban, creía que Churchill sería más un problema que una solución. El tira y afloja continuó hasta el 4 de agosto, cuando el Parlamento se disolvió para pasar las vacaciones. Todo el mundo estaba inquieto y muchos intuían que era el último verano en paz. Habían pasado veintiún años desde el fin de la Gran Guerra y el mundo se acercaba de nuevo a un punto de no retorno.

Churchill se centró en sus libros y después pasó unos días en Francia, aunque parte de su tiempo lo dedicó a visitar al general Georges y supervisar algunas maniobras del ejército francés.

Quedó encantando con el recibimiento del general francés. Tras su regreso a Inglaterra, siguió hablando de Georges y de los ejércitos de Francia, Alemania y el Reino Unido. Lo cierto es que el general francés pensaba que los alemanes estaban mejor preparados y que únicamente la unión de ingleses y franceses podría detenerlos.

El regreso a la normalidad hizo que Churchill se centrara por unos días en sus libros, pero la guerra que estaba a punto de desatarse le alejaría de su obra literaria en los próximos años.

La guerra relámpago

Los alemanes se introdujeron en territorio polaco el 1 de septiembre de 1939. De esa manera velada y a traición comenzaba un conflicto que iba a durar cinco años y que terminaría con la vida de millones de personas.

A las diez horas del inicio oficial de la guerra, Churchill acudió a ver a Chamberlain. El primer ministro le había hecho llamar para ofrecerle un puesto en el gabinete de guerra. El molesto opositor en tiempos de paz, parecía un buen candidato en tiempos de conflicto. Winston aceptó el puesto sin dudarlo, no era rencoroso y el servicio a su país estaba por encima de sus sentimientos personales. Chamberlain no le aclaró cuál iba a ser su posición, él pensó que posiblemente un ministro sin cartera. Pasaron varias horas sin que confirmaran su nombramiento ni le aclararan cuál era realmente su cargo.

Al día siguiente, que era viernes, el Parlamento estaba muy revuelto. Muchos de los laboristas reclamaban la cabeza del primer ministro por sus continuos errores.

El domingo se declaró la guerra a Alemania y Churchill, que seguía sin saber su situación real, se decidió a dar un emotivo discurso a la cámara. El que comenzaba de la siguiente manera:

> En una hora tan solemne, es un consuelo recordar nuestros reiterados esfuerzos por la paz. Todos han sido desventurados, pero también fieles y sinceros, lo cual tiene el máximo valor moral (y no sólo moral, sino también práctico) en el momento actual, porque la coincidencia entusiasta de muchos millones de hombres y mujeres, cuya colaboración es indispensable y cuya camaradería y hermandad son indispensables, es la única base sobre la cual se pueden soportar y superar los sufrimientos y las tribulaciones de la guerra moderna...
>
> No es cuestión de combatir por Danzing ni de combatir por Polonia. Estamos luchando por salvar al mundo entero de la pestilencia de la tiranía nazi y en defensa de todo lo que resulta sagrado para el hombre.16

Con esas palabras Churchill estaba liberando del peso de la guerra al primer ministro. Ahora reclamaba unidad y entusiasmo contra una guerra que era mucho más que un conflicto entre dos países. Para Winston, la guerra era un enfrentamiento entre el bien y el mal.

Tras el discurso, se dirigió al número 10 de Downing Street y subió apresuradamente al despacho de Chamberlain. Su esposa le esperaba en el coche, unos minutos más tarde, bajó y se sentó al lado de Clementine y dijo: «El almirantazgo».

Al final fue el almirantazgo y el gabinete de guerra. Lo bueno era que el

almirantazgo le daba poder real, mucho más de lo que Churchill esperaba.

El nuevo Lord del Almirantazgo tenía sus dudas con respecto al cargo. Después de diez años fuera del gobierno, la gente tenía muchas expectativas puestas en él. ¿Estaría a la altura?

La reacción de Churchill no se hizo esperar, empleó todo su vigor y energía, la gente necesitaba ver que alguien hacía algo y que además era lo correcto.

En el almirantazgo hizo unas breves preguntas por escrito a los que ocupaban puestos clave, necesitaba conocer la situación concreta y hacerlo lo antes posible.

Italia tardó en declarar la guerra y eso aumentó las esperanzas de Chamberlain, de que Mussolini no apoyaría a Hitler. La diplomacia británica se centró en conseguir la neutralidad de Italia. Mussolini respondió con un no rotundo, entraría en guerra a favor de su aliado alemán.

Churchill no se conformó con sus dos cargos y dedicó buena parte de su tiempo a animar y exigir a sus colegas de gabinete que pusieran manos a la obra.

Algunos creían que Winston Churchill era demasiado viejo para el cargo, en una carta de Samuel Hoare le describía de la siguiente manera:

> Winston ha estado tal como cabía esperar, muy retórico, emocional y, sobre todo, nostálgico. Me parece un anciano que se cansa fácilmente. Sin duda, en el país goza de una posición muy importante [...] Yo diría que en estos momento es la única figura popular del gabinete.17

El Lord del Sello Real estaba muy equivocado en la primera parte de su valoración, Churchill tenía energía para ocupar otros dos puestos en el gobierno. La prueba de su brío estaba en las interminables horas que el Primer Lord del Almirantazgo trabajaba.

El 24 de septiembre, el propio Churchill reconocía que en los tres meses que llevaba en el cargo no había pensado ni hecho otra cosa que trabajar. Clementine reconocía la fortaleza de su marido. Si descansaba ocho horas, era capaz de trabajar sin tregua el resto del día.

Una de las tareas que Churchill comenzó desde que tomó su cargo fue escribirse con Roosevelt. El inglés comprendía que sin la ayuda de Estados Unidos la victoria sería mucho más difícil e incluso imposible. Chamberlain no valoraba el papel que podía jugar Estados Unidos y consideraba al presidente norteamericano un tipo vulgar e ineficaz. El primer ministro dio carta blanca en este y otros asuntos a Churchill, muchas veces daba la impresión de que Chamberlain no sabía qué hacer y se limitaba a mirar, mientras Churchill actuaba.

El 13 de octubre, Churchill escribió acerca del primer ministro:

> Mis relaciones con el señor Chamberlain habían madurado tanto que él y la señora Chamberlain fueron a cenar a nuestra casa del almirantazgo, donde teníamos un confortable piso en el desván. Éramos un grupo de cuatro. Aunque habíamos sido colegas bajo el señor Baldwin durante cinco años, mi esposa y yo nunca nos habíamos reunido con los Chamberlain en semejantes circunstancias.18

Las relaciones entre ambos siempre fueron superficiales e interesadas.

El 26 de septiembre, Churchill pronunció su discurso en el Parlamento. Muchos vieron que el primer ministro, que había hablado antes, no tenía ni la capacidad ni el espíritu de lucha de Churchill. Nicolson describió así la situación:

> El discurso de Winston fue infinitamente más grande de lo que se habría podido deducir

> de la lectura del texto. Lo pronunció de un modo asombroso y tocó todas las notas, desde la profunda preocupación a la frivolidad, de la resolución a la pura puerilidad. Uno sentía que el espíritu de la cámara se elevaba con cada palabra. Después se hizo evidente que la incompetencia y la falta de inspiración del primer ministro habían quedado demostradas incluso ante sus más entusiastas partidarios. En aquellos veinte minutos, Churchill se aproximó más que nunca al cargo de primer ministro.[19]

Ronald Cartland, parlamentario conservador, también dejó reflejada su opinión sobre el discurso en una carta a su hermana:

> Winston aplastó y confundió a los críticos que habían estado diciendo en susurros que los años se habían cobrado su precio. Reveló a una cámara muy complacida con todas las armas del liderazgo que su arsenal contenía.[20]

La expresión «todas las armas de su liderazgo que su arsenal contenía» es muy significativa. **La oratoria, su capacidad de emocionar y enardecer al público, su visión clara de las cosas, la forma que tenía de transformar los problemas en oportunidades, animaban a los demás a seguirle**.

Muchos creían que Churchill estaba buscando el cargo de primer ministro, aunque nadie podía acusarle de deslealtad. Su brillo era tan fuerte que era normal que opacara la débil luz del primer mandatario. Lo que sí estaba claro era que Churchill no fue nunca del tipo de hombre que pide perdón por su brillantez.

El 1 de octubre, dio su primer discurso radiado y fue un gran éxito. La población se unía a la cerrada ovación de los parlamentarios. Chamberlain permanecía indiferente ante la evidencia de que todo el mundo pedía a gritos que Churchill asumiera el poder.

Unos días después, Chamberlain intentó controlar que los ministros participaran en las emisiones radiofónicas, pero Churchill se negó en redondo a someterse a esa decisión.

Churchill respondió a Chamberlain que era él, personalmente, el que le tendría que impedir que saliera en las ondas, no el Lord del Sello Real, el primer ministro tendría que enfrentarse cara a cara con Churchill y eso era algo que no estaba dispuesto a hacer. Unas semanas después, Churchill hizo un polémico discurso con Chamberlain de tema principal:

> Saben que no siempre he estado de acuerdo con el señor Chamberlain, aunque siempre hemos sido amigos personales. Pero él es un hombre de fibra muy dura, y puedo decirles que luchará con obstinación por la victoria como lo hizo por la paz. Pueden dar absolutamente por seguro que, o todo lo que Gran Bretaña y Francia representa en el mundo moderno caerá, o Hitler, el régimen nazi y la amenaza recurrente de Alemania y Prusia a Europa será destruida. Así es como son las cosas, y será mejor que todo el mundo acepte este hecho sólido y sombrío.[21]

La defensa de Chamberlain era también una forma de dudar de su fuerza. El discurso cayó como un jarro de agua fría al primer ministro. Por un lado, en el discurso se criticaba cualquier postura que intentara llegar a una paz negociada y, por el otro, se denunciaban las intenciones de Alemania de atacar a Holanda, pero seguramente lo que también molestaba a Chamberlain eran las referencias personales.

El Lord del Almirantazgo se dedicaba al mismo tiempo a poner en plena forma la máquina de guerra naval.

Winston visitó Francia en noviembre, quería ver de primera mano las defensas

francesas y la disposición de los cuerpos británicos enviados a la zona.

Un pequeño respiro, ya que la guerra no terminaba de empezar plenamente, le permitió avanzar algo en su libro sobre la gente de habla inglesa. En aquel momento, Churchill había cumplido los sesenta y cinco años, pero se encontraba en plena forma. Sus jornadas de trabajo tenían como media entre las catorce y las diecisiete horas.

En enero de 1940, Churchill regresó de nuevo a Francia, supervisó las defensas y viajó de nuevo a Inglaterra. En aquellos días le llegó una carta de su editor criticando el texto que le había enviado. Al final, el conflicto pudo solucionarse satisfactoriamente.

Winston continuó con sus discursos y organizó el ataque a los barcos alemanes civiles para impedir el abastecimiento de ciertos productos a Alemania.

En el invierno de 1940, Finlandia luchaba por su supervivencia contra la Unión Soviética. El primer ministro se indignó, intentaba negociar con los rusos, pero las críticas de Churchill dificultaban el acuerdo.

MIEMBRO DEL CONSEJO SUPREMO DE GUERRA

En contra de lo que parecía razonable, Churchill fue incluido en el consejo unido de franceses y británicos. Tras las disensiones con el primer ministro, Churchill viajó a Francia, para integrarse en el consejo conjunto.

Uno de los proyectos que quería impulsar en el inactivo y pusilánime consejo fue el de inundar las zonas cercanas al Rin, para romper las defensas alemanas. Los franceses no querían provocar a Alemania y su idea era mantener lejos la guerra de sus fronteras, por eso promovieron la guerra en Noruega y Dinamarca. Los alemanes estaban atacando a ambos países y los aliados pensaban que era mejor concentrarse en el mar del norte.

La operación sobre Noruega estaba mal organizada y los aliados mantenían una posición de debilidad frente a sus enemigos, en especial en el aire.

El mes de abril constituyó el primer fracaso de los aliados. A pesar de que los alemanes perdieron algunos barcos en la batalla de Noruega, el resultado final fue nefasto. Los ejércitos de tierra y mar no consiguieron ninguno de sus objetivos. Los británicos, que habían llegado en abril, tuvieron que retirarse para mayo. En junio, la guerra ya estaba decidida a favor de los alemanes.

Muchos achacaron el fracaso al Primer Lord del Almirantazgo, algunos consideraban que Churchill era como un viejo bulldog, pero era un bulldog que primero ladraba y después solucionaba los problemas.

En el Parlamento se creó una comisión para investigar qué había ocurrido en Noruega.

La crisis de gobierno estaba servida y los laboristas atacaron al primer ministro. Después de varias intervenciones en las que se pedía la cabeza de Chamberlain, Churchill se puso en pie en la cámara para lanzar su discurso. Todo el mundo escuchó al Primer Lord con atención. No utilizó palabras grandilocuentes ni llamó a la unidad, más bien defendió como pudo la labor del primer ministro. En referencia a eso dijo: «Creía que tenía algunos amigos y espero que tenga algunos. Sin duda, tiene muchos cuando las cosas van bien».

Churchill se definía como amigo suyo y como tal le defendió. A la hora de la

votación muchos conservadores se abstuvieron. Perder la mayoría parlamentaria en una circunstancia como aquella era mucho más negativo que en un periodo de paz.

Apenas un día más tarde, Hitler atacó en el frente occidental, para sorpresa de aquellos que pensaban que la guerra nunca les tocaría y que Hitler había perdido el autobús.

El 10 de mayo se reunió el gabinete de guerra. A la crisis política se sumaba la crisis bélica. Chamberlain parecía agotado y desanimado. Desde el principio, el primer ministro quiso que su sucesor fuera Halifax, el ministro de asuntos exteriores, así lo anunció al resto del grupo. Se hizo un largo silencio. Entonces Halifax rompió el silencio y habló largo y tendido, reconoció que no estaba capacitado para el puesto y que le correspondía a Winston Churchill.

La reunión se disolvió sin llegar a ningún acuerdo. Algunos seguían moviendo los hilos para que Churchill no recibiera el nombramiento. Halifax no era del todo sincero, creía que en aquella situación tan difícil era mejor que se desgastara Churchill, después él tendría la oportunidad de formar gobierno y reconducir la situación, posiblemente hacia una paz negociada.

Los laboristas apoyaban a Churchill como candidato, tal vez también pensaban que con su osadía duraría poco en el cargo. Se reunieron con Chamberlain. Winston, por primera vez en su vida, permaneció callado la mayor parte del tiempo. Simplemente dejó que las cosas sucedieran. En muchas ocasiones, para los líderes es mejor así. Los frutos maduros caen por su propio peso. Uno de los obstáculos para llegar al acuerdo era que él no deseaba defenestrar a Chamberlain. Quería que siguiera como líder del Partido Conservador y ministro de hacienda, pero muchos querían su cabeza en una bandeja.

A sus sesenta y cinco años, Churchill había logrado llegar al puesto más alto del país, durante su larga carrera política había ocupado casi todos los cargos. En contra de la opinión del rey, de la mayoría de las fuerzas financieras y económicas, pero con amplio apoyo parlamentario y popular, Winston Churchill se convirtió en primer ministro.

Años más tarde, confesó que toda su vida había sido una preparación para ese momento. Su experiencia militar y de gobierno, su captura en la Guerra de los Bóers, los diferentes ministerios que había dirigido, su intervención como soldado en la Gran Guerra, todo unido bajo el propósito de gobernar su país en el peor momento de su historia.

En ese periodo de su vida Churchill había logrado estabilizarse de nuevo. Después de una etapa de confusión en la que no estaba seguro de lo que hacer con su vida, de repente se encontró con una gran responsabilidad. Los últimos años le habían servido para **moderar sus actuaciones**, ser **más prudente y aprender a esperar**. Ahora podía disfrutar de todo lo que había cultivado en aquellos años. Se sentía preparado para la misión más dura de su vida.

Churchill **había logrado que los demás reconocieran y respetaran su liderazgo**, había sido capaz **de pulir las áreas que frenaban su crecimiento** personal y **limar las diferencias con sus colaboradores**.

Winston Churchill pasaría de ser un mal necesario, como le consideraban muchos, a convertirse en el alma de una nación. Por él lucharían cientos de miles de hombres hasta la muerte. Él salvaría al mundo occidental de las tinieblas nazis,

su misión estaba a punto de cumplirse.

Jamás, en el ámbito de los conflictos humanos, tantos han debido tanto a tan pocos.

Capítulo VIII

ENFRENTARSE A LOS PROBLEMAS

¿Quién dijo que ser un líder fuera fácil?

Winston Churchill llegó al cargo de primer ministro en uno de los momentos más difíciles de la historia de Gran Bretaña. Podemos afirmar que las Islas Británicas no habían sufrido una amenaza tan real desde el intento de invasión en el siglo XVI por Felipe II. Ni las guerras napoleónicas, ni las diferentes guerras coloniales, ni siquiera la Gran Guerra, habían supuesto un peligro letal para los británicos.

Cuando Churchill asumió el mando, muchos creían en la victoria, otros se conformaban con una guerra corta, aunque eso supusiera una paz negociada, pero muy pocos pensaban que la guerra se alargaría casi cinco años y pondría al mundo al borde del desastre.

Aquella primavera de 1940 fue extraña. Los británicos vivían en estado de excepción, pero después de casi un año de guerra, parecía que todo seguía igual. La economía no había terminado de recuperarse, pero el problema del paro y del nulo crecimiento llevaba enquistado en Gran Bretaña más de una década. La gente podía viajar sin problemas por el país, muy pocos productos estaban racionados y, a excepción de unos pocos miles de hombres, el ejército británico había permanecido a la expectativa.

Churchill se encontraba a un pueblo inquieto, aunque confiado, que había sido capaz en otras ocasiones de enfrentarse a sus enemigos, pero que llevaba veinte años siendo anestesiado para una paz imposible. Nadie había recibido con entusiasmo la guerra, a diferencia de las grandes celebraciones que recorrieron la Europa de 1914. Los únicos que parecían entusiasmados con luchar eran los alemanes, el resto de los pueblos lo hacían de mala gana y ante el inevitable empuje germano.

El primer ministro tendría que bregar con un ejército pequeño, mal organizado, que apenas se había modernizado en los últimos diez años. Los aliados de Gran Bretaña estaban en una situación similar. Poblaciones desmotivadas, ejércitos obsoletos y líderes mediocres que no querían afrontar sus responsabilidades.

Winston era consciente de que su primer deber era sacar a la población de esa apatía complaciente, de esa indiferencia que podía llevar al imperio al caos. Él era la primera vez que asumía un cargo de tanta responsabilidad, pero había servido con media docena de primeros ministros de diferentes ideologías y sabía lo que el puesto implicaba. Además había sido ministro de guerra, de armamento, comercio, hacienda, Primer Lord del Almirantazgo en tres ocasiones y había ocupado diferentes cargos organizativos bajo varios gobiernos.

El ascenso al poder había sido tan rápido que el propio primer ministro tenía que asimilarlo. No se habían producido unas elecciones, tampoco se había convertido en el líder de su partido, ni siquiera la monarquía ni la oligarquía del país deseaban que asumiera ese cargo, pero eso no iba a amedrentar a un hombre como Churchill.

Tras su nombramiento, recibió numerosas felicitaciones, aunque no tardaron

también en lloverle las críticas. Después de dos días de impasse, muchos pensaban que la guerra no podía esperar y que el nuevo primer ministro debía formar gobierno lo antes posible.

El primer gobierno

Tras su nombramiento, Churchill de dirigió al Parlamento. La sesión era a las 2:30 del lunes 13 de mayo, día de Pentecostés. Cuando Chamberlain y él entraron en la cámara, los conservadores aplaudieron al primero, pero apenas hicieron caso al segundo.

Churchill tomó la palabra y dio uno de los discursos más memorables de la historia:

> Solicito que se proponga lo siguiente:
>
> Que esta cámara está de acuerdo con la formación de un gobierno que manifieste la decisión unánime e inflexible de la nación de emprender la guerra contra Alemania, hasta llegar a una conclusión victoriosa.
>
> El viernes pasado, por la noche, recibí el encargo de Su Majestad de formar una nueva administración. Era el deseo y la voluntad evidente del Parlamento y la nación que se concibiera sobre la base más amplia posible y que incluyera a todos los partidos, tanto a los que apoyaba el último gobierno como también los partidos de la oposición. He concluido la parte más importante de esta tarea. Se ha constituido un gabinete de guerra, compuesto por cinco miembros que representan, junto con los liberales de la oposición, la unidad nacional. Los líderes de los tres partidos han aceptado participar, ya sea en el gabinete de guerra o en un alto cargo en el ejecutivo. Ya se han cubierto las tres armas. Era necesario hacerlo en un solo día, debido a la extrema urgencia y gravedad de los acontecimientos [...]
>
> En esta crisis, espero que me disculpen si hoy no prolongo demasiado mi discurso en la cámara. Espero que cualquiera de mis amigos y colegas, que se vean afectados por la reconstrucción política, sean indulgentes, muy indulgentes, con cualquier falta de ceremonia con la que haya sido necesario actuar. Diría a la cámara, como dije a los que se han incorporado a este gobierno: no tengo nada que ofrecer, excepto sangre, sudor, lágrimas y fatiga.
>
> Tenemos ante nosotros una dura prueba, de las más dolorosas. Nos esperan muchos, muchísimos meses de combates y sufrimientos. Me preguntan: ¿Cuál es nuestra política? Y yo les digo: Combatir por mar, por tierra y por aire, con toda nuestra voluntad y con toda la fuerza que nos dé Dios; combatir contra una tiranía monstruosa, jamás superada en el catálogo oscuro y lamentable de crímenes humanos. Esa es nuestra política. Me preguntan: ¿Cuál es nuestro objetivo? Puedo responder con una sola palabra: La victoria, la victoria a toda costa, la victoria a pesar del terror; la victoria, por largo y difícil que sea el camino, porque sin la victoria no hay supervivencia. Fíjense bien: no sobreviviría el Imperio Británico; no sobreviviría todo lo que el Imperio Británico representa, no sobrevivirían los impulsos de los siglos, que hacen que la humanidad avance hacia su objetivo. Pero asumo mi misión con optimismo y esperanza. Estoy seguro de que nuestra causa no puede fallar entre los hombres. En este momento, siento que tengo derecho a reclamar la ayuda de todos y digo: Vengan pues, avancemos juntos, aunando nuestra fuerza.[1]

La fuerza del discurso, más de setenta años más tarde, sigue poniendo la piel de gallina. El inquebrantable arrojo de un hombre que es capaz de mover la voluntad de todo un pueblo.

Sus contemporáneos reconocieron el ímpetu y habilidad del primer ministro para unir a todos en el esfuerzo común frente a sus enemigos. Pero también su

discurso es un mensaje claro de que no aceptará un acuerdo ni la rendición, de que luchará hasta el final y hasta las últimas consecuencias.

Cuando Churchill salió de la sala había conseguido el respeto de la Cámara de los Comunes, muchos tenían sus dudas, pero al menos le darían una oportunidad.

Churchill consideraba que estaba preparado para su misión. En su libro sobre la Segunda Guerra Mundial nos relata:

> Cuando me acosté, hacia las tres de la mañana, era consciente de que experimentaba una profunda sensación de alivio. Al fin tenía autoridad para dar instrucciones en toda la escena. Me sentía como si hubiera andado con el destino y que toda mi vida pasada no había sido sino una preparación para esta hora y para esta prueba... Estaba seguro de que no fracasaría. Por lo tanto, aunque esperaba impaciente que llegara la mañana, dormí profundamente y no tuve necesidad de sueños alentadores.[2]

Después de su presentación en sociedad, Churchill tuvo que afrontar la cruda realidad. Los ejércitos alemanes vencían en todo el frente, mientras sus tropas y las francesas no hacían más que retroceder.

La euforia del primer momento fue moderándose. El día 27 de mayo Colville declaraba que el primer ministro estaba con semblante triste y preocupado. Churchill siempre remediaba sus momentos de depresión con la acción, era incapaz de quedarse parado. Dictaba notas, daba instrucciones y esperaba que se llevaran a cabo. Eso le estimulaba y le hacía sentirse fuerte.

Una de las cosas que no podía evitar eran sus cambios de humor. Un carácter tan fuerte, bajo tanta presión, era fácil que estallara. Su mujer, que conocía su tendencia a la ira le escribió:

> Amado mío:
>
> Espero que me perdones si te digo algo que creo deberías saber. Uno de los hombres de tu entorno (un amigo devoto) ha acudido a mí y me ha dicho que existe el peligro de que en general no gustes a tus colegas y subordinados, debido a tu áspera actitud sarcástica y autoritaria. Al parecer, tus secretarios particulares han acordado comportarse como escolares y aceptar lo que les cae y luego esperar en tu presencia encogiéndose de hombros. Muchas veces, si se sugiere una idea (por ejemplo, en una conferencia), se supone que eres tan desdeñoso que no aceptas ninguna otra, ni buena ni mala. Eso me asombró y preocupó, porque en todos estos años he estado acostumbrada a que todos los que han trabajado contigo y a tus órdenes te quisieran. Lo dije y él me dijo: sin duda es la tensión.
>
> Mi querido Winston, debo confesar que he observado un deterioro en tu actitud; no eres tan amable como solías ser...
>
> No soporto que los que sirven al país y a ti mismo no te amen o no te admiren y respeten. Además, no obtendrás los mejores resultados con la irascibilidad y la rudeza...[3]

El cambio de personalidad en Churchill debió de ser muy fuerte, para que su esposa se decidiera a escribirle. **La presión es uno de los problemas del liderazgo. La responsabilidad, por muy hábil que sea el líder, puede llegar a lastrar un buen liderazgo. Por ello es normal que muchos líderes pierdan la confianza de sus ayudantes, cuando estos comprueban que son meras herramientas en manos de sus jefes**.

No sabemos el impacto de la carta de Clementine, pero debió de causar efecto, ya que la mayoría de los que colaboraron directamente con Churchill durante la guerra acabaron apreciándole.

La batalla de Francia

Las noticias que llegaban del frente occidental no podían ser peores. El jefe del gobierno francés no ocultaba su inquietud en una conversación dirigida a Churchill y transcrita en una nota:

> El señor Reynaud al parecer se hallaba muy excitado. Dijo que el contraataque de anoche contra los alemanes, que habían irrumpido por el sur de Sedán, había fracasado y que la carretera de París estaba abierta y la batalla, perdida. Incluso habló de abandonar la lucha.[4]

¿Qué había sucedido para que uno de los ejércitos mejores del mundo estuviera retrocediendo sin apenas oponer resistencia?

Hitler una vez más había hecho trampas. Para evitar la parte más reforzada de defensa de la Línea Maginot, había invadido sin previo aviso a tres países neutrales: Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

No era descabellado que Hitler intentara invadir Francia por su flanco más débil y desprotegido, pero eso no era el único problema. El ejército británico y el francés tenían una actitud defensiva y pensaban, que al igual que en la Primera Guerra Mundial, las batallas serían tácticas y estáticas, pero Hitler se apoyaba en sus divisiones de tanques para avanzar rápidamente. El apoyo de la aviación alemana, muy superior a la aliada, terminaba de machacar a las debilitadas y aturdidas fuerzas francesas y británicas.

A pesar de la igualdad de fuerzas entre los alemanes y los aliados, las armas y la estrategia de los primeros eran claramente superiores. Churchill había advertido eso durante casi una década; por el lado francés, un desconocido general llamado De Gaulle también había avisado en su libro sobre la guerra moderna de la importancia de los carros de combate y la guerra relámpago.

Holanda y Bélgica resistieron poco, a pesar de estar mejor preparadas que en 1914.

La pregunta que todos se hacían era: ¿Podría el organizador de Galípoli, uno de los mayores desastres militares de la historia, hacer frente a los alemanes?

El historiador Gardiner valoraba de una manera ambivalente la posible actuación de Churchill al decir:

> «No perdamos de vista a Churchill» debería ser la contraseña hoy día. No nos olvidemos de que en primer lugar es un soldado, y lo será en último lugar y siempre. Escribirá su nombre en la posteridad con mayúsculas. Vigilemos que no lo haga con sangre.[5]

Muchos desconfiaban de Churchill, temían que su temeridad llevara al país hasta la destrucción, aunque la mayoría reconocía que él era el único que podía conseguir una victoria clara.

Churchill había gobernado la armada razonablemente bien durante el año anterior, su capacidad de liderazgo era clara y, al menos, a diferencia de su antecesor, creía firmemente en la victoria.

El historiador Hastings lo define muy bien con las siguientes palabras:

> Era un guerrero desde lo más profundo de su alma, un hombre que se sentía realizado en el campo de batalla. Era uno de los pocos primeros ministros que habían matado hombres con sus propias manos, en Omdurman en 1898. En aquellos momentos, aunque ya no fuera físicamente, empuñaba la espada de manera simbólica, en medio de un estado británico dominado por hombres de papel, por criaturas de comités y salas de

conferencias.[6]

Leo Amery, en marzo de 1940, tenía una opinión similar. Creía que Churchill era uno de los pocos hombres en Inglaterra con sentido de la guerra y amor por la batalla. Sus colaboradores no llegaban a tener ese espíritu combativo. Muchos de ellos eran veteranos de anteriores gobiernos y sabían gestionar un país, pero no poseían su espíritu de lucha.

Churchill tenía que transmitir esa clase de determinación al pueblo británico. Para ello utilizaría un arma que conocía bien, la palabra. En su locución de radio del 19 de mayo, pidió al pueblo que se sumara a la lucha con todas sus fuerzas:

> Les hablo por primera vez como primer ministro, en un momento solemne para la vida de nuestro país, de nuestro imperio, de nuestros aliados y, sobre todo, para la causa de la libertad. Se está librando en Francia y Flandes una batalla tremenda. Los alemanes, mediante una combinación notable de bombardeos aéreos y carros de combate con un pesado blindaje, han atravesado las defensas franceses al norte de la Línea Maginot y fuertes columnas de sus vehículos blindados están saqueando al país indefenso, que, durante el primero o los dos primeros días, no tenía defensores.[7]

En esta primera parte del discurso vemos dos cosas básicas. El primer ministro es totalmente sincero con el pueblo y le cuenta la verdad. A diferencia de la propaganda nazi, que fomentaba la mentira e intentaba manipular a la masa, Churchill creía que únicamente la verdad podía movilizar a los hombres.

La segunda cosa que se infiere del discurso es que Churchill tiene pleno conocimiento de la estrategia de su enemigo y lo valora en su justa medida. **La única forma de vencer o triunfar es comprendiendo la estrategia de la competencia y no quedarnos con nuestra anticuada forma de hacer las cosas**.

> No debemos dejarnos intimidar por la presencia de esos vehículos blindados en lugares inesperados, detrás de nuestras líneas. Si ellos están detrás de nuestro frente, los franceses también están detrás de sus líneas, combatiendo activamente en muchos puntos...[8]

Churchill no quiere que el pánico paralice las acciones que deben acometer y extrae del problema su parte positiva, para sacarle el máximo provecho.

> Sería absurdo, sin embargo, ocultar la gravedad del momento y más absurdo todavía desanimarse y acobardarse o suponer que unos ejércitos bien entrenados y equipados, formados por tres o cuatro millones de hombres, pueden ser derrotados en el lapso de unas pocas semanas, o incluso meses.[9]

En este párrafo Churchill llama a sus compatriotas al optimismo y les avisa que **el pánico es la peor opción**. Vemos que los cálculos de Churchill eran lógicos, aunque se demostraron erróneos, Francia no tardó meses en caer, la guerra moderna podía paralizar un país sin la necesidad de destruir todo su ejército.

> Hoy es el domingo de la Santísima Trinidad. Hace siglos, se escribieron unas palabras con la intención de servir de llamada y estímulo para los fieles siervos de la verdad y la justicia: Armaos, revestíos de valor y estad dispuestos para la batalla, porque es mejor perecer combatiendo que contemplar el ataque a nuestra nación y nuestras creencias. Hágase la voluntad de Dios que está en los cielos.[10]

Las palabras de Churchill pretenden motivar a un pueblo confundido. El primer ministro les quiere mostrar que la lucha es el único camino y que cualquier otra

opción es inaceptable. Solamente el valor y la lucha pueden llevar a la victoria final.

El optimismo del primer ministro chocaba de frente con la realidad de la batalla. El 15 de mayo, la aviación aliada estaba prácticamente inutilizada en Francia. Churchill debía temer que se perdiera el país, porque se negó a enviar más aviones, no quería desproteger Gran Bretaña ante un posible ataque alemán.

El 18 de mayo, el hijo de Winston narra cuál era el estado de ánimo de su padre:

> Subí a la alcoba de mi padre. Lo encontré de pie frente al lavabo, afeitándose con su anticuada maquinilla Valet...
>
> —Siéntate, hijo, y lee el periódico mientras termino de afeitarme.
>
> Hice lo que me dijo. Al cabo de dos o tres minutos, después de unas cuantas enérgicas pasadas de cuchilla, se volvió hacia mí.
>
> —Creo que ya veo cómo salir de esta —exclamó y continuó afeitándose.
>
> Quedé estupefacto.
>
> —¿Quieres decir que podemos evitar la derrota? —cosa que parecía posible—. ¿O quieres decir que vamos a darle una buena zurra a esos bastardos? —cosa que parece imposible.
>
> Echó su máquina de afeitar Valet en la pila del lavabo, la giró y dijo:
>
> —Por supuesto que quiero decir que podemos darles una buena zurra.
>
> —Bien, es lo que más me gustaría, pero no veo cómo puedes lograrlo.
>
> Ya se había enjuagado y se secaba la cara cuando, volviéndose, dijo con gran convencimiento:
>
> —Haré entrar a la fuerza a Estados Unidos.11

Churchill mandó un cable desesperado a Roosevelt pidiéndole que entrara en la guerra antes de que todo estuviese perdido. En la carta le advertía al presidente de Estados Unidos que, si los alemanes se hacían con la flota británica, eso supondría un grave peligro para Norteamérica.

La intervención norteamericana decidiría la guerra unos años más tarde, pero en ese momento Francia comenzaba a desmoronarse. Los informes eran cada vez más graves.

La primera decisión gubernamental fue parar las misiones en Noruega, los aliados no podían dispersar barcos y fuerzas que necesitaban desesperadamente en Francia. Los expertos no veían una solución clara y Churchill tomó la iniciativa y propuso que se hiciera una contraofensiva. El general Pownall se puso furioso, criticaba la actitud de Churchill de llevar personalmente la estrategia y no dejarla en manos de los técnicos, aunque lo cierto era que los expertos no habían acertado mucho hasta ese momento.

El 25 de mayo, Churchill pidió a Claude Nicholson que resistiera en Calais, las tropas se habían retirado de Boulogne y otras zonas, pero el estrecho era fundamental en caso de una eventual evacuación de las tropas aliadas.

Winston ordenó que se armara a seis divisiones nuevas, pero lo cierto es que escaseaba todo tipo de material. El alto mando desaprobaba la medida y el jefe del estado mayor presentó su dimisión.

El día 26 de mayo, Churchill informó al gabinete de guerra que se podía evacuar a la fuerza expedicionaria británica, en caso de ser necesario.

Aquel mismo día, Paul Reynaud llegó a Londres, el primer ministro estaba desesperado. Informó a Churchill de la devastadora situación y de que el

almirante Pétain estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con los alemanes. Pétain era un antiguo héroe de guerra y contaba con amplio apoyo popular. Reynaud quería seguir luchando hasta el fin y, en el caso de que Francia cayera, continuar la lucha en las colonias, pero la mayoría del gobierno francés no le apoyaba.

Las noticias de Francia inquietaron al gabinete y hubo varios miembros que sacaron el tema de firmar un armisticio con Alemania. Ya se había hablado con el embajador de Italia en Londres y había muchas posibilidades de llegar a una paz negociada. Winston se mantuvo firme en su decisión. No se fiaba de Hitler y una paz negociada hubiera supuesto la devolución de las antiguas colonias alemanas y otros territorios en el Mediterráneo, en conclusión, reforzar aun más el poderío alemán.

El movimiento que abogaba por una paz negociada era mucho más fuerte de lo que parecía a simple vista. Buena parte de la clase dirigente no quería la guerra, otra parte admiraba a Hitler.

Aquellos últimos días de mayo, las presiones para que Churchill firmara un acuerdo con Alemania fueron enormes, pero él se mantuvo firme en sus posiciones. Chamberlain, Attlee y Greenwood abogaron por continuar la guerra. Si las cosas mejoraban, Hitler sería menos exigente en sus peticiones.

El 27 de mayo, mientras las tropas embarcaban en Dunkerque, la Brigada de Fusileros seguía conteniendo a los alemanes en Calais. Si no lograban detener su empuje, la evacuación podía fracasar y miles de soldados y armamento caerían en manos alemanas. Sería un duro golpe para los británicos y supondría posiblemente su rendición.

El milagro de Dunkerque se debió más a la actitud reconciliadora de Hitler, que pensó que los aliados serían más comprensivos si dejaba escapar a sus soldados que si los masacraba sin piedad. De esa forma, Alemania perdió una ocasión de oro para machacar a sus enemigos y los aliados lograron reorganizarse.

La evacuación infundió grandes dosis de optimismo a Churchill. El 2 de junio, cuando todos los hombres estuvieron en casa, muchos respiraron aliviados.

UN NUEVO FRENTE

En la mente de Churchill estaba desviar el golpe que sin duda sufriría Gran Bretaña, en cuanto París cayera. Si lograban abrir un frente en el norte de África y luchar contra los italianos, Hitler tendría que enviar un gran número de fuerzas para socorrerlos. En el gabinete de guerra muchos pensaban que aquello era un error. Si Italia se mantenía fuera del conflicto, podría servir de mediadora más adelante. Naturalmente, Churchill ya había descartado una paz negociada de su agenda política.

Para muchos británicos, entre ellos algunos miembros del gabinete, lo que sucediera en el continente, no les importaba mucho y por ello estaban dispuestos a traicionar a Francia y mantenerse al margen; Churchill, por el contrario, tenía una visión más eurocéntrica y odiaba profundamente al régimen nazi.

El problema en el seno del gabinete se saldó con el envío de Halifax, uno de los más partidarios de una paz negociada, como embajador a Estados Unidos. Winston quería que la unidad del gabinete prevaleciera frente a las ideas particulares. En sus memorias sobre la Segunda Guerra Mundial dejó escrito:

> Las generaciones futuras puede que estimen digno de atención el que la cuestión suprema de si debíamos luchar solos nunca encontrará sitio en el orden del día del gabinete de guerra. Lo daban por sentado y de forma automática todos los hombres de todos los partidos del Estado, y estábamos demasiado ocupados para perder tiempo con estos asuntos tan irreales y académicos.[12]

El mundo contempló con horror la caída de Francia. Nadie había podido pronosticar que se rendiría tan pronto, pero Winston ya estaba pensado en mantener sus numerosas posesiones coloniales del bando de los aliados.

El 4 de junio, Churchill pronunció un largo discurso en el que exponía su política a partir de ese momento:

> Desde el momento en el que se quebraron las defensas francesas en Sedán y en el Mosa, al final de la segunda semana de mayo, sólo una rápida retirada a Amiens y el sur habría podido salvar al ejército británico y al francés, que habían entrado en Bélgica a petición del rey de ese país; pero ese hecho estratégico no resultó evidente de inmediato. El alto mando francés esperaba ser capaz de cerrar la brecha y los ejércitos del norte estaban a sus órdenes. Además, una retirada así habría supuesto, casi con seguridad, la destrucción del magnífico ejército belga...[13]

En su primera parte, el discurso explica la situación del frente en los días previos a la evacuación y por qué se tomaron las decisiones de frenar a los alemanes y de no replegarse. Tras continuar con la explicación, Churchill se dirigió directamente a los parlamentarios, para explicarles por qué seguir combatiendo solos:

> Yo mismo tengo plena confianza en que, si todos cumplen su obligación, si no se descuida nada y se hacen los mejores planes, como se están haciendo, una vez más demostraremos que somos capaces de defender esta isla que es nuestro hogar, de sobrellevar la tormenta de la guerra y de sobrevivir a la amenaza de la tiranía, si es necesario, durante años, si es necesario, nosotros solos... Combatiremos en Francia, combatiremos en los mares y los océanos, combatiremos cada vez con más confianza y fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio; combatiremos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles; combatiremos en las montañas; no nos rendiremos jamás; y, por más que esta isla, o buena parte de ella, quedara sojuzgada y famélica, algo que de momento no creo que ocurra, nuestro imperio de ultramar, armado y protegido por la flota británica, continuará la lucha hasta que, cuando Dios quiera, el Nuevo Mundo, con todo su poder y su fuerza, dé un paso al frente para rescatar y liberar al viejo.[14]

En la última parte del discurso, Churchill está preparando al pueblo y al Parlamento para una eventual ocupación de la isla. También defiende la guerra en solitario y la esperanza de que Estados Unidos al final entre en la guerra.

Estaba a punto de comenzar la famosa batalla de Inglaterra.

La batalla de Inglaterra

El resto del mes de junio, Churchill intentó que los franceses no dejaran su flota y sus colonias en manos alemanas, pero el gobierno del mariscal Pétain no estaba dispuesto a arriesgarse.

La respuesta de Estados Unidos fue ambivalente. Por un lado, Roosevelt dio su palabra de que no metería al país en una nueva guerra, aunque por otro prometió toda la ayuda material posible a los británicos. Churchill creía que si los alemanes invadían Gran Bretaña, los norteamericanos entrarían en la guerra, aunque tal vez

en ese momento sería demasiado tarde.

Churchill viajó a Francia en varias ocasiones durante aquel mes de junio, la última el 13, dos días antes de que los alemanes entraran en París. El primer ministro británico les instó a que continuaran la lucha, pero los líderes franceses se habían rendido a las circunstancias. La única manera para que resistieran era que Estados Unidos entrara en la guerra. Churchill animó al gobierno francés a que hiciera una nueva petición a Roosevelt, pero todo fue inútil.

El día 18 de junio, Churchill pronunció un discurso a favor de continuar la guerra, a pesar de que sus aliados habían firmado una paz por separado:

> La batalla de Francia ha terminado. Espero que la de Inglaterra esté a punto de comenzar. De esta dependerá la supervivencia de la civilización cristiana. De ella depende nuestra propia vida británica y la larga continuidad de nuestras instituciones y nuestro imperio. Muy pronto se abatirá sobre nosotros toda la furia y el poder del enemigo. Hitler sabe que tendrá que destruirnos en esta isla o perder la guerra. Si podemos oponerle resistencia, toda Europa quizá sea libre, y la vida del mundo avanzará hacia tierras altas extensas e iluminadas por el sol; pero si fracasamos, el mundo entero, incluido Estados Unidos y todo lo que hemos conocido y cuidado, se hundirá en el abismo de una nueva edad oscura más siniestra, y quizá más prolongada, debido a las luces de una ciencia pervertida. Por lo tanto, aferrémonos a nuestro deber y resistamos para que, si la Commonwealth y el Imperio Británico duran mil años, los hombres digan: «Este es su mejor momento».15

El día 20 de junio se celebró una sesión secreta en la Cámara de los Comunes. En ella se decidió hundir la mayor parte de la flota francesa para que no cayera en manos alemanas.

En julio, aquel apacible y caluroso verano de 1940, la tensa calma antes de la guerra total sobre la isla, estaba desquiciando los nervios de Churchill, que una vez más reaccionaba airadamente con toda la gente que estaba a su alrededor. Churchill tenía razones para sentirse tenso, en su libro sobre la Segunda Guerra Mundial dice:

> Por primera vez en ciento veinticinco años teníamos un enemigo poderoso instalado al otro lado del estrecho Canal de la Mancha. Había que organizar y desplegar nuestro ejército regular, reformado, y los más numerosos pero peor entrenados ejércitos territoriales, a fin de crear un complejo sistema de defensa y estar preparados, por si venía el invasor, para destruir, porque no había manera de escapar. Para los bandos era cuestión de matar o curar.16

Algunos medios de comunicación estadounidenses empezaban a escuchar el grito desesperado de sus hermanos británicos. El New York Times criticaba a los aislacionistas como el coronel Charles Lindbergh, que se sentían más próximos a Alemania que a las democracias libres, pero Roosevelt continuaba dudando. Tenía en mente la actuación del presidente Wilson en la Primera Guerra Mundial y cuál había sido la postura del Congreso y el Senado, no quería quedarse solo en la cámara y, por actuar demasiado pronto, imposibilitar una acción militar más adelante.

Winston mantuvo el contacto con Roosevelt y le presionó todo lo que pudo. Se mandaron las firmas de tres millones de norteamericanos a la Casa Blanca, pidiendo la intervención. Al final, Winston comprendió que el presidente estadounidense estaba esperando, para observar cómo se desarrollaban los acontecimientos, por eso era tan primordial resistir el envite de los alemanes. Si lo

aguantaban, los norteamericanos terminarían por apoyarlos.

En ese momento, el primer ministro se centró en la creación de un segundo frente. Por un lado, como ya hemos dicho antes, dividiría las fuerzas alemanas y distraería su ataque pero, por otro, ayudaría a levantar la moral británica.

Durante dieciocho meses, los británicos pensaron que Alemania podía invadirles. Esa presión llevó a la isla a acostumbrarse, la mayoría intentaba vivir de la manera más normal posible, aunque los bombardeos rompieran cada noche la paz de las grandes ciudades, en especial Londres.

El 19 de julio, la Luftwaffe lanzó su primer ataque sobre Gran Bretaña. El alto mando pensaba que, previo al intento de invasión, los alemanes barrerían el país con sus bombas. Los únicos que podían impedirlo eran los chicos de la RAF.

Al tiempo que la batalla comenzaba a librarse en el cielo, Churchill emprendió la tarea de educar a la población para la guerra. Quería convertir a cada británico en un resistente. Churchill esperaba con impaciencia la invasión, creía que era la única salida que tenía Hitler. En su diario anotó el 14 de julio:

> Hitler no tiene más remedio que llevar a cabo la invasión o se hundirá. Si no nos invade, se verá obligado a ir hacia el este, y se hundirá.[17]

Ni el propio primer ministro sabía qué cerca estaba de la verdad. Mientras tanto, Churchill aumentó todo lo que pudo la producción de aviones, eran su arma más efectiva para impedir una invasión.

El 14 de julio, día en el que se celebraba la Toma de la Bastilla, Churchill se dirigió al pueblo para promulgar que estaban esperando a sus enemigos.

Antes del bombardeo del día 19 de julio, Hitler habló a sus adeptos en el dócil Reichstag, creado a su imagen y semejanza, amenazando a los británicos que si no elegían la paz, deberían enfrentarse a un sufrimiento y una ruina infinitos.

Churchill le respondió sin amedrentarse: «No pretendo decir nada en contestación al discurso de Herr Hitler, pues no me hablo con él». El humor era una forma tan buena como cualquier otra de combatir el miedo.

La guerra en el cielo fue terrible durante todo el mes de julio y agosto. Desde tierra, los ingleses observaban cómo los aviones se batían hasta que uno caía en tierra rodeado de humo y llamas. Los bombardeos lanzaron su mortífera carga sobre una población civil inocente. Miles murieron y otros se quedaron sin hogar, trabajo y esperanzas. Tras las bombas, una densa nube de polvo lo cubría todo, como si las ciudades se avergonzaran del terrible escenario en el que se convertían sus calles, sus iglesias y colegios. Los aviones británicos comenzaron a caer y las fábricas no daban abasto a sustituirlos, mientras que los alemanes venían por decenas.

El mes de agosto fue el más preocupante de todos, el país esperaba ver en el horizonte los barcos que traerían a sus verdugos. El 24 de agosto llegaron las primeras bombas a los aledaños de Londres, la protección del cielo británico era cada vez más difícil.

La soledad del primer ministro era cada vez mayor. Tenía muchos colaboradores y el país entero había puesto sus esperanzas en él, pero el peso de la responsabilidad le aislaba, siempre inmerso en sus pensamientos.

El 7 de septiembre, doscientos aviones alemanes sobrevolaron Londres. Las bombas destruyeron numerosos edificios y la ciudad ardía por los cuatro costados.

Los bombardeos continuaron todos los días, a veces varias veces al día.

El 11 de septiembre, Churchill proclamó el fracaso de los alemanes, si ese era todo el daño que podían causarles, él estaba cada vez más convencido de la victoria.

Durante el mes de octubre, las cosas comenzaron a calmarse, parecía que lo peor había pasado.

¿Qué había sucedido? ¿Qué había salido mal? ¿Por qué los alemanes no invadieron Inglaterra?

Los alemanes fracasaron por la férrea resistencia de los británicos, el valor de sus aviadores y el sistema de radares que tenían. La superioridad alemana fue debilitándose a mediados de septiembre, los británicos aprendieron las tácticas alemanas y lograron detenerlos en la mayoría de sus operaciones.

Los bombardeos continuaron durante meses y ocasionaron mucho dolor y sufrimiento, pero poco a poco la presión fue menguando. El mundo contempló con asombro que los británicos habían vencido en una de las batallas aéreas más crueles de la historia.

La guerra se va a África

La muerte de Neville Chamberlain, el 11 de noviembre de 1940, produjo una verdadera conmoción en el país. Aunque Churchill siempre había pensado de él que era un hombre estrecho de miras, algo ignorante y carente de generosidad, mostró su máximo respeto por él y lo expresó en aquellos días de duelo nacional.

Al día siguiente pronunció unas bellas palabras en memoria de Chamberlain en la Cámara de los Comunes:

> A los humanos no les es dado —por fortuna para ellos, de lo contrario, la vida resultaría insoportable— prever ni predecir en gran medida el curso de los acontecimientos. En un momento dado los hombres parecen haber tenido razón, en otro haberse equivocado... La historia, a la luz de un tembloroso farol, camina dando tumbos por la senda del pasado, intentando reconstruir sus escenas, revivir sus ecos y suscitar con pálidos destellos la pasión de otros tiempos. ¿Cuál es el valor de todo eso? La única guía del hombre es su conciencia; el único escudo frente a sus recuerdos es la rectitud y la sinceridad de sus acciones. Es muy imprudente caminar por la vida sin ese escudo, pues a menudo nos engañan las frustraciones de nuestras esperanzas y el fracaso de nuestros cálculos.[18]

El otoño de 1940 terminaba con un saldo positivo para el primer ministro. Había logrado contener los ataques alemanes y se había comportado con una extrema prudencia en todo momento. El pueblo le seguía con entusiasmo, era el político más valorado y querido. Únicamente Bevin y Eden eran tan apreciados por la nación.

En el invierno del 1940, comenzó a sospecharse que los alemanes no iban a invadir el Reino Unido, al menos por el momento. Entonces, ¿cuáles eran sus planes?

Mientras los alemanes se decidían, Churchill puso en marcha su viejo plan de crear un segundo frente, preferiblemente en África o Próximo Oriente. Si atacaban primero, Inglaterra mostraría una agresividad de la que había carecido hasta ese momento.

Clementine, la esposa de Churchill, no entendía por qué la política bélica hasta

entonces había sido tan comedida y un día preguntó a su marido:

> Winston, ¿por qué no desembarcamos un millón de hombres en la Europa continental? Estoy segura de que Francia se levantaría y nos ayudaría.[19]

Winston también creía que había que pasar a la acción, pero todavía era muy pronto para una operación de ese calibre. Si al menos pudieran dividir las fuerzas alemanas, tendrían más posibilidades de resistir y esperar que los norteamericanos entraran en la guerra.

África era el objetivo más sencillo a principios de 1940. Italia parecía un blanco fácil y una buena opción para levantar la moral a un ejército decaído y con poca fe en sí mismo. Los italianos no parecían tan aguerridos como los alemanes, además Hitler terminaría por enviarles ayuda y bajaría su presión en Europa.

Churchill no tuvo que esperar mucho, en septiembre de 1940, un ejército italiano entró desde Libia a Egipto. Además, los italianos también se adentraron en las colonias de Kenia y Sudán. En octubre, los italianos, envalentonados por las victorias de sus aliados alemanes, invadieron Grecia, pero fueron derrotados.

Churchill quería responder inmediatamente a la osadía italiana, pero el general Wavell, responsable de África, le daba largas. Aquella actitud no le gustaba al primer ministro. Grecia necesitaba ayuda urgente y los británicos no podían permitirse dejar de nuevo a un aliado a su suerte.

El 5 de noviembre reunió a la Cámara de los Comunes para explicarles sus planes en el Mediterráneo. En aquella ocasión utilizó una frase que se hizo célebre: «Qué bien se vive cuando no se flaquea». La frase era de un soldado, que con esas palabras quería definir lo que era para él ser británico.

Churchill logró mandar refuerzos a la isla de Creta. Poco después, las operaciones en el norte de África estaban a punto de comenzar.

El primer ministro estaba eufórico, por fin sus hombres entraban en acción. Aquellos días dijo a uno de sus colaboradores: «Por fin vamos a quitarnos de encima los intolerables grilletes de la posición defensiva. Las guerras las gana el que tiene mayor fuerza de voluntad. Ahora le quitaremos al enemigo la iniciativa y le impondremos nuestra voluntad».[20]

A pesar de su alegría, Churchill no terminaba de confiar en el general Wavell, creía que era poco ambicioso e incapaz de poner toda la carne en el asador.

El 9 de diciembre, el ejército británico se enfrentó al italiano. La victoria fue rotunda y miles de italianos fueron hechos prisioneros. El ejército británico llegó hasta Tobruck y aplastó a sus enemigos. Por fin había llegado la primera victoria.

En Gran Bretaña se recibió con entusiasmo el triunfo, el país necesitaba recuperar la fe en sí mismo. El 11 de febrero de 1941, los británicos también vencieron en sus colonias de Kenia y parecía que las cosas en África no podían ir mejor.

¿Podrían actuar de la misma forma los británicos cuando los alemanes entraran en escena?

El 22 de febrero, Churchill lanzó un discurso bastante optimista a la población. Por fin muchos comenzaban a pensar que la victoria era posible.

Aunque Hitler había dicho en el otoño de 1940 que no gastaría ni un hombre en África, que su objetivo era el este, el desastre de sus aliados le llevó a cambiar de opinión. Seguramente temía que los fracasos militares debilitaran la figura de

Mussolini y los italianos intentaran firmar una paz por separado, lo que supondría un verdadero desbarajuste a nivel estratégico.

En Grecia, las cosas comenzaban a ir mal. Las cuatro divisiones británicas no podían hacer frente al ejército italiano y alemán. Además, al enviar hombres, Churchill descuidaba sus dominios de Oriente Próximo.

En marzo, Eden y Dill volaron a Grecia para ver de primera mano la desesperada situación de los griegos. Su misión era aumentar la ayuda a los griegos e intentar que los turcos entraran en la guerra a favor de los aliados.

El 28 de febrero, Bulgaria se unió al eje y Yugoslavia se vio presionada ante el cerco alemán. Churchill mandó a Grecia un pequeño número de aviones, insuficientes para enfrentarse a los alemanes.

El 6 y 7 de abril, los alemanes aplastaron a los yugoslavos y penetraron en Grecia por Macedonia. Al mismo tiempo, el Afrika Korps, la fuerza alemana enviada a África, atacaba en Libia y los británicos tenían que retirarse a sus posicionen de Egipto.

El desastre del mes de abril sacó a Churchill de sus casillas y, debido al estrés, comenzó a proponer tácticas disparatadas, fruto de la desesperación. A pesar de la frustración y de la irritación que causaba en sus subordinados, el primer ministro tuvo la clarividencia de mandar refuerzos a Egipto, en especial los tanques Tiger.

El jefe del estado mayor parecía de nuevo desanimado. Dill creía que había que evacuar todas las fuerzas de Oriente Próximo, pero Churchill pensaba que eso les daría una imagen de debilidad y retrasaría la entrada de los estadounidenses en la guerra.

El suicidio del primer ministro griego, Aléxandros Koryzís, el 18 de abril, hundió la moral del país. Los británicos sabían que tenían que salir de allí lo antes posible, antes de que invadieran Grecia y perdieran parte de sus fuerzas.

El 27 de abril, los alemanes tomaron Atenas. Unos días más tarde, su objetivo era Creta. El 20 de mayo, los paracaidistas alemanes cayeron por sorpresa sobre los británicos y se hicieron con la isla. Los aliados habían perdido una importante base en el Mediterráneo. Cuando Churchill tuvo que explicar el desastre de Grecia ante la Cámara de los Comunes simplemente dijo:

> Gran cantidad de los cañones que habrían resultado muy útiles si hubieran sido empleados en Creta han sido o están siendo montados en barcos mercantes para repeler los ataques de los aviones Focke Wulf y Heinkel, cuya devastación se ha reducido de ese modo notablemente. 21

Después intentó no eludir el tema y dijo:

> La derrota es amarga. Es inútil intentar explicar la derrota. A la gente no le gusta, ni les gustan las explicaciones que se dan de ella, por elaboradas y plausibles que sean.22

Los problemas se extendieron a Oriente Medio y a los territorios africanos de la Francia de Vichy.

Churchill estaba muy disgustado con los mandos militares. Les acusaba de poca imaginación, falta de iniciativa e incapacidad para dirigir una guerra moderna. No le faltaba razón. En parte, el ejército británico estaba anclado en las formas de la Primera Guerra Mundial y no lograba efectuar operaciones rápidas que pillaran por sorpresa a los alemanes. Pero Churchill sabía que ese era el material humano con el que tenía que trabajar y se esforzó por animar y estimular a sus generales.

Rusia entra en la guerra

Alemania atacó a Rusia el 22 de junio de 1941. Era una buena noticia para Churchill. Ahora al menos tendría un aliado, aunque fuera indirecto. El primer ministro sabía que no podía fiarse mucho de los soviéticos. A principios de la guerra se habían puesto del lado de los alemanes para repartirse Polonia y también había combatido contra ellos por Finlandia. Churchill siempre había sido anticomunista y uno de los políticos que en los años veinte había apoyado una guerra contra los comunistas, para que los conservadores recuperaran el poder en Rusia.

¿Cómo actuaría ahora Churchill frente a uno de sus enemigos políticos?

A pesar de seguir siendo un ferviente anticomunista, el primer ministro comprendía que el enemigo más peligroso en aquel momento era el nazismo. Por tanto, envió su máximo apoyo a los rusos y les facilitó toda la ayuda militar que necesitaran.

Tras la entrada de la Unión Soviética en la guerra, volvió a surgir la idea de crear un segundo frente en Europa, sobre todo en Francia. Los alemanes tendrían que dividir aun más sus filas, pero Churchill se sentía incapaz de una operación de aquella envergadura sin el apoyo de los norteamericanos.

El verano de 1941 fue una verdadera carnicería en el frente ruso. A las numerosas bajas militares había que añadir los escuadrones de la muerte nazi, que destruían aldeas y asesinaban sin piedad a miles de personas.

En ese punto de la guerra, Churchill no podía esperar más y decidió acudir a una cita personal con Roosevelt. Se reunieron en agosto, en alta mar, cerca de Terranova. Era peligroso que el primer ministro se adentrara por aguas infectadas de submarinos alemanes pero, por otro lado, el primer ministro estaba seguro de que podía cambiar la actitud del presidente norteamericano.

La primera impresión entre los dos mandatarios pareció favorable. Llevaban años escribiéndose por carta, pero apenas se conocían de vista. En 1918 habían coincidido en un gran banquete, pero únicamente habían cruzado unas palabras. Hopkins, uno de los mediadores en las negociaciones entre los dos países, los definiría como una pareja de grandes estrellas, las que siempre necesitaban su propia órbita, por lo que mantuvieron una relación fluida, cordial, pero distante.

Mientras los equipos de los dos políticos se afanaban por llegar a acuerdos, ellos intentaban conocerse un poco más y entablar una relación que era muy importante para que las cosas funcionaran.

Al final llegaron a un acuerdo que se denominó el comunicado de Placentia Bay, aunque se daba la paradoja de que Estados Unidos hablara en ese acuerdo sobre los objetivos de una guerra en la que todavía no estaba inmerso.

Unos días más tarde, Churchill regresaba a casa con la promesa de que en breve Estados Unidos podría entrar en guerra, pero sin una posición firme. Aún pasarían casi 112 días antes de que Estados Unidos entrara en el conflicto.

Una primera mitad de un año difícil

El 7 de diciembre de 1941, el ejército japonés realizó un ataque por sorpresa contra Pearl Harbor, en las islas Hawái. Al mismo tiempo atacó otras posesiones británicas en Asia y entró bruscamente en la Segunda Guerra Mundial. El ataque a

las fuerzas norteamericanas empujaba a Estados Unidos a la guerra.

¿Hubiera entrado Roosevelt en la guerra de no ser atacado por Japón? Nunca lo sabremos, pero el ataque supuso primero una complicación, que obligó a reordenar todo el escenario bélico y después la salvación para la castigada Gran Bretaña y el resto del Imperio Británico. Después, el empujón definitivo que la causa aliada necesitaba.

Churchill pasó las navidades de 1941 en la Casa Blanca. El día 18 de diciembre había llegado a Estados Unidos, para intentar acelerar el proceso que comenzara en el verano. Las relaciones entre los dos políticos llegaron a estrecharse aun más. Churchill conoció a la esposa de Roosevelt, Eleanor, que le causó una grata impresión.

La celebración de la Navidad fue muy emotiva para Churchill, escogió los himnos para el servicio: «¡Adelante, los soldados de Cristo!», «¡Oh Dios, nuestro socorro en tiempo pasados!» y «Padre eterno, fuerte salvador».

Prácticamente todos los asistentes se conmovieron, aquellas canciones les infundían aliento en tiempos difíciles, aún tendrían que sufrir mucho más antes de celebrar una Navidad en paz.

Churchill nos narra así sus impresiones de aquel día:

> Celebramos la Navidad con sencillez. Se montó el tradicional árbol en el jardín de la Casa Blanca y el presidente y yo pronunciamos breves discursos desde el balcón para las grandes multitudes congregadas en la penumbra. Fuimos juntos a la iglesia el día de Navidad; el sencillo servicio me llenó de paz y disfruté cantando las canciones tradicionales y una, «¡Oh pueblito de Belén!», que no había oído nunca. Sin duda muchas cosas fortalecen la fe de todos los que creen en el gobierno moral del universo.[23]

Sin duda, Churchill encontraba en esta época la misma paz que había encontrado en el cristianismo cuando era joven y que tenía al enfrentarse al campo de batalla.

Unos días más tarde, Churchill se presentó ante el Congreso de los Estados Unidos. El primer ministro se sentía algo nervioso, era la primera vez que daba un discurso ante un parlamento extranjero. Él procedía por línea materna de un teniente que había servido a las órdenes de George Washington, pero su relación con Estados Unidos hasta ese momento había sido meramente profesional.

Tras recibir una calurosa acogida, Churchill se relajó, aquellos hombres estaban esperando sus consejos en una hora tan amarga para su nación. El propio Winston nos describe el encuentro:

> Lo que dije fue recibido con la máxima amabilidad y atención. Obtuve risas y aplausos justo donde los esperaba. La respuesta más ruidosa tuvo lugar cuando, hablando de las atrocidades cometidas por los japoneses, pregunté: «¿Qué tipo de personas creen que somos?» La sensación del poderío y la fuerza de voluntad de la nación estadounidense me llegaban a raudales de la augusta asamblea. ¿Quién podría dudar de que todo saliera bien? Después, los líderes salieron conmigo hasta donde estaban las muchedumbres para que pudiera darles un saludo más íntimo, y a continuación los hombres del servicio secreto y sus coches me rodearon y me llevaron otra vez a la Casa Blanca, donde el presidente, que me había escuchado, me dijo que había estado muy bien.[24]

El día 30 de diciembre, Churchill habló al Parlamento de Canadá. El primer ministro buscaba un apoyo más decidido del país, que aún mantenía relaciones con la Francia de Vichy. Después de regresar brevemente a Estados Unidos,

llegaron a un acuerdo en la Conferencia de Arcadia a nivel de colaboración y producción de armamento. La producción de aviones tenía que incrementarse a 60,000 en aquel año y a 125,000 en 1943. Los cañones antiaéreos pasar de 20,000 ese año a 35,000 el año siguiente; los tanques de 25,000 a 75,000 y, lo más importante, la creación de nuevos barcos de transporte, para poder llevar todo ese material a Europa.

El 14 de enero, Churchill estaba de regreso en casa. Muchos criticaban su larga estancia en Estados Unidos, mientras el país estaba sumido en una terrible guerra, pero en aquellos días había conseguido más que durante los otros casi tres años de guerra. El viaje de regreso fue más corto, porque utilizó un hidroavión que él mismo pilotó desde las Bermudas a Inglaterra. No tardó mucho en ponerse al día y observar que, aunque la expectación de ayuda norteamericana era asombrosa, la realidad del momento se había complicado notablemente.

Los problemas eran de diferente índole, desde la pérdida de sus acorazados más importantes hasta el avance de los japoneses, que apenas encontraban resistencia en las colonias británicas. El frente del norte de África tampoco marchaba muy bien y los rusos seguían retrocediendo.

A los problemas del avance de la guerra se añadía el que los aliados habían perdido la descodificación de los mensajes alemanes, que habían añadido más complejidad a su máquina de codificación. Otro problema que obsesionaba a Churchill era el poco espíritu combativo de los soldados británicos. Creía que sus hombres no lo daban todo en la batalla y eran propensos a retroceder o entregarse a los alemanes.

En Europa, la mayoría de las batallas se habían perdido, pero en Asia comenzaban a caer plazas como Singapur.

En primavera, los enviados especiales de Estados Unidos comenzaban a llegar a Inglaterra. Hasta ese momento se habían centrado en el Pacífico, donde no les había ido muy bien con los japoneses. Harry Hopkins y el general Marshall se reunieron con Churchill en Downing Street. Se llegó a un acuerdo estratégico, pero Winston estaba deseando ver soldados estadounidenses combatiendo en Europa y pasar a la acción.

Roosevelt pensaba que su primer objetivo era ayudar a los rusos, que no dejaban de retroceder, para que mantuvieran el frente oriental. Los soviéticos pedían un nuevo frente en Europa y los británicos eran partidarios de la propuesta, pero los norteamericanos pensaban que logísticamente era imposible, por lo menos en el verano de 1942.

La ayuda norteamericana se concretaba hacia los alemanes, pero los británicos también querían que los apoyaran en la India y otras colonias, que corrían el peligro de ser invadidas por los japoneses, pero eran demasiados frentes a la vez para satisfacer todas las demandas británicas.

En mayo, llegó el representante ruso, Molotov. Los soviéticos tenían la intención de firmar un acuerdo de colaboración que respetara las fronteras rusas anteriores a la guerra, lo que significaba el reconocimiento de la invasión de los países bálticos y una parte de Polonia. Otra de las exigencias de Molotov era la creación de un segundo frente. Churchill no concretó el acuerdo y el ministro ruso tuvo que regresar con las manos vacías. Los soviéticos necesitaban a los aliados y no iban a rechazar su ayuda, aunque estos no les aseguraran unos mínimos. A pesar de todo, Churchill, como hábil negociante, consiguió que el ministro ruso se

sintiera cómodo y se marchara con la esperanza de que sus reivindicaciones serían atendidas.

Las palabras de Churchill acerca del frente ruso y de qué harían en el caso de que los soviéticos perdieran contra los alemanes quedaron reflejadas en su libro sobre la Segunda Guerra Mundial:

> Hitler con toda probabilidad haría avanzar tantos efectivos terrestres y aéreos como fuera posible de nuevo hacia el oeste con el objetivo de invadir Gran Bretaña [...] Por lo tanto, nuestro futuro dependía de la resistencia del ejército soviético. No obstante, si contrariamente a las expectativas, eran derrotados y llegaba lo peor, deberíamos seguir luchando y, con la ayuda de Estados Unidos, esperar lograr una abrumadora superioridad área lo que, en el curso de los siguientes dieciocho meses o dos años, nos permitiría descargar todo el peso de nuestra fuerza aérea sobre las ciudades e industrias alemanas. Además, deberíamos mantener el bloqueo y efectuar desembarcos en el continente contra una oposición cada vez más debilitada. Al final prevalecería el poder de Gran Bretaña y Estados Unidos.[25]

Es sorprendente la visión de conjunto de Churchill. Su destreza para analizar los problemas y pensar soluciones alternativas nos habla de su capacidad de liderazgo**. Un buen líder tiene varios planes alternos, no puede jugar todo a una carta**. **De otra manera, en cuanto el primer obstáculo cambia los planes, el líder pierde la perspectiva y se ve abrumado por las circunstancias**. Las cosas sucedieron exactamente como Churchill las describió dos años antes, la superioridad aérea y los bombardeos sobre Alemania fueron la clave para frenar su producción de armamento y desmoralizar a la población.

Aunque los augurios de Churchill se encontraron de nuevo con la dura realidad de la guerra. Rommel lanzó un ataque el 26 y 27 de mayo en el desierto. Libia estaba en peligro, los británicos perdieron muchos hombres, pero lograron resistir. Mientras el frente de África comenzaba a desmoronarse, Churchill regresó a Estados Unidos en junio, para firmar el acuerdo definitivo. Viajó en avión, todo marchó bien hasta Estados Unidos, pero en el desplazamiento de la embajada hasta el lugar en el que les esperaba Roosevelt, Winston tuvo un percance con el avión que casi le cuesta la vida. Su costumbre de pilotar aviones era demasiado arriesgada, pero el primer ministro siempre había vivido al límite.

Los acuerdos con Washington tenían la función de agilizar la alianza estratégica y fomentar el intercambio de información vital para el desarrollo de la guerra.

Uno de los temas a tratar fue la posibilidad real de desembarcar en Europa y crear un segundo frente. Aunque el plan estaba por madurar y ambos mandatarios tardarían todavía muchos meses en ponerlo en marcha, se comenzó a dar pasos firmes para crear un frente en Francia.

Mientras Churchill estaba en Washington, la caída de Tobruck le dejó desorientado. Aquel año estaba siendo especialmente malo y apenas tenía noticias positivas que animaran al pueblo. La derrota africana cayó como un jarro de agua fría en Estados Unidos y el prestigio de Gran Bretaña se vio seriamente dañado. Las cosas no mejoraron tras el regreso de Churchill a Inglaterra, Rommel seguía avanzando imparable y en julio estaba a unos pocos kilómetros de Alejandría. Ahora peligraba Egipto.

En el Parlamento, las filas de la oposición se impacientaban y Tom Driberg había propuesto una moción de censura, para provocar el cambio de gobierno. Churchill no se amilanó y presentó batalla a sus críticos. Los debates fueron los

días 1 y 2 de julio. En la primera jornada, el primer ministro se limitó a esperar, sabía que en aquel momento era mejor que se defendiera y no que entrara directamente al ataque. Tras varios discursos muy negativos hacia su gestión, Churchill tomó la palabra para advertir que una moción de censura en ese momento sería un espaldarazo a sus enemigos, que querían dividirlos y derrotarlos. La unidad era la única manera de alcanzar la victoria. Una abrumadora mayoría terminó por apoyarle de nuevo. El primer ministro decidió pasar a la acción, después del respaldo del Parlamento, Churchill viajó a Egipto y Rusia. En Egipto intentó cambiar el ánimo de sus generales y supervisar el desastroso ejército de África. La mañana del 4 de agosto aterrizó en El Cairo, el 10 de agosto se dirigió primero a Teherán y después a Moscú.

Entre esos cambios estaba remodelar el octavo ejército. El candidato era Gott, pero su muerte, mientras regresaba a El Cairo, propició la elección de Montgomery, uno de los mejores mariscales de todos los tiempos.

En Moscú tuvo cuatro encuentros con Stalin. Era la primera vez que se veían las caras. Después de dos reuniones formales, Stalin invitó a la delegación a cenar con él. La cena, con más de cien comensales, fue tal vez la reunión más importante. El dictador soviético estaba interesado en medir el valor y la capacidad de Churchill. Tras la cena, el ruso acompañó al primer ministro hasta sus habitaciones, en un gesto de cercanía, muy poco común en el dictador.

La cuarta y última reunión fue el sábado 15 de agosto. En ese caso, ambos mandatarios estuvieron solos. Después Stalin le invitó al Kremlin, para que tomaran unas copas. El encuentro fue algo frío, pero al menos se pudieron conocer y empezaron a confiar el uno en el otro. Tras un largo viaje de regreso, volviendo a pasar por Egipto, Churchill llegó agotado a casa.

El punto de inflexión

La guerra estaba a punto de dar un giro. En noviembre de 1942, después de una actitud defensiva y a veces cicatera, los aliados comenzaron a llevar la iniciativa y propinar las primeras derrotas a los alemanes.

Los alemanes habían conseguido avanzar casi sin resistencia por las estepas rusas hasta septiembre, pero después los rusos comenzaron también a llevar la iniciativa.

La Operación Torch, en la que Estados Unidos iba a reforzar a los británicos, fue puesta en entredicho por el alto mando estadounidense, aunque finalmente se optó por seguir con los preparativos. Mientras Churchill esperaba que la Operación Torch comenzara, le comentó a Eden que, si las cosas salían mal en África, abandonaría su cargo a favor de él.

El 23 de octubre comenzaron los fuertes combates en El Alamein, tras ocho días de combate, los británicos se impusieron y derrotaron a los alemanes.

El avance alemán en Rusia logró frenarse el 23 de noviembre, dos meses más tarde serían arrasados por el ejército soviético.

La táctica de Churchill durante 1943 fue acercar las posturas con sus dos aliados. Para ello realizó varios viajes para visitar a Roosevelt y Stalin. Como buen líder, comprendía la importancia de las relaciones personales en cualquier negocio, incluida la guerra.

Cuando la guerra comenzó a ir bien, Churchill dejó más espacio a sus generales, declinó el control férreo de los primeros años y confió en las decisiones del alto mando. Ese cambio demostró la capacidad del primer ministro para delegar, cuando veía que el peligro ya no era tan inminente. Una de las cualidades de los buenos líderes.

La primera gran reunión con sus aliados fue en Casablanca. La fecha elegida, de los días 15 al 24 de enero. En ella se ahondó en la idea de una guerra sin cuartel y con la única opción de la rendición incondicional. El planteamiento intransigente de los aliados dificultó que algunos sectores críticos de las diferentes dictaduras totalitarias, lograran el apoyo de sus pueblos. Muchos interpretaron la paz sin condiciones, como una guerra total, en la que la única forma de salir era la destrucción del enemigo.

La segunda cosa que propició la reunión fue el acercamiento entre los generales franceses. Roosevelt y Churchill lograron la reconciliación entre De Gaulle y Giraud.

Tras la conferencia, Churchill se dirigió a El Cairo, después a Turquía para entrevistarse con su presidente, finalmente regresó vía Chipre y El Cairo. Al llegar a Londres cayó enfermo de neumonía. Sin duda, su cuerpo estaba agotado, y además se acercaba peligrosamente a los setenta años de edad.

La enfermedad le mantuvo relativamente alejado del trabajo hasta primeros de marzo, pero en cuanto estuvo recuperado supervisó la guerra en África, que tras el avance británico hacia Túnez, estaba a punto de devolver a los alemanes al mar.

El 4 de mayo partió para Estados Unidos, en un barco en el que había cinco mil prisioneros de guerra alemanes, para que los encerraran en Estados Unidos. Tras su llegada el 11 de mayo, Churchill pasó quince días en el país.

En la conferencia de Trident se apoyó de nuevo al general De Gaulle, a pesar de las dudas de Roosevelt, se dio un empujón al plan atómico y se comenzaron a concretar los planes de la invasión de Europa.

Las victorias de Stalin tenían impresionados a los norteamericanos y muchos creían que Churchill debía mantenerse a un lado mientras las dos potencias emergentes se hacían con el control del mundo. Roosevelt comenzó a pensar seriamente en esa opción y concertó una reunión en junio con Stalin en Alaska, aunque al final no se llevó a cabo.

Tras su regreso a Europa, Churchill viajó a Túnez y Argel. Se estaba considerando invadir Sicilia y, tras la recuperación de esas zonas, la penetración era relativamente fácil. Aunque algunos expertos pensaban que sería muy difícil invadir Italia, a pesar de que muchas informaciones hablaban de una inminente rendición de los italianos.

Los viajes del primer ministro eran interminables, dos meses después de su regreso, volvió a viajar, esta vez a Quebec. En este caso, Churchill lo hizo con su esposa y se alojaron en una casita en mitad del bosque con los Roosevelt. Fueron días de descanso y paz, en mitad de una situación tan tensa. En Quebec se retomó la preparación de la invasión de Francia, la famosa Operación Overlord, aunque los norteamericanos dudaban de la eficacia de la misma y proponían un desembarco mucho más pequeño en Noruega. Churchill defendía el ataque directo, luchando contra el enemigo en un punto difícil, no inexpugnable.

En el mes de septiembre, después de sus numerosos viajes, el personal del primer ministro afirmó que estaba cansado y con tendencia al mal humor. El peso de la guerra y la presión comenzaban a hacer mella.

El 7 de octubre, Churchill voló hasta Túnez para reunirse con el general Marshall. Su idea era invadir Rodas y hacer que Turquía entrara en la guerra. Todos esas ideas desesperaban a sus generales, que pensaban que tanta creatividad era peligrosa.

En noviembre realizó un nuevo viaje por el norte de África y después partió hacia Teherán, donde el 27 de ese mes se verían Stalin y Roosevelt. Churchill no estaba dispuesto a que lo dejaran al margen. Llevaba varios años solo en el timón de aquel barco, para que en ese momento le trataran como a un simple grumete. En aquel viaje le acompañó Ana, su hija predilecta. Su salud se resentía y los largos viajes le fatigaban, pero cuando Roosevelt llegó a Teherán, él estaba en la pista esperándole.

Aprovecharon el tiempo para tener una reunión bilateral sobre la situación en Oriente Medio. Al día siguiente, a pesar de la insistencia de Churchill en la Operación Overlord, Roosevelt reclamó que el primer objetivo debía ser Italia, peor defendida y con los italianos al borde de la rebelión.

Otro tema fue la ayuda a los partisanos de Yugoslavia, Churchill creía que una manera de desgastar a los alemanes era a través de los guerrilleros, pero los americanos pensaban que apoyar a los grupos de insurrectos no producía grandes resultados.

La llegada de Stalin a Teherán revolucionó a todas las delegaciones. Se preparó una cena para los tres líderes, pero Churchill había perdido la voz y se encontraba agotado. Muy a pesar suyo, tuvo que posponer la invitación.

En las diferentes reuniones de aquellos días se comenzó a tratar el destino de Alemania y el resto de Europa. Churchill comprendía que la voracidad de Stalin no tenía fin y que si no ponían coto a su ambición, terminaría por devorar toda Europa oriental. Tanto Churchill como Roosevelt elogiaron la valentía de los hombres de Stalingrado, que contra todo pronóstico habían vencido a los alemanes, haciendo prisioneros a miles de soldados.

Una de las reivindicaciones de los rusos era el inminente ataque a Francia. Los soviéticos estaban cansados de llevar la parte más dura de la guerra y exigían un esfuerzo mayor de sus aliados. Stalin veía absurdo concentrarse en Turquía, Rodas, Sicilia o Roma, el objetivo debía ser la costa de Francia y un rápido avance hacia Berlín. La condición esgrimida por Churchill era que los alemanes redujeran sus fuerzas en Francia hasta doce divisiones; naturalmente, esas fuerzas se reducirían para reforzar el frente ruso.

Stalin proponía el asesinato masivo de oficiales y técnicos alemanes, para dejar al país totalmente atrasado e inofensivo. En aquel punto de la conversación, Churchill dejó su tono conciliador y le dijo:

> El Parlamento y el público británico jamás tolerarán ejecuciones en masa [...] Preferiría que me sacaran al jardín aquí mismo, ahora, y me dispararan, que mancillar mi honor y el de mi país con semejante infamia.[26]

Las palabras del primer ministro, escritas en su libro sobre la Segunda Guerra Mundial, no dejan lugar a dudas. Churchill era un hombre de principios y estaba dispuesto a llegar hasta el final para defenderlos. A pesar de que los alemanes

eran sus enemigos, no permitiría pagarles con la misma moneda que ellos estaban empleando con judíos, presos políticos y otras minorías.

Roosevelt intentó apaciguar los ánimos, pero su hijo, que había asistido a la cumbre, defendió las ideas de Stalin. Churchill abandonó la sala y se refugió en una habitación cercana. A los pocos minutos, Stalin y Molotov fueron a verle. Sonrieron al primer ministro y le dijeron que era una simple broma, que nunca harían algo así con los alemanes. Stalin puso su brazo sobre Churchill y le pidió que regresara a la mesa.

Al día siguiente se habían apaciguado los ánimos y los rusos parecían más razonables. Stalin atacaría a los alemanes mientras se lanzaba la Operación Overlord, para que estos no pudieran mandar más soldados al frente occidental. Aquella noche, Churchill invitó a sus dos colegas para celebrar su sesenta y nueve cumpleaños. En el brindis dijo: «Por Stalin el Grande». Este contestó: «Bebo por las masas proletarias».

Un día más tarde, se hizo un almuerzo de despedida. Se había llegado a numerosos acuerdos y ahora los estadounidenses y los británicos tenían que mover ficha e invadir Europa.

Churchill pasó unas semanas en El Cairo antes de regresar a Inglaterra, se sentía agotado. El clima le sentaba bien y podía olvidarse un poco de la presión política y los problemas de gobierno.

AÑO 1944

El año comenzó mal para Churchill, por un lado sus problemas de salud, factor al que no estaba acostumbrado, por el otro, su relación con Roosevelt, cada vez más estrecha y cercana, comenzaba a enfriarse.

El primer ministro se tomó las cosas con más tranquilidad; después de un año de viajes agotadores, 1944 se presentaba como uno mucho más sosegado, en el que se verían consolidadas algunas de las políticas del año anterior.

Las victorias, que tanto se le habían resistido los primeros años de la guerra, comenzaron a llegar sin tregua. El único problema en el horizonte era el menor peso de los británicos en el triunvirato. Los estadounidenses y los rusos cada vez ponían más de manifiesto que ellos eran las dos potencias determinantes en la guerra y en la futura paz.

Tras el desembarco en Sicilia y más tarde al sur de Italia, los aliados intentaron romper el frente con un desembarco cerca de Roma. El freno se encontraba en Monte Cassino, una fortaleza natural que los alemanes habían sabido aprovechar. Pero los aliados no podían emplear más hombres y material. Estaban preparando la Operación Overlord y los estadounidenses habían destinado varias divisiones a esta y otra supuesta operación que se quería realizar en el sur de Francia.

Churchill cada vez tenía más dudas acerca de un desembarco en Normandía. Pensaba que el agotamiento alemán terminaría por hacer el trabajo que, de otra forma, tanto iba a costar a miles de soldados.

El invierno y la primera parte de la primavera de 1944 fueron unos meses terribles para la salud del primer ministro. Su estado era tan lamentable que su secretaria comentaría por aquellas fechas en su diario: «Por alguna razón, hoy parece diez años más viejo».

Colville, uno de sus colaboradores más cercanos, también pensaba que Churchill parecía perder sus fuerzas por momentos. Algunos creían que el estado de salud y de ánimo de Churchill era debido a la derrota electoral de unas elecciones parciales. Posiblemente tenía temor de perder el poder, justo antes de ver la victoria, arrebatándole todos aquellos años de esfuerzos y sacrificios.

¿Estaban las fuerzas del viejo león británico agotadas?

Hemos hablado en muchas ocasiones a lo largo de estas líneas de cómo Winston Churchill logró sobreponerse a todos los periodos oscuros de su vida. Su sentido de misión y de propósito le llevaba hacia su destino.

La operación de Anzio en Italia había sido idea del primer ministro y el fracaso del desembarco podía haberle hecho recordar lo sucedido muchos años antes en Galípoli.

En la primavera de 1944, con la Operación Overlord a la vuelta de la esquina, con el pueblo británico agotado tras tantos años de guerra y con el propio desgaste de su cargo, Churchill miraba al futuro con un pesimismo relativo. Seguía confiando en la victoria, pero sin duda la veía todavía lejos y temía que supusiera muchos sacrificios para su pueblo.

El 25 de marzo escribía a Roosevelt:

> Ni que decir tiene que tenemos muchas cosas de las que preocuparnos, en particular ahora que nuestras respectivas democracias están plenamente convencidas de que toda la guerra puede darse ya por ganada.[27]

Lo que estaba insinuando el viejo primer ministro era que ya no eran útiles y que sus países elegirían a políticos más jóvenes para pilotar la paz. Churchill tenía la sensación de que únicamente le habían utilizado en los tiempos difíciles y que ahora le daban la espalda.

La negociación del primer ministro para conseguir la libertad de la mayor parte de los pueblos posibles fue agotadora. Churchill tenía que luchar por Polonia y muchas repúblicas del este de Europa, que podían caer en manos soviéticas, sufriendo una opresión semejante a la que acababan de soportar bajo los nazis. Roosevelt, mientras tanto, se mantenía bastante complaciente con los rusos, hasta el punto de que muchos colaboradores norteamericanos comenzaban a preocuparse.

Otro de los focos de conflicto eran los problemas entre los líderes franceses, muchos odiaban a De Gaulle. Además, Roosevelt seguía sin ver al general francés como el líder de la resistencia. El propio De Gaulle se enemistó con Churchill, al comentar que los británicos estaban dispuestos a firmar la paz con Hitler y dejar a su suerte a Francia. Las divagaciones del líder francés eran tales que Churchill comentó más de una vez con Eden, si De Gaulle no estaría mal de la cabeza.

La salud de Roosevelt también preocupaba a Churchill. Una reunión en las Bermudas entre los dos mandatarios había sido suspendida por esa causa.

El 4 de abril, en un discurso triste, Churchill recordó a los 197,005 británicos que ya habían fallecido a causa de la guerra. El primer ministro sabía que, antes de proclamar la victoria, al menos otros 100,000 tendrían que morir para terminar la guerra.

Resistencia

A medida que los pueblos ocupados percibían la debilidad de los alemanes, comenzaban a rebelarse. Naturalmente, cualquier sabotaje o ataque a soldados alemanes se veía respondido con una durísima represión nazi, pero era la hora de los pueblos.

La célebre orden escrita por Churchill en 1940, al final daba sus frutos: «Pon a Europa en llamas». El primer ministro había estado convencido durante toda la guerra de que la resistencia en los diferentes países podía acelerar la victoria. Francia, Polonia y la mayoría de los países del este combatían contra sus ocupadores. Desde Gran Bretaña, cientos de agentes, algunos naturales de los países a los que iban, se infiltraban en las filas enemigas, para apoyar operaciones o lanzar ataques estratégicos. El apoyo a los resistentes había sido uno de los empeños del primer ministro. Creía que debían ayuda a todos esos pueblos oprimidos que luchaban por su libertad.

Aunque la mayor operación de la historia, dejaría todos estos pequeños actos de valentía, en una mera anécdota. Se estaba preparando la operación militar más grande y transcendente de la historia.

Operación Overlord

La primavera de 1944 estaba siendo complicada. La población estaba agotada y sin fuerzas y los mandos militares no lo estaban menos. Los problemas se extendían a la industria, los obreros comenzaban a hacer huelgas quejándose del continuo sacrificio que realizaban. Los mineros, los trabajadores del gas y las fábricas escocesas de aviones se declararon en huelga. Si el esfuerzo bélico se detenía, la guerra podía prolongarse. Las complicaciones no terminaban ahí. Churchill estaba enfrentado a sus jefes de estado mayor. Churchill quería terminar la guerra de Europa y después centrarse en Asia, pero los militares querían que las fuerzas se equilibraran. Con el estado mayor a punto de dimitir y en rebeldía con el primer ministro, los norteamericanos comenzaron a preocuparse. El desacuerdo con los norteamericanos, poco antes de Overlord, supuso un cambio en las relaciones entre el estado mayor y Churchill. El último problema de aquella primavera venía una vez más de Alemania. Los servicios secretos habían descubierto que los nazis habían fabricado un arma secreta y que estaban preparados para lanzarla sobre Gran Bretaña.

Al menos las victorias británicas contra los japoneses en Imfal y Kohima dieron un respiro al primer ministro.

¿Por qué Churchill tenía tantas dudas con respecto a la Operación Overlord? ¿Qué implicaba una operación de aquellas características?

Las dudas sobre la operación fueron más bien sentimentales que racionales. En su libro sobre la Segunda Guerra Mundial, Churchill nos dice:

> El pensamiento que procede de la experiencia de los hechos puede ser un freno o un acicate. Sabrá el lector que si bien siempre estuve dispuesto a sumarme a Estados Unidos en un ataque directo al otro lado del Canal de la Mancha contra el frente marítimo alemán en Francia no estaba convencido de que esta fuera la única manera de ganar la guerra y sabía que sería una aventura difícil y arriesgada.[28]

¿Cuál era aquella experiencia que tantos reparos le daba?

> Tenía grabado en la cabeza el enorme precio que tuvimos que pagar en vidas y sangre humanas por las grandes ofensivas de la Primera Guerra Mundial.[29]

Churchill, como ya hemos mencionado, tenía sobre su conciencia lo sucedido en Galípoli. Tal vez, era uno de los hombres más conscientes de las repercusiones que tenían sus decisiones sobre vidas humanas. Lo que para otros eran simples órdenes a cumplir, para él eran personas, cuyas vidas tenían un gran valor. En eso se diferenciaba tremendamente de su oponente, Adolf Hitler, para el que sus ejércitos eran simples peones en su partida de ajedrez.

El 14 de mayo, se informó de que se había abierto una brecha en las fuerzas alemanas en Italia. Churchill pidió al general Mark Clark que cortara la retirada del ejército alemán, no quería que se uniera a las fuerzas de Francia, pero el general prefirió conquistar Roma, para pasar a la historia. Roma fue liberada el 4 de junio y cada vez se acercaba más la Operación Overlord.

Churchill intentó detener la operación, pensaba que no sería necesaria y que desde Italia se podía avanzar hacia el norte, pero los norteamericanos estaban decididos a actuar.

Las ideas del primer ministro no interfirieron en su colaboración con la operación. Siguió ayudando y contribuyendo a su planificación y ejecución. Aunque no se cansó de repetir que, si al final Overlord era un fracaso, las consecuencias para los aliados eran imprevisibles. Una derrota podría hundir la moral de la población, agotada por el esfuerzo bélico, y propiciar una paz negociada, idea de la que abominaba Churchill. Seguramente, Churchill pensaba en las elecciones que Roosevelt tenía que enfrentar poco después del desembarco, una derrota le sacaría del poder en el peor momento. Él mismo se la jugaba en las generales de 1945, un fracaso les dejaría fuera del poder a los dos, en un momento crucial.

Cuando todo estuvo listo, a Churchill se le ocurrió ir con los barcos del Día D, para acercarse hasta el campo de batalla. El rey tuvo que disuadirle; la operación era demasiado peligrosa para que el propio primer ministro viajara en un crucero. Las posibilidades de que tuviera que dimitir, si se producía un fracaso, hicieron que muchos de los parlamentarios, incluso algunos de los colaboradores más cercanos, se plantearan qué pasaría tras su dimisión. Mientras algunos ambicionaban el poder, un cuarto de millón de soldados estaba dispuesto en sus lanchas y barcos, para arriesgar su vida por la libertad. Así es como se hace historia: mientras unos miran fotos y mueven fichas en salas enmoquetadas, otros dan su sangre por una causa.

La última crisis que Churchill tuvo que resolver antes del desembarco fue la furia de De Gaulle, que se quejaba del insignificante papel de las tropas francesas en la liberación de su propio país. El primer ministro le tranquilizó y le comunicó que él no podía hacer más, tenía que hablar con Roosevelt.

El 5 de junio, la tensión era máxima. Churchill no podía dormir, a altas horas de la noche seguía en la sala de mapas. Clementine se acercó a su esposo para darle las buenas noches y él le dijo:

> ¿Te das cuenta de que, cuando te levantes mañana, veinte mil jóvenes quizá hayan perdido la vida?[30]

La mente y el corazón del primer ministro estaban con aquellos que al día siguiente iban a arriesgar su vida. Él había sido soldado y participado en casi todos los conflictos de la primera mitad del siglo XX, sabía qué era pasar miedo y sufrir el ataque enemigo.

El 6 de junio, la fuerza más grande de la historia desembarcó en varias playas de Normandía. En las primeras horas, desembarcaron en las playas más de cien mil hombres, con equipos y armas pesadas.

El desarrollo de la batalla fue desigual, mientras que en algunas playas apenas se encontraba resistencia, en otras la lucha fue feroz. Una de las más duras fue la bautizada con el nombre de Omaha, donde luchó la 29º División estadounidense.

Después de un día entero de lucha, los aliados abrieron una brecha en las defensas alemanas. Churchill se mantuvo las largas horas del día 6 en la sala de mapas, al tanto de toda la operación. Afortunadamente, la matanza que temía el primer ministro no se produjo y murieron unos tres mil hombres, una pequeña cantidad de soldados comparada con la envergadura de la operación.

En dos días se había desembarcado a 250,000 hombres y los aliados lograban salir de las playas para dirigirse tierra adentro, un día después, la cifra llegaba a 400,000 hombres.

Churchill se presentó ante el Parlamento y en vez de usar el desembarco como un aval político advirtió: «Aunque hayan quedado atrás graves peligros, aún nos aguardan enormes esfuerzos».

El 12 de junio, Churchill acudió a la cabeza de playa, para ver con sus propios ojos los progresos de la invasión. El primer ministro quedó impresionado ante la envergadura de la operación y escribió a Stalin:

> Es una vista magnífica la que ofrece esta ciudad de naves que se extiende a lo largo de casi ochenta kilómetros de costa, aparentemente a salvo de los aviones y de los ataques de los submarinos, que se encuentran cerquísima.[31]

El sabor de la victoria se agriaría en sus labios cuando, al regresar a Londres, vio cómo las primeras bombas voladoras alemanas V1, impactaban contra los edificios de la ciudad. Una vez en su residencia, Churchill salió a la entrada y contempló desde la calle cómo las bombas caían una vez más sobre su ciudad.

El domingo, 18 de junio, una de las bombas destruyó la Capilla de las Guardias, muy cerca del despacho de Churchill, causando sesenta muertos. Esa nueva amenaza desanimó mucho a los británicos, que en los últimos meses se creían a salvo de los ataques alemanes. Cada semana se llevaba su cosecha de víctimas inocentes. En la primera, el número ascendió a más de quinientos y siguió aumentando cada día.

Hitler sentía tanto odio por sus enemigos que, en vez de enviar sus mortíferas bombas contra los ejércitos aliados, las empleaba contra la población civil inocente. Seguramente creía que los británicos terminarían por pedir la paz y unirse a los alemanes contras los comunistas soviéticos.

Merece la pena saber cuál era la opinión de los ciudadanos, como es el caso de Brooke, uno de sus colaboradores:

> Hemos llegado al momento en el que, por el bien del país y por el bien de su propia reputación, sería un regalo llovido del cielo que desapareciera de la vida pública. Probablemente haya hecho por su país lo que ningún otro hombre ha hecho nunca, su reputación ha alcanzado el máximo apogeo, y sería una tragedia que semejante pasado se

> viera manchado por acciones alocadas durante una decadencia inevitable que se ha puesto en marcha desde el año pasado. Personalmente, me ha resultado imposible trabajar con él últimamente, y me asusta pensar hacia dónde es capaz de dirigirnos ahora.[32]

Sin duda, el desgaste del primer ministro era notable, pero no tanto como para aventurar a su país hacia alguna posición peligrosa. Sin duda se sentía agotado, pero su sentido del deber le impedía dejar el gobierno, al menos hasta que la guerra hubiera concluido.

El comentario de Brooke, en cierto sentido, es injusto. El colaborador del primer ministro tenía la misma visión de Churchill que muchos de sus oponentes. Un buen primer ministro para la guerra pero, ahora que la paz se avecinaba, querían otro hombre para pilotar el barco. Era cierto que su peso en la guerra iba disminuyendo, mientras que el de los norteamericanos crecía, pero sin duda Churchill había sido el alma de la resistencia en una de las etapas más negras de la historia de Europa y del mundo.

Negociación de la paz

Los problemas con los estadounidenses crecieron después del esperado Día D. Churchill acostumbraba actuar sin consultarles y, al parecer, había permitido a los rusos que se inmiscuyeran en los asuntos de Rumania a cambio de que dejaran en paz a Grecia. Churchill, que no se mordía la lengua, contestó a Roosevelt:

> Me resultaría muy fácil, según el principio general de los deslizamientos a la izquierda, tan popular en la política exterior, dejar que maduraran las cosas, hasta que el rey de Grecia se viera obligado a abdicar y el EAM instalara el gobierno del terror [...] No puedo admitir haber hecho nada malo en este asunto.[33]

Lo cierto era que, a medida que las tropas soviéticas avanzaban, los problemas, en vez de disminuir, aumentaban. El problema de Polonia seguía obsesionando al primer ministro. Por eso, en una carta le confesaba a Roosevelt:

> No imagino ningún otro momento en el que la carga de la guerra haya pesado más sobre mis hombros o en el que me haya sentido menos a la altura de los problemas, cada vez más complicados.[34]

Es fácil imaginar la tristeza de Churchill; después de una guerra terrible por la libertad, veía cómo un país tras otro caía bajo la dictadura comunista. Por eso no podía esperar a que la diplomacia norteamericana negociara con los rusos, la situación en un país podía cambiar en cuestión de horas y era imprescindible poner límites a los soviéticos.

Las diferencias entre Churchill y los norteamericanos sobre la manera de tratar la influencia política tras la guerra no eran las únicas, tampoco se ponían de acuerdo en las operaciones a realizar para acabar cuanto antes con la guerra.

¿Por qué quería Churchill que los aliados dejaran de lado la guerra en Italia y dedicaran más tropas al este?

Churchill comprendía que, si dejaban vía libre a los rusos, no habría ni un solo país en Europa Oriental que pudiera elegir libremente su destino. Aunque la guerra se prolongara algo más y tardaran en llegar a Alemania, al menos salvarían a países como Yugoslavia, Rumania o Bulgaria.

A pesar de su amistad, el tono de las cartas entre Roosevelt y Churchill subía cada vez más. La discusión llegó hasta el punto que el presidente Roosevelt propuso que Stalin hiciera de árbitro entre ambos. Aquello indignó a Churchill. ¿Cómo iba hacer de árbitro un dictador despiadado que quería someter buena parte de Europa a su antojo?

Al final, el alto mando británico presionó a Churchill para que se plegara a los deseos de los norteamericanos y les dejara llevar la iniciativa de las operaciones. Churchill pidió una cumbre bilateral para resolver las desavenencias, pero Roosevelt estaba ocupado intentando ser reelegido como presidente.

Los problemas internos se acentuaron cuando en Gran Bretaña comenzaron a caer las bombas V2, mucho más potentes que las V1. Se lanzaron más de 1050 bombas durante 177 días.

Churchill pasó buena parte de los meses de julio y agosto viajando a diferentes frentes. Estuvo en Nápoles, donde se entrevistó con Tito, el líder de los partisanos yugoslavos. En Argel quiso ver a De Gaulle, pero el francés se negó. Tras su regreso de Italia estuvo convaleciente varios días. No terminó de recuperarse y tuvo que partir a la Conferencia de Quebec. Pasó una mala travesía, con problemas respiratorios y una mala salud generalizada. Aquellos achaques eran normales, al fin y al cabo, Churchill ya tenía setenta años.

El 13 de septiembre comenzaron las reuniones en Quebec y el primer ministro logró recuperar el ánimo y mejorar su salud. Roosevelt y Churchill se vieron por primera vez las caras. Roosevelt defendía la tesis de uno de sus asesores, de convertir Alemania en un país agrícola, para que nunca más pudiera poner en marcha una maquinaria bélica como la de las dos últimas guerras.

Otro de los grandes temas a tratar fue cómo se continuaría la guerra contra Japón tras la caída del nazismo. Los británicos querían implicarse de lleno en el frente asiático en cuanto Alemania sucumbiera. No hubo muchos avances en el encuentro, pero al menos Churchill regresó a Inglaterra de mejor humor y mucho más animado. En cuanto pisó suelo británico, comenzó a planear un viaje a Rusia. Quería tratar con Stalin algunos de los asuntos más peliagudos.

Viaje a Rusia

La situación de los países ocupados por los rusos empeoraba por momentos. El primer ministro preparó con cautela su viaje a la Unión Soviética, pero no podía demorar más el encuentro. Stalin y él no se habían visto desde Teherán. Churchill confiaba que una entrevista podía hacerle cambiar en algunas de sus ideas sobre el dominio de Europa.

Churchill ya daba por perdidas Rumania y Bulgaria, pero quería asegurar las democracias de Polonia y Grecia, donde el partido comunista al servicio de Stalin desestabilizaba a los débiles gobiernos de concentración.

El 9 de octubre, Churchill llegó a Moscú. A las pocas horas, Churchill se reunió con Stalin y algunos mandatarios rusos. Se puso delante de ellos y en una hoja comenzó a dibujar el mapa de influencia que las potencias debían tener en Europa. Les ofreció el noventa por ciento de Rumania, pero ellos tendrían el noventa por ciento de Grecia. En el caso de Yugoslavia, quedarían al cincuenta por ciento. Lo mismo haría con Hungría, mientras que Bulgaria sería el reparto de

un setenta y cinco por ciento para Rusia y el resto para él. Churchill estaba entregando a Rusia una parte de Europa, para poder salvar algo. Stalin ratificó la división. El primer ministro respiró aliviado, aunque no se fiaba mucho del dictador comunista. El primer ministro prometió informar a Roosevelt sobre el acuerdo y ambos mandatarios se felicitaron por haber evitado varias guerras civiles en Europa.

El primer ministro se quedó diez días más en Rusia. Pasó varios días enfermo y tuvo que guardar reposo. Viajó hacia Egipto, donde tuvo que ser observado de nuevo por un médico, por la persistente fiebre y varios problemas estomacales.

A pesar del acuerdo llegado con los rusos, estos siguieron presionando en Grecia y Polonia. No iban a soltar tan fácilmente sus presas.

La víspera de Navidad, Churchill tomó un avión para Atenas a pesar de la oposición de su esposa, que le había pedido que se quedara.

¿Por qué la urgencia de aquel viaje?

No era normal que Churchill contrariara a su esposa, que por otro lado siempre era tan compresiva con él; además, muchos se oponían a aquel precipitado y peligroso viaje. Su sentido del deber estaba por encima de su salud y de su comodidad. Sabía que la única manera de apoyar al rey de Grecia era presentarse en Atenas y darle el apoyo moral y militar que necesitara. En el fondo era una advertencia a los rusos de que iba en serio.

Tras varias reuniones con Damaskinos, el obispo ortodoxo que dominaba la escena política en aquel momento, quedó satisfecho al comprobar la fuerza y empuje del religioso. Churchill logró que los comunistas y los políticos burgueses se reunieran en la misma sala. La única cosa que consiguió fue el compromiso del rey de Grecia, para que se convirtiera en regente y dejara gobernar el país a los políticos.

El viaje de Churchill demostraba una vez más su vitalidad, su optimismo y capacidad para anticiparse a los problemas. Todos ellos rasgos de un gran líder. El viejo primer ministro nunca se rendía.

1945: El año de la victoria

1945: EL Churchill había vivido el final de la Primera Guerra Mundial, con las consecuencias sociales y políticas que esta había desatado y tenía temor de que volviera a suceder lo mismo. En un telegrama a Roosevelt fechado el 8 de enero le decía: «...el final de esta guerra resulta más decepcionante que la última».[35]

Roosevelt tenía planeado verse con Churchill en Malta, antes de que ambos se dirigieran a Yalta para ver a Stalin. Sin duda, el primer ministro quería poner en antecedentes al presidente y llegar ante Stalin con una propuesta conjunta. Al final tuvieron el encuentro, pero Roosevelt no quiso discutir de nada con Churchill, debían esperar a Yalta. El primer ministro llegaba muy debilitado a las reuniones. Comenzaba a perder la confianza de sus propios ministros, que se habían cansado de su excesivo peso en el gobierno y que, ante la proximidad del fin de la guerra y su posible caída, comenzaban a envalentonarse. Una de las críticas más ácidas la recibió de un colaborador cercano, Attlee, que acusaba a Churchill de no parar de hablar, de no escuchar ni leer los informes de sus ministros, lo que impedía la toma de decisiones. Con respecto al gabinete de

guerra, sus decisiones eran casi unilaterales, hasta el punto de que ordenó aumentar los bombardeos sobre Berlín sin consultar al resto de sus colegas.

La Conferencia de Yalta comenzó el 5 de febrero y duró casi seis días. Uno de los temas más importantes a tratar era la creación de las Naciones Unidas. El segundo asunto peliagudo fue el destino de Polonia. No podemos olvidar que el ataque alemán a Polonia fue el causante de la Segunda Guerra Mundial. Churchill no estaba dispuesto a perder el país y dárselo a los rusos, que lo habían invadido y dividido con los nazis en 1939.

En Yalta, Churchill estaba en plena forma, después de unos meses de debilidad y fiebre, había recuperado su vitalidad. Sarah acompañó a su padre en esta ocasión y pasó con él la mayoría de las cenas de la conferencia.

En cuanto la conferencia terminó, el presidente Roosevelt y Churchill dejaron rápidamente el país. Churchill pasó por Grecia, para visitar al primer ministro griego. Después a Alejandría, donde vería a Roosevelt, nunca más volverían a verse, ya que el presidente moriría poco después.

Los aliados cruzaron el Rin en marzo y a los pocos días, el 12 de abril, murió Roosevelt. El presidente no llegaría a ver la victoria final sobre los alemanes.

La muerte de Roosevelt fue un duro golpe para Churchill. Durante años habían cultivado una amistad que, si no profunda, al menos había logrado romper la barrera protectora del presidente norteamericano. El primer ministro recibió la noticia, según él mismo describe en su libro sobre la Segunda Guerra Mundial, como si le hubieran asestado un golpe. Aquella tarde se dirigió a la Cámara de los Comunes y propuso que rindieran un último homenaje al difunto.

Primero pensó viajar de inmediato a Estados Unidos, pero Churchill comenta que tuvo presiones dentro de Gran Bretaña para que se quedara. Winston cedió, algo casi inaudito en él. Con ello perdió la oportunidad de conocer al vicepresidente Truman, que le sucedió en el cargo. El estado de ánimo de Churchill fue apagándose a medida que se acercaba la victoria final. Se levantaba tarde, atendía algunos asuntos en la cama, comía solo. El primer ministro estaba agotado física y psicológicamente. Él mismo describe su estado de ánimo y físico con estas palabras:

> En esa época estaba muy cansado y físicamente tan débil que al salir de las reuniones del gabinete, bajo el anexo, unos marineros tenían que subirme por las escaleras en una silla.[36]

Su estado anímico era superado en ocasiones excepcionales, como el día de la victoria, que tras almorzar con el rey y dar su discurso radiofónico, habló ante la Cámara de los Comunes y después al servicio religioso de acción de gracias por la victoria. El discurso de aquel día fue increíble, como la mayoría de sus intervenciones públicas:

> Ayer, a las 2:41 de la madrugada, en el cuartel general, el general Jodl, representante del alto mando alemán, y el almirante Dönitz, designado jefe del Estado alemán, firmaron la rendición incondicional de todas las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas alemanas en Europa al cuerpo expedicionaria aliado y, al mismo tiempo, al alto mando soviético.
>
> Recuerdo muy bien que, al finalizar la guerra anterior, hace más de un cuarto de siglo, la cámara, tras escuchar la larga lista de condiciones de la rendición, los términos del armisticio que se habían impuesto a los alemanes, en lugar de estar dispuesta a tratarlos y debatirlos, quiso dar gracias a Dios Todopoderoso, al gran poder que parece forjar y diseñar la suerte de las naciones y el destino de los hombres. Por consiguiente, Su

Señoría, con su permiso, solicito que se proponga lo siguiente:

Que la cámara acuda ahora a la Iglesia de Santa Margarita, en Westminster, para dar humilde y reverentemente, gracias a Dios Todopoderoso por habernos liberado de la amenaza de la dominación alemana.[37]

En el improvisado discurso ante el pueblo de Londres, desde el balcón del Ministerio de Sanidad, las palabras del primer ministro rebosaban de emoción: Dios les bendiga. ¡Esta victoria es de ustedes! Es la victoria de la causa de la libertad en todos los países. En nuestra larga historia nunca hemos visto un día más importante que este. Todos, hombres y mujeres, han hecho todo lo posible. Todo el mundo ha hecho un esfuerzo. Ni los largos años, ni los peligros, ni los violentos ataques del enemigo han debilitado en modo alguno la determinación independiente de la nación británica.

Y así aguantamos, solos. ¿Alguien quiso rendirse? (La multitud grito: ¡No!) ¿Nos desmoralizamos? (¡No!) Se apagaron las luces y cayeron las bombas, pero a ninguno de los hombres, mujeres y niños del país se le ocurrió abandonar la lucha. Londres pudo aguantarlo. De modo que regresamos, al cabo de largos meses, de las fauces de la muerte, de las fauces del infierno, para asombro del mundo entero. ¿Cuándo perderá la reputación y la fe esta generación de hombres y mujeres ingleses? Afirmo que, en los largos años venideros, cada vez que píe en los corazones humanos el ave de la libertad, no sólo los habitantes de esta isla, sino los de todo el mundo, mirarán hacia atrás, a lo que hemos hecho, y dirán: No desesperen, no se rindan ante la violencia ni la tiranía; sigan adelante y mueran, si es preciso, antes que dejarse vencer...[38]

Tras la victoria sobre Alemania, los problemas políticos de Churchill se acentuaron. Se restableció el sistema de partidos y comenzaron los debates más politizados.

En Gran Bretaña, los laboristas continuaban su ascenso fulgurante. La mayoría pensaba que solo era cuestión de tiempo que llegaran al poder.

En el verano de 1945 muchos pedían elecciones y Churchill sabía que sería difícil revalidar su mandato. El primer ministro prefería esperar a la victoria total sobre el Japón, tenía que terminar una guerra y devolver un país completamente en paz.

Los conservadores pensaban que la victoria final sería un cheque a favor de Churchill, pero los laboristas no iban a dejárselo tan fácil al primer ministro.

Al principio, el líder de los laboristas, Attlee, accedió a seguir en el gobierno si Churchill apoyaba la Ley del pleno empleo y la Seguridad social, pero su partido no quería más acuerdos, quería acceder al poder.

Churchill se despidió de los ministros laboristas con lágrimas en los ojos. Habían trabajado codo a codo en los momentos difíciles. Después les dijo: «La luz de la historia brillará sobre vuestros cascos».[39]

Unos días más tarde, Churchill utilizó toda su fuerza para intentar ganar las elecciones. Sus discursos por radio se volvieron más partidistas e intentó sacar réditos políticos de la victoria. Muchos criticaron su actitud y la beligerancia de sus discursos contra los laboristas, que unos días antes habían formado parte de su gobierno.

Attlee contestó al primer ministro:

Cuando anoche escuché el discurso del primer ministro, en el que hacía una parodia de la

política del Partido Laborista, me di cuenta enseguida de cuál era su objetivo. Quería que los electores comprendieran lo grande que era la diferencia entre Winston Churchill, el gran líder de la guerra de una nación unida y el señor Churchill, líder del Partido de los conservadores. Temía que los que habían aceptado su liderazgo en la guerra estuvieran tentados, por gratitud, de seguirle. Le doy las gracias por haberles desilusionado. La voz que oímos anoche era la del señor Churchill, pero la mentalidad era la de Lord Beaverbrook.[40]

Churchill intentó desprestigiar a los laboristas y denunciarlos como supuestos colaboradores rusos. A pesar de la campaña, mal enfocada y algo frívola, el primer ministro estaba confiado en su reelección, le costaba creer que el pueblo británico le diera la espalda, después de todo lo que había hecho por él. No se daba cuenta de que su vehemencia jugaba esta vez en su contra. El primer ministro, confiado como estaba, se centró en la reunión de Potsdam, que se celebraría el 15 de julio. Las elecciones eran el 5 de julio, pero los resultados no se dieron a conocer hasta tres semanas más tarde, debido al retraso en el recuento de los votos de los militares. Por ello, el resultado pilló a Churchill en medio de la conferencia.

La conferencia avanzaba lentamente, cuando la noticia de su derrota se recibió como un bombazo. El 25 de julio, Churchill abandonó la cumbre y regresó a Londres, estaba deseando conocer los resultados de las elecciones. Tras la derrota, Churchill intentó tomárselo con elegancia. A la hora de la comida, su mujer le dijo para animarle que a lo mejor aquella derrota estaba disfrazada de otra cosa. Churchill bromeó diciendo que, entonces, estaba muy bien disfrazada. Aquella tarde fue a ver al rey y presentó su dimisión. Después escribió una declaración de despedida que fue leída en las noticias de las nueve:

La decisión del pueblo británico ha quedado patente en los votos, cuyo recuento se ha realizado hoy [...] Inmensas responsabilidades en el extranjero y en la nación recaen sobre el nuevo gobierno, y todos debemos esperar que sepan cargar con ellas. Sólo me queda expresar al pueblo británico, por el que he actuado en estos años llenos de peligros, mi profundad gratitud por el firme e inquebrantable apoyo que me han dado durante mi tarea, y por las muchas expresiones de bondad que han mostrado hacia su siervo.[41]

Aquella noche fue triste. Únicamente un pequeño círculo de amigos y familiares acompañaron a Churchill. La tarde había sido de amargas despedidas. Alanbrooke, el jefe del estado mayor, con el que había tenido muchas disputas, dijo de él aquel día:

Doy gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de trabajar al lado de semejante hombre y de tener mis ojos abiertos al hecho de que, en ocasiones, semejantes superhombres existen en el mundo.[42]

Parecía que el hombre más fuerte de la Segunda Guerra Mundial, aquel que había aguantado la antorcha de la libertad, ahora debía retirarse y pasar los últimos años de su vida en la tranquilidad de su hogar, pero Winston Churchill era el hombre que había dicho unos años antes: No nos rendiremos jamás. Él nunca se rendía, no conocía el significado de esa palabra.

Vivan arduamente,
no teman nada
y les sonreirá el triunfo.

Capítulo IX

ORGANIZAR EL FUTURO

Nadie conoce su destino, pero cada uno debe vivir como si lo supiera

Winston Churchill estaba acostumbrado a hacer y deshacer las maletas muy a menudo. El 30 de julio, junto a su esposa, tomaron sus últimas pertenencias y se trasladaron al hotel Claridge's. Una semana más tarde estaban instalados en su piso de Duncan Sandys. No se puede negar que aquella mudanza fue amarga. Mientras en Potsdam se decidía el futuro de Europa, Churchill tenía que conformarse con reordenar sus papeles y comenzar a plantearse escribir una historia de la Segunda Guerra Mundial. Otros hombres más jóvenes habrían pensado en un retiro cómodo en la costa mediterránea, para dedicarse a sus aficiones, escribir sus memorias o hacer un crucero para dar la vuelta al mundo. Churchill únicamente pensaba en trabajar y, a su manera, contribuir a la transformación del mundo que le rodeaba.

La cámara se reunió en el 1 de agosto. Los conservadores clamaron a Churchill como su speaker,[1] mientras le cantaban: «Es un muchacho excelente». No había perdido el apoyo de su partido ni el cariño del pueblo, pero Winston no dejaba de sentirse derrotado.

El discurso de Churchill en la toma de poder de los laboristas fue reconciliador. La propia Clementine, su mayor crítica, le felicitó por la brillantez, galantería y amabilidad a la hora de dirigirse al gobierno. Attlee, el nuevo primer ministro, utilizó parte de su discurso para agradecer a Churchill los servicios prestados.

Tras el lanzamiento de las bombas atómicas en Japón, el mundo quedó conmocionado. Por un lado, terminaba la guerra más cruenta de la historia de la humanidad, pero por otro, decenas de miles habían muerto en unos segundos por el arma más cruenta creada por el hombre jamás. Churchill había discutido con Truman la posibilidad de lanzar la bomba, antes de ser sustituido por el gobierno laborista. Winston le había recomendado que la lanzara. A pesar de que Japón estaba derrotado, la guerra podía haberse alargado durante meses. Lo que desconocemos es si Winston Churchill conocía los intentos de negociación por la paz de los japoneses a través de Stalin.

La vida cotidiana

La vuelta a una vida cotidiana más normal y acorde con un hombre de su edad no fue fácil. Clementine escribió a su hija, narrándole el caos en el que estaba envuelto su marido:

> No puedo explicar por qué, en nuestra desdicha, en lugar de acercarnos el uno al otro siempre estamos montando escenas. Estoy segura de que la culpa es mía, pero la vida me resulta más dura de lo que puedo soportar. Él es muy desdichado y eso le hace estar muy difícil. Detesta la comida (apenas come carne) [...] No veo ningún futuro. Pero papá irá a Italia y entonces quizá Nana (la prima de Clementine, Maryott Whyte, que siempre estaba

disponible como compañera), pueda arreglar las cosas.[2]

Para que Clementine, que amaba profundamente a su marido, hubiera llegado a ese estado, las cosas debían de estar francamente mal.

Unos días más tarde, Churchill y su hijo Randolph tuvieron una fuerte discusión, aunque su relación no era de por sí buena.

Al final, Churchill se marchó a Italia con su hija Sarah, su médico y su secretaria. Se refugió en una casa a las afueras de Milán, después pasó una temporada en Montecarlo. Durante el viaje visitó a Alexander, uno de los generales que había liberado Italia, y más tarde a Eisenhower.

Tras cinco semanas de vacaciones, Churchill regresó a Inglaterra algo más sosegado. Él mismo se lo relató a su esposa de la siguiente manera:

> Me ha hecho un bien infinito venir aquí y volver a pintar. Estoy mucho mejor y no me preocupo por nada. No tengo visto ningún periódico desde que me marché de Inglaterra, y ya no tengo ganas de volver a ver sus páginas. Es la primera vez en muchos años que estoy completamente fuera del mundo. Terminada la guerra con Japón y alcanzada la paz completa y la victoria, siento un gran alivio que aumenta sin cesar, pues otros tienen que afrontar los espantosos problemas de las secuelas... Puede que en verdad sea una «bendición disfrazada».[3]

Winston Churchill había tardado en comprender que la vida era mucho más que su puesto de primer ministro. El ejercicio del poder era únicamente parte de su existencia, ahora debía disfrutar del descanso y dejar que el mundo siguiera sin él. **Muchos grandes hombres pierden esta última batalla, la de retomar su vida donde la dejaron antes de ostentar su cargo**.

Antes de regresar a Inglaterra tuvo que soportar los dolores de una hernia que había tenido de niño, pero que no le había dolido desde hacía mucho tiempo.

El telón de acero

El otoño se le hizo muy pesado en Gran Bretaña y comenzó a planear un viaje a Estados Unidos. En enero partió para Norteamérica y pasó allí tres meses. No quería estar en la Cámara de los Comunes y, aunque seguía en política, actuaba como si no estuviera en activo.

Los años siguientes, en especial 1946 y 1947, los pasó de un lado para otro pronunciando conferencias, con su inagotable vitalidad. En aquel periodo pronunció dos famosos discursos contra el poder soviético. El primero fue en Missouri en el mes de marzo, el segundo fue en la Universidad de Zúrich en septiembre de 1946.

En el discurso de Missouri, Churchill analizó la tensión entre los dos grandes bloques y qué le esperaba al futuro de la humanidad:

> Estados Unidos se encuentra ahora en la cúspide del poder mundial. Es un momento solemne para la democracia estadounidense, porque a la primacía en el poder hay que añadir también una responsabilidad impresionante con respecto al futuro.
>
> [...]
>
> Para brindar la seguridad a tantos hogares, hay que protegerlos de dos grandes maleantes: la guerra y la tiranía...
>
> Cuando estoy aquí, en esta tarde serena, me estremezco al visualizar lo que les está ocurriendo en realidad a millones de personas y lo que va a ocurrir cuando el hambre

aceche la tierra.

[...]

Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído un telón de acero que atraviesa el continente. Detrás de esta línea, se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa central y del este. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas ciudades famosas y las poblaciones que las rodean quedan dentro de lo que debo llamar la esfera soviética y todas están sometidas, de una forma u otra, no sólo a la influencia soviética, sino también a un grado muy elevado y, en muchos casos, creciente de control por parte de Moscú.[4]

La denuncia hacia el bloque soviético puso en evidencia la política blanda que se estaba llevando en occidente, especialmente en Europa. En el segundo discurso, Churchill puso el énfasis en la necesidad de una Europa unida, de la que el eje debería ser la unidad entre Alemania y Francia. A muchos aquello le parecía una locura en 1946, pero al final fue la única manera de crear el Mercado Común y más tarde la Unión Europea.

De Gaulle, presidente en aquel entonces de la República de Francia, recibió el discurso como una provocación. Su cortedad de miras únicamente podía compararse con su rencor a Alemania. El europeísmo de Churchill sorprendió a muchos. Él, que se sentía tan británico y seguía abogando por el imperio, al mismo tiempo creía en la colaboración activa de los británicos en la construcción de una nueva Europa. Otro de los ejes de la propuesta política de Churchill era la Alianza Atlántica. Estados Unidos y Gran Bretaña deberían colaborar juntos para la seguridad mundial.

En un discurso ante el Movimiento Europeo el 28 de noviembre de 1949, Churchill dijo:

Gran Bretaña es una parte integral de Europa, y tenemos la intención de interpretar nuestro papel en la recuperación de su prosperidad y grandeza. Pero no se puede considerar a Gran Bretaña un solo Estado aislado. Es la fundadora y el centro de un imperio mundial y una Commonwealth. Jamás haremos nada que debilite los lazos de sangre, de sentimiento y tradición e interés común que nos unen con los otros miembros de la familia británica de naciones.

Pero nadie pide que hagamos esta deserción. Que Gran Bretaña entrara en una Unión Europea de la que estuvieran excluidos el imperio y la Commonwealth no sólo sería imposible sino que, a los ojos de Europa, reduciría enormemente el valor de nuestra participación.[5]

Mientras realizaba una amplia labor de conferenciante y descuidaba su carrera política, Winston seguía escribiendo su libro sobre la Segunda Guerra Mundial. Para el arduo trabajo contó con un amplio equipo de colaboradores, sobre todo en el área de investigación. Además, un libro de estas características podía reportarle bastantes beneficios. Una vez más estaba escaso de dinero, lo que había sido una constante durante toda su vida. En seguida le llovieron las ofertas en Gran Bretaña y Estados Unidos. El libro le produjo grandes beneficios y fue traducido a muchas lenguas. Para que nos hagamos una idea, solo Life pagó 1,150,000 dólares por la publicación por entregas del libro. La vida de Churchill siempre había sido relativamente modesta, sus gastos durante 1946 no superaban las doce mil libras al año.

El primer volumen sobre la Segunda Guerra Mundial salió en junio de 1948 en Nueva York. Un mes más tarde ya se calculaba que se venderían más de medio

millón de ejemplares hasta las navidades. En Gran Bretaña se vendieron doscientos mil ejemplares. Tras la salida de la segunda parte, el libro se reimprimió y se vendieron otros doscientos mil.

Cuando habían salido los seis volúmenes, sus ventas habían producido varios millones de dólares y libras.

A pesar del éxito literario y del cariño que le mostraba el público, sobre la mente de Churchill seguía planeando la idea de regresar al poder. Winston creía que el primer ministro Attlee no aguantaría más de una legislatura.

En noviembre de 1947, tuvo dos visiones de su difunto padre. Sus ensoñaciones le sirvieron para escribir un libro sobre conversaciones con su padre en el que se desgranaban los cambios que había sufrido Gran Bretaña en el último medio siglo. En una especie de terapia psicológica, Churchill pone en boca de su padre las siguientes palabras:

> Mientras te escuchaba revelar esos terribles hechos parecías saber mucho de ellos. Jamás esperé que llegaras tan lejos y te desarrollaras tan plenamente. Claro que ahora eres demasiado viejo para pensar en todas estas cosas pero, cuando te oigo hablar, realmente me extraña que no te metieras en política. Habrías podido ayudar mucho. Incluso habrías podido crearte un nombre.6

El famoso periodista, militar, ministro, primer ministro y escritor seguía buscando la aprobación de su padre, que no había podido ver en vida todos sus logros. De hecho, según su narración, antes de que pudiera explicarle sus logros y triunfos, la figura de su padre se desvanecía.

Ante la pregunta que le hizo un periodista en Marrakech de cuál habría sido el año que le hubiera gustado revivir y con qué personas, Churchill respondió que 1940 y que sus padres estuvieran vivos para verlo.

LAS ELECCIONES DE 1950 Y 1951

Las dos elecciones con mayor índice de votos de la historia en Gran Bretaña parecían más un plebiscito que un simple cambio de gobierno. Las expectativas de que Churchill ascendiera de nuevo al poder no eran muy grandes. Por un lado, el Partido Conservador era muy potente, pero los laboristas todavía estaban muy fuertes.

Churchill regresó de Madeira el 12 de enero, algo más de un mes antes de las elecciones del 23 de febrero. Las distancias entre los dos grandes partidos se habían acortado y los laboristas estaban solo a tres puntos de distancia.

Winston se entregó de lleno a la campaña, pero evitó las descalificaciones que le llevaron a su derrota en 1945. Intentó reflejar su determinación para controlar al bloque soviético y no permitirle más desmanes.

El resultado final fue bueno, pero los laboristas ganaron por un estrecho margen, lo que les permitía formar gobierno de nuevo.

La derrota no fue tan amarga en este caso, tal vez porque Churchill estaba preparado o porque veía más cerca la victoria. Posiblemente creía que con el estrecho margen de los laboristas no tardarían mucho en tener que convocar nuevas elecciones.

Algunos críticos dentro del partido le invitaron a abandonar el liderazgo y dejar

paso a Eden. Churchill se mantuvo en el puesto y realizó la campaña más fuerte contra un gobierno de la historia reciente de Gran Bretaña. Acosó a los ministros uno por uno y mantuvo la tensión durante los veinte meses de aquel gobierno.

En octubre de 1950, Churchill celebró el cincuenta aniversario de su ingreso en el Parlamento.

El verano fue más calmado, Winston terminó el cuarto volumen de sus memorias y avanzó bastante en los otros dos.

El gobierno de Attlee era débil y mantenía unas relaciones tensas con Washington. Avanzaba muy lentamente en su programa nuclear y tenía una actitud demasiado comprensiva con los rusos. Las tres políticas que más abominaba Churchill: debilidad, mala amistad con el aliado y complacencia con el enemigo.

En enero de 1951, tras una breve visita a París, Churchill continuó presionando al gobierno para que convocara elecciones, pero los laboristas se resistían a dejar el poder. Churchill presionaba a los ministros durante los debates en la cámara, les vapuleaba con sus discursos o se reía de sus salidas de tono, supuestamente intelectuales.

A pesar de todos sus intentos, llegó el verano de 1951 y los laboristas continuaron en el poder. Attlee se sentía muy presionado, pero quería mantener el gobierno hasta febrero de 1952, antes que el rey saliera para Australia. El verano Churchill lo pasó con su esposa, que había soportado una larga convalecencia de su última enfermedad. La salud de Clementine se resentía cada vez más. Después se marchó a Venecia y pasó por París a su regreso, donde vio a Eisenhower, que por aquel entonces era el jefe europeo de la OTAN.

El tiempo se agotaba, debido a su edad, no podía esperar mucho más a llegar de nuevo al poder. A finales de año la fruta parecía madura y Churchill se empleó a fondo. Moderó el discurso para ganarse a los dubitativos y atacó al gobierno, pero de una manera elegante.

Las elecciones dieron la victoria a Churchill, con 321 parlamentarios frente a los 295 de Attlee, el margen era estrecho, pero Winston Churchill volvió a hacerlo. Con su ímpetu y energía, retomó el poder tras seis años. No parecía un anciano de setenta y siete años.

El gobierno de Churchill fue de lo más variopinto. Algunos de sus ministros eran personas alejadas de los resortes de su partido. El nuevo primer ministro disfrutó componiendo un gobierno a su gusto, no olvidemos que durante su última gestión había compartido ministros con los otros partidos. Había demostrado ser un gran líder en la guerra, ¿podría serlo en la paz?

PRIMER MINISTRO POR SEGUNDA VEZ

El primer asunto en su agenda del día fue mantener el equilibrio militar y alejar el peligro de una guerra nuclear. No sabía cuánto duraría en el cargo, muchos pensaban que era difícil que aguantara más de dos años. Los conservadores eran una mayoría débil en la cámara y una crisis podía sacarles del gobierno como a los laboristas unas semanas antes.

No había tiempo que perder, Churchill se aplicó a la nueva tarea de gobierno. Lo primero que hizo fue consolidar la deteriorada relación con Estados Unidos. En

su nuevo mandato viajó en cuatro ocasiones a Washington. Mantuvo una relación intensa con Truman, habló por tercera vez ante el Congreso de los Estados Unidos y visitó Ottawa. En su segundo viaje se entrevistó con Eisenhower. La tercera fue una reunión tripartita con franceses y norteamericanos, aunque los franceses no acudieron a la cita, por los ataques que Churchill les dedicó en 1953. La última fue una breve visita a la Casa Blanca de tres días en 1954.

Por alguna razón, después de una larga relación de respeto y colaboración con Eisenhower, no se llevaron bien durante su etapa de presidente. Churchill creía que Eisenhower era un militar propenso a usar las armas ante cualquier provocación rusa, y provocaciones no faltaban.

En una confidencia a Colville, su secretario, le comentó: «Eisenhower es débil y estúpido». No tenía mejor opinión de Dulles, del que no se fiaba.

A nivel nacional, el primer año de gobierno fue muy tranquilo. La única nube sobre el horizonte era el descontrol del gasto público, que no paraba de crecer. Churchill intentó aligerar la máquina del Estado y fomentar una economía más liberal y menos proteccionista, pero lo hizo de tal forma que nadie pareció alarmarse u oponerse.

La situación económica del país era buena. Había pleno empleo, relativa prosperidad y confianza en el futuro. El gobierno conservador lo único que hizo fue que la maquinaria fuera rodando por sí sola sin aportar nada nuevo.

Europa daba sus primeros pasos hacia la unidad creando la Comunidad del Carbón y del Acero, Churchill no hizo nada por unirse al proyecto de la nueva Europa, tal vez lo seguía viendo demasiado lejos y, sobre todo, más allá de su mandato. Los británicos emplearon en este caso, como en otros muchos, una fórmula intermedia de colaborar activamente pero sin pertenecer a la organización.

Algunos historiadores han comentado que Churchill quería integrarse más en el proyecto europeo, pero que Eden y una parte del Partido Conservador se oponían a ello. Lo cierto es que no se integró.

Clementine estaba preocupada por su marido. Pensaba que no se debía haber presentado a la reelección. Temía que su inmejorable reputación se viera empañada por un segundo gobierno mediocre o desastroso.

Su secretario personal, Colville, pensaba todo lo contrario. El nuevo primer ministro era más calmado, tomaba las decisiones consensuadamente, no se precipitaba y nunca perdía los nervios. Naturalmente la presión de ese segundo mandato nada tenía que ver con la del primero. La única cosa que el secretario advertía era que los periodos depresivos del primer ministro aumentaban, lo que paralizaba en ocasiones el gobierno. El tiempo no pasaba en balde y cada vez se le veía más viejo y agotado. Su antigua vitalidad comenzaba a desaparecer. Aunque eso no quiere decir que no tuviera otros periodos de mayor actividad. En muchas ocasiones bajaba después de la cena, para seguir trabajando hasta altas horas de la madrugada, una hazaña para alguien que rondaba ya los ochenta años de edad.

La muerte del rey Jorge VI fue otro de los momentos memorables de su segundo mandato. Churchill lamentó mucho su muerte, tenía un gran aprecio al monarca.

El año 1952 y los primeros meses de 1953 fueron bastante calmados. Stalin murió el 5 de marzo de 1953 y Churchill se convirtió en el mandatario más viejo

del mundo, si exceptuamos al emperador de Japón.

ENFERMO

Uno de los acontecimientos más importantes de 1953 fue una apoplejía que Churchill sufrió aquel año, aunque la enfermedad y la convalecencia se llevó en secreto. El tiempo de recuperación sirvió para que Churchill reordenara sus prioridades. Aquellos días fueron muy duros; se refugió en Chartwell, pasando tres días infernales, pero para el 27 de junio lo peor había pasado. Su esposa y algunos de sus hijos le acompañaron en su retiro forzoso. El primer ministro apenas podía ponerse en pie, tenía el rostro desfigurado y la boca totalmente torcida.

Algunos políticos presionaron para que dimitiera y la reina aprobara un nuevo gobierno con Lord Salisbury. El día 25 se convocó a tres de los periodistas más influyentes de Gran Bretaña y se les pidió que no difundieran la noticia. Churchill quería ganar tiempo, esperaba recuperarse pronto y no tener que dimitir.

El 2 de julio, empezó a recibir invitados en su casa, quería que todos vieran que estaba recuperándose. El día 5 de julio, Montgomery fue a almorzar con él. El 7 de julio recibió al matrimonio Salisbury, que vio cómo su salud daba señales claras de mejoría.

A finales de julio, Churchill se trasladó a Chequers. Aprovechó todas aquellas semanas de relativa calma para leer, sobre todo ficción, algo muy poco habitual en él. Devoró gran cantidad de libros, desde clásicos de la literatura hasta novelas policiacas.

En agosto retomó en parte su agenda, que en aquellas épocas vacacionales no era muy abultada. Cuando llegó el otoño, se sentía mucho mejor físicamente, pero se iban a plantear nuevos problemas.

En los meses de septiembre y octubre, cayó en algo parecido a una depresión. Se sentía sin fuerzas y se planteaba dimitir. Como si el esfuerzo de las últimas semanas le hubiera dejado agotado.

A Churchill le preocupaba si podría mantener su antiguo ritmo de trabajo. Tenía que dar un discurso ante los conservadores y ni siquiera sabía cuánto tiempo podría estar en pie. Llevaba semanas relajándose al sol, tenía encargos para escribir varios libros y cada vez sentía menos el impulso de seguir en el gobierno. Aunque todo aquello le hacía sentirse mal: no era nada propenso al descanso, su felicidad consistía en vivir frenéticamente, asaltado por miles de asuntos. Por otro lado, no veía un candidato claro para su sucesión. Eden estaba recuperándose de una grave enfermedad y el resto de los candidatos conservadores no eran de su gusto.

El discurso ante los conservadores el día 10 de octubre fue un éxito y el día 20 tuvo que responder a las preguntas de la cámara, parecía que físicamente podía continuar en el cargo, aunque su estado de ánimo no mejoraba.

Unas semanas más tarde había previstas unas reuniones con los soviéticos. Eisenhower y él se reunirían con el nuevo presidente ruso. Al final, se realizó antes una conferencia en las Bermudas con la asistencia de Francia. Churchill temía el viaje, esa era su prueba de fuego para demostrarse a sí mismo que podía continuar en el cargo.

Las reuniones no fueron muy bien. Estados Unidos amenazó a China y Corea del Norte con que, si atacaban a Corea del Sur, se reservaba el derecho de utilizar bombas atómicas. Churchill y Eden se asustaron de la determinación del presidente norteamericano, aunque en el fondo pensaban que era un farol para frenar las pretensiones chinas.

Eisenhower se mostró muy hosco con Churchill. Colville, el secretario del primer ministro, describió la situación de la siguiente manera:

> Ike siguió con una breve y muy violenta declaración, en los términos más duros. Dijo que, en lo que se refiere a la opinión del primer ministro de que había un New Look en la política soviética, Rusia era una mujer de la calle y tanto si su vestido era nuevo como si solo era el viejo remendado, por debajo sin duda seguía siendo la misma prostituta. Estados Unidos tenía la intención de echarla de su actual «beat» a los callejones. Dudo que semejante lenguaje se hubiera oído antes en una conferencia internacional. Miradas dolidas alrededor. Por supuesto, los franceses se lo contaron a toda la prensa. En realidad, algunas de sus filtraciones fueron textuales.[7]

Churchill se molestó por las palabras de Eisenhower, pero las achacó a los consejos de Dulles. El primer ministro quería a toda costa una cumbre con los rusos que sirviera para calmar un poco los ánimos, pero no consiguió su propósito.

A primeros de 1954, Churchill propuso que se fomentaran las relaciones comerciales con Rusia, exceptuando la venta de armas.

En la esfera internacional, el primer ministro se negó a apoyar a Francia en su guerra en Indochina. Aunque el tema que más preocupaba era la bomba de hidrógeno y sus consecuencias.

La última etapa en política

Los años le pesaban cada vez más, sus dificultades se pusieron de manifiesto en una intervención en la cámara, después de recibir varios ataques por parte de los laboristas, se quedó bloqueado. Al día siguiente, en los periódicos, todos hablaban de su lapsus y ponían en tela de juicio su capacidad para seguir en el cargo. Eden le defendió ante la cámara, lo que le había pasado a Churchill podía ocurrirle a cualquier parlamentario.

En marzo, la dificultad de Churchill para concentrarse hizo que tuviera que reunir al gabinete en dos ocasiones en el mismo día. El Daily Mirror anunciaba a bombo y platillo que aquello era el «crepúsculo de un gigante». El New York Times decía de él que «era la sombra de la gran figura de 1940».

Los temores de Clementine se estaban cumpliendo, Churchill debía abandonar la política antes que la política le abandonara a él.

El 11 de marzo de 1954, el mismo Churchill comenzó a dudar de su propia capacidad para pilotar el gobierno. Se lo confesó a Rab Butler diciéndole:

> Me siento como un avión al final de su vuelo al atardecer, que se está quedando sin gasolina, en busca de un lugar seguro para aterrizar.[8]

Unos días más tarde, el 19 de marzo, confesó a Moran que dimitiría para junio, pero en abril la posibilidad de hablar con el presidente ruso, le animó a hacer un último esfuerzo. No pudo hacer la visita a Rusia, pero viajó a Estados Unidos a

mediados de junio para reunirse con Eisenhower.

El 11 de junio había retrasado indefinidamente su dimisión, según le comunicó a Eden, porque no podía irse sin llegar antes a un acuerdo con los rusos. En su carta a Eden, insinuaba un posible traspaso de poderes para el otoño, pero no lo dejaba claro. A finales de junio visitó Washington. El fondo de la visita era convencer al presidente de que ambos países debían colaborar y de la importancia de llegar a acuerdos con Rusia. Al final, Eisenhower cedió y aceptó hablar con los rusos. Churchill regresó muy contento a Gran Bretaña, tuvo una pesada travesía y Eden no dejó de insistirle en que pusiera una fecha a su retiro definitivo, pero se negó a concretar una fecha. Ahora quería centrarse en la reunión con los rusos. Aunque al principio los soviéticos respondieron favorablemente, después se negaron a reunirse y pusieron en evidencia a Churchill. Su gobierno estaba enojado, no había consultado con ellos su intento de hacer una cumbre y Eisenhower también estaba molesto, por no haber consensuado entre los dos el telegrama que había que enviar a los soviéticos.

Permaneció en su puesto tres semanas más, prometió dimitir pero, tras tomarse unas vacaciones, decidió permanecer en el puesto hasta mediados del año siguiente. Churchill se pasó el verano recibiendo a los ministros desde sus vacaciones en Francia. Muchos creían que lo que buscaba era el apoyo perdido de su gabinete. La relación entre Eden y el primer ministro comenzó a enfriarse. A Winston le molestaba la impaciencia del que iba ser su sucesor.

¿Por qué Churchill no quería jubilarse? ¿Era su sentido del deber lo que le mantenía en activo?

No, le confesó a Moran que la jubilación no tenía sentido, que creía que se moriría pronto, en cuanto se jubilara, y que no merecía la pena la vida si no tenías nada que hacer con ella. La familia de Churchill le pedía que dimitiera, pero él se encontraba indeciso. Percibía que todavía podía aportar algo al país. Colville también veía esos últimos fogonazos de inspiración:

> Y, sin embargo, algunos días el viejo rayo estaba allí, ingenio y buen humor burbujeaban y chispeaban, la sabiduría se extendía en frases certeras y aun, en ocasiones, la chispa del genio se percibía en una decisión, en una carta o una frase. Pero ¿era el hombre para negociar con los rusos y moderar a los estadounidenses? El Ministerio de Asuntos Exteriores creía que no; el público británico estoy seguro que habría dicho que sí. Y yo, que he mantenido en estos últimos años una relación más estrecha que nadie con él, simplemente no lo sé.9

El gabinete, casi en pleno, quería que traspasara sus poderes.

El 30 de noviembre de 1954, Churchill cumplió ochenta años. No dimitió y pasó todo el invierno en su cargo. En febrero de 1955, se decidió a poner fin a su mandato, lo haría en una cena de gala en la que estaba invitada la reina Isabel, la fecha acordada era el 4 de abril.

El 1 de marzo de 1955, Winston Churchill dio el último discurso importante en la Cámara de los Comunes.

> Para concluir, afortunadamente, tenemos tiempo y esperanza, si aunamos paciencia y coraje. Todos los elementos disuasivos aumentarán y adquirirán más autoridad durante los próximos diez años. Para entonces, el elemento disuasivo llegará al súmmum y cosechará los frutos definitivos. Es posible que llegue el día en el que el juego limpio, el amor a los compatriotas y el respeto por la justicia y la libertad permitan a generaciones atormentadas marchar adelante, serenas y triunfales, desde la época espantosa en la que

tenemos que vivir. Mientras tanto, no flaqueen, no se harten y no desesperen jamás.[10]

El discurso sonaba a despedida, pero un nuevo acontecimiento podía retrasar de nuevo la dimisión. Eisenhower pretendía viajar a París en mayo, para celebrar la victoria y firmar algunos acuerdos de seguridad en Europa. Cuando Churchill sugirió retrasar de nuevo su salida, Eden y el resto del gabinete se pusieron furiosos. Al final, el asunto se resolvió, cuando Eisenhower anunció que no esperaba llegar a ningún acuerdo con los rusos. El primer ministro volvió a su fecha del 4 de abril, como último acto de gobierno y día de su dimisión.

Así que presentó su dimisión formal ante la reina, después de celebrar su último gabinete. Le ofrecieron ser Par, pero rechazó la invitación. Churchill abandonó Downing Street el 6 de abril y se dirigió a Sicilia, para tomarse unas vacaciones. Después de toda una vida dedicada a su país, ahora por fin podría dedicarse a sí mismo. Lo había sido todo en política, sus contemporáneos le veían como un gigante, había llegado la hora de enfrentarse a su último enemigo: la muerte.

Existen tres tipos
de personas; aquellas
que se preocupan hasta
la muerte, las que trabajan
hasta morir y las que se
aburren hasta la muerte.

Capítulo X

SEGUIR HASTA EL FINAL

El verdadero liderazgo se termina con la vida

Los últimos meses o años en la vida de un hombre dicen mucho acerca de él. La jubilación no era nada agradable para un hombre como Churchill, aunque era el tipo de persona que nunca se llegaba a jubilar del todo. A pesar de su idea de que no sobreviviría mucho a su retiro de la política, terminó viviendo otros nueve años más, la mayoría de ellos con buena salud y en plenas facultades. Churchill pasó largas temporadas en Francia, sobre todo debido al clima más benigno.

Esa última etapa de su vida se dividió en tres periodos. El primero, que duró hasta 1959, fue de una semiactividad parlamentaria, el final de un libro, un viaje a Estados Unidos y algunos discursos.

ULTIMOS TRABAJOS

Winston Churchill, a pesar de estar semirretirado, apoyó a su partido en las elecciones de 1955. Eden, que durante tanto tiempo había ambicionado el cargo de primer ministro, se mostró muy poco agradecido a Churchill e intentó mantenerlo lo más alejado posible.

A nivel literario, Winston se afanó por concluir Historia de los pueblos de habla inglesa. Libro que le costó acabar más de un decenio. El grueso del trabajo estaba terminado desde 1939, pero los editores no habían quedado contentos con el texto y Churchill se dedicó a mejorarlo y completarlo en la última etapa de su vida. A pesar de no ser uno de sus mejores libros, consiguió vender unos 130,000 ejemplares en la primera edición.

Churchill se incorporó a su escaño en 1955. A pesar de seguir como parlamentario, nunca volvió a pronunciar un discurso, aunque sí lo hizo fuera del hemiciclo. La mayoría de los discursos que pronunció fue en homenajes o en la inauguración de estatuas en su honor.

A pesar de sufrir otro espasmo arterial en junio de ese mismo año, su salud fue relativamente buena. Churchill realizó varios cruceros. También comenzó una relación con el multimillonario Onassis, que habitualmente les invitaba a su barco.

Hasta 1962, su estado físico le permitió viajar, pero una caída de la cama le ocasionó una fractura de fémur. Le costó recuperarse y tener una vida normal, pero logró llegar a los noventa años, con una gran lucidez y una buena vista que le permitió seguir leyendo hasta el final.

En 1963 recibió del presidente Kennedy el título de Ciudadano Honorario de Estados Unidos.

El 15 de enero de 1965, Winston tuvo una nueva apoplejía. Eran sus últimos días de vida. Muchos acudieron a su lecho para despedirse de él. Churchill moría el 24 de enero de 1965, el mismo día que había fallecido su padre setenta años antes. La capilla ardiente se instaló en Westminster y el entierro en la Catedral de

San Pablo. A su entierro se le dio categoría de funeral de jefe de Estado. Algunos testigos dijeron que su última frase antes de morir fue: «Qué aburrido es todo».

UNA VIDA DE FE

Winston Churchill nunca fue un hombre de iglesia ni miembro oficial de ninguna congregación. Al igual que la mayoría de sus compatriotas fue anglicano nominalmente. Su boda se realizó bajo el rito anglicano. Nunca se acomodó a la Alta Iglesia Anglicana, a la que pertenecía por nacimiento. Su niñera, la señora Everest, le enseñó a amar la fe sencilla de la Baja Iglesia de Inglaterra, con una fe más personal y ajena a los ritos religiosos.

Churchill declaró su fe en Dios en su autobiografía Mi juventud, pero sobre todo habló de la necesidad de la oración a la hora de tomar decisiones o sentirse seguro ante los peligros.

Con respecto a la Reforma y la Biblia dijo:

> En el campo de las creencias religiosas la Reforma introdujo cambios profundos. La Biblia adquirió entonces una autoridad nueva y de mayor alcance. La generación anterior consideraba que las Sagradas Escrituras eran peligrosas en manos de personas iletradas y debieran ser leídas sólo por sacerdotes.[1]

Valoraba la importancia de las Sagradas Escrituras y cómo habían contribuido a la liberación del hombre corriente. Como él mismo expresó:

> Si te consideras destinatario de un mensaje que te alegra el corazón y enriquece tu alma, y que además promete reunirte con aquellos seres que más has querido en un mundo más agradable y generoso, ¿por qué preocuparte por la forma y el color del sobre en el que se envía, por saber si está bien franqueado o si la fecha del matasellos es errónea? Estos detalles pueden resultar curiosos, pero no tienen importancia. Lo interesante es el mensaje y los beneficios que supone recibirlo.[2]

La fe de Churchill fue sencilla, personal y activa. En una época en la que la mayoría de los políticos europeos presumían de su ateísmo o agnosticismo, él se mantuvo fiel a sus creencias.

Cuando tomó el cargo de primer ministro afirmó que toda su vida había sido una preparación para salvar a su país. Creía que Dios le había elegido para aquella misión. Consideraba la guerra una lucha entre el bien y el mal.

Mientras asistía al servicio religioso en Washington, expresó su emoción al cantar los himnos, tenía una profunda sensibilidad espiritual, que en cierto modo no cultivó, dedicado como estaba a los asuntos políticos.

El día de la victoria, pidió a la Cámara de los Comunes que se uniera con él en el servicio de acción de gracias por la victoria. Pero dejemos que las propias palabras de Churchill en su libro Mi juventud resuenen, para enseñarnos cómo un hombre complicado, a veces orgulloso y terco, supo ver en Dios la seguridad que nunca le brindaron sus títulos, honores ni razonamientos:

> Me parecía muy positivo dejar que la mente explorara al máximo las vías del pensamiento y de la lógica, pero también me lo parecía orar en busca de ayuda y auxilio y ser agradecido cuando te escuchaban. Me cuesta creer que el Creador Supremo, que nos dotó de mente y alma, se ofendiera si ambas no fueran de la mano. Después de todo Él debería haber previsto esto desde un principio y por supuesto lo entendería.[3]

CRONOLOGÍA

1874	30 de noviembre — Nace Winston Leonard Spencer Churchill en el Palacio de Blenheim, en Oxfordshire.
1888	Churchill ingresa en la escuela Harrow.
1893	Entra en la Real Academia Militar ubicada en Sandhurst.
1896	Churchill es enviado a la India como un joven oficial de caballería.
1897	Winston se involucra con la Fuerza de Malakand Field, la cual estaba estacionada en la frontera del noroeste, y lucha contra las tribus locales.
1898	Churchill participa en una carga del 21° regimiento de caballería de Lanceros en Sudán.
1901	Es nombrado parlamentario conservador en la Cámara de los Comunes.
1904	Winston Churchill deja el Partido Conservador y se une al Partido Liberal.
1911	Es nombrado Primer Lord del Almirantazgo.
1924	Deja las filas del Partido Liberal y se pasa al Partido Conservador.
1940	Se convierte en Primer Ministro del Reino Unido tras la dimisión de Neville Chamberlain.
1943	Roosevelt y Churchill, junto con Joseph Stalin, se reúnen en Teherán para discutir la estrategia de la Segunda Guerra Mundial.
1945	Churchill renuncia como primer ministro de Gran Bretaña, cuando el Partido Conservador pierde en las elecciones frente al Partido Laborista.
1951	Es de nuevo elegido como primer ministro británico.
1953	Recibe el Premio Nobel de Literatura.
1952	Informa a su país de que ya poseían la bomba atómica.
1955	Renuncia al cargo de primer ministro.
1965	Winston Churchill muere tras sufrir un derrame cerebral el 15 de enero.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS ESCRITOS POR CHURCHILL

La historia de la Malakand Field Force (1898)
La guerra del río (1899)
Savrola (1900, serializado 1899 y publicado en Estados Unidos 1899)
London to Ladysmith via Pretoria (1900)
Ian Hamilton's March (1900)
Mr. Brodrick's Army (1903)
Lord Randolph Churchill (1906)
For Free Trade (1906)
My African Journey (1908)
Liberalism and the Social Problem (1909)
The People's Rights (1910)
La crisis mundial (1923–1931)
My Early Life: A Roving Commission (1930)
India (1931)
Thoughts and Adventures (Amid These Storms) (1932)
Marlborough: His Life and Times (1933–1938)
Great Contemporaries (1937)
Arms and the Covenant or While England Slept: A Survey of World Affairs, 1932–1938 (1938)
Step by Step 1936–1939 (1939)
Addresses Delivered in the Year 1940 (1940)
Broadcast Addresses (1941)
Into Battle (Blood Sweat and Tears) (1941)
The Unrelenting Struggle (1942)
The End of the Beginning (1943)
Onwards to Victory (1944)
The Dawn of Liberation (1945)
Victory (1946)
Secret Sessions Speeches (1946)
War Speeches 1940–1945 (1946)
La Segunda Guerra Mundial (1948–1954)
The Sinews of Peace (1948)
Painting as a Pastime (1948)
Europe Unite (1950)
In the Balance (1951)
The War Speeches 1939–1945 (1952)
Stemming the Tide (1953)
Historia de los pueblos de habla inglesa (1956–1958)
The Unwritten Alliance (1961)

Obras sobre Winston Churchill

Churchill, Winston. *¡No nos rendiremos jamás!* Madrid: Esfera, 2005.

Hastings, Max. *La Guerra de Churchill*. Barcelona: Crítica, 2011.

Jenkins, Roy. *Churchill*. Barcelona: Península, 2008.

Obras generales

Axelrod, Alan. *25 Lessons for Bold Business Leaders*. Nueva York: CEO, 2009.

Cantalapiedra, Luis. *Winston Churchill: El rugido del león*. Madrid: Sl, Dastin Export, 2004.

Gilbert, M. *Churchill: A life*. Nueva York: Henry Holt, 1991

Haffner, Sebastian. *Winston Churchill*. Barcelona: Destino, 2003.

Perry, John. *Winston Churchill*. Nashville: Thomas Nelson, 2010.

Soames, Mary; Churchill, Winston S. y Clementine. *Speaking for Themselves: The Personal Letters of Winston and Clementine Churchill*. Londres: Doubleday, 1998.

Stafford, David. *El desembarco de Normandía*. Madrid: Espasa, 2004.

Wilson, John. *CB: A Life of Sir Henry Campbell-Bannerman*. Nueva York: St. Martin's, 1974.

NOTAS

Introducción

1. Discurso de Churchill a la Cámara de los Comunes, 13 mayo 1940.
2. Ibíd.

Capítulo 1

1. Winston Churchill, *Mi juventud* (Granada: Almed, 2010), pp. XI, XII.
2. Ibíd., p. 4.
3. Ibíd., p. 11.
4. Roy Jenkins, *Churchill* (Barcelona: Península, 2008), p. 31.
5. Churchill, *Mi juventud*, p. 3.
6. Ibíd., p. 12.
7. Ibíd.

Capítulo 2

1. Churchill, *Mi juventud*, p. 24.
2. Ibíd., p. 27.
3. Nombre con el que se designa al grupo conservador de la Cámara de los Comunes.
4. Churchill, *Mi juventud*, p. 52.
5. Ibíd., p. 52.
6. Ibíd., p. 54.
7. Ibíd.
8. Ibíd., p. 58.
9. Ibíd., p. 62.
10. Ibíd., p. 72.
11. Gibbson fue un historiador británico. Su obra más importante fue *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*.
12. Churchill, *Mi juventud*, p. 101.
13. Ibíd., p. 101.
14. Ibíd., pp. 101–102.
15. Ibíd., p. 102.
16. Ibíd., p. 141.
17. Ibíd., pp. 147–48.
18. Ibíd., p. 172.
19. Ibíd., pp. 178–79.

Capítulo 3

1. Churchill, *Mi juventud*, p. 183.
2. Ibíd., p. 190.
3. Ibíd., p. 210.
4. Nombre del coronel Byng.
5. Churchill, *Mi juventud*, pp. 302, 303.

Capítulo 4

1. Churchill, *Mi juventud*, p. 333.
2. Ibíd., p. 335.
3. Ibíd., p. 338.
4. Discurso sobre la situación de la armada de Churchill ante la Cámara de los Comunes, 1901.
5. Jenkins, *Churchill*, p. 107.
6. Ibíd., p. 110.
7. Discurso de Churchill en el palacio de Alexandra en Londres, 31 mayo 1904.
8. Carta de Lord Hugh Cecil a Winston Churchill, 18 diciembre 1905.
9. Jenkins, *Churchill*, p. 160.
10. Carta al primer ministro Asquith, 14 marzo 1908, antes de convertirse en ministro de comercio.
11. John Wilson, *CB: A Life of Sir Henry Campbell-Bannerman* (Nueva York: St. Martin's, 1974), p. 463.
12. N y J. MacKenzie, *Diary of Beatrice Webb Vol. 2, 1892–1905* (Cambridge, MA: 1983), pp. 287–88.
13. Ibíd., pp. 326–27.
14. John Grigg. *Lloyd George*, vol. II (London: Allen Lane, 1973–2002), pp. 206–207.
15. Randolph Spencer Churchill y Martin Gilbert, *Winston S Churchill*, vol 2 (Boston: Houghton Mifflin, 1966), pp. 1036– 37.
16. Jenkins, *Churchill*, p. 214.
17. Winston S. Churchill, *¡No nos rendiremos jamás!* (Madrid: La Esfera, 2005), p. 24.

Capítulo 5

1. Jenkins, *Churchill*, p. 260.
2. Robert Rhodes James, *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897–1963*, vol. 3 (Nueva York: Chelsea House, 1983), p. 2233.
3. Jenkins, *Churchill*, p. 289.
4. Ibíd., p. 317.
5. Ibíd.
6. James, *Winston S. Churchill*, p. 2348.
7. Churchill y Gilbert, *Winston S Churchill*, vol 3, p. 1098.
8. Ibíd., pp. 1249–50.
9. Jenkins, *Churchill*, p. 343.
10. Mary Soames y Clementine y Winston S. Churchill, *Speaking for Themselves: The Personal Letters of Winston and Clementine Churchill* (London: Doubleday, 1998), pp. 197–98.
11. James, *Winston S. Churchill*, vol. 3, t. 2, pp. 1530–31.
12. Winston S. Churchill, *The World Crisis III* (Nueva York: Free Press, 2005), pp. 253, 254 (*La crisis mundial, 1911-1918,* [Barcelona: Los libros de nuestro tiempo, 1944]).
13. Jenkins, *Churchill*, p. 369.
14. Ibíd., p. 384.
15. Ibíd., p. 399.
16. Carta de Clementine a Churchill, 18 febrero 1921, sobre los asuntos de Irlanda.
17. Jenkins, *Churchill*, p. 417.

Capítulo 6

1. Jenkins, *Churchill*, p. 443.
2. Ibíd., p. 448.
3. Hansard, 5ª serie, vol. 183, col. 71.
4. Jenkins, *Churchill*, p. 467.

5. Ibíd., p. 469.
6. Ibíd., p. 483.

Capítulo 7

1. Winston S. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, tomo I (Madrid: La Esfera, 2004), p. 37.
2. Ibíd.
3. Ibíd., p. 41.
4. Soames y Churchill, *Speaking for Themselves*, p. 354.
5. Jenkins, *Churchill*, p. 500.
6. Churchill y Gilbert, *Winston S Churchill*, vol II, pp. 595–96.
7. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, pp. 75–76.
8. Jenkins, *Churchill*, p. 525.
9. Hansard, 5ª serie, vol. 310, col. 1526.
10. Jenkins, *Churchill*, p. 592.
11. Ibíd, p. 593.
12. Ibíd., p. 593.
13. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, p. 265.
14. Ibíd., p. 267.
15. Churchill y Gilbert, *Winston S Churchill*, vol III, pp. 1204–205.
16. Churchill, *¡No nos rendiremos jamás!*, pp. 231–32.
17. Jenkins, *Churchill*, p. 619.
18. Ibíd., p. 622.
19. Harold Nicolson, *Nicolson: Letters and Diaries*, *1939–1945* (Nueva York: Atheneum, 1966), p. 146.
20. Jenkins, *Churchill*, p. 623.
21. Ibíd., p. 625.

Capítulo 8

1. Churchill, *¡No nos rendiremos jamás!*, pp. 231, 237–38.
2. Jenkins, *Churchill*, p. 660.
3. Soames y Churchill, *Speaking for Themselves*, p. 454.
4. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, p. 429.
5. Max Hastings, *La guerra de Churchill* (Barcelona: Crítica, 2010), p. 32.
6. Ibíd., p. 33.
7. Churchill, *¡No nos rendiremos jamás!*, p. 241.
8. Ibíd., p. 242.
9. Ibíd.
10. Ibíd., pp. 240–43.
11. Hastings, *La guerra de Churchill*, p. 43.
12. Jenkins, *Churchill*, p. 680.
13. Churchill, *¡No nos rendiremos jamás!*, p. 243.
14. Ibíd., pp. 243 –51.
15. Ibíd., p. 262.
16. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, p. 517.
17. Ibíd., p. 564.
18. Hastings, *La guerra de Churchill*, p. 151.
19. Ibíd., p. 155.
20. Ibíd., p. 164–65.
21. Ibíd., p. 181.

22. Ibíd.
23. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, tomo II, p. 86.
24. Ibíd., p. 87.
25. Jenkins, *Churchill*, p. 765.
26. Hastings, *La guerra de Churchill*, p. 542.
27. Ibíd., p. 556.
28. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, tomo II, p. 539.
29. Ibíd.
30. Hastings, *La guerra de Churchill*, p. 608.
31. Ibíd., p. 611.
32. Ibíd., p. 613.
33. Ibíd., p. 615.
34. Ibíd.
35. Jenkins, *Churchill*, p. 856.
36. Hastings, *La guerra de Churchill*, p. 705.
37. Churchill, *¡No nos rendiremos jamás!*, pp. 421–23.
38. Ibíd.
39. Jenkins, *Churchill*, p. 875.
40. Ibíd., p. 878.
41. Ibíd., p. 884.
42. Ibíd.

Capítulo 9

1. Portavoz del partido.
2. Jenkins, *Churchill*, p. 890.
3. Ibíd., p. 891.
4. Churchill, *¡No nos rendiremos jamás!*, pp. 447–58.
5. Jenkins, *Churchill*, p. 905.
6. Ibíd., p. 914.
7. Ibíd., pp. 965, 966.
8. Ibíd., p. 970.
9. Ibíd., p. 982.
10. Churchill, *¡No nos rendiremos jamás!*, pp. 524–32.

Capítulo 10

1. En su obra: *Historia de los pueblos de habla inglesa*, vol. II (Madrid: Esfera, 2007).
2. Churchill, *Mi juventud*, p. 102.
3. Ibíd., p. 101.

ACERCA DEL AUTOR

Mario Escobar Golderos, licenciado en Historia y diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Trabaja como director ejecutivo de una ONG y es director de la revista Nueva historia para el debate, colaborando como columnista en distintas publicaciones. Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la historia de la iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno y el descubrimiento y la colonización de América, especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Para más información, visitar www.marioescobar.es.